

TRANSFORMACIONES SOCIO-URBANAS Y VIDA COTIDIANA

EL CASO DE LA
**RELOCALIZACIÓN
DE UN ASENTAMIENTO
DE RINGUELET (2013-2017).**
HABITAR (DESPUÉS DE) LA INUNDACIÓN



MARÍA SOFÍA BERNAT

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Periodismo y Comunicación
Social
Doctorado en Comunicación

Tesis para obtener el título de Doctora en Comunicación

**Transformaciones socio-urbanas y vida
cotidiana: el caso de la relocalización de un
asentamiento de Ringuelet (2013-2017).**

Habitar (después de) la inundación

Autora: María Sofía Bernat

Directora: Nancy Díaz Larrañaga

La Plata, octubre de 2017

Diseño de tapa y carátulas
Diseñadora en Comunicación Visual
Floresncia Tesoniero

*A quienes supieron transformar el miedo y la angustia en coraje,
la incertidumbre en desafío,
construyendo nuevos horizontes
y transformándose a sí mismos/as.
A quienes piensan que la justicia social,
la solidaridad y la equidad
no son mera retórica, sino práctica cotidiana.*

*A Santiago Maldonado,
que soñaba y luchaba por un hábitat más justo
en tierras donde reina el mercado,
la desigualdad, el dolor y la injusticia.*

*A Milagro Sala,
presa política por construir viviendas
y por hacer efectivo el derecho
de los sectores populares
a un hábitat justo.*

Agradecimientos

Si esta tesis existe hoy, es gracias a una Beca Interna Doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (2013-2018) que concibió como tema estratégico a la inclusión social y a los procesos suscitados en el asentamiento de Ringuelet. Es decir que esta tesis se pudo realizar por dicha beca y por el impulso que recobró con la Beca Presidente Néstor Kirchner (2017-2018) cuando estas líneas se estaban terminando de escribir.

Mi mayor agradecimiento es hacia Nancy, quien no sólo me guió y contuvo –a veces sin que sea necesario decirle que desconocía cómo seguir-, sino que en todo momento pronunció la palabra justa para invitarme a pensar y proponerme desafíos. Ello fue muy significativo incluso al final de este recorrido: sus propuestas, sus preguntas, sus inquietudes permitieron que escribir una tesis no sea algo “tedioso”, sino una práctica que generaba mucho entusiasmo. Desde el comienzo, su solidaridad fue enorme.

Mi agradecimiento es hacia la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, que desde hace diez años me forma, me interpela y me permite ser parte de otra matriz de pensamiento a la hora de investigar, que no puede ser separada de la idea de transformación social.

A la Secretaría de Posgrado (FPyCS-UNLP), que no sólo me ayudó durante este recorrido sino que, además, en los momentos más difíciles que atravesó el país en estos años estuvo para abrir un espacio de diálogo, reflexión y contención.

Agradezco a mis compañeros/as que conocí durante la beca y el Doctorado: los/as becarios/as con quienes aprendí a transitar este camino a partir de 2013 y los/as estudiantes de la cohorte de ese año; a mis compañeros/as del INESCO “Aníbal Ford”, que me “bancaron” y mostraron un gran interés por la tesis; y una especial consideración va dirigida a mis compañeros/as que estudian género, quienes leyeron con rigurosidad casi todos los capítulos, criticaron y me invitaron a cuestionar(me) en cada “ateneo”.

Mi agradecimiento es hacia mi familia, que hace años escucha hablar de “Ringue” y me acompaña en todas las decisiones que tomo (o tomamos juntos/as). En especial, a mi mamá por su solidaridad (con todos/as) y porque leyó e hizo sugerencias para cada trabajo del Doctorado. A mi hermana, que me compartió la pasión por la comunicación. A mi papá, que me enseñó que la palabra más importante de nuestras vidas era la

justicia social. Y también a mi nonna, que fue la primera persona a la que le pude contar que era becaria y, sin entender de qué le hablaba, se emocionó.

Agradezco a mis amigas, que están en todos los momentos, y se interesaron muchísimo por esta tesis. En especial, le agradezco a Flor (Florencia Tesoniero) por haber diseñado con tanto amor y profesionalismo la tapa y las carátulas de los capítulos.

A mis compañeros/as de HABITAR Argentina, que posiblemente sin saberlo me hicieron reflexionar cada vez que los/as escuché debatir y cada vez que pensé junto a ellos/as. De hecho, no es casual que “habitar” sea la palabra clave de esta tesis.

Por último, destaco un agradecimiento muy especial a todos/as los/as entrevistados/as. En particular, a los vecinos y vecinas de Ringuelet que me permitieron acompañarlos/as durante el proceso, que compartieron trayectos de sus vidas conmigo y con mucha solidaridad dispusieron su tiempo y compromiso para realizar las entrevistas.

Hay un poquito de cada uno/a de ellos/as en toda la tesis.

Índice

Parte I

Introducción	8
1. La definición del objeto	11
2. ¿Para qué?	12
3. Bibliografía	13
Capítulo I: Un anclaje desde la investigación en comunicación y cambio social para pensar la relocalización	15
1. Historia del barrio	20
2. El proyecto de relocalización.....	23
3. Comunicación, estudios culturales y cambio social	28
4. Fundamentación.....	29
4.1. Estudiar el hábitat desde la comunicación	30
4.2. Los asentamientos y las inundaciones.....	31
5. Perspectiva política de la investigación	31
5.1. Un acercamiento a los debates en torno al desarrollo	34
5.1.2. El desarrollo en carne viva: críticas a un modelo ajeno	34
5.1.3. Una aclaración sobre la noción de desarrollo.....	36
6. Reflexiones sobre lo político de la investigación	38
6.1. El rol de los/as comunicadores/as: investigar y transformar	39
7. Estado del arte.....	42
7.1. Referente empírico	43
8. Bibliografía	45
Capítulo II: Palabras clave: cómo entender los conceptos para la lectura de la tesis	51
1. Sentidos.....	51
2. Prácticas	52
3. Hábitat.....	53
3.1. ¿Qué implica habitar?.....	57
3.2. Otras consideraciones.....	60
3.3. Tomas de tierra.....	61
3.3.1. Un reclamo de inclusión.....	63
4. Asentamientos populares	65
4.1. Breve historización.....	69
5. Relocalización.....	72
6. Bibliografía	73
Capítulo III: Metodología	78
1. Etnografía: valorar la mirada del otro/a	78
1.1. Observación participante, un modo de involucrarnos con la comunidad	80
1.2. La realización de entrevistas	80
1.3. El análisis de las entrevistas: teoría fundamentada	82
2. Algunas decisiones metodológicas	83
3. Percepciones sobre el trabajo de campo	86
3.1. En el barrio nuevo	88
3.2. Sentir la diversidad.....	89
3.2.1. En primera persona.....	90
4. Una última consideración sobre la etnografía.....	94
5. Bibliografía	97

Parte II

Capítulo IV: “Cuando volvimos encontramos el desastre. No quedó nada”. Habitar la catástrofe: inundación, participación y disrupciones en la vida cotidiana	100
1. Los antecedentes	100
2. El 2 de abril de 2013	101
3. La catástrofe no prevista: escenas de la inundación	105
3.1. El miedo a la pérdida (a la destrucción).....	105
3.2. El desconcierto	108
3.3. El desastre	111
4. Modos de organización: participaciones y ayudas	114
4.1. Entre las calles 1 y 3.....	116
4.2. Ciudad Oculta.....	118
4.3. La canchita	120
4.4. La articulación de organizaciones.....	121
4.5. Ayuda desinteresada versus oportunismo: lo político	123
4.5.1. Neoliberalismo	125
4.6. Salud: ¿la no articulación?	128
4.7. Síntesis	130
5. Habitar antes y después de la inundación	133
6. Transformaciones: ¿qué cambió en los modos de habitar?	135
6.1. Fragmentación social.....	138
7. El riesgo	140
8. Ciudades inclusivas.....	146
9. Bibliografía	148
Capítulo V: Una historización de las intervenciones: los modos de participación en el barrio a través del tiempo	153
1. La dictadura cívico-militar.....	153
2. Modos de participación.....	157
2.1. La no participación.....	157
2.2. Intervenciones	160
3. La política y lo político	168
3.1. Cooperativas y punteros	168
3.2. El caso de TECHO	175
3.3. Los comedores del barrio	182
3.3.1. El comedor “Los chicos de la 14”	182
4. Sentidos sobre las participaciones y organizaciones	187
5. Bibliografía	191
Capítulo VI: La relocalización y la emergencia de modos de organización.....	196
1. Fronteras	196
2. Las asambleas	198
3. La experiencia de “Ciudad Oculta”	202
3.1. Relocalización	202
3.2. Modos de organización y participación	207
4. El caso de los/as habitantes de 1 a 3: modos de participación y organización	213
4.1. Asamblea.....	213
4.2. Relocalización	215
4.3. Organización emergente.....	217
4.3.1. La casa de las palabras o las palabras de la casa: luchas por el sentido.....	219
4.3.2. ¿Un ensayo de resistencia?.....	223
4.3.3. La decisión de abandonar el barrio	226
5. ¿Por qué no prosperó la asamblea?	229

6. La lógica estatal: participación “aparente y real”	232
7. Un caso incierto	235
8. A modo de cierre.....	236
9. Bibliografía	237
Capítulo VII: Sentidos construidos en torno a la relocalización: habitar la casa y el barrio nuevos	241
Eje I	
1. Introducción	241
2. ¿Cómo fue la relocalización?.....	242
3. La lógica estatal: “sucesivas aproximaciones”	244
4. La mudanza.....	248
4.1. El caso de Isabel: entre apuros, decepción y angustia.....	255
5. Las primeras noches: el miedo.....	257
6. La vida cotidiana en el barrio relocalizado	258
7. La vida cotidiana en el asentamiento de Ringuelet post mudanza	260
8. Sentidos construidos sobre los barrios	262
8.1. Barrio nuevo	262
8.2. Barrio viejo.....	267
9. Abandonar un barrio, habitar otro espacio.....	272
10. Usos y apropiaciones	277
11. Sentidos sobre las casas	277
11.1. “ <i>Me trajeron para vivir mejor y vivo peor</i> ”. Las casas provisionarias	279
11.2. “ <i>No te va a venir nadie a romper, loco</i> ”. Las viviendas definitivas o el sueño de la casa propia	283
12. No tan buenos/as vecinos/as: peleas con cartoneros o “el desplazamiento del estigma”	289
12.1 El pobre es el otro.....	292
Eje II	
1. La participación en el barrio relocalizado.....	299
1.1. Cortes de luz.....	299
1.2. “ <i>Saltaron las mujeres</i> ”. La participación en la tarde de los disparos.....	302
1.3 Comedor.....	305
1.4. La cancha de fútbol	307
1.5. Asambleas	307
1.6. Síntesis	309
2. Sentidos sobre el accionar del Estado.....	310
2.1. Antes y durante el traslado	310
2.2. “ <i>¿Qué pasa si pierde Scioli, pierde Pablo y se va Cristina?</i> ”. Una vez mudados/as (cambio de gobierno).....	312
3. La relocalización y el protocolo oficial	313
4. A modo de cierre.....	318
5. Bibliografía	321
Conclusiones.....	327
1. Comunicación y cambio social	327
1.1. Sentidos sobre cambio social	331
2. Tipologías de los modos de habitar	333
3. La reubicación y el derecho a la ciudad.....	339
4. Bibliografía	345
Epílogo	349
Anexos en CD	

PARTE I

Introducción

-Ustedes me hacen acordar a Montoneros.

Sin saberlo, esta tesis comenzó a gestarse en diciembre de 2011, en una tarde primaveral en la que una vecina de un asentamiento de Ringuelet lanzó esa frase, en medio de una celebración de cumpleaños de todos/as los/as chicos/as del barrio. *Ustedes*, los voluntarios y voluntarias de una asociación civil, *me hacen acordar a Montoneros*, militantes de una guerrilla, cuya práctica principal consistía –desde nuestro punto de vista hasta ese momento- en la acción armada. A partir de entonces, nos generó curiosidad conocer cuáles eran esas actividades de aquella organización que se parecían a las del colectivo al que pertenecíamos. Y ese recuerdo quedó latente.

O quizás esta tesis empezó el día en que nos dimos cuenta de que queríamos intervenir en la realidad de forma directa para transformar algún aspecto vinculado a situaciones de pobreza. O a lo mejor se inició cuando nos incentivaron a presentarnos a una beca. O cuando nos inscribimos en el Doctorado. O mucho antes. “¿Cuándo empiezan las cosas?, ¿cuándo terminan?”, se pregunta Eduardo Sacheri (2015: 11) indicando que las dos instancias, el principio y el final, son elecciones arbitrarias: “Siempre que decidimos contar algo, cortamos la cadena del tiempo en un eslabón. Un eslabón cualquiera, visto desde afuera. Un eslabón esencial, visto por nosotros[as] mismos[as]”. Parece que en la historia personal –siempre atravesada por múltiples actores- se entrecruzan diferentes historias que traman lo que cada uno/a es o puede ser, que es contingente. Y la escritura de una tesis es fruto de ese proceso, de ese encuentro de experiencias, circunstancias, frustraciones, motivaciones, saberes, dolores y alegrías, entre muchas otras emociones. Sobre todo teniendo en cuenta que hay un pasado que incide en el presente, que genera preguntas y que “las cosas desfilan ante la conciencia y desaparecen, pero no sin dejar en ella su impresión” (Declacre citado por Echeverría en Díaz Larrañaga y Martín, 2010: 32).

Recuperamos esa anécdota, ese “latido” (González Asenjo citado por Echeverría en Díaz Larrañaga y Martín, 2010: 47) porque da cuenta de una preocupación y/o admiración que sospechamos sobrevuela a este escrito: las participaciones de los actores sociales, sus modos de organizarse y actuar para producir transformaciones sociales, en este caso, vinculadas al acceso (justo) al hábitat.

Pero, con el paso de tiempo, vislumbramos que no interesan sólo tales prácticas, sino que también son fundamentales los procesos de transformaciones socio-urbanas ya que posibilitan analizar cómo se modifican los modos de entender el mundo y de habitar un

territorio por parte de los/as sujetos. Por eso, esta tesis se centra en aquellas cuestiones: hábitat, transformaciones, participación, vida cotidiana.

Y, si continuamos preguntándonos por los motivos de este afán/disposición tan fuerte por conocer tales intervenciones, inevitablemente aparece nuestra familia, que nos enseñó que el espíritu de época de su juventud, de sus gloriosos (y terriblemente dolorosos) años '70, era el de posicionarse en tanto protagonistas de la realidad. Como lo comenta Feinmann (1996: 1), “hay pocas cosas más fascinantes que sentir que la Historia está en juego, que se está decidiendo mientras uno la protagoniza. Todo era inminente, resolutivo en los sesenta y en los primeros años del setenta. Todo se estaba decidiendo, todo estaba por decidirse”. Entonces, ese pasado idealizado se vuelve un mandato, pero también saca a la superficie un deseo. Sin querer profundizar en esta cuestión, destacamos que el deseo inconsciente es “el corazón de la existencia humana” (Evans, 2003: 67) y no se ubica, como puede parecer, en el orden de lo privado, sino que se trata de un producto social, constituido en “una relación dialéctica con los deseos percibidos de otros sujetos” (Evans, 2003: 69).

Por ello, al producir estos entrecruzamientos vemos que “el tiempo ya no es exacto ni lineal sino todo lo contrario. Sirve para contar épocas y juntar sensibilidades que es todo un problema. Y es memoria, rito y significado. Y marca de época. Y es relato que nos significa. Y es comunicación” (Rincón en Díaz Larrañaga y Martín, 2010: 16).

Hablar de deseo nos retrotrae a las clases de Posgrado, en las que un profesor promovía la no consigna: sólo había que escribir lo que deseábamos y esa propuesta podía ser muy perturbadora, podía llevarnos a conflictos profundos porque, en muchas circunstancias, no hacemos lo que deseamos sino lo que tenemos que llevar a cabo o precisamos una orden que nos diga qué realizar y de qué manera. Materializar un deseo es también ser conscientes de que somos decisores/as de aquello que emprendemos, de que es nuestra responsabilidad y que, quizás de modo egoísta, la primera satisfacción es propia: el objetivo de ese deseo es satisfacer dicho deseo (aunque nunca es completo y siempre queda un resto). Pero el deseo, más allá de que, como decíamos parece tener un aspecto individual, también tiene su dimensión colectiva debido a que somos sujetos sociales: es inevitable compartir la vida con otros y otras, pensar con los/as demás, soñar, debatir y desear con ellos/as.

No queremos confundir deseo y transformación (Feinmann, 1996) pero consideramos que van de la mano. En palabras de Freud (1930: 19), podemos decir que es importante la fuerza que un sujeto “se atribuya a sí mismo para modificarlo [al mundo exterior]

según sus deseos”. Y, frente a la “era del imposibilismo” que el antes mencionado filósofo argentino observaba en los años ‘90, vemos cómo en esta década ocurre lo contrario: no nos sentimos protagonizados por la realidad, sino protagonistas, no creemos que sabemos todo sino que ignoramos mucho – como sostiene Reguillo (2007: 14): reconocemos que no tenemos “ninguna verdad absoluta en nombre de la cual ejercer un poder excluyente” - y por eso está vivo el deseo de conocer, de escuchar una multiplicidad de relatos.

Por otra parte, creemos que es significativo el hecho de haber transcurrido gran parte de nuestra vida con gobiernos que levantaron las banderas de la memoria como eje de políticas de Estado y que reivindicaron en sus discursos la militancia¹. Todo ese contexto político, histórico, cultural, social y personal confluyó a la hora de pronunciar un posible tema de investigación que, como no podía ser de otra manera, lo formulamos en un diván durante una sesión de psicoanálisis. Por eso, destacamos que “el deseo sólo es deseo por la mediación del orden simbólico que lo constituye como tal. La palabra es esa maldición sin la cual no habría sujeto, ni deseo, ni mundo” (Braunstein, 1999: 14). Para que exista es preciso decirlo, articularlo con palabras, teniendo en claro que, como mencionábamos, hay una parte que excede al lenguaje porque el inconsciente es aquello que no puede conocerse y, además, el deseo está modelado y reprimido por la cultura. Podríamos sostener que las razones para escribir una tesis son personales, sin que ello quiera decir individuales. En este caso hay otras causas que tienen que ver con la justicia social. Creemos firmemente que con el lenguaje podemos transformar el mundo; que el discurso es una práctica y, al tener fines transformadores, es una práctica política, que en este caso busca incluir relatos tanto de vivencias cotidianas como de procesos en los que aparecen formas de participación de sujetos que en muchas ocasiones han sido excluidos.

Queremos conocer las transformaciones producidas en la vida cotidiana de los/as habitantes de un asentamiento a partir de la inundación y de la relocalización y entender cómo se dan las apropiaciones territoriales y cómo se modifican y construyen sentidos. Pero también nos interesan esas historias mínimas de intervención que, en la cotidianidad, quieren cambiar un estado de situación que es injusto y vulnera derechos, sobre todo teniendo en cuenta que concebimos a la solidaridad como una práctica

¹ Queremos aclarar que esta tesis no se centra en cuestiones de memoria, pero retomamos algunas historias para intentar entender nuestro presente, pues como sostuvo Gustavo Cerati: “Nuestro futuro depende de cómo entendamos el pasado”.

cotidiana. Por eso, apostamos a la elaboración de una tesis, para dar cuenta de esas prácticas y sentidos generados en el barrio.

Además, la tesis se vuelve un motivo para vincular distintas cuestiones que a lo largo de la vida han resultado de interés y de experiencias recorridas. En ese aspecto, sostenemos que “el tiempo es la categoría fundamental de la comunicación en cuanto comunicar es narrar, producir experiencia, significar nuestras relaciones; y narrar, experimentar, conectar son prácticas del tiempo” (Rincón en Díaz Larrañaga y Martín, 2010: 13). Entonces, en esta tesis es inevitable que se entrecrucen memorias propias y ajenas.

1. La definición del objeto

Precisado el referente empírico, era necesario especificar un objeto-sujeto de estudio. Esa tarea nos llevó prácticamente toda la cursada del Doctorado en Comunicación: se hizo hincapié en las prácticas, en los actores, en las metáforas de cambio social, hasta que, gracias a los imprescindibles comentarios de nuestra directora, observamos todo eso en un proceso concreto: la reubicación del barrio. Por lo tanto, el objetivo de esta tesis es conocer, describir y analizar los procesos de relocalización (en un asentamiento de Ringuelet) para comprender los modos en que las transformaciones socio-urbanas modifican estructuras de sentidos y permiten producir tensiones entre los significados sobre las formas de habitar el territorio. Como objetivos específicos nos proponemos:

- Analizar las transformaciones en los modos de habitar de los vecinos y vecinas antes, durante y después de la inundación de 2013 y de la relocalización.
- Analizar las transformaciones de sentidos sobre las acciones cotidianas a partir de la relocalización.
- Conocer el proceso de apropiación del espacio en clave subjetiva individual y comunitaria.
- Describir y analizar los modos de organización colectiva, las prácticas sociopolíticas y los sentidos de cambio social vinculados al hábitat.
- Describir las políticas públicas y la acción del Estado en el barrio.
- Reconstruir la historia del barrio y de la militancia barrial para analizar los modos de participación y organización de los/as vecinos/as del barrio en perspectiva histórica.

Como vemos, si bien anclamos en el presente esta investigación, no dejamos de mirar la historia de la militancia y del barrio, porque percibimos “...la existencia de hechos o fenómenos que se repiten o que tienen recurrencias en un proceso circular” (Díaz

Larrañaga en Díaz Larrañaga y Martín, 2010: 81), sin que ello signifique que son idénticos. Notamos que se mantienen algunas preocupaciones, convicciones y compromisos.

En relación a los modos de realización de este trabajo, consideramos fundamental recurrir a una diversidad de materiales: los testimonios de los vecinos y vecinas y de otros referentes barriales y estatales recuperados a partir de entrevistas en profundidad y de observaciones participantes y los textos de investigadores/as que nos permitan problematizar la temática. Pero también hay una decisión previa de abrir las posibilidades a la hora de construir saberes. Es decir, se busca intencionadamente salir de los confines estrictos de la academia e incluir otros materiales de distintos ámbitos: la música, la literatura, el cine, los diarios, etc.

2. ¿Para qué?

Habiendo recorrido los aspectos anteriores, se abre el interrogante quizás más complejo de responder: ¿para qué hacemos esta tesis? Sabemos que nuestro objetivo no es dar voz a los vecinos y vecinas, pues consideramos que ya tienen voz propia, que a lo sumo podríamos contribuir a que sus miradas –reconstruidas, mediadas por nuestro propio punto de vista- puedan llegar a destinatarios/as que de otro modo quizás no las conocerían. Por supuesto que partimos de entender que el discurso es poder y, si compartimos con Martín-Barbero (1988: 46) que “no cualquiera tiene derecho a hablar y no todos[as] pueden hablar de todo”², creemos que la posibilidad de publicación que nos brinda/exige la investigación puede contribuir a que otros y otras conozcan el proceso vivido en Ringuelet.

Además, consideramos que al partir de una mirada de la comunicación/cultura podemos aportar para pensar colectivamente y preguntarnos por otros modos de acceso al hábitat, diferentes de lo que ocurre en el llamado mercado formal del suelo y la vivienda, pero que es necesario el cumplimiento de derechos en esta y en todas las materias. No podemos entender al hábitat únicamente como una cuestión de tierra y propiedad, sino que hay que problematizarlo en sentido amplio de la mano del concepto de culturas.

Asimismo, queremos apartarnos de la mirada que observa estos procesos como usurpaciones. Proponemos, de acuerdo a muchas organizaciones sociales e

² El autor se refiere a los medios masivos, pero lo retomamos porque nos parece pertinente la cita para pensar el proceso estudiado.

investigadores/as, hablar de tomas u ocupaciones de tierras, como alternativa para quienes el acceso se ve imposibilitado por el mercado y por el Estado, en las ciudades que Valdés (2014) denomina neoliberales: aquellas en las que el valor del suelo es asignado por el mercado y no por el Estado. A su vez, tal perspectiva está cargada de prejuicios a la hora de pensar en los/as habitantes de los asentamientos, que se traducen en prácticas y representaciones concretas y en miradas sobre el deber ser de las políticas públicas. Siguiendo a Kliksberg (2015, s/p), sostenemos que:

Se suelen descalificar las políticas sociales activas. Algunos las atacan por ser “paternalistas”, “impulsar el ocio” o porque “los aportes transferidos a los pobres son mal utilizados”.

Sin embargo, los informes de la ONU y del Banco Mundial, dicen otra cosa. El aumento de la inversión social significó más aulas, mejor nutrición, más vacunas, más atención primaria de salud, más hospitales, que ampliaron derechos y oportunidades. América Latina es la primera región que cumplió la meta del milenio de reducción del hambre: bajó de 15,3% (1990/92) a 6,1% (2015).

Subrayamos estas ideas porque a la hora de hablar de asentamientos coexisten múltiples sentidos de acuerdo al criterio con el que se los defina, tal como abordaremos en los próximos capítulos.

También esperamos que sea un aporte para las organizaciones sociales que trabajan este tema y para los/as gestores/as de políticas públicas. Por eso, esta tesis tiene una dimensión de futuro: se recupera un proceso con la intención de que pueda ser retomado por otros/as, rescatando las potencialidades y debilidades de la relocalización estudiada. Por último, queremos destacar que durante toda la cursada de grado y posgrado intentamos que cada taller y seminario modifiquen, enriquezcan o hagan un aporte a nuestra mirada del mundo. Por eso, esperamos que esta tesis produzca algún movimiento –sea de ruptura o de continuidad– en sus lectores/as porque, como afirma Rincón (en Díaz Larrañaga y Martín, 2010: 17) “cuando uno[a] lee puede después ‘ser distinto[a]’”.

3. Bibliografía

- Braunstein, Néstor. *Goce*. Siglo Veintiuno Editores. México, 1999.

- Díaz Larrañaga, Nancy y Martín, María Victoria. *Subjetividad y temporalidad. Aportes disciplinares y prácticas socioculturales*. Ediciones de Periodismo y Comunicación. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata. La Plata, 2010.
 - Díaz Larrañaga, Nancy. “Antropología del tiempo”.
 - Echeverría, María de la Paz. “¿Qué cosa es el tiempo?”.
 - Rincón, Omar. “Los cuentos del tiempo” (prólogo).
- Evans, Dylan. *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires. Paidós, 2003.
- Feinmann, José Pablo. “La era del imposibilismo”. *Página 12*. 1996.
- Freud, Sigmund. *El malestar en la cultura*. 1930. Disponible en: http://www.dfpd.edu.uy/ifd/rocha/m_apoyo/2/sig_freud_el_malestar_cult.pdf
- Kliksberg, Bernardo. “La pobreza en Latinoamérica: una nueva mirada”. Publicado en: *El País. Blogs Planeta Futuro. Contrapuntos*. 11 de octubre de 2015. Disponible en: <http://blogs.elpais.com/contrapuntos/2015/10/la-pobreza-en-latinoamerica-una-nueva-mirada.html>
- Martín-Barbero, Jesús. “De la transparencia del mensaje a la opacidad de los discursos”. En *Procesos de comunicación y matrices de cultura. Itinerario para salir de la razón dualista*. Gustavo Gili, México, 1988.
- Reguillo, Rossana. *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Grupo Editorial Norma. Colombia, 2007.
- Sacheri, Eduardo. “Aviones en el cielo”. *Las llaves del reino*. Alfaguara. Buenos Aires, 2015.
- Valdés, Roberta. “Lineamientos teóricos/políticos acerca de la producción social de sentido del espacio urbano popular”. *Revista Question*. Instituto de Investigaciones en Comunicación, FPyCS-UNLP. Vol. 1. N° 41 (enero-marzo 2014). Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/2099> Consultado en mayo de 2015.

CAPÍTULO I

Un anclaje desde la investigación en
comunicación y cambio social para
pensar la relocalización

Abril de 2013 marcó un quiebre en La Plata. El agua arrasó con la ciudad y trastocó los modos de vivir. Durante esos días, frente al dolor por las pérdidas materiales, simbólicas y la vida misma, emergieron múltiples solidaridades que trascendieron los territorios cotidianos.

En ese marco y por la necesidad de construir obra hidráulica, se viabilizó un proyecto de relocalización en un asentamiento de Ringuelet³, un barrio ubicado a la vera del arroyo El Gato que se anegó fuertemente en aquellas jornadas. Por lo tanto, esta investigación abordó dos ámbitos: el barrio nuevo, ya relocalizado, en el que habitaban más de setenta familias, y el barrio histórico, próximo al arroyo. Explicaremos brevemente su conformación.

El asentamiento de Ringuelet se extiende por las calles 514 y 514 bis desde 6 en dirección descendente. La mayoría de las tierras son fiscales pero hay terrenos privados. La adquisición de los mismos se da a partir de la toma o la compra/venta manejada en muchas ocasiones por los punteros políticos⁴ del barrio: “Esto crea círculos viciosos donde un propietario o un inversionista intermediario (lotificador clandestino) vende lotes sin autorización, sin servicios, sin títulos de propiedad y en zonas inadecuadas” (Morales Schechinger, 2007: 6).

En este espacio hay una cancha de fútbol rodeada por viviendas ubicadas de manera contigua, construidas en su mayoría con madera, lona y chapa. Lindante a este espacio, perduran los restos de algunos juegos, en lo que solía ser una pequeña plaza. Al lado y a lo largo del arroyo hay (y había) casas con las características mencionadas y otras de material o durlock. Cabe destacar que, de acuerdo a Benítez y otros (2007), esta zona está rodeada de una red de comunicación significativa, constituida por la autopista, el ferrocarril, la avenida 7, Camino Centenario, etc.

³ El barrio está ubicado en la localidad de Ringuelet (La Plata): de ahí deriva su nombre.

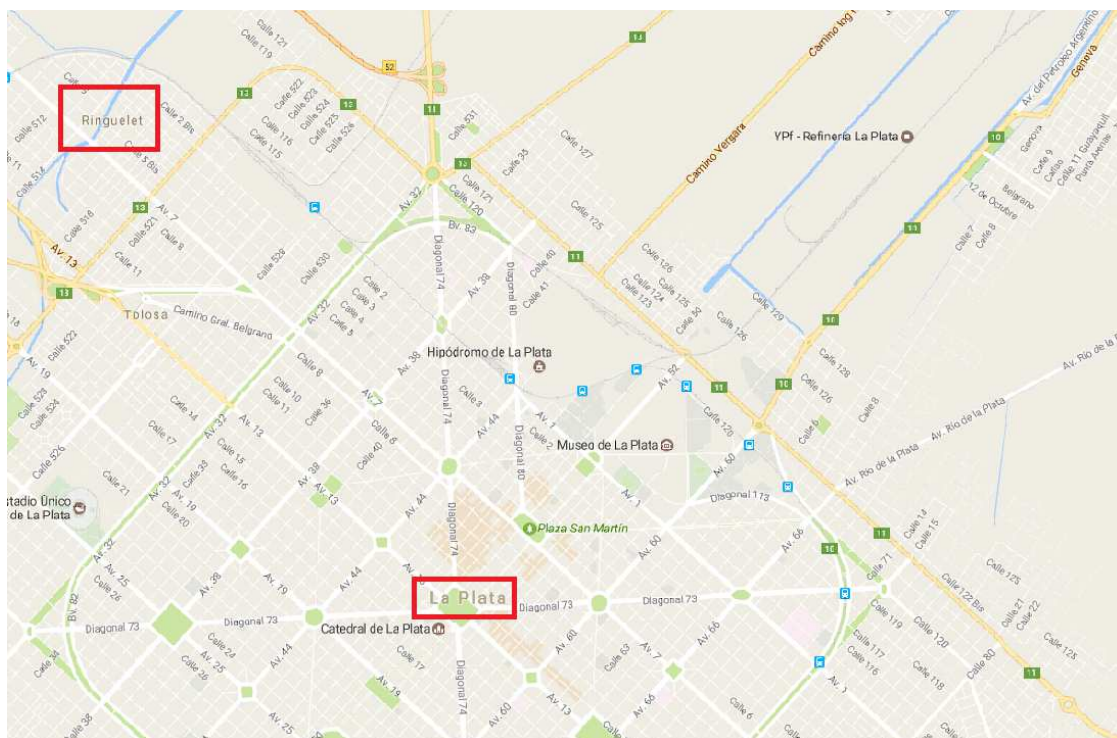
⁴ De acuerdo a Auyero (2002), se trata de mediadores o referentes de los partidos políticos en los barrios populares de Argentina. Otorgan bienes o servicios particulares (por ejemplo, distribuyen alimentos, materiales de construcción, medicamentos, etc) a los/as vecinos/as a cambio de apoyo político (participación en actos, en elecciones, etc). En: Auyero, Javier. “Clientelismo político en Argentina: doble vida y negación colectiva”. *Perfiles latinoamericanos*, junio 020. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. México. Pp. 33-52. 2002.



La zona del barrio conocida como “La canchita”. Fotografía de Lucía Giusiano tomada en el 11 de mayo de 2011.

Este territorio carece de los principales servicios públicos: los/as habitantes se encuentran enganchados al alumbrado de la cuadra, tienen acceso al agua a través de mangueras y de una canilla comunitaria, lo cual genera un gran déficit de presión en toda la zona, y utilizan garrafas. Los residuos se dejan en calles por donde pasa el servicio de recolección y los desechos cloacales se tiran en el arroyo. Tal como asevera Fernández (2011: 2): “Las viviendas de asentamientos informales en general no tienen títulos legales formales, y pueden mostrar patrones de desarrollo irregular, carecer de servicios públicos esenciales (...) y quizás estén construidas en suelos públicos o ecológicamente vulnerables”.

Smolka (2003) indica que una consecuencia de vivir en un asentamiento con estas características es que, al no tener una dirección de residencia, las personas son excluidas del trabajo formal. También ocurre que no ingresan ciertas autoridades y servicios públicos (Fernandes, 2011): según relatos de habitantes, a principios de 2014 se incendiaron tres viviendas en Ringuelet y los/as vecinos/as apagaron el fuego porque los/as bomberos/as no entraron.



Ubicación del asentamiento respecto del centro de la ciudad de La Plata.



Imagen satelital del asentamiento.



Algunas viviendas próximas al arroyo El Gato. Fotografía tomada el 21 de febrero de 2015.



La parte del barrio conocida como Ciudad Oculta. Fotografía tomada el 21 de febrero de 2015.

1. Historia del barrio

De acuerdo a los testimonios recogidos durante el trabajo de campo etnográfico, no existe una fecha exacta que indique con precisión cuándo comenzó a formarse este barrio. Según una vecina⁵, desde los años ‘60 se encontraban casas: “Había cuatro o cinco familias, ahora está todo, viste que estaba todo ya poblado, pero antes había poquita gente, estaba la escuela lejos”, comenta Josefa, cuyos hijos/as fueron en aquella época a la escuela n° 60 y hoy asisten sus nietos/as. Luego agrega: “Eso estaba vacío (...) tenía muchos yuyos, ponele, después empezamos a limpiar ahí y ahí edificamos, que después viste me fui haciendo mi casita”. Había pocos negocios y recién en los ‘80 considera que se empezó a poblar más el barrio.

Otra vecina, Elena, recuerda que en su infancia ocurrió una anegación:

Yo era chica, tendría 9 años, 8 años, que también hubo una inundación grande. Pero yo vivía en 514 antes de llegar a 4, nosotros teníamos una casilla porque esto era todo campo (...) Éramos tres casas nada más (...) No había nada, no había nada acá. Ahí también hubo una inundación grande, adonde vive mi hija Yamila que vendría a ser ahí al frente, también había dos casitas nada más en el frente, tres casitas en el frente me acuerdo y fueron las únicas casas que se inundaron y después las casas de acá también se inundaron pero a nosotros el agua nunca nos llegó ahí en la casa de mi mamá. No fue tan grande como ésta.

Elena menciona que la mayoría de las casas eran precarias y hace una descripción del barrio en los años ‘70:

¿Cómo era el barrio acá? Un monte. Las calles llenas de barro, había una pasarela justo ahí en 4 y en 3, una pasarela viejísima, cosa que vos podías salir a todos lados, el agua no corría acá, teníamos que ir... Me acuerdo que mi mamá iba hasta 516 y 3 a buscar el agua y la traía en baldes porque no había agua, teníamos que hacer pozo ciego. Después el agua la pasaron, cuando yo tenía 8 años, 9 años, la pasaron a 3 y 514.

Explica que iba al Colegio La Anunciación, una institución que en ese momento era pública, y se ubicaba cruzando la avenida 7. En la actual parada de micro, “había un

⁵ Utilizaremos seudónimos para garantizar el anonimato de los/as sujetos entrevistados.

ombú gigante”. No existía la salita cercana al barrio y las calles eran de barro: el asfalto llegó hace pocos años. También se incrementó la población residente –incluso detrás de las vías se asentaron familias, que constituían una parte del barrio conocida como Ciudad Oculta- y se construyó un puente para pasar de un lado del arroyo al otro.

Josefa explica que antes el barrio era tranquilo y ahora, en cambio, hay “más vagancia”. Podemos observar que a las modificaciones mencionadas hay que sumarle el hecho de que donde vivían cuantiosas familias, vuelve a haber monte: los yuyos y escombros de lo que solían ser casas se convirtieron en imágenes diarias para los/as habitantes del barrio que habitan desde las vías del tren hasta antes de llegar a la canchita, ya que ese sector fue relocalizado entre 2015 y principios de 2017.



Parte del barrio ubicada en 514 entre 1 y 3. Fotografía tomada el 16 de diciembre de 2014.



Parte del barrio ubicada en 514 entre 1 y 3. Fotografía tomada después de la mudanza, el 11 de diciembre de 2015.



Parte del barrio ubicada en 514 entre 1 y 3. Donde antes había casas y luego escombros, se ven las maquinarias de las obras. Fotografía tomada el 7 de febrero de 2017. A la derecha sigue habiendo escombros.

Por otra parte, según los testimonios a lo largo de toda la historia del asentamiento existieron diversos modos de organización y participaron diferentes grupos, desde organizaciones guerrilleras y movimientos político-partidarios hasta asociaciones civiles, colectivos religiosos y formas de organización que nacieron como política de Estado, tal es el caso de las cooperativas.

2. El proyecto de relocalización

Puede afirmarse que el proceso de relocalización involucra tres grandes aristas: la reubicación definitiva, la provisoria y las situaciones de aquellas familias que viven en terrenos privados⁶.

Luego de las inundaciones acaecidas el 2 de abril de 2013 en La Plata, comenzó a circular el rumor de que el barrio iba a ser relocalizado. Pasaron casi doce meses cuando todo el territorio fue censado y se dio comienzo a las asambleas en el Club Dardo Rocha⁷. En ellas participaban: los vecinos y las vecinas del asentamiento de Ringuelet, el presidente de la entidad, referentes del Movimiento Evita, voluntarios/as de TECHO, abogados/as y estudiantes de derecho (UNLP). Además, se incorporaron los coordinadores del taller de cine Diego Rodríguez, que se dictaba en el barrio, quienes en ocasiones se encargaban de filmar los encuentros. En algunas oportunidades, estuvieron presentes militantes del Frente Popular Darío Santillán. Específicamente, de la Brigada Hugo Chávez. No obstante, dejaron de concurrir a tales asambleas.

En este espacio las autoridades provinciales de la gestión del entonces gobernador de la Provincia de Buenos Aires Daniel Scioli describieron el proyecto: funcionarios/as del Instituto de la Vivienda de la Provincia de Buenos Aires (IVBA) y de la Dirección de Obra Hidráulica, todos/as pertenecientes al Ministerio de Infraestructura Bonaerense. En un principio la relocalización se haría en dos etapas: 120 casas⁸ para octubre de 2015 financiadas por FONPLATA⁹ y el resto para fin de año o el siguiente, con dinero del

⁶ Este último punto no será tratado ya que existe un juicio que, luego de la inundación y el proyecto de relocalización, estuvo frenado. Por otra parte, se espera que estas familias también sean reubicadas.

⁷ En un comienzo las asambleas se realizaban allí. A partir de septiembre de 2014, los encuentros –si se hacían– se llevaban a cabo principalmente en una esquina del asentamiento, en las veredas de las casas de vecinos/as o en el comedor del nuevo barrio.

⁸ Hablamos de “casas” y no de “familias” ya que no se tiene en cuenta el hacinamiento. El reemplazo, de acuerdo a los/as funcionarios/as de la gestión anterior, era “vivienda por vivienda”.

⁹ Los Gobiernos de Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay en la IV Reunión de sus Cancilleres llevada a cabo en Asunción el día 6 de junio de 1971, resolvieron: “Crear una entidad con Personería Jurídica Internacional que se denominaría: Fondo Financiero para el Desarrollo de los Países de la Cuenca del Plata”. Más información en: <http://www.fonplata.org/>

Gobierno Nacional, en el marco del Plan Federal de Viviendas. Esos plazos no se cumplieron.



Parte del proyecto oficial de 2014. “Propuesta de relocalización de viviendas asentadas en las márgenes del arroyo del Gato”.

Por otro lado, las obras en la parte del arroyo correspondiente al barrio iban a comenzar luego de que finalizara la construcción de las viviendas definitivas. Sin embargo, en septiembre de 2014 las autoridades plantearon la necesidad de una relocalización provisoria de las familias que vivían en las calles 514 y 514 bis de 1 a 3 para ingresar las máquinas al arroyo. Los/as vecinos/as se negaron y ello no ocurrió en ese momento porque se resistieron de forma colectiva en numerosas instancias de encuentro con los/as funcionarios/as.

Según testimonios de los/as habitantes, la situación hacia diciembre de 2014 era que desde el IVBA no querían dialogar con los/as vecinos/as en la asamblea. Intentaron hacerlo por separado –sin éxito- en mesas de trabajo de las que no podían participar otros partidos políticos.

De todos modos, el 31 de marzo de 2015 fueron relocalizadas once familias que vivían en Ciudad Oculta –una parte del barrio que se encontraba detrás de las vías, sobre calle 514 en dirección a la autopista-, el 22 de mayo, diez familias más y en meses posteriores las restantes que habitaban allí. De acuerdo a los relatos de vecinos/as, en la

relocalización convivían dos procesos: la problemática de la inundación y la electrificación del Ferrocarril General Roca, motivo por el cual estas familias se mudaron ya que, según sus testimonios, se precisaba el espacio para introducir maquinarias y electrificar las vías.



Las viviendas provisorias. Fotografía tomada el 13 de febrero de 2016.

En marzo de 2015 responsables del IVBA invitaron a los/as integrantes de la asamblea –reiteramos: vecinos/as que vivían en la calle 514 de 1 a 3, principalmente- a dialogar, conocer las viviendas en construcción y constituir una mesa de trabajo, pero ello no se efectivizó. No obstante, en diciembre de ese mismo año fueron relocalizadas estas familias, incluso las que se habían resistido. Tomaron la decisión de mudarse por fuera del espacio asambleario, es decir, se acordó en una conversación cotidiana e informal porque concibieron que ir a las viviendas provisorias iba a ser la única manera de llegar a las definitivas.

En ninguna instancia existió una propuesta por escrito con todos los aspectos mencionados de parte de la Provincia ni se contestó a las notas enviadas por la asamblea al Ministerio de Infraestructura. Sí se respondió un documento cuyo destinatario fue Gobernación: hablarían con los referentes de la cartera en cuestión antes de dialogar con el colectivo barrial.

A mediados de 2017, había alrededor de setenta familias viviendo en las casas provisorias y treinta en las definitivas. Las asambleas perdieron su nivel de convocatoria durante algunos meses pero entre abril y mayo de 2016 los vecinos y vecinas ya

relocalizados/as tanto en las definitivas como en las provisorias volvieron a reunirse, en el comedor del nuevo barrio, con el acompañamiento de referentes de TECHO y del Centro de Investigaciones Populares (CIP)¹⁰. Se enviaron cartas a diferentes funcionarios/as, debido a que hubo cambios de autoridades con la llegada de la nueva gestión¹¹, solicitando mejoras en la red de agua, en la cloacal, en la luz, en las calles y accesos, ya que las interrupciones de energía eléctrica eran continuas (por ello se realizaron cortes en la avenida 520, próxima al nuevo barrio), las cloacas se desbordaban, en las provisorias había humedad y, además, cuando llovía se inundaban los terrenos y se llenaban de barro. Luego de esos encuentros, los/as vecinos/as no volvieron a reunirse en asamblea.



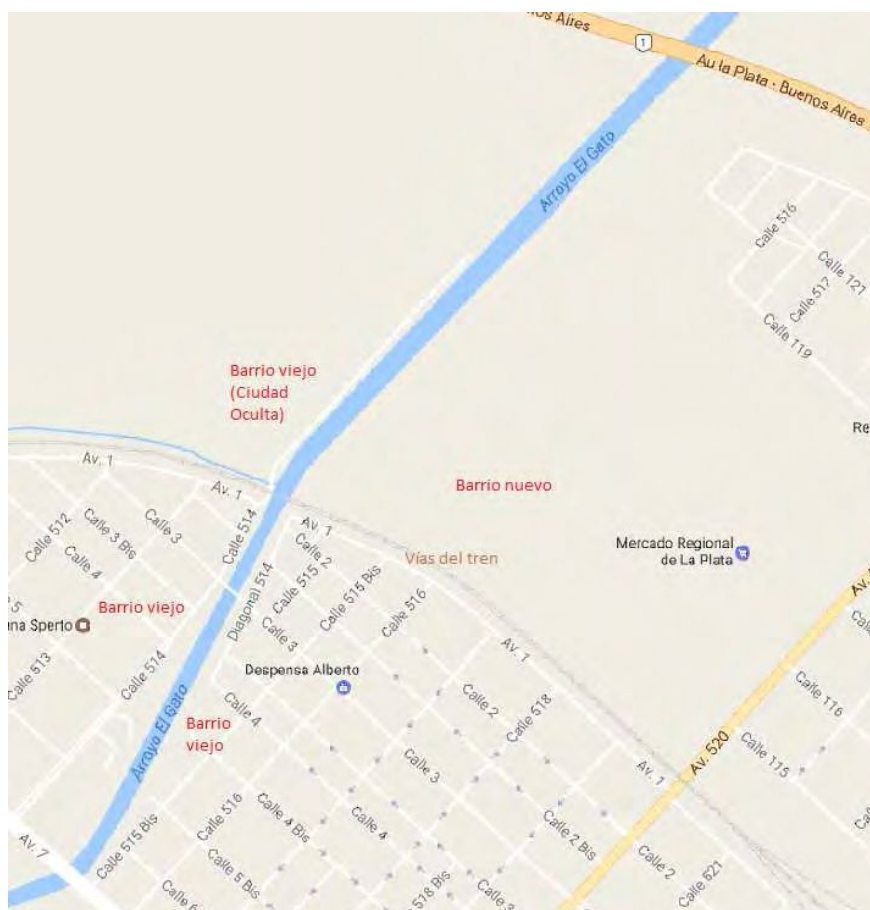
Las viviendas definitivas. Fotografía tomada el 13 de febrero de 2016.

Lo que se observó fácilmente es que se trató de un proceso lleno de irregularidades, en el que no se contemplaron aspectos claves de la Ley Provincial n° 14.449 de Acceso Justo al Hábitat: la participación, las características de la vivienda (en especial, de las provisorias), el diálogo. La situación durante 2014, 2015, 2016 y la primera parte de 2017 fue de incertidumbre para muchos/as pobladores/as, no sólo quienes ya habían sido reubicados/as sino también para aquellos/as que continuaron viviendo a la vera del

¹⁰ La persona que participaba lo hacía desde el año 2014. Antes militaba en el Movimiento Evita y el CIP, pero en 2016 abandonó tal espacio político partidario.

¹¹ Cabe recordar que en 2015 hubo elecciones presidenciales y provinciales en Argentina, resultando electos los/as candidatos/as de la alianza Cambiemos. Con anterioridad, gobernaba el Frente para la Victoria tanto en territorio nacional como bonaerense.

arroyo, quienes querían conocer el avance de las obras, el estado del proyecto y ser parte de espacios de encuentro para intervenir en el proceso de relocalización, tal como lo indicaba la normativa que, entre otros aspectos, consagraba el derecho a la participación y a la información de las políticas públicas vinculadas a esta materia.



Mapa de los dos barrios.

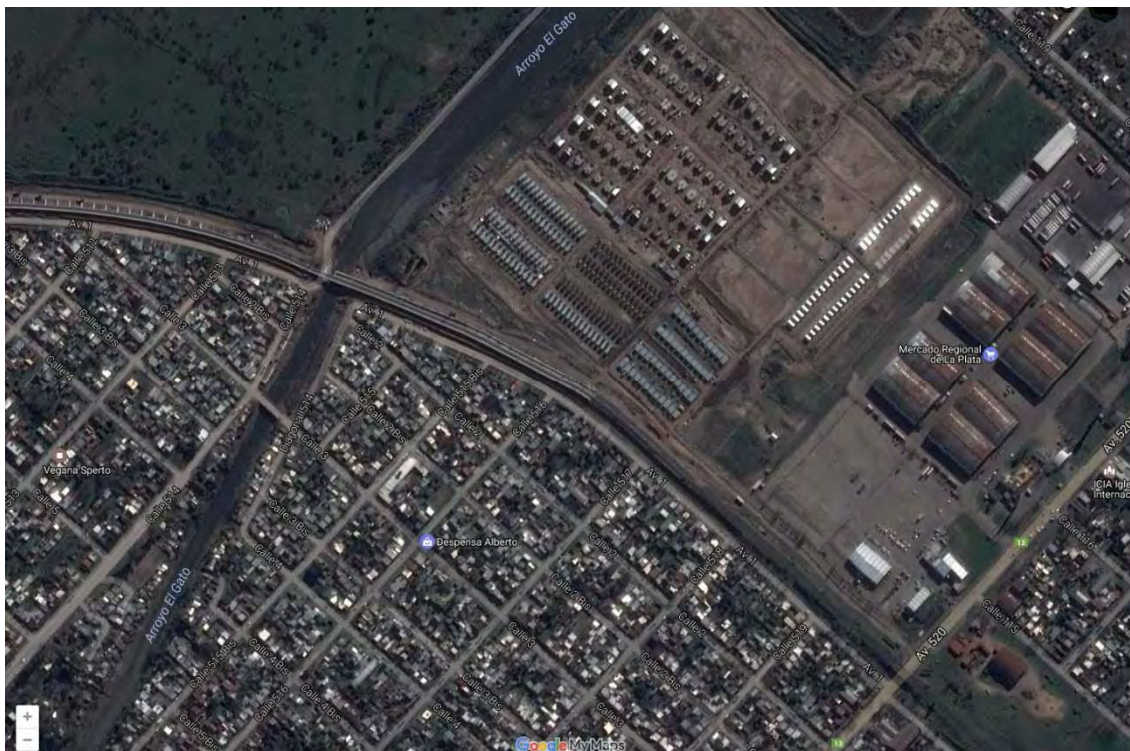


Imagen satelital de los dos barrios: el asentamiento y las viviendas provisionarias y definitivas relocalizadas.

3. Comunicación, estudios culturales y cambio social

Gumucio Dagron (en Cadavid Bringe y Gumudio Dagron, 2014: 7) afirma que “la distancia entre la comunicación, la cultura y el conocimiento no existe cuando se entiende que no puede darse la generación de conocimiento nuevo al margen de las culturas y cuando comprendemos que el conocimiento que no se comunica es un conocimiento que no existe”. Por eso, en esta tesis partimos de ubicar a la comunicación en los estudios culturales y hermana del concepto de cambio social.

Para Cadavid Bringe (en Cadavid Bringe y Gumudio Dagron, 2014: 41), en esta perspectiva ha fluido el pensamiento latinoamericano en comunicación e indica que la comunicación y cambio social “señala la capacidad propia que surge de la comunicación como campo de construcción social y cultural para transformar esa sociedad en su conjunto”. Es participativa, dialógica, está basada en las culturas y se define como democrática ya que construye espacios para la visibilidad y expresión de todos/as. En este campo la comunicación es una dimensión de lo cultural y social, que puede fortalecer las transformaciones y no se trata de un instrumento –por lo que preferimos hablar de comunicación y cambio social, en lugar de *para-*; se pone el foco en temáticas de derechos humanos, ambiente, género, participación, etc; e interesan las interacciones personales y no sólo los consumos y producciones mediáticas.

En esa línea, retomamos de los estudios culturales latinoamericanos “el pasaje de la mirada anclada en los medios hacia las mediaciones culturales” (Saintout, 2003: 21), propuesta por Martín-Barbero en 1987. La comunicación es concebida como constitutiva de la cultura: “Se trata de un campo vigoroso que entiende y asume que la cultura no es estática, ni un sistema cerrado y que por ello mismo, ésta es además de fuente de ‘entendimiento mutuo’, una fuente constante de conflicto” (Reguillo, 2004: 7).

Para Ríos (en Mato, 2002), los estudios culturales latinoamericanos constituyen un campo de estudio que se configura al interior de la tradición crítica latinoamericana y que dialoga con las escuelas de pensamiento estadounidenses y europeas. Analizan la producción simbólica de la realidad y esto implica que, en tanto campo, no se definen por los temas (ya que cualquier cosa puede ser leída como texto cultural, según la autora), sino por el acercamiento epistemológico y metodológico: “Los Estudios Culturales Latinoamericanos —como los ‘Cultural Studies’ — producen así su propio objeto de estudio en el proceso mismo de su investigación” (Ríos, 2002: 1). Además, apuestan al resquebrajamiento de las fronteras académicas tradicionales, “proponen un nuevo archivo —donde lo cultural y lo político resultan determinantes— y reclaman una reflexión y autocrítica continuas, por parte de sus ‘practicantes’, frente a sus propios procesos de investigación y de escritura” (Ríos en Mato, 2002: 1).

4. Fundamentación

Dado que se parte de la perspectiva de comunicación y cambio social y que ésta constituye un campo que continúa en desarrollo, se vuelve fundamental construir reflexiones que sean un aporte para este estudio. Sin concebir a la realidad como un todo homogéneo, sino comprendiendo que cada país y región tienen sus particularidades, se considera que si el horizonte es pensar en la posibilidad de transformar modelos injustos que producen inequidad, es imperioso investigar algunas prácticas concretas en vistas al cambio social. De ahí radica la importancia de analizar la relocalización porque promueve transformaciones de sentidos en la vida cotidiana de los sujetos que habitan el asentamiento y, a su vez, da lugar a formas de organización para intervenir colectivamente en el territorio.

4.1. Estudiar el hábitat desde la comunicación

Este trabajo resulta relevante ya que hay un área de vacancia respecto de los estudios sobre relocalizaciones barriales, indagadas desde la comunicación y cambio social, que pongan el foco en los actores, las prácticas y los sentidos¹².

Las cuestiones vinculadas al hábitat popular suelen ser abordadas desde distintas disciplinas: el urbanismo, la antropología, la sociología, geografía, trabajo social, etc. La comunicación se ha encargado de dar cuenta de esta problemática enfatizando en la producción social de sentidos.

Partimos de la comunicación y cambio social como campo no acabado, que se diferencia tanto de la comunicación *para* el desarrollo como de la comunicación *para* el cambio social: en ambas perspectivas la comunicación queda relegada a mero instrumento para lograr determinados fines (Cadavid Bringe y Gumucio Dagron, 2014). Además, el concepto de desarrollo ha tenido implicancias históricas, sociales, políticas y culturales en detrimento de las subjetividades de los pueblos del llamado Tercer Mundo, por lo que lo rechazamos.

Consideramos que es muy difícil analizar problemáticas de hábitat sin tener en cuenta la mirada comunicacional ya que este concepto parte del latín *communis* que significa poner en común, dialogar, compartir, comunión. Todo ello está presente a la hora de abordar un conflicto de este tipo y da lugar a la producción de significados compartidos y/o en tensión sobre las maneras de habitar, a prácticas, participaciones, discusiones, encuentros y desencuentros entre los actores intervinientes. ¿Cómo imaginar un espacio asambleario en tanto lugar de toma de decisiones y discusiones sin comunicarnos? ¿Cómo no abordar todo el territorio en tanto escena comunicacional donde se tejen significaciones sociales? Entonces: ¿Cómo no estudiarlo desde la comunicación? Como señala Valdés (2014), el aporte de la comunicación trasciende lo mediático: hay que pensar a los/as habitantes del barrio como sujetos de comunicación/cultura. Sus vivencias, experiencias y conocimientos son valiosos para discutir y problematizar esta temática. De acuerdo a Valdés (2014: 31): “Entender los sujetos, sus vínculos, sus prácticas, sus maneras de percibir el barrio es decir, sus sentidos, es tarea de los comunicadores y aporta un brazo necesario a la hora de abordar las problemáticas referidas al acceso a la ciudad y al hábitat popular urbano”.

¹² Aclaramos que desde otros campos de saberes sí se han estudiado relocalizaciones u otros procesos de construcción de hábitat popular.

4.2. Los asentamientos y las inundaciones

Los asentamientos de La Plata sufrieron fuertemente las consecuencias de las inundaciones de 2013. Por eso, esta tesis busca problematizar cómo se vivieron las anegaciones, los modos en que se organizaron durante aquellos días los/as vecinos/as, las formas de articulación o no con el Estado y las organizaciones sociales y cómo se dio el proceso de relocalización de este barrio en particular.

El asentamiento de Ringuelet se vuelve un caso clave para estudiar porque su reubicación se concreta a partir de las inundaciones y de la necesidad de realizar obras en el arroyo El Gato. La comunidad involucrada es diversa en sus prácticas, saberes, nacionalidades y experiencias previas de organización. Mientras algunos grupos de vecinos/as han participado de colectivos (comedores, mesas de trabajo, etc), otros nunca habían realizado una intervención directa y/o planificada hasta la creación de la asamblea. Las inundaciones trastocaron ese esquema. En algunas zonas emergieron prácticas solidarias y el acompañamiento entre estos actores, pero en otras ello no ocurrió con gran magnitud. Sin embargo, todo eso junto al proyecto de reubicación obligó a muchos/as a encontrarse, participar y organizarse para intervenir en la producción del nuevo barrio, en el espacio que se iba a habitar, además de modificar los sentidos construidos hasta entonces sobre los modos de habitar.

5. Perspectiva política de la investigación

Consideramos fundamental dejar en claro desde dónde nos posicionamos para realizar esta tesis. Por ello, retomamos la mirada de Orlando Fals Borda (1987 en Gumucio Dagron y Tufte, 2008), quien sostiene que la ciencia es un producto cultural con objetivos humanos, en el que están presentes los prejuicios de clase y valores que tienen los/as científicos/as como grupo. De esta manera, favorece a quienes la producen y controlan. Por su parte, Jorge González Sánchez¹³ relata que la forma social en que nos organizamos para producir conocimiento se inscribe en el producto. Tales afirmaciones habilitan a pensar el carácter político de la investigación y una de las preguntas que surge es por qué un/a comunicador/a decide emprender esta tarea. Algunas razones pueden tener que ver con el ego intelectual, con la intención de generar reflexiones que

¹³ En el marco del Seminario “Cultura, producción de sentido y formación de subjetividad” dictado en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata del 1 al 5 de julio de 2013.

ayuden a problematizar sobre nuestras sociedades y/o debido a que es posible entender a la investigación como praxis, entre otras causas.

Al partir de la política, nos remitimos a la polis griega donde el concepto hace referencia a las actividades efectuadas para el bien de todos/as. Con el foco en el bienestar/buen vivir común, la política se manifiesta en acciones sociales individuales o colectivas, siendo el pueblo, las personas de carne y hueso, su actor social activo, concibiéndolo en el presente como un sujeto colectivo con una conciencia de identidad propia, portador de valores y también de recursos que le permiten actuar para defender los intereses de los miembros de la sociedad y/o de los individuos que representa, para hacer frente a las necesidades prioritarias (Touraine, 1987).

En 1978 Fals Borda menciona que las ocasiones de confrontar en forma directa procesos fundamentales de cambio social son escasas. Asegura que, como generación, tienen el privilegio de vivir tales acontecimientos y, asimismo, explica que “es también nuestra responsabilidad, como pertenecientes a una comunidad de científicos, el saber interpretar esta transformación y derivar datos adecuados a entenderla para ayudar a construir el futuro” (Fals Borda, 1978:1).

En aquella concepción de “construir el futuro” se empieza a vislumbrar la posibilidad de que la investigación se convierta en acción: ya no se trata de imaginar un/a intelectual aislado, perdido/a entre sus libros, sino una persona concreta, dispuesta a indagar ciertas cuestiones y siempre con un compromiso asumido ante las problemáticas que aquejan a las comunidades latinoamericanas, con las exigencias de cambio que las circunstancias reclaman. Entonces, es nuestra tarea interpretar el contexto en conjunto para actuar en grupo, sin imponer concepciones o líneas de acción, para que todos/as los/as sujetos sean protagonistas de sus historias. Dialogar con los/as pares, aprender a escuchar para que cada trabajo se vea atravesado por otras miradas y no sea el resultado de un análisis individualista (si es que ello es posible).

Desde ese lugar, es posible pensar la investigación en comunicación y cambio social. Éste es definido como acciones orientadas a la transformación, a partir de la lectura colectiva y crítica (Teodosio, Ramírez de Castilla y Bernat, 2012). Se funda en la participación, la confianza y el diálogo en una búsqueda de empoderamiento de las comunidades, desde la equidad, la creatividad, con memoria y conciencia del contexto. “Los procesos de comunicación son la manera más adecuada de abordar complejos problemas sociales, porque permiten a las comunidades definir quiénes son, cuáles son sus aspiraciones y necesidades, y cómo pueden trabajar colectivamente para mejorar sus

vidas” (Gumucio Dagron y Tufte, 2008: 17). Esta perspectiva implica una vocación política, plantea las potencialidades de los colectivos para crecer como redes y para generar diálogo interinstitucional con el objetivo de transformar modelos injustos en pos de una mayor equidad.

Al reflexionar sobre la condición política de la investigación, es imprescindible tener en cuenta las variantes que existen referidas a la transformación de realidades: no sólo se habla de “comunicación para/y el cambio social”, sino también de “comunicación para el desarrollo” y allí es donde se puede observar más claramente el vínculo con lo político, que trata las maneras en que se instituye la sociedad, la arena de conflictos y contradicciones, y con la política, en tanto prácticas tradicionales e instituciones.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, comenzaron a utilizarse herramientas de comunicación aplicadas a programas de desarrollo. De acuerdo a Alfonso Gumucio Dagron y Thomas Tufte (2008), dos ideas dominaron durante cincuenta años este campo: por un lado, los modelos basados en teorías y técnicas de modernización, propias de las estrategias empleadas por el gobierno estadounidense durante la contienda mencionada y el sector industrial, que ambicionaba posicionar sus productos en la época de posguerra; y, por el otro, las iniciativas que surgieron a partir de la lucha contra poderes coloniales y dictatoriales impuestos sobre los llamados países subdesarrollados.

Las fórmulas vinculadas a las teorías de la modernización buscaban la expansión de los mercados y *asimilar* a las masas mediante persuasión, transferencia de información y difusión de innovaciones.

Desde otro punto de vista, se realizaron planteos relacionados a los hechos sociopolíticos y a la cultura de los países de África, Asia y América Latina¹⁴. Un aspecto clave fue que mientras en el primer caso se aspiraba a modificar comportamientos individuales, en el segundo el objetivo era producir transformaciones con la comunidad y no para ella.

¹⁴ Uno de los planteos fue la Teoría de la Dependencia, que postulaba que el subdesarrollo no era una etapa que llevaría gradualmente al desarrollo, sino que se debía a la expansión de los países industrializados. Las condiciones históricas hicieron que el mercado global se estructurara favoreciendo a los países del norte (centro), empobreciendo a los del sur (periferia). De todas maneras, no se ahondará en esta perspectiva en el presente texto.

5.1. Un acercamiento a los debates en torno al desarrollo

Andreas Fuglesang (1982 en Gumucio Dagron y Tufte, 2008: 379) critica “el mito del desarrollo”, ya que la noción implica un juicio de valor, que indica que la situación deseable a alcanzar consta sólo de crecimiento económico: es un proceso lineal, único y posible de cambio que culminaría en la sociedad moderna occidental de consumo.

En la misma línea, Georgette Wang y Wimal Dissanayake (1984 en Gumucio Dagron y Tufte, 2008) destacan que desarrollo es una categoría ambigua, que se confunde con occidentalización, industrialización y modernización. El primer término hace referencia al proceso de pasar a ser como los países occidentales, sin indicar cuál; el segundo pone en el centro el crecimiento y expansión de la industria; y, el último, incluiría a los dos anteriores.

Si bien ambos/as escritores/as se apropian de la noción y la resignifican ligándola a las mejoras de la calidad de vida de las mayorías, haciendo a los sujetos “dueños[as] de su propio destino” (Wang y Dissanayake, 1984 en Gumucio Dagron y Tufte, 2008: 438), aún así, es importante citar a Amparo Cadavid Bringe (2008), quien declara que entre los/as teóricos/as y académicos/as mantener el empleo de la expresión “comunicación para el desarrollo” o comenzar a hablar de “comunicación para el cambio social” continua siendo un dilema.

Sin embargo, la autora señala que tratar de comprender el concepto de comunicación sometiéndolo al de desarrollo es inaceptable porque éste varió drásticamente en los últimos veinte años. También agrega que en el presente las formas diversas y contradictorias de concebirlo existen no sólo en las universidades, sino también en los medios, en las organizaciones sociales y en otras instituciones “dependiendo de quién, dónde y para qué se utilice” (Cadavid Bringe, 2008: 373).

5.1.2. El desarrollo en carne viva: críticas a un modelo ajeno

“Tú no puedes comprar al viento.
Tú no puedes comprar el sol.
Tú no puedes comprar la lluvia.
Tú no puedes comprar el calor.
Tú no puedes comprar las nubes.
Tú no puedes comprar los colores.
Tú no puedes comprar mi alegría.
Tú no puedes comprar mis dolores”.
Latinoamérica – Calle 13

Juan Díaz Bordenave manifestó en 1976 que casi todos los estudios llevados a cabo en estas tierras estaban empapados del proyecto de difusión estadounidense. El autor entendía que los/as profesionales de la comunicación del sur del continente debían desafiar su obligación mental de ver la realidad propia a través de la ideología y de los conceptos ajenos y aprender a interpretar estos procesos con su mirada. Indicaba que las recetas clásicas de difusión se formularon bajo condiciones socioeconómicas distintas y a partir de una postura incompatible con nuestro contexto.

Por lo tanto, hoy podría decirse que la exigencia es valorar lo propio y reivindicar una matriz de pensamiento latinoamericana¹⁵, constituida a partir de un nosotros/as inclusivo y no con una admiración/sumisión total a las teorías importadas de otras repúblicas. Según el autor, en América Latina aprendemos que los estudios sobre las innovaciones en comunicación no son libres de ideología ni neutrales en lo político. Declara que el/la científico/a que dice querer analizar sin comprometerse con la sociedad, está tan involucrado como aquel/lla que concibe la investigación en tanto herramienta hacia el cambio humano y social (Díaz Bordenave, 1976 en Gumucio Dagron y Tufte, 2008). Curiosa afirmación si se piensa en aquellos sujetos que hoy se perciben *apolíticos*, quienes disfrazados de cierta imparcialidad, suelen defender el statu quo al desprestigiar cualquier iniciativa tendiente a generar alguna modificación. ¿Acaso no habrían estado haciendo lo mismo los/as científicos del desarrollo?

A pesar de aceptar e incorporar en su discurso dicha expresión, Rogers (1976 en Gumucio Dagron y Tufte, 2008) cuestionaba que todo lo que no se contaba en dólares no calificaba como desarrollo. Por tal motivo, lo que sí se consideraba de ese modo se podía cuantificar y debía tener un resultado instantáneo. Ello fue favorecido por el empirismo de las ciencias sociales estadounidenses, que permitió definir qué era y qué no era desarrollo, dotando a esta palabra de un carácter deshumanizado: los bienes materiales eran medibles en dinero, pero no así valores como la dignidad, la justicia y la libertad. Desde esta perspectiva, el desarrollo no transcurría por esos caminos, con las graves y crueles consecuencias que ello acarrearía para los países que no se subían a ese tren: se creía que para que haya crecimiento económico, era indispensable la estabilidad y unidad política, por lo que, aumentó el autoritarismo. En muchos casos, se instalaron

¹⁵ Alcira Argumedo (2009:79) define matriz teórico-política como la “articulación de un conjunto de categorías y valores constitutivos, que conforman la trama lógico-conceptual básica y establecen los fundamentos de una determinada corriente de pensamiento”.

dictaduras militares, que pisoteaban las libertades individuales (Rogers, 1976 en Gumucio Dagron y Tufte, 2008).

Libertades restringidas, justicia en numerosas ocasiones sometida al *palito de abollar ideologías*, las consecuencias materiales de este esquema fueron claras: más estancamiento, mayor concentración de ingresos y de poder, alto desempleo y escasez de alimentos.

5.1.3. Una aclaración sobre la noción de desarrollo

Entre otras cuestiones, en este capítulo explicamos por qué preferimos hablar de cambio social o transformaciones sociales y no de desarrollo. Sin embargo, también es importante reflexionar en torno al concepto –a los conceptos- de desarrollo que supimos construir. Para ello, necesitamos partir del pensamiento moderno que entiende que, a través de la razón, todo lo puede conocer y dominar. La modernidad es indisociable de la llamada revolución científico-técnica y de la idea de progreso indefinido, que prometía un futuro feliz para toda la humanidad. Todo ello ha generado una mirada destructiva sobre la naturaleza, en algunos casos, y sobre cuantiosos pueblos del mundo, como mencionamos en líneas anteriores.

Podemos pensar que la noción de desarrollo tiene su origen –o al menos vínculos estrechos- en estas ideas propias de la Ilustración. Observamos que aparece en las políticas públicas internacionales en los años ‘50 y ‘60 con la intención de controlar países que pueden emprender un camino similar al de Cuba y al de otras naciones llamadas *tercermundistas*: para evitar que existan otros territorios comunistas/anticapitalistas en un contexto de Guerra Fría, Estados Unidos principalmente promueve programas que tienen como objetivo “desarrollar” a los “subdesarrollados”. El debate respecto a este paradigma comienza luego de la Caída del Muro de Berlín y prolifera una idea de desarrollo orientada al mercado. Estas nociones dan cuenta de relaciones de poder: ¿Quiénes son desarrollados/as? ¿Quiénes subdesarrollados/as? ¿Quién define esto y los caminos para desarrollarse?

En esa línea, François Vallaey (s.f.) indica que muchas veces se produce un etnocidio con aquellas poblaciones que no están insertas en el mundo occidentalizado y modernizado, es decir, que se destruyen estas culturas con el fin de desarrollarlas. La donación de casillas de correo a comunidades analfabetas es un ejemplo grotesco de cómo se actúa en desmedro de un colectivo cuando se lo desconoce e ignora (ejemplo comentado en Gumucio Dagron, 2004: 11).

Hacemos tales aclaraciones para indicar que hay una mirada que practica un desarrollo egoísta, vertical, egocéntrico, desigual y excluyente. Sin embargo, entendemos que pueden convivir múltiples sentidos y que no debemos, por la existencia de prácticas inadmisibles, condenar a un concepto. Al contrario, es tarea nuestra –como comunicadores/as- resignificarlo.

En esa línea, destacamos la mirada de Amartya Sen (2000: 31), quien entiende al desarrollo como una expansión de las libertades humanas: “El desarrollo tiene que ocuparse más de mejorar la vida que llevamos y las libertades de que disfrutamos (...) no sólo enriquece nuestra vida y la libera de restricciones, sino que también nos permite ser personas sociales más plenas, que ejercen su propia voluntad e interactúan con -e influyen en- el mundo en el que viven”. El Premio Nobel de la Paz hace hincapié en la capacidad de agencia que tenemos los actores sociales, es decir, en que podemos provocar cambios y transformaciones socio-culturales.

Por su parte, Vallaeyls explica que los procesos de desarrollo han implicado un intento de occidentalización o modernización de las poblaciones, como si ello fuera neutral, lo cual muchas veces es resistido. Desde una epistemología de la humildad, propone que cada comunidad pueda de forma autónoma establecer qué es bueno y qué es malo, qué desea, etc. Por eso, afirma que sin el consentimiento del otro/a, no se lo/a puede desarrollar desde afuera y concluye: “Querer desarrollar a otro[a] sin su participación nunca es eficaz porque nunca es justo” (Vallaeyls: s.f: 4). El autor invita a construir una comunidad de aprendizaje para el desarrollo, en la que se participe en tanto socios/as en relaciones horizontales. No hay que partir de definir al otro/a como carente (de saberes, de bienes materiales), sino permitirnos un proceso de entre-aprendizajes y que cada comunidad precise qué entiende por desarrollo, puesto que las definiciones son culturales.

Vallaeyls propone modificar el paradigma del desarrollo social, lo cual requiere: un esclarecimiento del concepto de ética, regresando al universalismo moral; que la definición de desarrollo busque la autonomía y no el bienestar; por último, corrernos de las estrategias definidas por profesionales externos/as hacia aquellas que impliquen facilitación, democracia y asociación.

Es imperioso el abandono de la tentación ego y etnocéntrica de querer que todos/as sean como nosotros/as y “empezar a admitir que otros[as], con otras costumbres e interpretaciones del mundo, puedan vivir y pensar de modo diferente” (Vallaeyls, s.f.: 8). Entonces tenemos que caminar hacia un desarrollo social, convivencial, dialógico,

participativo, autónomo y ético. Y en ese caso podremos admitir el empleo de tal concepto.

De todas maneras, tal como planteamos al inicio de la tesis, en este trabajo hablaremos de cambios o transformaciones sociales: siguiendo a Ramírez de Castilla, Bernat y Teodosio (2014: 15), consideramos que no es posible pensar las nociones de comunicación y cambio social por separado: “Resulta inadmisibile plantear el horizonte de las transformaciones sociales disociado de la comunicación, en tanto proceso de producción y lucha –fundamentalmente, lucha- por los sentidos. Comunicación proviene de comunidad, se vincula con encuentros, a los que cada uno[a] llega con su subjetividad y, desde ahí, se construye entre-todos[as]”.

6. Reflexiones sobre lo político de la investigación

Chantal Mouffe (2007) plantea que las cuestiones políticas no son meros asuntos técnicos que van a ser resueltos por expertos/as. Aclara que “lo político” es la dimensión de antagonismo constitutiva de las sociedades humanas, mientras que “la política” es el “conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crea un determinado orden, organizando la coexistencia humana en el contexto de la conflictividad derivada de lo político” (Mouffe, 2007:16).

A partir de allí, se puede discutir la condición política de la investigación desde la idea de conflictividad que aqueja al campo, valorando aquella dimensión en detrimento de la búsqueda de una unidad. Signado de contradicciones, de luchas por el reconocimiento, este trabajo puede enriquecerse si se deja de enaltecer la exigencia de objetividad, que está claro no existe porque la ciencia neutral es una ficción (Bourdieu, 2008), que ha operado en varios momentos quebrantando las subjetividades de cuantiosos pueblos.

Para ello es posible recordar que comunicación parte de *communis* (poner en común) pero también implica hostilidad: el conflicto tiene un papel constitutivo en la vida humana.

De acuerdo a Jorge Huergo (2011), comunicación como verbo tiene dos significados. El primero es equiparable a informar o transmitir, persuadir o interpelar al otro/a. Está íntimamente vinculado con divulgación: se supone que comunicar es *transmitir* de manera generosa al *vulgo* algo que un actor social especializado posee y ha construido. Dicho de otro modo: el conocimiento va del experto/a al iletrado/a y allí se juega una relación de poder, que es asimétrica. Paulo Freire habla de la alienación de la ignorancia: “El otro[a] siempre es el ignorante, es el que no sabe y que, además, no

puede hacer un proceso de conocimiento sin la donación por parte del que posee el saber” (Huerco, 2011).

El autor argentino relata que en la ciencia y la tecnología se legitima esta situación, por ejemplo, a través del lenguaje: se emplean palabras que resultan inaccesibles para muchos/as. Cuanta más sofisticación y especialización, mejor.

A partir de ello, es importante reflexionar sobre qué tipo de investigación intentamos favorecer. Lejos de querer generar un todo armonioso, se imagina un encuentro donde los/as que se reúnen cargan con sus problemas, sus memorias y sus diferencias (Huerco, 2011).

En este sentido, es interesante volver a Bourdieu (2005), quien concluye que el objetivo no es leer ponencias, sino “exponerse”. Ello exige no cerrar los ojos ante las problemáticas de nuestras sociedades. Poner el cuerpo, comprometernos con la realidad para intentar transformarla. Como sostiene el sociólogo francés: la ciencia social tiene que tomar partido en la lucha política.

6.1. El rol de los/as comunicadores/as: investigar y transformar

Frente a la crisis científica, política y moral del mundo, Fals Borda (1987 en Gumucio Dagron y Tufte, 2008) plantea que se podría estar construyendo un nuevo discurso, que aparte los vocablos favoritos de los países ricos (desarrollo, subdesarrollo, crecimiento por sí mismo, etc), dando lugar a otros como participación, regionalidad y poder.

Habiendo dejado en claro la preferencia por evitar el concepto de desarrollo, la propuesta es encaminar los estudios por la línea de comunicación y cambio social, alejándonos de una relación vertical con la comunidad y trabajando junto a ella.

Fals Borda (1978) considera que no se puede ignorar el impacto político, social y económico de esta tarea. Por lo tanto, es imperioso elegir indagar sobre aquello que sea coherente con nuestra visión de la responsabilidad social.

Cadavid Bringe¹⁶ describe el hecho de que algunos/as profesionales tienen el dilema de ubicarse entre el activismo y la academia. Puntualiza que en los dos casos su objetivo es producir transformaciones con los/as otros/as y difundirlas con el fin de que esta realidad sea más justa para todos/as y no sólo para algunos/as. Sin embargo, muchos/as buscan combinar las dos actividades: un pie en la universidad, otro en el campo. A aquellos/as los/as llama anfibios/as, debido a que bucean con propiedad por ambas

¹⁶ Ver Site <https://sites.google.com/site/amparitoweb/texto>

aguas. Por su parte, Svampa (2008) también intenta articular lo académico y la militancia y alude al mismo carácter anfibio ya que, tal como lo hacen los vertebrados denominados con esta categoría que pueden habitar ambientes diversos, el/la investigador/a anfibio/a tiene la posibilidad de producir relaciones, solidaridades y cruzamientos entre realidades distintas. Esto no lo/a exime de poner sobre la mesa su saber crítico. Svampa (2008: 15) observa una potencialidad en el/la intelectual anfibio/a porque considera que “lejos de traicionar el habitus académico o de acantonarse en él, de lo que se trata es hacer uso de él, amplificándolo, politizándolo en el sentido auténtico del término”.

Alfonso Gumucio Dagron (1998) propone pensar en el nuevo comunicador (en nuevas comunicadoras), quien tendría una sensibilidad especial para trabajar con los seres humanos, además de conocer las herramientas y tecnologías de comunicación con el anhelo de elaborar tácticas que favorezcan procesos de participación. Debe tener en claro que la comunicación y cambio social¹⁷ se relaciona con culturas de forma horizontal y respetuosa, valorando los procesos más que los resultados.

Para lograrlo, una de las claves es que las comunidades se empoderen, lo cual refiere a que los individuos y los grupos tengan autonomía en la toma de decisiones. Esta noción es relevante ya que autonomía consiste en darse su propia ley: la idea de que los sujetos y las sociedades puedan y deban ser los protagonistas de su devenir al organizar en torno a sí mismos los significados del mundo (Larrosa en Houssaye, 2003), porque cuando un sujeto se posiciona de tal forma frente a la historia intenta transformarla (o conservarla). Para eso se requiere el libre acceso a la información, la participación inclusiva, la responsabilidad y partir de convicciones y sueños. Al nuevo/a comunicador/a le correspondería acompañar y motivar este proceso.

No puede olvidarse que lo político condensa los intereses económicos de distintos sectores, además de las identidades sociales y culturales (Argumedo, 2009). Desde esa posición, se percibe a la historia ya no como un proceso lineal que tiende a cumplir fines de un hombre (no una mujer) universal, sino como enfrentamientos y acuerdos entre diferentes proyectos, aspiraciones, etc (Argumedo, 2009). Aquella idea deja en claro que la univocidad del desarrollo aplicado a la investigación lejos de dar lugar a la aceptación de la diversidad, favorece el pensamiento absoluto, donde un modo de vida se presenta como el ejemplo a seguir.

¹⁷ El autor habla de comunicación *para* el cambio social, pero en esta tesis preferimos utilizar la *y*.

En los años '50 y '60 en casi todos los países se crearon comisiones de desarrollo, precedidas por banqueros/as y economistas (Rogers, 1976 en Gumucio Dagron y Tufte, 2008). En ese entonces, el gobierno construía mensajes convincentes de manera vertical y jerárquica. La difusión de innovaciones consistía en “transmitir los datos de la modernización a la vez que persuadir a los receptores[as] o usuarios[as] de los beneficios de esos datos” (Huergo, 2011) y se aplicaban estrategias de marketing para expandir masivamente los consumos.

En la actualidad, la invitación transcurre por otros caminos. La unidireccionalidad de aquella categoría, lejos de empoderar a las comunidades, las sometía a la ideología y prácticas que venían del norte, pero se ejecutaban en estas tierras. Pensar en cambio social, con las personas y no para ellas, implica reconocerse como sujeto activo de la historia, con posibilidades de transformarla.

Huergo (2011) relata que con las innovaciones lo que también se difunde generosamente es la racionalidad de los países modernos y occidentales, lo cual recuerda a Freire (2010) que explica que los/as opresores/as tienen la necesidad de que continúe la situación de injusticia para que su falsa generosidad se realice. Si se reflexiona sobre ello, enseguida se vislumbra que esta idea se contrapone a la de empoderamiento, que consiste en que los grupos confíen en sí mismos y se organicen para impulsar modificaciones de las situaciones que padecen.

El pedagogo brasileño destaca que en la lucha por restaurar la humanidad se intenta recuperar la verdadera generosidad. Entonces se precisa reconocer de modo crítico la realidad para instaurar, a través de la acción, un escenario diferente.

Todo ello retrotrae a la pregunta de Neville Jayaweera (1987 en Gumucio Dagron y Tufte, 2008) por la manera de transformar una sociedad codiciosa en una solidaria. Dejar de lado las ansias de los bienes de consumo y el dinero para dar lugar al deseo de construir otro tipo de lazo social. Que ello se vea también en la investigación: al no constituir una imposición sino un trabajo colectivo con los/as otros/as, al reconocer la importancia de la práctica como inspiración para la teoría (Gumucio Dagron y Tufte, 2008) y con el respeto a las identidades culturales, el fomento a la equidad social y buscando la cooperación entre países (y colegas) sin subordinaciones ni expoliaciones¹⁸.

¹⁸ Esta idea se retoma de Alcira Argumedo (2009), que la explica para hablar de la utopía de un mundo pacífico, pero se considera que bien vale como desafío para la investigación.

Porque, como postula González Sánchez¹⁹, “si la universidad no está donde duele, ¿dónde va a estar?”.

7. Estado del arte

Con respecto a las investigaciones existentes, puede decirse que se relacionan con nuestra propuesta desde lo empírico, lo teórico y lo metodológico. Sobre estos dos últimos aspectos, se retoma la investigación que dirigió Nancy Díaz Larrañaga “Representaciones temporales y prácticas sociales: el cambio social a partir de la intervención en el espacio público”, que se preguntó por el vínculo entre el cambio social y las prácticas de intervención en el espacio público. De este proyecto se recuperarán nociones teóricas (práctica, sentidos, cambio social) y cuestiones metodológicas (método de comparación constante de informaciones cualitativas, siguiendo la línea de la teoría fundamentada).

Por otra parte, destacamos el concepto de comunicación como mediaciones –tomando el aporte de Martín-Barbero–, que “ocupa un lugar central en los procesos de socialización y en la construcción de significados comunes que puedan poner en diálogo lo que hoy aparece disperso” (Díaz Larrañaga, 2011: 2). Al partir de la perspectiva de comunicación/cultura, este tipo de indagaciones se pregunta por los modos de construir sentidos en el marco de procesos culturales: “Hablar de comunicación/cultura implica pensar las prácticas de producción de significados, no solo desde las matrices culturales que las modelan, sino desde los procesos de construcción de hegemonía. La lucha por el sentido es también lucha por el poder, lucha por el reconocimiento” (Díaz Larrañaga, 2011: 2).

Si bien se aborda la ciudad de La Plata –y en la propia investigación se toma sólo un asentamiento– en los dos casos con mayor o menor énfasis se busca analizar prácticas de intervención para producir transformaciones. Por otro lado, uno de los aportes originales tiene que ver con entender a tales participaciones como prácticas políticas de cambio, que dan lugar a nuevas formas de socialidad, mirada que podríamos retomar.

En su tesis doctoral, Rossana Reguillo tenía como objetivo analizar en las dimensiones simbólica y material a la ciudad, mediante las explosiones en un colector subterráneo en Guadalajara ocurridas en 1992, entendidas como un acontecimiento que visibilizó a diversos actores. Se planteó a “la ubicación espacial y social del actor como

¹⁹ Planteo realizado en el marco del seminario mencionado en líneas anteriores.

mediaciones fundamentales para comprender los procesos socioculturales de la comunicación” (Reguillo, 2005: 80). La autora afirmó que el desafío pasaba por ver cómo estos sujetos participaron y construyeron representaciones colectivas que dieron lugar a ciertos usos de lo urbano. En esa misma línea, en nuestra tesis analizamos los sentidos construidos sobre el hábitat y el barrio a partir de dos acontecimientos articulados: las inundaciones y la relocalización.

Además, se retoma la mirada metodológica: “La metodología –los caminos usados, las rutas definidas- es siempre el resultado de múltiples movimientos” (Reguillo, 2005: 93), es decir, que la concibe como un proceso, una búsqueda, que en definitiva, es un aprendizaje. Se trata de dejar en claro cómo es la relación entre los sujetos: la que conoce y el/la que es conocido/a, “darle forma a la pregunta de cómo se deja aprehender el objeto de estudio” (Reguillo, 2005: 93). Ese movimiento le permite dejarse interpelar e interpelar, implicarse, salir, entrar para luego analizar y reflexionar.

El trabajo de Cadavid Bringe y Gumucio Dagron (2014) resulta sumamente significativo, ya que recopila ponencias presentadas en la mesa de Comunicación y Cambio Social del Congreso de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIC), donde se parte de esa perspectiva para analizar diferentes casos: ambientes de riesgo, insurrecciones, movimiento de indignados, experiencias artísticas, medios de comunicación, entre otras.

7.1. Referente empírico

Existen numerosos/as investigadores/as que abordan temas de hábitat. María Cristina Cravino es una de ellas, quien ha analizado cuestiones vinculadas al hábitat popular, políticas públicas y representaciones de ciudad. En su investigación “Cuestión Social y Hábitat: Intervenciones Públicas en villas y asentamiento en la RMBA (2015-2016)” se analizan diferentes intervenciones del Estado, las formas de organización de los/as habitantes de los barrios, las percepciones de los/as vecinos/as sobre los impactos de las acciones y el entramado de actores de los programas públicos en villas y asentamientos de dicha región, puntos que posiblemente sean retomados.

Subrayamos una indagación realizada por Cravino y María Lara González Carvajal (en Cravino, 2012) en la que sostienen que los procesos mediante los cuales se intervienen villas para construir viviendas e infraestructura adecuada en un barrio impactan no sólo en el aspecto físico del territorio sino también en las formas de vida de los/as habitantes. Indican: “Todo proceso de transformación social y urbana implica remover estructuras

de significados y construir nuevos consensos acerca de las formas de habitar el espacio (...) Es en este sentido que pretendemos, entonces, acercarnos a las políticas de urbanización de villas en tanto procesos sociales y simbólicos en donde se disputan sentidos en torno al problema del hábitat, el derecho a la ciudad y sus transformaciones” (Cravino y González Carvajal en Cravino, 2012: 172). Desde esta idea partimos para pensar nuestra investigación: cómo las transformaciones sociales y urbanas inciden en la producción de sentidos y en los modos de habitar, no sólo generando acuerdos sino fundamentalmente tensiones y conflictos de significados. Por su parte, Carla Fainstein trabaja con la relocalización de villas en la Cuenca Matanza Riachuelo, que entre otros objetivos se propone reconstruir las demandas y representaciones de los/as habitantes del barrio sobre hábitat, derecho a la vivienda y al ambiente y los sentidos que encierran para los/as mismos/as. Ambas indagaciones recuperan los sentidos construidos por los/as vecinos/as de los barrios estudiados y analizan formas de organización y participación. Tales cuestiones se retoman en el propio trabajo de indagación.

Una tesis de suma importancia es la de Roberta Valdés, quien estudia la producción social de sentido sobre hábitat popular en el barrio La Victoria (Gran La Plata). Además de analizar formas de organización, busca indagar “las subjetividades sobre el hábitat urbano que tienen los habitantes del asentamiento” (Valdés, 2014: 7).

Otro trabajo relevante es el de Alejandro Grimson, María Cecilia Ferraudi Curto y Ramiro Segura, quienes compilaron una serie de trabajos cualitativos-etnográficos sobre espacio y política en villas y asentamientos bonaerenses. Allí se aborda la relación entre espacio social y política cotidiana desde un punto de vista que tiene en cuenta la historia y el contexto argentino, atravesado por dictaduras, neoliberalismo, crisis y la actualidad, mirada que se intenta retomar en la indagación propia.

Los/as investigadores/as identifican que los barrios son espacios privilegiados de intervención política y militancia social. Entienden que “las transformaciones de la vida son consustanciales a la política” (Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 301). Esta idea es fundamental para el propio trabajo, ya que parte de contraponerse a la “despolitización de la pobreza” (Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 302). Por último, hacen hincapié en que sus teorías son más fructíferas cuando están ancladas “en las investigaciones cotidianas, sociológicas y etnográficas” (Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 306), es decir, cuando se recuperan los saberes de los/as vecinos/as del barrio. En términos metodológicos, esto implica que se trabaje con entrevistas

principalmente y el análisis se efectúe a partir de las interpretaciones de los/as habitantes.

Mencionamos el trabajo de Pablo Forni, Luciana Castronuovo y Mariana Nardone, quienes dan cuenta de la historia de las organizaciones en un barrio antes y después de su (re)urbanización, objetivo compartido en esta tesis en relación a la relocalización: “Primero se analizan las organizaciones que existían en el barrio antes del proyecto de urbanización y las primeras acciones de reclamo llevadas a cabo por los vecinos, y luego se analiza la organización que emerge con el proyecto de la urbanización” (Forni, Castronuovo y Nardone, 2013: 188).

Por último, retomamos los trabajos de Bartolomé (1985), quien recopila una serie de investigaciones sobre poblaciones desplazadas o relocalizadas. La suya en particular estudia la reubicación de más de veinte mil familias –la mayoría de asentamientos pobres- en Posadas a causa de la construcción de una represa hidroeléctrica, que comenzó en 1974, y las estrategias adaptativas de los/as habitantes. Allí observa la existencia de incertidumbres, desorganización, del drama que constituye este proceso social y el estrés que genera. Además, otra característica en común con la propia indagación es la presencia de angustia, escepticismo, desconfianza, expectativas de parte de los/as habitantes y también una mudanza a casas transitorias. Se destacan asimismo las quejas por la falta de información acerca de cómo sería la reubicación.

8. Bibliografía

- Argumedo, Alcira. *Los silencios y las voces en América Latina: notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 2009.
- Bartolomé, Leopoldo. *Relocalizados: Antropología Social de las Poblaciones Desplazadas*. Instituto de Desarrollo Económico y Social. 1985.
- Benítez Mirela, Botana, María Inés, Galarza, Laura, Pérez Ballari, Andrea. “Transformaciones territoriales en áreas de riesgo de inundación. El caso del arroyo El Gato. Partido de La Plata. Período 1980-2004”. *Geogracando: Revista de Estudios Geográficos*, 2007 3(3). Disponible en: <http://geogracando.fahce.unlp.edu.ar>
- Bourdieu, Pierre. *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2008.

- Bourdieu, Pierre. *Pensamiento y acción*. Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2005.
- Cadavid Bringe, Amparo. “Brújula para la reconstrucción de un campo estratégico”. En *Signo y Pensamiento* 53. Volumen XXVIII. Revista de la Facultad de Comunicación y lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana y del Departamento de Comunicación y Lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana. Colombia, Julio-Diciembre 2008.
- Cadavid Bringe, Amparo y Gumucio Dagron, Alfonso. *Pensar desde la experiencia. Comunicación participativa en el cambio social*. Bogotá: UNIMINUTO. 2014.
 - Cadavid Bringe, Amparo. “Los actuales debates sobre comunicación, desarrollo y cambio social”.
 - Gumucio Dagron, Alfonso. “Prólogo”.
- Cravino, María Cristina. *Cuestión Social y Hábitat: Intervenciones Públicas en villas y asentamiento en la RMBA (2015-2016)*. Universidad Nacional de General Sarmiento. Disponible en:
http://www.ungs.edu.ar/ms_ico/?page_id=4288
- Cravino, María Cristina y González Carvajal, María Laura. “El barrio son los vecinos. El encuentro de las políticas con los barrios” En: Cravino, María Cristina. *Construyendo barrios. Transformaciones socio territoriales a partir de los Programas Federales de vivienda en el Área Metropolitana de Buenos Aires (2004-2009)*, Ciccus- UNGS; Los Polvorines, 2012.
- Díaz Bordenave, Juan. “La necesidad de nuevos modelos”. Extracto de “La comunicación de las innovaciones agrícolas en América Latina: la necesidad de nuevos modelos”. En *Communication Research*. Vol 3. N° 2. Sage Publications, 1976. Reproducción autorizada en Gumucio Dagron, Alfonso y Tufte, Thomas (comp.). *Antología de comunicación para el cambio social. Lecturas históricas y contemporáneas*. Bolivia, Plural editores, 2008.
- Díaz Larrañaga, Nancy. *Representaciones temporales y prácticas sociales: el cambio social a partir de la intervención en el espacio público*. Proyecto de investigación. Lugar de realización: Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Acreditado en el Programa Nacional de Incentivos (decreto 2427/93). P192. Fecha de realización: desde el 1/01/2011 al 31/12/2014.

- Fainstein, Carla. “La relocalización de población del camino de sirga de la villa 21 – 24 ¿Erradicación o integración a la ciudad? Representaciones y repertorios de acción colectiva en torno al reasentamiento”. *Quid* 16 n° 5. Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. 2015.
- Fals Borda, Orlando “La aplicación de la investigación-acción participativa en América Latina”. En *SAGE, International Sociology*. Vol 2. n°4. 1987. Reproducción autorizada en Gumucio Dagron, Alfonso y Tufte, Thomas (comp.). *Antología de comunicación para el cambio social. Lecturas históricas y contemporáneas*. Bolivia, Plural editores, 2008.
- Fals Borda, Orlando. *Por la praxis: el problema de cómo investigar la realidad para transformarla*. Bogotá, Federación para el Análisis de la realidad Colombiana (FUNDABCO), 1978. En línea: <http://www.ts.ucr.ac.cr/binarios/pela/pl-000411.pdf> Consultado en junio de 2013.
- Fernandes, Edésio. “Regularización de asentamientos informales en América Latina”. Lincoln Institute of Land Policy. Estados Unidos, 2011.
- Forni, Pablo, Castronuovo, Luciana y Nardone, Mariana. “Ni piqueteros ni punteros. Procesos de organización comunitaria durante el kirchnerismo. El caso de la urbanización de Villa Palito, La Matanza”. En *POST Data* 18, N°2, Octubre/2013, ISSN 1515-209X, (págs. 187-214).
- Freire, Paulo. *Pedagogía del oprimido*. Avellaneda, Siglo Veintiuno Editores, 2010.
- Fuglesang, Andreas. “La necesidad de desmitificar nuestras palabras”. Extracto de *Información es lo contrario de incertidumbre*. Nueva York, Decade Media Books, Inc. 1982. Reproducción autorizada en Gumucio Dagron, Alfonso y Tufte, Thomas (comp.). *Antología de comunicación para el cambio social. Lecturas históricas y contemporáneas*. Bolivia, Plural editores, 2008.
- Grimson, Alejandro, Ferraudi Curto, María Cecilia y Segura, Ramiro. *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Prometeo libros. Argentina, 2009.
- Gumucio Dagron, Alfonso y Tufte, Thomas (comp.). *Antología de comunicación para el cambio social. Lecturas históricas y contemporáneas*. Bolivia, Plural editores, 2008.

- Gumucio Dagron, Alfonso. “El cuarto mosquetero: la comunicación para el cambio social”. *Investigación y desarrollo*. Volumen 12, n° 1, páginas 2 – 23. 2004.
- Gumucio Dagron, Alfonso. “El nuevo comunicador”. Ponencia presentada en el seminario Comunicación y Cambio Social organizada por la Fundación Rockefeller. Washington, 1998. En línea: http://www.wuranga.com.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=83:comunicacion-para-el-cambio-social-el-nuevo-comunicador-&catid=43:textos-recomendados&Itemid=2 Consultada en junio de 2013.
- Huergo, Jorge. “La popularización de la ciencia y la tecnología: interpelaciones desde la comunicación”. En *Red de Popularización de la Ciencia y de la tecnología en América Latina y del Caribe*. 2011. En línea: <http://www.redpop.org/redpopAsp/paginas/pagina.asp?PaginaID=39> Consultado en junio de 2013.
- Jayaweera, Neville. *Replantear la comunicación para el desarrollo: una perspectiva holística*. Singapur, Mass Communication Research and Information Centre, 1987. Reproducción autorizada en Gumucio Dagron, Alfonso y Tufte, Thomas (comp.). *Antología de comunicación para el cambio social. Lecturas históricas y contemporáneas*. Bolivia, Plural editores, 2008.
- Larrosa, Jorge. “Saber y educación”. En Houssaye, Jean (comp.). *Educación y filosofía. Enfoques contemporáneos*. Buenos Aires, Eudeba, 2003.
- Ley n° 14449 de Acceso Justo al Hábitat. Disponible en: <http://www.gob.gba.gov.ar/legislacion/legislacion/l-14449.html>
- Morales Schechinger, Carlos. “Algunas reflexiones sobre el mercado de suelo urbano”. Lincoln Institute of Land Policy. Estados Unidos, 2007.
- Mouffe, Chantal *En torno a lo político*. Fondo de cultura económica. Buenos Aires, 2007.
- Ramírez de Castilla, Pilar, Bernat, María Sofía y Teodosio, María Antonieta. “Las prácticas de Fusión teatro comunitario para el cambio social”. XII Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación. ALAIC. 2014.

- Reguillo, Rossana. *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. Guadalajara. Universidad Iberoamericana/ITESO, 2005 (tesis doctoral).
- Reguillo, Rossana. “Los estudios culturales. El mapa incómodo de un relato inconcluso”. En *Portal de la comunicación*. Barcelona, 2004. <http://www.portalcomunicacio.com/download/16.pdf>
- Ríos, Alicia. “Los estudios culturales y el estudio de la cultura en América Latina”. En Daniel Mato (coord). *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. 2002.
- Rogers, Everett. “La comunicación y el desarrollo: el ocaso del paradigma dominante”. En *Communication Research* 3. 1976. Reproducción autorizada en Gumucio Dagron, Alfonso y Tufte, Thomas (comp.). *Antología de comunicación para el cambio social. Lecturas históricas y contemporáneas*. Bolivia, Plural editores, 2008.
- Saintout, Florencia. *Abrir la comunicación. Tradición y movimiento en el campo académico*. EPC. La Plata, 2003.
- Sen, Amartya. *Desarrollo y Libertad*. Planeta. Madrid, 2000.
- Site <https://sites.google.com/site/amparitoweb/texto>
- Smolka, Martim. “Informalidad, pobreza urbana y precios de la tierra”. *Land Lines Newsletter*, enero 2003, volumen 15, número 1, Cambridge, MA, Lincoln Institute of Land Policy.
- Svampa, Maristella. “Notas provisionales sobre la sociología, el saber académico y el compromiso intelectual”. Publicado en Svampa y Hernández. *Gérard Althabe. Entre dos mundos. Reflexividad y compromiso*. Buenos Aires, Prometeo, 2008.
- Teodosio, María Antonieta, Ramírez de Castilla, Pilar y Bernat, María Sofía. “Intervención en el espacio público: teatro comunitario para el cambio social”. Ponencia presentada en ALAIC 2012. En línea: <http://alaic2012.comunicacion.edu.uy/content/intervenci%C3%B3n-en-el-espacio-p%C3%BAblico-teatro-comunitario-para-el-cambio-social> Consultada en junio de 2013.
- Touraine, Alain. *El regreso del actor*. Buenos Aires, Editorial Eudeba, 1987.

- Valdés, Roberta. *Producción social de sentido acerca del hábitat popular. El caso del barrio La Victoria, en la periferia del Gran La Plata*. Trabajo de tesis realizado como requisito para optar al título de Doctor de Comunicación. Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. 2014.
- Vallaey, François (sin fecha). *¿Cómo Trabajar para un Desarrollo Ético en Comunidad?* Artículo publicado por la Universidad Internacional. Disponible en: www.rsu.uninter.edu.mx/
- Wang, Georgette y Dissanayake, Wimal. *Continuidad y cambio en los sistemas de comunicación*. Nueva Jersey, Ablex Publishing Corporation, 1984. Reproducción autorizada en Gumucio Dagron, Alfonso y Tufte, Thomas (comp.). *Antología de comunicación para el cambio social. Lecturas históricas y contemporáneas*. Bolivia, Plural editores, 2008.

CAPÍTULO II

Palabras clave: cómo entender los
conceptos para la lectura de la tesis

En este capítulo se abordarán conceptos que son claves para el desarrollo de la tesis y para las interpretaciones y análisis de los próximos apartados. Como sostiene Racioppe (2014: 16): “Este recorrido conceptual es un primer panorama, ya que a lo largo del trabajo se retomarán y profundizarán estos conceptos y se pondrán en diálogo con otros que irán surgiendo en los cruces, articulaciones y análisis. La intención de este capítulo es establecer algunas claves de lectura”.

Ahondaremos en las categorías sentidos y prácticas para luego profundizar nociones vinculadas al referente empírico: hábitat, asentamientos populares y relocalización.

1. Sentidos

Partiendo de que “los diferentes tipos urbanos, o *ciudades*, configuran para quienes residen en ellos, otros tantos universos de significado y favorecen cierto tipo de prácticas urbanas más que otros” (Duhau y Giglia, 2008: 27), daremos cuenta brevemente de los conceptos de sentidos y prácticas para luego reflexionar sobre otros conceptos que indicamos con antelación.

Estas construcciones sociales no sólo inciden en los modos de pensar de los actores, sino también en sus prácticas y “proponen modelos de vida” (Silba y Spataro en Alabarces y Rodríguez, 2008: 9). Además, nunca son acabados ni inmutables (Silba y Spataro en Alabarces y Rodríguez, 2008).

Hebdige (2004) indica que los sujetos se apropian de los procesos de acuerdo a los modos en que éstos les son representados y luego agrega que la pugna por poseer un signo se extiende incluso a las áreas de la cotidianidad. Así, en esta tesis analizaremos los sentidos construidos en torno a la relocalización, a los barrios y a las viviendas, a partir de pensar cómo es la apropiación que realizan los/as habitantes de Ringuet. ¿Qué significa para los/as entrevistados/as vivir en el asentamiento? ¿Qué sentidos se elaboran sobre la mudanza y la vida en el barrio nuevo? ¿Qué implicancia tienen las viviendas provisorias? ¿Cómo se conciben las definitivas?

Alabarces y otros/as (2008) afirman que en lo simbólico pueden leerse infinitos juegos de posiciones en los que los actores negocian, luchan, discuten alrededor de significantes y de significados, con el fin de disputar posiciones de hegemonía. Por eso, nos proponemos observar cómo se modifican o no los sentidos que los actores construyen en relación a los tópicos previamente planteados y sus vínculos entre sí.

2. Prácticas

Se parte del concepto de práctica de Bourdieu, concibiéndolo como una puesta en acto en el presente del esquema de percepción, de apreciación y de acción incorporado por el sujeto en el pasado (habitus), tendiendo a un futuro. Se trata del ámbito “de los productos objetivados y de los productos incorporados de la práctica histórica, de las estructuras y de los habitus” (Bourdieu, 2010: 86). El autor francés afirma que los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia producen habitus: “Sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a actuar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones” (Bourdieu, 2010: 86).

El sociólogo señala que a las prácticas sólo se las explica si se vinculan las condiciones sociales en las que se ha constituido el habitus que las ha engendrado con las condiciones sociales en las que éste opera. En otras palabras, “a condición de realizar mediante el trabajo científico la puesta en relación de esos dos estados del mundo social que el habitus efectúa, ocultándolo, en y por la práctica” (Bourdieu, 2010: 95).

Siguiendo a este autor, la práctica es el resultado del encuentro de las estructuras sociales objetivas (estructuras exteriores), el habitus (las estructuras interiorizadas) y una situación (el aquí y ahora).

En la presente investigación se tendrán en cuenta las prácticas cotidianas ya sea de sujetos individuales o colectivos. Al hacer referencia a prácticas comunitarias, puede pensarse en actividades que intentan abordar la transformación de situaciones colectivas mediante la organización y la acción asociativa, solidaria. En esa línea se inscriben las acciones desplegadas durante la inundación y los días posteriores, las intervenciones de los/as habitantes del asentamiento previo a la mudanza por la relocalización y las acciones de protesta desarrolladas en el barrio nuevo.

Por eso, cuando se habla de una comunidad, tiene que haber un reconocimiento de los/as otros/as, pero también de un pasado y un futuro en conjunto, además de tener un fin entre todos/as. De acuerdo a Donald Voth (2000 en Gumucio Dagron y Tufte, 2008: 1071), todas las comunidades tienen como principal referente a “personas que comparten un mismo lugar, y la infraestructura, servicios e instituciones propias de ese lugar”, tal como ocurre en el asentamiento de Ringuelet. El autor subraya que si bien existen variadas definiciones, la mayoría destaca elementos en común como el territorio, los vínculos y la interacción social. Puede decirse que comunidad hace

referencia al estar en común en un mundo compartido, es el lugar de comunicación que permite a cualquier participante pensar, sentir y hacer de una manera reconocible por su colectividad, ya que somos sujetos que estamos “vuelos hacia el otro” (Martínez Ravanal, 2006: 35).

Isla y Colmegna (2007) aseguran que estas prácticas son un cúmulo de acciones de intervención para la gestión de mejoras de vida comunitarias. Se trata de actividades que dan lugar a transformaciones a partir de saberes en movimiento, son la experiencia, lo vivido, lo realmente sucedido (Martínez Ravanal, 2006) y “constituyen la compleja articulación de relaciones sociales, políticas y económicas entre actores que se movilizan en un campo de relaciones de poder” (Roldán Tonioni, 2009: 3).

La práctica construye realidad: “Los seres humanos producimos y reproducimos la realidad social a través de la práctica compartida” (Martínez Ravanal, 2006: 101). Siguiendo a este autor, las prácticas producidas por el *habitus* se definen en relación a un campo de posibilidades objetivas inmediatamente inscritas en el presente, cosas a hacer o no hacer, a decir o no, a pensar o a no pensar. Dado que para Bourdieu (2010: 104) “el sentido del porvenir probable se constituye en la relación prolongada con un mundo estructurado según la categoría de lo posible (para nosotros) y de lo imposible (para nosotros), de lo que es apropiado de antemano por otros y para otros y de aquello a lo que uno está asignado de antemano”, es necesario recordar que en el caso de la presente investigación el objetivo es estudiar prácticas tendientes a generar modificaciones, es decir, partiendo de que para determinados sujetos es viable (o no) la posibilidad de producir transformaciones de las condiciones en las que viven.

En las próximas líneas notaremos la imposibilidad de pensar el *hábitat* y el habitar sin tener en cuenta los sentidos y las prácticas de los sujetos. Y, a lo largo de la tesis, nos proponemos reconstruir los sentidos sobre los modos de habitar –muchos/as de los cuales se constituyen en las prácticas- a partir de las inundaciones y de la relocalización a viviendas provisorias: ¿Qué cambió? ¿Qué permaneció? ¿Cómo concibieron los sujetos los espacios donde vivían?

3. Hábitat

En primer lugar, nos parece importante problematizar el término *hábitat*, ya que en muchas ocasiones las interpretaciones en torno a este concepto se reducen a lo material, físico o directamente tangible, cuando en realidad conlleva múltiples aspectos.

Se parte de la formulación realizada por HABITAR Argentina, un colectivo que nuclea a organizaciones, movimientos sociales urbanos y campesinos, legisladores/as e instituciones académicas que abordan la temática. Esta iniciativa multisectorial define al hábitat digno como “el acceso universal a la tierra, la vivienda, las infraestructuras básicas, los equipamientos sociales, los servicios y los espacios de trabajo y producción en un marco de respeto de los rasgos culturales y simbólicos de cada comunidad y de la preservación del ambiente, según las particularidades del medio urbano y del rural” (HABITAR Argentina, 2017: s/p). Tal formulación es interesante ya que se recuperan no sólo los aspectos vinculados a la tierra y vivienda, sino que hay un reconocimiento explícito de las culturas, rasgo fundamental pero que no siempre es considerado a la hora de abordar esta problemática, por ejemplo, desde las políticas públicas. Esto es fundamental para pensar la relocalización e incluir la perspectiva de los/as habitantes del asentamiento –que son los/as protagonistas- en este proceso, tal como lo intentamos hacer en nuestra tesis.

HABITAR Argentina entiende que los desarrollos urbanos han estado manejados por el mercado, suscitando segregaciones, aumentando el valor monetario de la tierra y las especulaciones. En ese marco, lo que se produce es mayor informalidad –discutiremos este término más adelante- y tomas de tierra. Es decir que con ello nos alejamos de la equidad, que implica igualdad con un principio de justicia. Para Bagnera (2016: 7), “la inequidad en el acceso a la vivienda y la ciudad en Argentina, evidencia una de las cuestiones más básicas ligadas a la expresión de la desigualdad en el territorio. Dicho acceso, históricamente expresado mediante la configuración de diversas formas de hábitat precario, reconoce una deuda pendiente en materia habitacional en el país, sobre todo ligada a los sectores más vulnerables de la población”. Retomando a Valdés (2014), podemos decir que tanto el mercado como el Estado mantienen una lógica para pensar el hábitat urbano en la que prima un ordenamiento territorial desigual que comienza por las dificultades para acceder al suelo, lo cual produce otro tipo de desigualdades y exclusiones. En el caso analizado, uno de los aspectos más complejos relatados por los/as entrevistados/as ni bien se asentaron en el barrio fue la consecución de un terreno: muchos/as lo compraron, otros/as lo tomaron pero en general debieron vivir “de prestado”, como suelen describirlo, hasta lograr tener una parcela donde construir su casa.

Cabe destacar que si bien en nuestra tesis abordamos la cuestión urbana, las problemáticas vinculadas al hábitat la trascienden y el colectivo multisectorial

mencionado observa que la misma situación se replica en zonas rurales, con los latifundios que se imponen ante las formas tradiciones de producción y de vida de los/as campesinos/as y pueblos originarios, favoreciendo monocultivos en perjuicio de la naturaleza, debido a que subyace una concepción que observa a la tierra como un objeto a explotar y no como parte del ambiente en el que se vive. En otras palabras, predomina una mirada antropocéntrica y utilitaria que explota el suelo con fines de lucro.

Bagnera plantea que en la configuración del hábitat urbano de América Latina es protagonista la desigualdad, principalmente, gracias a las dificultades para acceder al suelo. Quienes quedan excluidos del mercado por los obstáculos para acceder a él –los costos y requisitos, principalmente- deben encontrar un lugar para vivir en las urbes, por lo general en espacios segregados o de poco valor mercantil, para autoproducir de manera colectiva su hábitat, como señalamos que es el caso de los/as habitantes del asentamiento de Ringuelet. Esta autogestión puede ser resultado de una elección: diferentes sujetos se reúnen para resolver el conflicto por la tierra y vivienda; pero la mayoría de las veces es la única alternativa para encontrar donde habitar. En esta línea, el ex presidente de la Habitat International Coalition, Enrique Ortiz (2006: 3), afirma que la producción social del hábitat conlleva “todos aquellos procesos generadores de espacios habitables, componentes urbanos y viviendas, que se realizan bajo el control de autoproductores y otros agentes sociales que operan sin fines lucrativos”. Entonces, el hábitat deja de ser considerado una mercancía –donde interesan las ganancias, las rentas y especulación- para concebirse como una producción de las culturas y sociedades, donde importa el proceso y lo que allí suceda y donde la relevancia está colocada en el acto de habitar y no de vender o comprar.

Siguiendo con esa línea, Valdés (2014) explica que los/as ciudadanos/as somos producto y producimos ciudad: creemos que esto se debe a que, por un lado, somos parte de un contexto determinado, nacemos y vivimos enmarcados en ideologías, sistemas, relaciones, culturas, etc, que nos configuran, pero a su vez, tenemos la capacidad de elaborar sentidos sobre ese espacio y construir o al menos incidir en el hábitat. Por eso, en nuestra tesis nos interesa recuperar tales prácticas y sentidos que elaboran los/as vecinos/as de Ringuelet sobre su hábitat: tanto de la casa y el barrio antiguo como de la vivienda y el barrio nuevo.

HABITAR Argentina (2017) da cuenta de las estrategias que se dan los/as pobladores/as para producir su hábitat, a partir de reivindicar las prácticas y conocimientos de los sectores populares. Esto cobra sobrada importancia debido a que

una de las técnicas que plantea Gallano (2012 en Valdés, 2014) a partir de las cuales se institucionalizan modos de habitar los territorios consiste en reproducir subjetividades y saberes hegemónicos sobre la producción del hábitat que excluye las opciones que excedan al mercado o al Estado. Pero tal riqueza cultural requiere la presencia de un Estado que, a través de distintos instrumentos, acompañe estos procesos de modo que se transformen “acciones reivindicatorias de derechos en políticas públicas capaces de trascender la lógica de la producción mercantil” (HABITAR Argentina, 2017: s/p).

Giaretto (en Corte y Lazzaro, 2014) destaca que son los sectores populares quienes tienen que resolver dónde vivir. A su vez, explica que tomar las tierras implica modos de demandar al Estado: “Las tomas de tierras interpelan al Estado capitalista para que intervenga en la resolución de los conflictos ligados al acceso efectivo a la vivienda” (Zapata y Giaretto, 2012: 1). Entonces, observamos que el hábitat popular es, de acuerdo a Merklen (1995), una estrategia de los sectores populares ante la exclusión propiciada por el mercado y el Estado en el acceso a la tierra, a la vivienda y a los demás aspectos que constituyen un hábitat justo. Desde esa perspectiva entendemos que se forja el asentamiento de Ringuelet.

Valdés habla de “hábitat justo”, noción con la que acordamos para pensar este tema de manera integral ya que, a pesar de que muchas organizaciones y la misma Constitución Nacional se refieren al “hábitat digno”, este último concepto nos resulta problemático: ¿la dignidad pasa por lo material? ¿No es acaso, como señala en conversaciones informales la militante de Madre Tierra Ana Pastor, que “dignas son las personas, no el hábitat”? ¿O la dignidad tiene que ver, como indica Carlos March (2016: 15), con “hacer posibles los derechos humanos para todos”?

Preferimos la noción de justicia²⁰ vinculada al otorgamiento de derechos: proviene del latín y significa “dar a cada uno lo suyo”. Tiene que ver con la ética y la equidad. La autora agrega que un hábitat justo debe garantizar una vivienda adecuada, la localización del suelo próxima a salitas u hospitales, a escuelas, al transporte y la seguridad en la tenencia, cuestiones que fueron solicitadas para el nuevo barrio por parte de los/as habitantes de Ringuelet a las autoridades. La investigadora comprende a la ciudad como un espacio de conflictos, de pugnas y negociaciones, en las que se

²⁰ Para leer una interesante crítica al concepto de ciudad justa, se puede consultar el texto del geógrafo francés Alain Musset: “De la inclusión a la resiliencia: Las palabras mágicas de la «ciudad justa»”. En: Mathivet, Charlotte. *Develando el derecho a la ciudad Representaciones, usos e instrumentalización del derecho a la ciudad*. Disponible en: <http://www.coredem.info/IMG/pdf/passerelle-droitville-es-okimpr.pdf>

construyen sentidos. De este modo, quienes viven en los asentamientos son “sujetos de derechos y con capacidad de negociar sentidos y condiciones materiales, es decir producir y habitar la ciudad” (Valdés, 2014: 29).

Valdés entiende que las ciudades actuales latinoamericanas son neoliberales y este es un rasgo que incide en nuestras prácticas, representaciones y maneras de vivir. En estas ciudades comparten el espacio quienes son propietarios/as, quienes especulan y quienes no pueden acceder a la vivienda propia a través del mercado formal.

En su tesis de doctorado, Valdés observa las normativas vinculadas al hábitat y le otorga un gran valor a la Constitución de 1949, formulada durante el gobierno de Juan Domingo Perón, en la que se incorporó la función social de la propiedad y la intervención del Estado para que cada familia labriega pudiera convertirse en dueña de la tierra que trabajaba, pero fue derogada en 1955.

Sin embargo, la función social de la propiedad vuelve a tener jerarquía a partir de la reforma constitucional de 1994, ya que se incorporan tratados internacionales, entre los que se destacan la Convención Americana sobre Derechos Humanos (1969: 8) que manifiesta que “toda persona tiene derecho al uso y goce de sus bienes. El Estado puede subordinar tal uso y goce al interés social”²¹. A su vez, el artículo 3 de la Ley Provincial de Acceso Justo al Hábitat define: “El derecho a una vivienda y a un hábitat digno comporta la satisfacción de las necesidades urbanas y habitacionales de los ciudadanos de la Provincia, especialmente de quienes no logren resolverlas por medio de recursos propios, de forma de favorecer el ejercicio pleno de los derechos fundamentales”. Se pone el foco en la calidad de vida, en un hábitat ambientalmente sostenible y en la participación de las comunidades. Por todo ello, es una normativa innovadora en esta materia, que fue redactada al calor de las organizaciones sociales y que da sustento para, entre otras cosas, reclamar ante el Estado la apertura de instancias de participación de parte de los/as vecinos/as en el proceso de reubicación.

3.1. ¿Qué implica habitar?

Valdés pasa de aludir al sustantivo hábitat a la pregunta por los sentidos del verbo habitar, ambas dimensiones pensadas desde los sujetos, y concluye: “Habitar un lugar determinado es más que vivir ahí. Habitar refiere a apropiarse de ese espacio, vivir,

²¹ De todas maneras, es difícil implementar este principio porque en Argentina no existe una ley urbanística a nivel nacional.

consumir y producir hábitat. Cada sector de la sociedad habita de determinada manera, con diferentes consumos y, por lo tanto, desde lógicas disímiles. Los asentamientos lo hacen desde la toma de la tierra, o en su defecto, desde la compra informal, a un antiguo invasor²² del terreno” (Valdés, 2014: 185). Para Lefebvre (1971), habitar como acción implica una apropiación, una modelación en la que se le da forma a algo. De acuerdo a Duhau y Giglia (2008: 22), se trata de una de las actividades más universales e importantes que realizan las personas: es “el proceso de significación, uso y apropiación del entorno que se realiza en el tiempo, y que por lo tanto nunca puede considerarse como ‘acabado’ ya que se está haciendo continuamente”. Los sujetos modifican y construyen sentidos sobre los territorios y existen procesos o acontecimientos que pueden poner en crisis las maneras de concebirlos. Por eso, nos preguntamos si se produjeron transformaciones en los modos de habitar antes, durante y después de la inundación y de la relocalización.

Estos/as investigadores/as añaden que existen dos concepciones del verbo habitar: una con un sesgo simbólico y otra con uno instrumental. Esta última se vincula con la idea de amparo, es decir, con la construcción de protecciones en relación a diferentes amenazas. No obstante, los/as autores/as se preguntan si, en condición de precariedad habitacional, es posible la existencia de tal sensación de protección, como por ejemplo, en asentamientos autoconstruidos o cuando domina la incertidumbre en la experiencia urbana. Por ello, dan cuenta de otro sentido de habitar vinculado a estar presente en un lugar:

El habitar es la relación de un sujeto –individual o colectivo- con un lugar y con relación a sus semejantes. Al estar vinculado con la noción de presencia, el habitar alude al establecimiento de una centralidad, aunque sea transitoria y cambiante, y a la constitución de un principio de orden, es decir, ordenador de la posición del sujeto con respecto al entorno. En ese sentido, según Radkowsky “habitar es igual a ser localizable” (Duhau y Giglia, 2008: 23).

El sujeto demarca no sólo una dimensión espacial, sino también temporal con su presencia: cuánto tiempo reside en ese lugar. Entonces el hábitat se constituye como el espacio de la presencia de ese sujeto. A partir de todo lo expuesto, los/as autores/as

²² Queremos aclarar que no estamos de acuerdo con la idea de invasión. La autora, por su parte, en su tesis doctoral también la critica pero en ese fragmento la utiliza.

retoman la noción de presencia de Ernesto De Martino y concluyen que el concepto en cuestión se relaciona con “estar en el mundo”, pues el término presencia es más amplio que la localización en un espacio determinado y físico. Por ende, se concibe el habitar en tanto:

Conjunto de prácticas y representaciones que permiten al sujeto colocarse dentro de un orden espacio-temporal, y al mismo tiempo establecerlo. Es el proceso mediante el cual el sujeto se sitúa en el centro de unas coordenadas espacio-temporales, mediante su percepción y su relación con el entorno que lo rodea (Duhau y Giglia, 2008: 24).

Así, vemos que en la relación que los/as habitantes del asentamiento establecen con el mismo es fundamental la dimensión temporal: el tiempo de residencia en el espacio permite la producción de cierto apego que dificulta la posibilidad de relocalización, pues la pertenencia al barrio implica que se rechace en mayor o menor medida el traslado.

Por otra parte, cabe destacar que de acuerdo a estos/as autores/as residir no es lo mismo que habitar, ya que se puede hacer lo primero sin lo segundo. Esa noción alude a una relación con el espacio en el que se llevan a cabo el descanso, comer, dormir pero no tiene por qué establecerse una presencia social. Esto ocurre con muchas personas que sí habitan la ciudad, pero en su espacio local –por ejemplo, el barrio- únicamente residen. También sucede que muchos/as sujetos no habitan tanto la urbe como su espacio de proximidad, en el que es posible existan fuertes redes de relaciones. En el caso del barrio nuevo, podemos pensar que aún no hay una apropiación tan fuerte como en el anterior, donde sí había arraigo, entendido como el vincularse a un espacio a través de insertarse en redes de relaciones que ahí se forjan (Duhau y Giglia, 2008). Allí todo se está construyendo: las viviendas, la infraestructura y también los sentidos: no desde la nada ya que se trasladaron los sujetos y las redes de relaciones, pero la apropiación del espacio está en proceso aunque nunca sea acabada. En este barrio se tensionan los conceptos de residir y habitar: en algunos casos luego de un año sólo se reside, mientras que en otros empieza a haber una presencia social.

Duhau y Giglia (2008) sugieren que hay vinculaciones entre los modos de producción y organización del espacio urbano y las prácticas mediante las que los sujetos se lo apropian y utilizan. Por ende, la experiencia que se tenga de la ciudad va a depender en

parte del hábitat de residencia, desde el cual se construyen relaciones con el resto de la urbe. Además, las experiencias en la metrópoli se modifican de acuerdo, entre otras cuestiones, a la ubicación socio-espacial.

3.2. Otras consideraciones

Para sintetizar, podemos retomar de Valdés la idea de que un hábitat justo implica el acceso a la vivienda, a servicios públicos, a la ciudad, al transporte, a un lugar habitable, todo ello enmarcado en la seguridad en la tenencia, en el respeto de los derechos humanos, en el reconocimiento y respeto de las diversidades culturales y del ambiente. En esa línea, Yujnovsky (1984) afirma que la casa “no puede ser pensada sin el conjunto de servicios e infraestructura en la que está inscripta (...) ni sin tener en cuenta su localización en el espacio y el tipo de interacciones sociales que se desarrollan en su interior” (TECHO, 2011: 20). Pero en muchas ciudades los/as habitantes de barrios precarios superan el “50 por ciento de la población y tienen poco o ningún acceso a la vivienda, el agua y el saneamiento” (ONUHABITAT, s.f: s/p). Según ONUHABITAT, para reducir la pobreza hay que fomentar la inclusión social, la protección del ambiente y los derechos humanos, el acceso a una vivienda adecuada, al agua potable y al saneamiento. Por lo tanto, se vuelve fundamental una política como la relocalización: porque permitiría a sujetos que habitan en condiciones precarias acceder a un hábitat justo, con los aspectos previamente planteados.

Por último, siguiendo a Mazzola y Larivera (2014: s/p) sostenemos que

El acceso justo al hábitat es algo más complejo que la construcción masiva y estandarizada de viviendas y parte de un recurso primario que es el suelo. Una familia necesita suelo urbanizado, una parcela con agua y cloaca en la cual levantar su vivienda. Se han implementado varias políticas que inciden en la problemática habitacional, pero éstas se vieron acompañadas de fuertes especulaciones en el precio del suelo y alzas en los materiales de la construcción por los monopolios existentes. Si el suelo es una mercancía en la cadena productiva de la ciudad, la desigualdad social se acentúa.

Para Reese (2017), el mercado del suelo es un componente estructural que da cuenta de las limitaciones que existen para acceder a un hábitat justo en nuestro país. El Estado tiene que aplicar instrumentos para que primen los derechos por sobre las

especulaciones, sobre todo en lo que respecta a la tierra: “Los mercados de tierra urbana producen una ciudad económicamente desigual, socialmente excluyente, espacialmente segregada y ambientalmente insostenible” (Reese, 2017: s/p). Por ello, es fundamental reflexionar en torno a las tomas de tierra para comprender la magnitud de la desigualdad habitacional.

3.3. Tomas de tierra

En líneas anteriores sostuvimos que una de las cuestiones para autoproducir un hábitat tiene que ver con tener un terreno donde construir. Por eso, resulta indispensable problematizar las tomas de tierra. Para hablar de ellas, diremos que no se trata de un delito ni de una usurpación de la propiedad privada, como se establece desde el sentido común (Giaretto, 2010; Corte y Lazzaro, 2014). Para que se incurra en tales delitos deben reunirse ciertos requisitos que están tipificados en el Artículo 181 del Código Penal Argentino, que establece que usurpa “el que, por violencia, amenazas, engaños, abusos de confianza o clandestinidad despojare a otro, total o parcialmente, de la posesión o tenencia de un inmueble”. Esas situaciones por lo general no se dan, ya que el suelo que se toma es aquel que está en desuso y suele haber una planificación colectiva con la averiguación de datos catastrales, el apoyo de organizaciones, etc. Más allá de la compleja visión jurídica, retomamos de Corte y Lazzaro la idea que señala que lo que da origen a las tomas de tierra es la vulneración de derechos. Desde esa perspectiva, abordamos la presente tesis.

Habiendo hecho tales aclaraciones, diremos que en cambio “los procesos de ocupaciones de terrenos por parte de los sectores de bajos recursos más que evidenciar un acto de transgresión muestran una forma de participación e integración a la ciudad para quienes la posibilidad de acceder al suelo y a la vivienda a través del mercado se ve obturada” (TECHO, 2011: 20). Además, en las ciudades que Valdés (2014) califica como neoliberales el precio del suelo es asignado por el mercado. Por eso en muchas ocasiones “la única forma de acceder a una vivienda digna es produciendo toma de tierras para auto construir las viviendas y así un barrio” (Valdés, 2014: 49), como es el caso de numerosas familias del asentamiento de Ringuelet, aunque sabemos que otras compraron la tierra a sus antiguos/as habitantes. Es decir que un modo que encuentran los sectores populares de incluirse –o al menos, ser parte, pertenecer- a la ciudad es a través de las tomas, lo cual según Giaretto continúa reproduciendo las desigualdades estructurales.

¿Por qué una familia llega a tomar la tierra? Expulsada del mercado formal de compra y venta, así como también de alquileres por los altísimos costos y requisitos, la única alternativa posible para acceder a una vivienda es a través del mercado informal²³, que muchas veces reproduce cuestiones del formal, como los precios excesivos, pero con menos obstáculos para su acceso (por ejemplo, garantías). Sin un ingreso estable, ya que muchos/as trabajadores/as viven de changas o empleos informales, y el “progresivo hacinamiento generacional de las familias” (Giaretto, 2010: 138), lo cual las excluye de los alquileres, la opción viable es tomar tierra vacante.

A pesar de que la salud, la educación, entre otras, han sido mercantilizadas en muchos países de América Latina, en Argentina prima la perspectiva de derechos, de modo que hay acceso público y gratuito. Sin embargo, no ha ocurrido lo mismo con la tierra y la vivienda: “La tierra urbana es -indudablemente- uno de esos bienes comunes que han sido recercados, y el derecho a la vivienda uno de esos derechos sociales mercantilizados por esta lógica de acumulación por desposesión” (Giaretto, 2010: 138). Si bien durante los gobiernos kirchneristas, sobre todo hasta antes de la crisis económica mundial de 2008, hubo una reactivación económica, no se regularon los precios de la tierra, de manera que al existir grupos con más ingresos, esa situación fue trasladada a los precios de compra y venta. Mazzola y Larivera (2014: s/p) consideran que la vivienda y el suelo tienen que ser regulados y preservados para que no haya posibilidad de especular porque “si son los mercados de suelo los que definen la organización de la ciudad, sin dudas la fragmentación urbana avanzará”²⁴. En esa línea,

²³ Para referirse a la compra-venta de tierras, Abramo (2009: 200) habla de “mercado informal del suelo”: “La informalidad urbana sería un conjunto de irregularidades, o a-regularidades, en relación con los derechos (...) el mercado informal de uso del suelo es la sumatoria de dos dimensiones de la informalidad: la informalidad urbana y la informalidad económica” (Abramo, 2009: 206). Por eso lo retomamos, a pesar de no estar de acuerdo con la idea de informalidad para referirnos a los asentamientos. En: Abramo, Pedro. “Producción de las ciudades latinoamericanas: informalidad y mercado del suelo”. En: Cravino, María Cristina. *Repensando la ciudad informal en América Latina*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2009.

²⁴ De acuerdo a Raymundo (2015), se edifica para resguardar el valor de la moneda ya que luego de la crisis de 2001 en Argentina existe cierta desconfianza hacia el sistema financiero. Si bien La Plata fue pensada en el siglo XIX a partir de los ideales de la modernidad, que buscaban densificar el centro, en la actualidad “la especulación y el negocio inmobiliario empujaron desde fines del siglo pasado tanto a los sectores pobres como a los pudientes, hacia las afueras” (Raymundo, 2015: 2). Es decir que por un lado se incrementaron las construcciones pero a su vez creció la cantidad de asentamientos. Este proceso se logró gracias a tres factores: al papel de los agentes inmobiliarios, la consagración de invertir en inmuebles y las modificaciones de la normativa local expresada en el Código de Ordenamiento Urbano (COU) de 2010. La hipótesis que plantea el autor es que la producción especulativa de viviendas para invertir provocó la suba de los costos del suelo y ello generó mayor informalidad en la ciudad, con la participación del Estado. Desde 2010 aumentó la construcción de edificios de departamentos y el Estado priorizó, según Raymundo, los intereses de los capitales inmobiliarios por sobre la satisfacción del

Reese (2017: s/p) agrega: “El uso sostenible y equitativo del suelo y la producción del suelo y el desarrollo urbano justo no pueden depender de los mecanismos de mercado. La defensa de los derechos y los intereses colectivos requiere que las políticas de vivienda se articulen con las de gestión del territorio. De lo contrario, el Estado alimenta las lógicas y mecanismos que producen y reproducen la precariedad y la exclusión”.

3.3.1. Un reclamo de inclusión

Esa violencia que ejerce la ciudad neoliberal al expulsar a sus pobladores/as se ve reflejada en las tomas de tierra precarias. Lo que se observa es que entra en contradicción el interés común y el individual (Giaretto, 2010): si los/as propietarios/as no utilizan²⁵ las tierras, ¿pueden habitarlas otras personas? ¿El Estado no debe garantizar el acceso universal a este derecho por sobre la propiedad privada de algunos/as? Pero además, “se transgrede la propiedad privada para reproducirla inmediatamente. Lejos de un real cuestionamiento al régimen de propiedad capitalista, las tomas representan un reclamo de inclusión dentro de un sistema de desigualdad” (Giaretto, 2010: 147) porque se toman las tierras, se sale de lo estrictamente legal, con la intención de ser luego reconocidos/as como dueños/as. Por eso, los/as vecinos/as de Ringuelet insistieron –algunos/as con éxito y otros/as sin lograrlo durante la residencia en viviendas provisorias- en cuantiosas oportunidades para que el Estado les entregue una documentación que indique que son propietarios/as de las casas relocalizadas para que nadie pudiera desalojarlos/as.

Para Corte y Lazzaro (2014: 9), la toma de terrenos es “una forma de organización de las familias que buscan interpelar al Estado para que les solucione el déficit habitacional”, por lo que, en cuantiosas ocasiones se realiza junto a organizaciones sociales y se toman terrenos fiscales, para que sea el Estado quien asegure este derecho (pero no todas las tomas responden a este mismo patrón porque justamente no hay una única manera de llevarlas a cabo. De hecho, en Ringuelet fueron aisladas). Indican que no es accesorio que las tierras sean fiscales –aunque en muchísimos casos se toman

derecho a la vivienda. Los/as agentes inmobiliarios tuvieron gran responsabilidad ya que monopolizaron la oferta y demanda de suelo y viviendas de modo que constituyeron un eslabón principal del “proceso de urbanización excluyente” (Raymundo, 2015: 8). En: Raymundo, Patricio. “Especulación inmobiliaria y acceso a la vivienda en La Plata (2003-2013): Dinámica de un proceso excluyente”. En VIII Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires. 4, 5 y 6 de Noviembre de 2015.

²⁵ Al hablar de utilización, vemos cómo impera –y no podemos salirnos de- una perspectiva utilitarista de la tierra.

terrenos privados en desuso- ya que el Estado debe brindar una solución, entonces, ¿con qué sentido podría desalojarlas? Sin embargo, ese miedo es una constante entre los/as ciudadanos/as de los asentamientos y constituye una manera de producir sentidos sobre los modos de habitar. En el caso estudiado, ello se recrudece con la negativa de una parte del barrio a mudarse a viviendas provisorias porque los/as habitantes sienten que cometen una doble “desobediencia”: viven sin “permiso” en terrenos fiscales y no aceptan la propuesta del Estado.

Los/as autores/as mencionados/as parten de historizar brevemente el conflicto por la tierra y señalan que está presente desde las luchas durante la etapa colonial: “Con el afán de expandirse territorialmente, los países imperialistas de la época violentaban a los pueblos originarios para así quedarse con su territorio. Sin embargo, en los últimos tiempos estas luchas se han radicalizado constituyéndose en una problemática de disputas tanto en el plano físico como en el simbólico. Todo lo que significa la tierra desde un lugar político, económico y social es lo que ha generado las más violentas disputas” (Corte y Lazzaro, 2014: 21).

No obstante, es importante aclarar que durante la colonia las tomas de tierra tenían un sesgo contrario al llevado a cabo por los sectores populares en la actualidad: no se ocupaba la tierra ajena por necesidad, sino que se hacía para obtener más territorio en tanto mercancía y poder: de esta manera, quienes quedaban sin tierra o con menos cantidad eran los/as pobladores/as originarios; despojados de sus terrenos y despojados de sus derechos. Mazzola y Larivera (2014: s/p) establecen: “Uno de los ganadores de la desigualdad parte de la desigualdad patrimonial. Esta se remonta al pasado colonial y al predominio de las familias terratenientes de fines del siglo XVIII, que aspiraban a la riqueza proveniente del trabajo de la tierra y su acumulación para el arriendo. Su vinculación con la inserción agroexportadora del país es directa y ha sentado los cimientos de un modelo territorial nacional excluyente”.

El suelo no implica un costo de producción. Oszlak (1983: 3) explica que “la tierra urbana adquiere un valor en función de su acceso a oportunidades económicas y al goce o disposición de ciertos bienes y servicios. Por lo tanto, en los procesos de urbanización se verifica una tendencia general a la ocupación -y más rápida valorización- de aquellas tierras cuya localización resulta más privilegiada en los términos analizados”. Luego agrega que cuando se toma un espacio, el terreno lindante es demandado aunque la ocupación no va acompañada de los servicios e infraestructura correspondientes. A su vez, en general los terrenos de los asentamientos, según Clichevsky (2007), carecen de

alto valor inmobiliario. Al respecto, afirmamos que el asentamiento de Ringuelet –si bien está próximo al arroyo y se constituye en un territorio con riesgo hídrico, por lo que, su valor mercantil sospechamos es bajo- no se haya, en términos de Segura (2015), “tan” afuera del casco urbano, sino que es de fácil acceso. En otras palabras, a diferencia de muchos otros casos, este barrio tiene una localización aventajada, que posibilita a sus vecinos/as desplazarse desde allí hacia el resto de la ciudad con facilidad para ir al trabajo, a instituciones públicas, a pasear, entre otras. De todas maneras, carece de servicios básicos.

Por otra parte, la oferta es escasa, sobre todo teniendo en cuenta la construcción de barrios cerrados que existe desde hace décadas, mercantilizando sectores de la ciudad que antes no habían sido captados por el mercado. Entonces, se especula con su valor, lo que genera inequidades muy difíciles de reducir si no se aplican políticas de Estado tendientes a borrar esa brecha. De este modo, para los grupos subalternos es cada vez más difícil acceder a un terreno donde construir su vivienda y ello explica en parte por qué existen asentamientos –como el de Ringuelet, pero no es el único caso- en los bordes de arroyos.

Cabe aclarar que las luchas por la tierra no se dan entre contendientes nivelados, sino que son asimétricas, con fines disímiles: “La tierra urbana se ha convertido en un objeto de disputa entre clases: por un lado para las más vulnerables es la base para lograr una casa propia y su subsistencia, mientras que para las clases altas la tierra se ha convertido en un factor de status y una inversión muy redituable que les significa enormes ganancias a partir de negocios inmobiliarios y especulaciones a futuro” (Corte y Lazzaro, 2014: 119-120).

Valdés (2014) plantea que los sectores populares acceden al suelo urbano a través de tres procesos: uno implica la convivencia de varias personas en una misma vivienda para poder costearla; otra alternativa es establecerse en la periferia a sabiendas de que la calidad y cantidad de servicios es menor; por último a través de la toma de terrenos. Mientras las dos primeras opciones se encuentran dentro del mercado formal, no ocurre lo mismo con la última.

4. Asentamientos populares

En este trabajo partimos de pensar que todo espacio es ideológico y político. Cuando hablamos de asentamientos nos referimos a barrios y recuperamos la mirada de Martín-

Barbero (1991), para quien éste se constituye en un mediador entre el mundo público de la ciudad y el privado de la casa. Agrega:

El barrio proporciona a las personas algunas referencias básicas para la construcción de un nosotros, esto es, de “una socialidad más ancha que la fundada en los lazos familiares y al mismo tiempo más densa y estable que las relaciones formales e individualizadas impuestas por la sociedad” (Martín-Barbero, 1991: 217).

Para Grimson (en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 33) el concepto de barrio “permite producir un marco, afianzar un lazo social y generar un sentido de pertenencia”. Martín-Barbero también explica que ante un mercado de trabajo inconstante y provisional, que obstaculiza la construcción de lazos sociales estables, es el barrio el que posibilita a las culturas populares “establecer solidaridades duraderas y personalizadas” (Martín-Barbero, 1991: 217). En este territorio, quedarse sin trabajo no equivale a perder la identidad porque se sigue siendo “pariente de”, de modo que permanece el reconocimiento por parte de los/as demás. Para Alabarces y otros/as (2008: 15) en el barrio “se forja, sin mediaciones, la subjetividad” y es, siguiendo a Grimson, Ferraudi Curto y Segura (2009), un marco organizador de distintas prácticas. Valdés (2014: 41) sostiene que los barrios populares “habitan” en las ciudades y que no son homogéneos. A su vez, agrega que no son barrios marginados por la sencilla razón de que, como decíamos, son parte de las urbes, no están al margen sino que dialogan y negocian con ellas, el Estado y las normativas vigentes.

Cuando habla de asentamientos –como el de Ringuet- se refiere a aquellos barrios que tienen un carácter organizado y progresivo y que carecen al menos de un servicio básico. Como lo define Oszlak (1983): no hay cloacas, gas, desagües, pavimentos y en ocasiones ni siquiera la red eléctrica es la adecuada. Suelen carecer de espacios verdes y, según el autor, de planificación urbana por parte del Estado. A su vez, tienen una “situación dominial irregular en la tenencia del suelo” (Corte y Lazzaro, 2014:29). Valdés detalla que son “trazados urbanos que tienden a ser regulares y planificados, semejando el amanzamiento habitual de los loteos comercializados en el mercado de tierras” (Del Río/Duarte, 2007, en Valdés, 2014: 42), por lo que las subdivisiones respetan las manzanas, como una forma de invisibilizarse. De acuerdo a Merklen (1997: 2):

La ocupación masiva y organizada de tierras forma parte de un intento de asimilarse al resto de la ciudad, normalizarse y pasar a constituir un barrio más. Paradojalmente, este tipo de ocupación ilegal de tierras va a buscar adaptarse a las exigencias legales en términos de utilización del suelo para vivienda. Es decir, los ocupantes van a respetar estrictamente la medida de los lotes y de las manzanas, el trazado de las calles y de las veredas. Desde el punto de vista del uso del suelo urbano, los asentamientos no van a presentar ninguna diferencia respecto al resto de la ciudad, simplemente porque intentan copiar la configuración urbana preexistente.

Según el Director de Inmobiliaria y Social del IVBA, el asentamiento de Ringuelet es longitudinal. Esto quiere decir que continúa el trazado de la calle 514 próxima al arroyo y -con la excepción de la zona de la canchita, donde hay numerosas viviendas- las casas se hallan una al lado de la otra, guiadas por el curso de agua y por el trazado del resto de la ciudad.

Desde el punto de vista de quienes habitan en asentamientos, no se trata de una solución paliativa o transitoria, sino que vivir en estos barrios implica una cierta mejora por un tiempo que puede prolongarse para toda la vida. Por eso, tal como es el caso del asentamiento de Ringuelet, suele haber casas montadas con madera, lona y chapa y otras construidas con materiales, que van desde durlock a ladrillos. En otras palabras, conviven en un mismo espacio casas precarias y de material, además de que estos territorios muchas veces se encuentran próximos a barrios regularizados (en el barrio analizado, del otro lado de la 514 – o sea, cruzando la calle-, hay viviendas con tales características): “Las políticas neoliberales desarrolladas por los gobiernos en la década del noventa, el aumento de la población en las ciudades y el empobrecimiento de los sectores populares dieron lugar a estos barrios precarios desarrollados al costado de las poblaciones legales/formales” (Valdés, 2014: 40). Cabe destacar que de acuerdo a Cravino (2001) sus pobladores/as en alguna oportunidad formaron parte del hábitat urbano en sus diferentes modalidades, sea en asentamientos, villas, alquiler, casas de familiares, etc.

Para Giaretto (2010: 141), “un asentamiento implica un conflicto; en todo caso es la acción colectiva de un conjunto de personas por no perder posiciones en la ciudad y en la sociedad”. Es decir que hay una instancia de producción del hábitat (Valdés, 2014).

Como decíamos en líneas anteriores, implica una disputa por la pertenencia a esa ciudad. Notamos que habitar un espacio tiene implicancias socio-culturales y simbólicas –y asimetrías materiales concretas, como la falta de servicios-, ya que se construyen imaginarios en torno a los/as pobladores/as de uno u otro barrio. Así, quienes viven en villas y asentamientos populares cargan con el estigma generado en torno a los significantes “villeros/as”, “pobres”, lo cual va acompañado de prácticas y sentidos que criminalizan a la pobreza al asociar, gracias a diferentes dispositivos entre los que se encuentran los medios de información, al pobre con ladrón/a, o como se dice en Argentina, “pibe-chorro”. En síntesis, existe una asociación entre barrios precarios y violencia, inseguridad y delitos. En los asentamientos hay un intento de alejarse de esa identidad, ya que la villa implica “una referencia negativa dentro de las representaciones urbanas” (Merklen, 1997: 3). Como analizaremos más adelante, en nuestra investigación los/as entrevistados/as tratan de despegarse de cualquier referencia que los vincule con “El Mercadito”, un barrio lindante al barrio nuevo, conocido mediáticamente por hechos de violencia y, al interior del territorio indagado, algunos/as se diferencian de quienes cartonean, por asociar tal práctica a la pobreza y precariedad. Más allá de lo que indicamos sobre Ringuelet, los asentamientos suelen estar también segregados, ya sea por la mala ubicación o por la falta de acceso a infraestructura y servicios. Sin embargo, como explican clara y sencillamente Corte y Lazzaro (2014: 117): “Vivir en un asentamiento o acudir a una toma para tener un espacio no los hace menos ciudadanos que nadie, sino que es una consecuencia de lo que resulta cuando no existen políticas que apunten directamente al problema habitacional”, que es un problema de desigualdad estructural.

A la hora de hablar de asentamientos, coexisten múltiples sentidos, de acuerdo al criterio con el que se los defina. En el ámbito jurídico, muchas veces se pone el foco en la falta de propiedad de las tierras habitadas, naturalizando este escenario y señalando tanto la ilegalidad como la carencia de derechos; desde las normas urbanísticas, se observa la vivienda e infraestructura; desde la economía, se enfatiza la falta de tributación, el hecho de que en muchas ocasiones no se pagan impuestos; algunas perspectivas sociales miran a los actores que intervienen en estos procesos y existe una asociación entre pobreza y asentamientos, pero no hay relación directa: hay sujetos que viven en situaciones de pobreza y acceden al suelo a través de un pago y hay habitantes de barrios privados con recursos económicos suficientes que no costean el suelo. Además, hay personas que abandonan los asentamientos y siguen siendo pobres; por

último, existe una visión política que pone el eje en los modos de organización, de participación y en el mercado del suelo²⁶. Quisiéramos intentar articular estas concepciones en el abordaje de la tesis. Y, por otra parte, salimos de la construcción dicotómica de la ciudad formal-informal, donde la primera es vista como la ciudad única, válida y hegemónica, mientras que la segunda es vinculada a lo patológico, lo anómalo: así, se quieren volver formales, es decir, “normales”, aquellos territorios. Por ello, en reiteradas oportunidades se intenta “urbanizar” lo que ya es parte de la urbe: “El mismo sentido de la palabra ‘urbanización’ entra en disputa en estos procesos, ya que se trata incluso de ámbitos urbanos previos, con lo cual el término correcto debería ser re-urbanización” (Cravino y González Carvajal en Cravino, 2012: 173). Como decíamos antes, todas esas concepciones van acompañadas de sentidos, prácticas y políticas. Por eso es peligroso su empleo sin dejar en claro la perspectiva de la que se parte ya que corremos el riesgo ético de exotizar al otro/a por ser diferente y, lo que es aún peor, de no verlo/a como sujeto de derechos.

4.1. Breve historización

Las urbanizaciones populares tienen larga data en Argentina. Si bien no ahondaremos en el concepto de villa, diremos que se diferencia de los asentamientos por la trama irregular en la organización de ese espacio, ya que en los asentamientos hay cierta organización y planificación porque se tiene la voluntad de instalar allí la casa definitiva o al menos vivir allí a largo plazo. E incluso se intenta legitimar a través del pago, mediante vínculos con el Estado.

Las primeras urbanizaciones populares aparecieron en Argentina a comienzos del siglo XX con las inmigraciones europeas. Se constituían a partir de calles irregulares y pequeños pasillos. A su vez, los sujetos podían alquilar, bajo modalidades precarias, en conventillos y luego “acceder a precios baratos al mercado de suelo urbano. Esta posibilidad actualmente está vedada para los sectores populares” (Cravino, 2012: s/p). Las primeras tomas en Buenos Aires a partir de las cuales se formaron las villas comenzaron en los años ‘30: “Los inicios de esta particular y marginal forma de asentamientos urbanos datan del año 1931, cuando arribó a la Ciudad de Buenos Aires un grupo de inmigrantes polacos sin recursos económicos para afrontar por sus propios

²⁶Concepciones aportadas por María Cristina Cravino en el Seminario “Teoría y Política sobre asentamientos informales en América Latina”. Del 5 de agosto al 2 de septiembre de 2015. UNTREF.

medios los gastos de una vivienda” (Camelli, 2010: 59). Allí nació “Villa Desocupación” en unos galpones vacíos de Retiro, que el Estado brindó como refugio. Todo ello está vinculado con las migraciones resultantes del rápido proceso de industrialización y la concentración de empleo en las grandes ciudades (Oszlak, 1991). Para Oszlak (1991: 148), “las migraciones agudizaron los problemas de déficit habitacional, obligando a los sectores de escasos recursos a recurrir a asentamientos precarios, fundamentalmente conventillos, hoteles y pensiones”. Luego este proceso se consolidó en la década siguiente, durante los gobiernos de Perón, por la oleada de migraciones internas.

Los asentamientos, en cambio, emergieron en los ‘80 (Merklen, 1997), como consecuencia de condiciones de acceso al espacio urbano mucho más restrictivas y, a su vez, asemejándose a otras urbanizaciones ya existentes en lo que respecta a lotes y cuadrícula (Cravino, 2012). Tales condiciones tenían que ver con que durante la dictadura la especulación financiera y la desindustrialización consolidaron la mercantilización del suelo (Mazzola y Larivera, 2014).

Como decíamos en líneas anteriores, en el Gran Buenos Aires las primeras tomas que dieron origen a asentamientos ocurrieron en 1981:

Con la ocupación ilegal de un conjunto de terrenos en la zona sur del conurbano de Buenos Aires en 1981, se inaugura una nueva modalidad de producción del hábitat y de organización social de los sectores populares. Estas ocupaciones ilegales de tierras se caracterizan por ser masivas y por planificar el uso del suelo y el desarrollo del futuro barrio. De forma autogestionaria, cientos de familias arriban a un predio baldío en la ciudad, lo ocupan, trazan las calles y los lotes a fin de dar una porción de tierra a cada familia, dejan espacios libres para los equipamientos colectivos, construyen la red eléctrica, se proveen de agua, hacen salas de salud, guarderías, comedores, etc.: se trata de un hecho social nuevo en Argentina (Merklen, 1997: 2).

En el caso del barrio que analizamos, sabemos que ello sucedió a partir de la década de 1960, pero eran tomas aisladas. Entre los ‘80 y ‘90 el proceso se consolidó. Valdés (2014) explica que esta forma de acceso al hábitat se extendió rápidamente y que para ello fue clave el papel de las organizaciones sociales, aunque como mencionamos no fue así en Ringuelet. Pero además es importante pensar que desde la última dictadura

cívico-militar se fueron empobreciendo cada vez más sectores en Argentina, se incrementó la población de las urbes y se aplicaron políticas liberales y neoliberales que dieron origen a múltiples exclusiones e inequidades, entre ellas en el acceso a la vivienda.

En los años '90 se produjo una fragmentación social y territorial que se profundizó con los desarrollos inmobiliarios, de forma que crecieron las periferias: ya sea los lugares de mayor pobreza como los barrios cerrados. Además, se privatizaron los servicios de infraestructura y se dejó de invertir en lo que respecta a extender los servicios públicos. Así, los/as excluidos/as del mercado debieron radicarse en zonas vulnerables (Mazzola y Larivera, 2014), como por ejemplo, los márgenes de los arroyos.

Una particularidad de vivir en los asentamientos tiene que ver con el miedo constante ya sea a los desalojos, a los estigmas, a las catástrofes –como muestra el caso de La Plata luego de las inundaciones de 2013–, e inclusive al clima en general. Ese temor está presente en los/as habitantes de Ringuelet y se incrementó desde las anegaciones mencionadas. Por otra parte, la posibilidad de desalojo estuvo presente a la hora de decidir o rechazar la mudanza.

Para sintetizar, retomaremos las palabras de Cravino (2012: s/p) que indica que los asentamientos tienen que ser concebidos en su aspecto positivo, como urbanizaciones, pero teniendo en cuenta que no están acabadas por la falta de servicios, calles, iluminación, espacio público, etc:

En ese sentido deben encaminarse las acciones, pero sin olvidar la importancia que tiene el estigma de vivir en estos barrios, para lo cual se deben tomar medidas, como un lenguaje cuidadoso y respetuoso (que debe incluir a los medios de comunicación) que rompa con la tradición del “relato militar” de la última dictadura, que los consideraba delincuentes. Son sujetos con derechos vulnerados. Sin duda, el Estado tiene una deuda con ellos.

Por eso, construir viviendas no es suficiente si no se asegura el acceso al suelo y si no se interviene en el mercado (Cravino, 2012). Entendemos que todos estos puntos son claves a la hora de planificar e implementar una política como la relocalización.

5. Relocalización

Según Catullo y Coun (2002), las relocalizaciones dan lugar a modificaciones socioculturales. De acuerdo a Bartolomé (1985:7), estos procesos obligan a “abandonar el hogar, la comunidad y el entorno social y natural que definen el marco habitual para la vida de una persona”, lo cual conlleva una crisis, una pérdida: “Toda relocalización compulsiva constituye de por sí un *drama* y, por lo tanto, expone a la luz los mecanismos básicos que sostienen el tejido social de una comunidad humana” (Bartolomé, 1985: 11-12). Las poblaciones suelen sufrir desarraigos y se fragmentan las redes de relaciones sociales (Bartolomé, 1985; Catullo y Coun 2002), tal como veremos en el capítulo VII que sucede en el asentamiento de Ringuelet.

Además, “la alienación relacionada con el ‘apego al lugar’ (Cernea, 1988) es un efecto muchas veces notorio de las relocalizaciones, conjuntamente con la desarticulación de redes sociales y la fisura de los lazos comunitarios que ‘la disposición del espacio’ hacía posible antes del traslado” (Brites, 2012:125).

Brites (2012: 127) también sostiene que cuando se traslada a las poblaciones más pobres a las periferias se limita la inclusión social: se producen “problemas ligados a la segregación, el aislamiento, la escasez de oportunidades laborales, los déficits de servicios e infraestructura, entre otros”.

*

A modo de síntesis establecemos que estos conceptos son claves en nuestro trabajo. No podemos analizar procesos de hábitat popular –como es la reubicación- sin reflexionar sobre estas nociones, sin ubicar tales procesos en un marco histórico de luchas por el acceso a la tierra y a la vivienda y sin tener en cuenta a los sujetos, sus sentidos y prácticas, sin una mirada desde la cultura y la vida cotidiana. Desde aquí partimos para pensar el problema de investigación, sabiendo que a lo largo del recorrido surgirán otras categorías sobre las que iremos reflexionando.

Sostenemos la relevancia de partir de un concepto de hábitat vinculado a las culturas: así, nos interesan los sentidos y prácticas y, por lo tanto, las maneras en que nos apropiamos y significamos los territorios. A su vez, con la relocalización se producen otros sentidos sobre los lugares habitados, que pueden entrar en conflicto con los existentes. Hablar de asentamientos, como dijimos, implica conflictos. Pero no nos referimos ni más ni menos que a barrios -que forman parte de las ciudades- habitados por sujetos, donde hay una vulneración continua de sus derechos. Hablar de

asentamientos también obliga a pensar la desigualdad y lo que ocurre cuando el Estado y el mercado expulsan a los/as pobladores/as de un hábitat justo: las tomas de tierras y la autoconstrucción aparecen como alternativas posibles y deben ser pensadas en su positividad para resolver esta problemática.

Regular estos accesos, valorar las prácticas de los sectores populares y posibilitar su participación en tanto sujetos protagonistas que intervengan en la toma de decisiones y donde la comunicación dialógica sea la manera de construir y afianzar vínculos, permitiría imaginar a corto plazo que un proceso de relocalización daría lugar a transformaciones sociales en pos de un hábitat justo, atenuando el desarraigo y la angustia que pueden generar tales desplazamientos poblacionales.

6. Bibliografía

- Alabarces, Pablo; Salerno, Daniel; Silba, Malvina y Spataro, Carolina, “Música Popular y resistencia, los significados del rock y de la cumbia” en Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela (compiladores): *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*, Buenos Aires, Paidós, 2008.
- Bagnera, Paola. *El derecho a la ciudad en la producción del suelo urbano*. 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2016. Libro digital, PDF.
- Bartolomé, Leopoldo. *Relocalizados: Antropología Social de las Poblaciones Desplazadas*. Instituto de Desarrollo Económico y Social. 1985.
- Bourdieu, Pierre. *El sentido práctico*. Siglo Veintiuno Editores. Argentina, 2010.
- Brites, Walter Fernando. “Las adversidades del hábitat en conjuntos habitacionales de población relocalizada”. En: *Dimensiones del hábitat popular latinoamericano*. FLACSO Ecuador. Instituto de la Ciudad. CLACSO. 2012.
- Camelli, Eva. “Las organizaciones políticas en las villas de Buenos Aires: entre la radicalidad sesentista y la fragmentación neoliberal”. 2010. Disponible <http://revistagenocidio.com.ar/wp-content/uploads/2013/05/058-a-071.pdf>
- Catullo, María Rosa y Coun, Elizabeth. “Estudios de impactos sociales en el Mercosur. Procesos relocalizatorios, nuevos espacios urbanos y reconstrucción de redes de relaciones sociales”. En *Cuadernos de Antropología Social* N° 15, pp. 49-69, FFyL - UBA – 2002.

- Clichevsky, Nora. *Informalidad Urbana: abordajes teórico-metodológicos y políticas estatales. Algunas reflexiones sobre sus interrelaciones*. Buenos Aires. 2007.
- Constitución Nacional Argentina de 1949. Disponible en: <http://www.generalperon.com/constitucion%20nacion%20argentina%201949.pdf>
- Convención Americana sobre Derechos Humanos (1969). Disponible en: http://www.oas.org/dil/esp/tratados_B-32_Convencion_Americana_sobre_Derechos_Humanos.pdf
- Corte, Juan Pablo y Lazzaro, Lucrecia. *Construcción simbólica de la criminalización de las tomas de terrenos. Caso Gorina, La Plata*. Tesis de grado. Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. 2014.
- Cravino, Cristina. “Apuntes para pensar políticas públicas en villas y asentamientos del AMBA”. *Cuadernos del INADI* 8. Noviembre de 2012. Disponible en: <http://cuadernos.inadi.gob.ar/numero-08/apuntes-para-pensar-politicas-publicas-en-villas-y-asentamientos-del-amba/>
- Cravino, María Cristina y González Carvajal, María Lara. “El barrio son los vecinos. El encuentro de las políticas con los barrios” En: Cravino, María Cristina. *Construyendo barrios. Transformaciones socio territoriales a partir de los Programas Federales de vivienda en el Área Metropolitana de Buenos Aires (2004-2009)*, Ciccus- UNGS; Los Polvorines, 2012.
- Cravino, María Cristina. “La propiedad de la tierra como un proceso. Estudio comparativo de casos en ocupaciones de tierras en el Área Metropolitana de Buenos Aires”, en *Land tenure issues in Latin America SLAS 2001*, Conference Birmingham, April 6-8.
- Duhau, Emilio y Giglia, Ángela. “Introducción: Orden urbano y experiencias metropolitanas”. En: *Las Reglas del Desorden: Habitar la Metrópoli*. México: UAM-A. Siglo XXI. 2008.
- Giaretto, Mariana. “Las tomas de tierras urbanas y las posibilidades de una crisis del régimen de propiedad”. *Universitas humanística* no.70 julio-diciembre de 2010 pp: 133-149 Bogotá – Colombia.

- Grimson, Alejandro, Ferraudi Curto, María Cecilia y Segura, Ramiro. *La vida política en los barrios de Buenos Aires*. Prometeo libros. Argentina, 2009.
- HABITAR Argentina. *Consenso Nacional para un Hábitat Digno* (actualización). 2017. Disponible en: <http://consensohabitar.org.ar/>
- Hebdige, Dick. *Subcultura. El Significado del Estilo*. (capítulo 5). Buenos Aires: Paidós, 2004.
- Isla, Alejandro. y Colmegna, Paula. “La importancia de la cultura y la política en los procesos de desarrollo”. *Revista MAD*. 2007.
- Lefebvre, Henri. *La producción del espacio*. Anthropos. Paris, 1971.
- Ley n° 14449 de Acceso Justo al Hábitat. Disponible en: <http://www.gob.gba.gov.ar/legislacion/legislacion/l-14449.html>
- March, Carlos. *Desafíos de un proyecto ético*. Presentado en el marco del Programa Amartya Sen. La Plata. 2016.
- Martín-Barbero, Jesús. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, Cultura y Hegemonía*. Gustavo Gili, México, 1991.
- Martínez Ravanal, Víctor. *El enfoque comunitario. El desafío de incorporar a la comunidad en las intervenciones sociales*. Editorial Universidad de Chile. Santiago de Chile, 2006.
- Mazzola, Roxana y Larivera, Cecilia. “El derecho a la ciudad”. Publicado en *Cash. Página 12*. Domingo 10 de agosto de 2014. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/cash/17-7857-2014-08-10.html>
- Merklen, Denis. “Organización comunitaria y práctica política. Las ocupaciones de tierras en el conurbano de Buenos Aires” En: *Nueva Sociedad* Nro. 149 Mayo-Junio 1997, pp. 162-177.
- Merklen, Denis. “Asentamientos y vida cotidiana. Organización popular y control social en las ciudades”. *Revista Delito y Sociedad*, N°6/7, Buenos Aires, 1995.
- ONUHABITAT. Publicado en: http://www.onuhabitat.org/index.php?option=com_content&view=article&id=88&Itemid=82
- Ortiz, Enrique. *PRODUCCION SOCIAL DEL HABITAT. Componente estratégico de las políticas de Estado en vivienda y desarrollo urbano*. XV ASAMBLEA GENERAL DE MINURVI. Montevideo, 2006. Disponible en:

<http://www.hic-gs.org/content/files/SPH/Ponencia%20EOF%20ante%20MINURVI%20final1.pdf>

- Oszlak, Oscar. “LOS SECTORES POPULARES Y EL DERECHO AL ESPACIO URBANO”. *Punto de Vista*, 1983: Buenos Aires, Argentina. También publicado en SCA (Revista de la Sociedad Central de Arquitectos), N° 125 aniversario, 1983: Buenos Aires, Argentina.
- Oszlak, Oscar. *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*. Estudios Cedes. Editorial Humanitas, Buenos Aires, 1991.
- Racioppe, Bianca. *Cultura libre y copyleft. Hacia una redefinición en la manera de entender la producción artística*. Tesis doctoral. Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP). Disponible en: <http://hdl.handle.net/10915/44651>
- Reese, Eduardo. “Las políticas del suelo”. Publicado en *Página 12* el 17 de abril de 2017. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/32291-la-especulacion-inmobiliaria-se-fortalece>
- Roldán Tonioni, Andrés. “Prácticas comunitarias del desarrollo: Una mirada desde los oficios y el trabajo”. *Polis. Revista latinoamericana*. Centro de Investigación Sociedad y Políticas Públicas de la Universidad de Los Lagos Campus Santiago. Chile, 2009. En línea: <http://polis.revues.org/1663#tocto1n1>
- Segura, Ramiro. *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. UNSAM EDITA. Universidad Nacional de San Martín. San Martín. 2015.
- Silba, Malvina y Spataro, Carolina. “Cumbia nena. Letras, relatos y baile según las cumbianteras” en Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela (compiladores): *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*, Buenos Aires, Paidós, 2008.
- TECHO – Argentina. *Relevamiento de Villas y Asentamientos en el Gran Buenos Aires*. Octubre de 2011, Argentina. Versión digital disponible en: <http://www.untechoparamipais.org/argentina/sites/default/files/catastro-2011-buenos-aires.pdf>
- Valdés, Roberta. *Producción social de sentido acerca del hábitat popular. El caso del barrio La Victoria, en la periferia del Gran La Plata*. Trabajo de tesis realizado como requisito para optar al título de Doctor de Comunicación.

Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. 2014.

- Voth, Donald. “Las comunidades como tipos de grupos humanos”. En *La comunidad y el desarrollo comunitario*. 2000. Reproducción autorizada en Gumucio-Dagron, Alfonso y Tufte, Thomas (comp.). *Antología de comunicación para el cambio social. Lecturas históricas y contemporáneas*. Plural editores. Bolivia, 2008.
- Zapata, Yamai y Giaretto, Mariana. “Aportes para el análisis de los conflictos de tomas de tierras: relaciones entre políticas estatales y experiencias concretas”. VII Jornadas de Sociología de la UNLP “Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales”. La Plata, 5, 6 y 7 de diciembre de 2012.

CAPÍTULO III

Metodología

En esta investigación cualitativa trabajamos desde la perspectiva etnográfica, que estudia e interpreta los modos de vida de comunidades e intenta reconstruir los sentidos que los actores les dan a sus prácticas. Se busca comprender los procesos sociales a partir de la mirada de los sujetos en un contexto y no sólo desde las categorías propias de los/as investigadores/as. Según Galindo Cáceres (1998: 352), es “una forma de conocer y relacionarse con el otro, un lugar de comunicación”²⁷.

Esta perspectiva requiere conocer la configuración del marco significativo que los sujetos le dan a sus prácticas y nociones: la llamada perspectiva del actor. “La etnografía tiene vocación del otro, lo busca, lo sigue, lo contempla. Su asombro se resuelve muchas veces en la racionalidad de los propios referentes, pero también hace estallar la certidumbre y alerta a la imaginación” (Galindo Cáceres, 1998: 347).

Sobre las técnicas, podemos decir que se llevaron a cabo observaciones participantes y entrevistas en profundidad para conocer las miradas de los/as sujetos. Además, se elaboró un diario de campo.

El análisis se encauza de acuerdo a la teoría basada en los datos del campo material, denominada teoría fundamentada, que implica interpretar los datos, obtenidos durante el proceso y que van siendo conceptualizados, para luego poner en relación los conceptos y así formar una rendición teórica de la realidad indagada. Se trata de una “teoría derivada de datos recopilados de manera sistemática y analizados por medio de un proceso de investigación (...) La recolección de datos, el análisis y la teoría que surgirá de ellos guardan estrecha relación entre sí” (Strauss y Corbin, 2002: 14). La teoría desarrollada actuará como un cuadro de referencias que guíe la acción. Así, las especulaciones teóricas estarán amarradas al mundo empírico. Además, al investigar se le da un lugar preponderante a la creatividad.

1. Etnografía: valorar la mirada del otro/a

La etnografía “consiste en descripciones detalladas de situaciones, eventos, personas, interacciones y comportamientos que son observables. Incorpora lo que los participantes dicen, sus experiencias, actitudes, creencias, pensamientos y reflexiones tal como son expresadas por ellos mismos y no como uno los describe” (Murillo y Martínez, 2010: 3). En otras palabras, se busca comprender los procesos sociales a partir de la mirada de

²⁷ Una primera versión de este capítulo fue publicada en el libro *Indisciplinas. Reflexiones sobre prácticas metodológicas en Ciencias Sociales*, editado por Ana Carolina Arias y Matías López. IICOM-FPyCS-UNLP. Club Hem Editores. 2016.

los sujetos en un contexto y no sólo desde las categorías propias de los/as investigadores/as.

Entre algunos principios que Guber (2005) menciona hallamos la presencia del/la analista en el campo para recolectar de primera mano los datos; la realización de este trabajo de modo sistemático y prolongado con el fin de conocer las lógicas del grupo a estudiar; el hecho de que quien recoge los datos y quien analiza es la misma persona; el registro de la información en un contexto; la distinción entre la perspectiva del/la investigador/a de la del actor; el empleo de técnicas de observación participante y entrevistas, entre otros.

Esta perspectiva fue desarrollada principalmente por la antropología con una “misión anti-etnocéntrica” (Guber, 2005: 36), por lo que, requiere conocer la perspectiva del actor. Para ello, es importante no ir al territorio con un orden de prioridades establecido de antemano sino que “el investigador ha de detectar el sentido de prácticas y nociones en el seno del haz de relaciones que los sujetos le presentan en el contexto de la vida cotidiana en el campo” (Guber, 2005: 37). Se produce una retroalimentación entre los marcos de referencia y conceptos del/a analista y de los actores:

La perspectiva de los actores es una construcción orientada teóricamente por el investigador, quien busca dar cuenta de la realidad empírica tal como es vivida y experimentada por los actores. Ello no excluye el reconocimiento de la lógica de los actores, sino que hace posible una mirada progresivamente no etnocéntrica. El investigador emplea sus propios marcos de referencia para interpretar, en un principio, qué sucede en el sistema estudiado. Pero los irá modificando gradualmente, en busca de un marco que dé cuenta de la lógica de sus actores (Guber, 2005: 39).

Podemos señalar entonces que tal perspectiva articula nociones, sentidos y prácticas que son parte de las relaciones sociales. Para acceder a ella, es imprescindible la presencia del/la investigador/a en el campo pero no es la única condición. También se precisa “la elaboración teórica y del sentido común que, desde el principio al final, permite apropiarse de la información, transformarla en dato y organizarla en una explicación” (Guber, 2005: 43). Por eso, en la etnografía se contrastan los conceptos propios con los conceptos nativos de modo que se manifiesta la posibilidad de elaborar un sentido de humanidad erigido por diferencias (Peirano, 1995: 15 en Guber, 2005).

Dado que se llevan a cabo observaciones participantes y entrevistas en profundidad para conocer las perspectivas de los/as protagonistas, ahondaremos sobre estos aspectos a continuación.

1.1. Observación participante, un modo de involucrarnos con la comunidad

Cuando hablamos de observación participante nos referimos, desde una mirada cualitativa y etnográfica, a una técnica de recolección de datos que se puede constituir en la puerta de ingreso al territorio que se va a indagar. Nos permite conocer a los actores que intervienen en las prácticas abordadas y los escenarios en cuestión. Entendemos que los/as analistas se involucran con la comunidad por un período para poder comprender, interpretar, sin dejar de lado la actitud observadora. De este modo, se perciben tanto las conductas de los sujetos como también se experimentan emociones, valores, comportamientos, entre otras. El/la investigador/a se incorpora a un colectivo, participa del mismo, está dentro, para emprender una indagación, lo cual es importante explicitarlo desde el principio. Asimismo, se destaca que para Guber (2001: 5) “la observación participante permite recordar, en todo momento, que se participa para observar y que se observa para participar, esto es, que involucramiento e investigación no son opuestos sino partes de un mismo proceso de conocimiento social (Holy 1984)”.

1.2. La realización de entrevistas

La entrevista es una relación social e implica un diálogo. De acuerdo a Piovani (en Marradi, Archenti y Piovani, 2007) en ciencias sociales es un modo de encuentro, una conversación cuyo objetivo es conocer información específica en el marco de una investigación. Al hablar de entrevista en profundidad, consideramos que se trata de un “proceso comunicativo” (Alonso en Marradi, Archenti y Piovani, 2007: 218), de “una forma especial de conversación entre dos [o más] personas (...) dirigida y registrada por el investigador con el propósito de favorecer la producción de un discurso conversacional continuo y con cierta línea argumental por parte del entrevistado” (Piovani en Marradi, Archenti y Piovani, 2007: 216), quien ha interpretado y experimentado la información que proporciona, la cual se vuelve central y es problematizada y narrada. Por lo tanto, lo que está en juego aquí es la subjetividad ya que se busca conocer la perspectiva de los actores, sus representaciones, sentidos, creencias, valores, normas, etc.

La entrevista etnográfica “cabe plenamente en el marco interpretativo de la observación participante, pues su valor no reside en su carácter referencial –informar sobre cómo son las cosas– sino preformativo. La entrevista es una situación cara-a-cara donde se encuentran distintas reflexividades pero, también, donde se produce una nueva reflexividad” (Guber, 2001: 1).

Se trata, como decíamos, de una relación social en la que el/la entrevistado/a construye la realidad que narra. El/la entrevistador/a, por su parte, constituye de antemano el marco interpretativo de las respuestas con el sólo hecho de formular las preguntas, esto quiere decir el contexto –expresado en las temáticas y palabras empleadas, por ejemplo– en el que esos relatos cobrarán significaciones para la indagación. Por lo tanto, es menester que el/la analista pueda reconocer el marco desde el cual interpreta para diferenciarlo del de sus informantes.

Es preciso aclarar que se produce una apertura a la subjetividad (Arfuch, 2010) y es desde esas historias, vivencias, sentimientos, creencias, experiencias que relatan, en nuestro caso los vecinos y vecinas de Ringuélet, que podemos reconstruir e interpretar cómo es la vida en este barrio y qué procesos han permitido/obstaculizado su relocalización, qué significados cobra esto, entre otras.

La entrevista posibilita conectar significados y prácticas, lo cual conlleva el hecho de “captar la información experimentada y absorbida por el entrevistado, al tiempo que capturar discursos particulares que remiten a otros significados sociales y generales” (Merlinsky, 2006: 28). En la entrevista se detectan sentidos que no son acontecimientos puros, sino que están mediados por las construcciones efectuadas por los actores a partir de sus propias experiencias, es decir que se trata de sucesos que han sido interpretados. Se la concibe como una forma de conocimiento, entre otras razones, porque podemos conocer el significado que otros sujetos atribuyen a sus prácticas. Y esos significados no son estáticos, sino que se producen socialmente y se transforman a partir de y en la misma interacción. Es importante tener en cuenta entonces que una buena entrevista no representa, sino que presenta sentidos (Sarlo, 1995 en Arfuch 2010: 15).

Por otra parte, hacemos hincapié en que muchas veces luego de transcribir y leer la entrevista notamos significados que hasta ese momento habíamos ignorado, nuevos sentidos a los dichos del/a entrevistado/a y ejes potenciales de indagación que interrumpimos: “Es allí donde nos enfrentamos una y otra vez, mediante sucesivas lecturas a un texto que es portador de una significación que va mucho más allá de la agenda de temas propuesta originariamente en el guión de la entrevista” (Merlinsky,

2006: 31). Por ejemplo, en una de las entrevistas realizadas al momento de la desgrabación percibimos la forma en la que el interlocutor se posicionaba frente a nosotras y cómo nos concebía, cuestión que fue muy importante para el análisis y durante la conversación no fue apreciada, tal como veremos en el capítulo VI.

A lo largo de la historia se ha puesto de manifiesto que, mediante la entrevista, cobra semejante magnitud el relato biográfico que permite explicar transformaciones sociales. Puede decirse entonces que los testimonios recogidos en el propio trabajo de campo condensan una serie de procesos y problemáticas sociales: las inundaciones, la dictadura, la pobreza, el injusto acceso al hábitat que por décadas han padecido miles de personas en América Latina y el papel que han jugado en ello las políticas públicas.

Además, Arfuch (2010) plantea que más allá de las posiciones desiguales –uno/a pregunta, otro/a responde-, hay un aspecto democrático en la entrevista ya que se produce un reconocimiento de la voz del otro/a, como personaje clave “cuya historia, cuya experiencia y cuya memoria interesan por alguna circunstancia particular” (Arfuch, 2010: 131). La entrevista permite que se manifiesten testimonios a partir de recuerdos que son el fruto de las vivencias propias y de hechos históricos. Sin el entrevistador/a, muchas personas no narrarían ese relato y aquel “(volver a) decir” implica un “volver a vivir” (Arfuch, 2010: 150). Entonces lo que vuelve a la entrevista una técnica destacada en ciencias sociales “es la posibilidad del habla, de ser reveladora de condiciones estructurales, de sistemas de valores, normas y símbolos (siendo ella misma una de ellos) y al mismo tiempo tener la magia de transmitir, a través de un portavoz, las representaciones de grupos determinados, en condiciones históricas, socio-económicas y culturales específicas” (Minayo, 2002: 21-22 en Valdés, 2014: 42).

1.3. El análisis de las entrevistas: teoría fundamentada

Como ya se comentó, el análisis de las entrevistas se efectuó en base a la teoría fundamentada. En 1967 Glaser y Strauss presentaron el método comparativo constante, un procedimiento para producir teorías de mediano alcance que implicó cuatro pasos: comparación de incidentes, integración de categorías, delimitación de la teoría y escritura de la misma:

El primer paso consiste en comparar distintos fragmentos de datos, seleccionados a partir del criterio de muestreo teórico, y agrupar todos aquellos que remitan a una misma cuestión bajo un rótulo común, hasta ir “descubriendo” categorías

conceptuales, y sus dimensiones, que deberán ser saturadas (...) Luego las categorías y dimensiones ya saturadas (...) se van articulando e integrando. En este proceso de delimitación de la teoría se buscará, por un lado, satisfacer el criterio de parsimonia (parsimony) a través de la selección de aquellas categorías – y sus (inter)relaciones – que sean centrales (Marradi, Archenti y Piovani, 2007: 295).

Cabe destacar que cuando se habla de incidentes o datos se refiere a los derivados del trabajo de campo. Por otra parte, es importante aclarar que la comparación constante implica un diálogo entre empiria y teoría.

2. Algunas decisiones metodológicas

Queremos destacar que en el transcurso de la beca el trabajo de campo se volvió fundamental para pensar y reformular el tema de investigación, en el que sólo un aspecto estaba claro: el referente empírico sería un asentamiento ubicado en Ringuelet (La Plata). En tres años la temática fue modificada en varias oportunidades, enfatizando en los actores sociales, en las transformaciones, en las metáforas, sin poder imaginar concretamente qué se deseaba hacer.

Transcurridos los primeros cuatrimestres de cursada del Doctorado en Comunicación (FPyCS/UNLP), un docente nos sugirió ir al campo para poder definir el llamado objeto de estudio. Comenzamos a participar en asambleas por la reubicación del barrio junto a vecinos y vecinas, referentes de organizaciones sociales, políticas y abogados/as. En un encuentro con la directora de tesis, nos marcó que cuando nos referíamos a la beca habíamos perdido la politicidad que al principio manifestábamos. Sin darnos cuenta habíamos dejado de lado los conflictos, los vínculos y sentidos de Estado, de cambio asociado a lo habitacional, la acción colectiva, las redes, los desacuerdos. De tanto teorizar acerca de la comunicación y cambio social –que era el eje de nuestras lecturas y producciones en ese momento–, nos habíamos olvidado en la práctica del *communis*, de la comunidad, de que la comunicación implica hospitalidad, pero también hostilidad. Por eso, al comentarle –casi por casualidad– que interveníamos en las reuniones mencionadas, la tutora destacó que ahí encontraba esos ejes relegados. Su sugerencia fue clave para este proceso.

Sostenemos entonces que el trabajo de campo nos ha interpelado, permitiendo enunciar de otra manera el tema y los objetivos y, además, continuamente genera preguntas

vinculadas al barrio, a los/as actores, al proceso estudiado y al rol del sujeto/a que investiga. Además, a partir del trabajo de campo surgieron variables a analizar no previstas como pobreza, limpieza/suciedad, lo cual veremos en el capítulo VII.

En primer lugar, es importante puntualizar los motivos por los cuales se eligió el barrio. Al momento de la presentación del proyecto de tesis y de la postulación a una beca interna doctoral de CONICET, el asentamiento de Ringuelet era un territorio familiar, en el que habíamos participado en mesas de trabajo en el marco de la asociación civil TECHO durante más de dos años (hasta comenzadas las cursadas de posgrado). Ello implicaba un conocimiento del barrio y de sus habitantes, de las problemáticas cotidianas, de las vivencias experimentadas durante la inundación de 2013 y de otros conflictos ambientales anteriores y, además, de algunas organizaciones que intervenían o habían intervenido en el lugar. En ese marco, la entrada al territorio era sencilla²⁸.

Si bien el énfasis se colocaba en las participaciones históricas –y en otros aspectos que mencionamos en líneas previas-, con la inscripción y el comienzo de la cursada del Doctorado en Comunicación sucedieron dos acontecimientos que incidieron directamente en la tesis: por un lado, las inundaciones de 2013; por el otro y de la mano con el anterior, el proyecto de relocalización. Las observaciones participantes de las asambleas y los diálogos informales con los/as vecinos y vecinas de Ringuelet, sumado a las conversaciones con la directora de tesis, visibilizaron la relevancia de correr el foco o ajustar la lupa: sin abandonar los intereses iniciales, la reubicación era un proceso en el que podían analizarse tanto las participaciones, como otras cuestiones vinculadas al hábitat popular: los modos de habitar, la organización, las anegaciones, entre otros aspectos que abordaremos en este trabajo.

Al comienzo de las observaciones participantes llegamos a las asambleas a través de vecinos/as que habían conformado la antes mencionada mesa de trabajo y de voluntarios/as que aún eran parte de la asociación civil en cuestión. Luego, con el correr del tiempo la selección de informantes clave se vinculó al rol ocupado por los/as habitantes en el proceso de relocalización: si participaban de las reuniones o no, si se hallaban próximos a mudarse o se habían mudado, si estaban dispuestos/as a conceder entrevistas, etc. Para seleccionar a nuestros/as entrevistados/as, partimos de pensar que los/as vecinos/as eran los/as protagonistas del proceso de relocalización porque

²⁸ Destacamos esta idea de entrar/salir del barrio ya que tiene que ver con nuestro posicionamiento: nos encontramos afuera, no habitamos en él, lo cual se explicará en este capítulo.

propiciaban la realización y tomaban parte en las asambleas y eran quienes residían o se esperaba que se mudaran al nuevo barrio. Algunos/as habitantes accedieron de forma rápida porque, entendimos, eso supuso un reconocimiento: su voz nos importó y requerimos de ella. En cambio con otros/as fue necesario participar en asambleas por más de dos años para emprender este diálogo. La observación participante nos permitió detectar quiénes hacía más tiempo habitaban en Ringuelet, quiénes apoyaron la relocalización y quiénes se opusieron, conocer el proceso que recorrieron los sujetos hasta decidirse o rechazar las viviendas, entre otras, lo cual fue fundamental para seleccionar a los/as entrevistados/as.

Las variables a la hora de llevar a cabo las entrevistas a los/as vecinos/as se relacionaron con sus historias en el barrio, con las trayectorias recorridas y con su participación o no en las asambleas u otro tipo de organizaciones. Además, tuvimos en cuenta el territorio en el que vivían, la zona en el interior del asentamiento, ya que ello incidió en la configuración de sus intervenciones en el proceso de relocalización debido a que éste tomó diversas formas en las distintas partes. Quisiéramos aclarar que no entendemos que el espacio determine lo social, la participación, pero sí que se retroalimentan, que existe un diálogo y por eso lo subrayamos. Para Saraví (2015) hay una relación de condicionamiento recíproco que es dinámica y considera que el espacio urbano es una mediación de las experiencias sociales. Duhau y Giglia (2008: 27) afirman que “hay que entender a las relaciones sociales para leer el espacio, es decir que hay que ver a este último como un resultado de ciertas relaciones sociales; y por otro lado, hay que mirar al espacio para entender las relaciones sociales urbanas”. En ese sentido, Saraví (2015: 140) plantea: “La producción y organización del espacio condicionan la acción social, en particular la experiencia y la sociabilidad urbanas en la medida que los individuos deben enfrentarse con formas espaciales heredadas que imponen oportunidades y constreñimientos sobre sus prácticas e interacciones cotidianas”, las cuales también intervienen en la construcción del espacio.

Los ejes propuestos fueron los siguientes: vida cotidiana en el barrio, historia en el mismo, conocimientos y participación en organizaciones intervinientes en el territorio, la problemática de las inundaciones (se toma el 2 de abril de 2013 como punto de partida para recuperar las experiencias y pensar otros hechos que han afectado a Ringuelet), el proyecto de relocalización y las transformaciones sociales ocurridas o no en este espacio. Realizamos trece entrevistas a vecinos/as: antes de mudarse, a aquellos/as que residían en la vivienda provisoria y/o en la definitiva y a quienes no se

mudaron. Con respecto a las organizaciones, también entrevistamos a los coordinadores de un taller de cine que allí se desarrollaba y a una ex voluntaria de la asociación civil TECHO. En relación a los agentes estatales, conversamos en 2014 con el Director del centro de salud de Ringuelet de ese momento para hablar sobre las inundaciones y con el Director General de Inmobiliaria y Social del Instituto de la Vivienda de la Provincia, Rubén Opel, quien estuvo a cargo de la relocalización durante 2014-2015 y luego de un interregno de más de un año, regresó a tales funciones en junio de 2017. A su vez, dialogamos con dos referentes del campo de la comunicación y cambio social: Amparo Cadavid Bringe (vía Skype) y Alfonso Gumucio Dagron (vía correo electrónico).

Los/as vecinos/as entrevistados/as fueron en su mayoría mujeres adultas que trabajaban como empleadas domésticas, en cooperativas, en sus propios almacenes, con una única excepción de una mujer jubilada que, en 2016, necesitaba volver a trabajar por cuestiones económicas. También conversamos con hombres adultos que tenían distintos oficios (carpintería, albañilería, etc) y con el puntero de la parte del barrio conocida como Ciudad Oculta. Entre nuestros/as entrevistados/as encontramos paraguayos/as y argentinos/as, con un tiempo de residencia en el barrio superior a diez años. De todas maneras, la mayoría fueron mujeres. Esto se debió a que, por un lado, los hombres en general mostraron más reticencia a la entrevista y, debido a sus horarios de trabajo, no solían estar en el barrio durante el día. Por otra parte, como afirma Segura (2006: 8), “el predominio de mujeres entre los entrevistados probablemente sea un indicio de los modos diferenciales de sociabilidad y uso del espacio barrial”.

Con respecto a las observaciones, participamos en trece asambleas (la primera fue el 17 de julio de 2014 y, a partir de allí, intervenimos en todas hasta la última que se llevó a cabo el 7 de mayo de 2016. Se pautó una para el mes siguiente pero sólo concurrió una vecina y los/as habitantes no se volvieron a juntar); en una junta vecinal (o comisión directiva); en cuatro reuniones con funcionarios/as en sus oficinas (una en 2014, una en 2015 y dos en 2016); en talleres de cine cuyos integrantes estaban produciendo un corto sobre la relocalización; en festivales en el barrio; en proyecciones del video mencionado; en cumpleaños, asados y múltiples visitas informales a vecinos/as.

3. Percepciones sobre el trabajo de campo

Como decíamos en líneas anteriores, el asentamiento de Ringuelet era un territorio conocido, por lo que, el comienzo del trabajo de campo a través de la participación en asambleas fue sencillo: nos vinculábamos con algunos/as habitantes –sobre todo,

quienes vivían en la zona conocida como “la canchita”- y con militantes de organizaciones con presencia en el territorio. En esos espacios conocimos a vecinos/as de otras partes del barrio –por ejemplo, el grupo de 1 a 3- y a referentes de colectivos.

La primera entrevista llevada a cabo fue a una mujer después de que surgiera la posibilidad de mudarse a casas provisorias. En ese encuentro también participaron su marido, su hija y otra vecina. Luego, gracias a las visitas que hacíamos tanto al barrio antiguo como al nuevo, conocimos a un hombre que fue el primero en mudarse a las viviendas transitorias. A través de él, nos contactamos con el puntero de Ciudad Oculta y pudimos entrevistarlo. En esa charla todo el tiempo se demostró quién tomaba las decisiones en el lugar y qué tipo de rol admitía él para nosotros/as: las relaciones de poder quedaron marcadas, no vivíamos ahí, no teníamos por qué opinar. Luego continuaron las entrevistas, en su mayoría con habitantes de 1 a 3, pero también con una familia que vivía en las definitivas y personas que habitaban en el barrio viejo.

Queremos destacar que las entrevistas a vecinos/as se realizaron todas en sus casas. En una sola ocasión concurrimos al encuentro pero el entrevistado no estaba: se había ido a trabajar y olvidó la cita. En otra oportunidad, el relato de una informante clave no coincidía con todas las percepciones de la mujer *off the record*: no fue el único caso en el que las contestaciones de los/as entrevistados/as parecían encaminarse de acuerdo a lo que ellos/as pensaban que quien preguntaba iba a avalar. Pero como señala Piovani (en Marradi, Archenti y Piovani, 2007: 219): “El entrevistado es un self que relata historias mediadas por su memoria e interpretación personal, y en este sentido la información que provee no debe apreciarse en términos de verdad-falsedad, sino como el producto de un individuo en sociedad cuyos relatos deben ser contextualizados y contrastados”.

La visita al barrio antiguo, a pesar de las múltiples transformaciones acaecidas en el último tiempo (tomas nuevas, presencia de maquinarias de construcción, casas derribadas, escombros, basura acumulada), nos resulta siempre sencilla e incluso una instancia de regocijo: se trata de un territorio conocido, donde aún habitan personas con las que hemos erigido un vínculo desde hace alrededor de ochos años –y a quienes casi no hemos entrevistado por no estar directamente involucradas en la relocalización-; es un espacio familiar y querido, recorrido en múltiples oportunidades, con diversas experiencias vividas: festivales, debates, peleas, pequeños triunfos, juegos, construcciones, entre otras.

3.1. En el barrio nuevo

Antes de continuar, quisiéramos hacer una aclaración: a pesar de que consideramos que los saberes se construyen colectivamente, necesitamos acudir a la primera persona del singular para dar cuenta de algunas experiencias vividas durante el trabajo de campo con el objetivo de reflexionar con otros/as sobre la propia práctica de investigación. A su vez, ello da cuenta de cómo se percibe estar en el barrio nuevo: se siente la soledad y eso marca, indudablemente, un quiebre en la manera de narrar y describir.

La primera vez que fui sola al barrio nuevo sentí miedo. Si bien ya lo había visitado junto a vecinos/as y voluntarios/as de TECHO y también lo había observado cada vez que viajaba en tren, el ingreso al lugar sola me generaba mucha incertidumbre. Como sostiene Segura (2009: 67): “Se teme a lo desconocido, se teme a lo estigmatizado, y estos dos temores se conjugan a la hora de identificar tales lugares como peligrosos”.

En 2015 pauté una entrevista con Horacio, que vivía en la primera vivienda provisoria, de un total de no más de quince casas. Era, literalmente, un barrio en construcción en donde prevalecía, para quienes íbamos desde afuera, la soledad del lugar porque había tierra, polvo, pocas personas, maquinarias, sumado a la dificultad para llegar.

Antes –para llegar al asentamiento– el colectivo de línea me dejaba a dos cuadras del barrio; ahora –para acceder al barrio nuevo– tengo que caminar más de diez y pasar por debajo de las vías, para luego caminar tres cuadras más en las que de un lado observo tales vías y del otro, el Mercado Regional: la sensación de desolación es lo que prima. Además, no es menos relevante el hecho de que este espacio se encuentra próximo a El Mercadito, un barrio de La Plata que es reconocido por numerosos casos de violencia, es decir que el peso del estigma²⁹ es tan fuerte que el sólo hecho de acercarme me generaba temor. Con el tiempo, ese temor se transformó en incomodidad: me incomodaba llegar al barrio relocalizado; me incomodaba, una vez adentro, la mirada de los/as vecinos/as que no me conocían y no conocía; me incomodaba hundirme constantemente en el barro; me incomodaban los insectos que me picaban el cuerpo; me incomodaba el olor a basura y a bosta. Y no vivía allí. Pero si caminaba una cuadra más, ya estaba nuevamente en un territorio que si bien no era familiar, sí me resulta más ameno: la cuadra de los/as habitantes reubicados/as de 1 a 3. Los/as trataba, los/as

²⁹ Un estigma es un atributo negativo que desacredita: “El estigma que pesa sobre los pobres y sus lugares está indisolublemente ligado a la desigualdad y contribuye a la aceptación y legitimación de la misma, con efectos fuertemente negativos sobre los sujetos estigmatizados” (Bayón, 2015: 134). En: Bayón, María Cristina. “Las representaciones de la pobreza y la construcción de la otredad”. En: *La integración excluyente*. México: Bonilla Artigas. IIS-UNAM. 2015.

apreciaba, saludaba a sus hijos/as y mascotas, conversaba, me hablaban siempre de la relocalización, de la falta de novedades y de los rumores, como si yo supiera algo que ellos/as no, como si yo pudiera incidir en el quehacer de los/as funcionarios/as públicos. Más de una vez fuimos juntos/as a ver las viviendas definitivas: parecía que iban cuando los/as acompañaba, como si solos/as no pudieran hablar con el cuidador de la obra que, además, tenía muy buena predisposición para mostrar las casas a sus futuros/as dueños/as.

3.2. Sentir la diversidad

“Se hizo como demasiado hincapié en blanco,
rubio, extranjero (...) Aviso por si sirve”
Los rubios –Albertina Carri

Guber (2005) sostenía que en sus inicios la antropología se dedicó a investigar a los pueblos primitivos en tanto supervivientes del pasado. Entre las dos contiendas mundiales, mantuvo su referente empírico no obstante se lo analizaba como diversidad cultural. Luego de la Segunda Guerra Mundial, seguía estudiando la diversidad pero en el interior de las sociedades capitalistas e incluso en aquellos países que habían sido colonias.

La historia de la etnografía, de acuerdo a Guber (2001), solía asociarse al estudio de culturas exóticas. Se observaba a las culturas “lejanas”, “primitivas” y “salvajes” y se describía a pueblos analfabetos. En sus orígenes, la antropología describía a numerosas sociedades que eran colonias británicas, francesas o estaban subordinadas a Estados Unidos. En esa línea, planteó Wolf (1987: 33): “Ni europeos ni norteamericanos habrían encontrado jamás a estos supuestos portadores de un pasado prístino, si no se hubieran encontrado unos a otros, de un modo sangriento, cuando Europa extendió el brazo para apoderarse de los recursos y poblaciones de otros continentes. De ahí que se haya dicho, y con razón, que la antropología es hija del imperialismo”. En aquellos estudios, se dejaba de lado la relación entre el mundo de quien investigaba y el de quienes eran indagados/as, de modo que se exhibían sociedades aisladas y homogéneas. Entonces, se aseveraba que “la deshistorización propia de estos enfoques presenta la diversidad como algo dado, eterno y unívoco en su significación histórica y social” (Guber, 2005: 27). Por el contrario, hoy pensamos que la diversidad no existe en sí misma sino que la construye el/la analista desde sus conceptos, al desentrañarse de sus parámetros, y para sus objetivos de investigación. Así, el trabajo de campo desde esta perspectiva:

Se presenta como una instancia de diálogo entre dos o más reflexividades –la del investigador y de su/s interlocutor/es-. Siendo que los actores sociales en interacción tienen capacidad de llevar a cabo su comportamiento según expectativas, motivos y propósitos, como sujetos activos (con agencia) (Díaz Ledesma y Morales, 2013: 16).

3.2.1. En primera persona

En una oportunidad, un profesor que utilizaba esta metodología deslizó una crítica indicando que la etnografía, por sus inicios, era colonialismo: se trataba del punto de vista del colonizador/a, de la preeminencia y no era una práctica recíproca, sino que había dominación de unos/as sobre otros/as.

Ese cuestionamiento, reconociendo que hacía etnografía pero viendo también su sentido político por lo menos en los comienzos de su uso, me retrotrajo a una experiencia vivida en el barrio. Como se habrá de notar, recurro otra vez a la primera persona del singular ya no para marcar la sensación de soledad, sino para describir y analizar un hecho que me interpeló de forma directa y contundente. Durante una observación, participé en el cumpleaños de una niña de dos años. Cuando estaba en la celebración comiendo chipá, su mamá Isabel se acercó y me contó que unas mujeres preguntaban quién era yo: “Es mi prima norteamericana”, fue su respuesta envuelta en risas. Esa expresión me ubicó en las antípodas de las vecinas: ellas paraguayas, yo estadounidense. Todas extranjeras, con la diferencia de que muchas veces había cierta admiración (o rechazo total, pero no fue el caso) hacia el estilo de vida del país del norte. Entonces, con esa contestación se dejó en claro quién era del barrio y quién no. Posiblemente, eso podía pre-sentirlo, pre-juzgarlo porque, después de aquella frase, pensé que las diferentes culturas, modos de vida, condiciones económicas, contextuales, entre otras, se inscribían en los cuerpos y, en un instante, era parienta –lo cual indicaba cercanía, familiaridad- pero yankee –lo cual me excluía de ese territorio.

Conversando sobre este tema con una colega, me mostró que exponía un prejuicio: asumía que ellas eran las extranjeras pero era probable que esa fuera la propia mirada. Y caí en la cuenta de que, en ese grupo, la única foránea era yo. No se percibían como inmigrantes excepto en situaciones en las que podían articular con otros actores y lo rechazaban excusándose en tal motivo (como veremos en el capítulo V): “No porque yo te diga preferencia por los paraguayos, pero acostumbrados a arreglarse ellos, a comer

lo que puedan en su casa, no están acostumbrados a ir a comedor”, afirmó Isabel, dando cuenta de su origen en tercera persona, en un juego de distancias y acercamientos, como si pedir ayuda o ser paraguaya estuviera mal, como si la mirada estigmatizante de otros/as se hubiera hecho carne en su persona. Ellas formaban parte de la comunidad, era su barrio. Yo no pertenecía al lugar -no quería hacerlo- ni a ese grupo. Yo era la extranjera. Y, como veremos en el capítulo VI, el puntero de la zona del barrio de atrás de las vías, Ramiro, me lo dijo directamente: “Vos sos de afuera, sos sapo de otro pozo”.

Ser la prima norteamericana me hacía sentir colonizadora: esa otra que llegó al barrio, que los/as invadió y que encima los/as estaba interpretando. Claro, la etnografía fue colonialismo. Pero a esa lectura inmediatamente tuve que agregarle otra mirada: si era la parienta extranjera, me volvía lo otro, la otra. ¿O acaso esta vecina se ubicaba a ella misma en el lugar del otro/a, del otro como otredad inferior? ¿Qué “tipo” de otro/a era? ¿Cómo me veían? ¿Era imposible pensarnos en paridad? ¿Cómo construía a mi referente empírico? Reconocí que no lo hacía desde la lástima ni la caridad, aunque en ocasiones el dolor era muy fuerte ante injusticias referidas, en este caso, al acceso al hábitat. Lo que se observó de forma clara en esta situación fue que los modos de nombrar señalaban la alteridad. Ellas me veían como extranjera y yo las percibía así a ellas³⁰, era recíproco. Quedaron evidenciadas nuestras distancias sociales: contábamos con diferentes trabajos, distintas trayectorias de vida, habitábamos barrios desiguales. Pero también compartíamos muchos aspectos: La Plata no era nuestro lugar de origen, transitábamos la ciudad y con algunos/as entrevistados/as teníamos rutinas y prácticas en común (circular por instituciones públicas, caminar, utilizar transporte público, construir diferentes vínculos sociales, entre otras).

Entonces, ¿qué significaba ser extranjera? Schutz (1999: 1) analizó la situación del forastero cuando quería interpretar el esquema cultural de un grupo social al que se acercaba e intentaba orientarse en su interior y concluyó: “El término ‘forastero’ indicará una persona adulta, perteneciente a nuestra época y civilización, que trata de ser definitivamente aceptada, o al menos tolerada, por el grupo al que se aproxima”,

³⁰ Pero además, vivía con culpa el trabajo de campo porque sentía que mis acciones se encaminaban a obtener información para luego analizarla, como si ellas fueran medios para lograr fines; como si esta tesis tuviera sólo un objetivo académico –alcanzar el grado de doctora- disociado de uno político, vinculado a producir transformaciones, a incidir en políticas públicas, a escuchar respetuosa y atentamente otras voces. Cuando entendí eso, pude salirme de esa lógica culpógena cada vez que pasaba un tiempo sin regresar al barrio. Y las vi de otra manera.

cuyo ejemplo paradigmático era el/la inmigrante. Tal definición cabía tanto para las vecinas cuando recién emigraron al barrio –y en muchos momentos desde la mirada de los/as habitantes argentinos/as- como para mí.

Para Schutz, los/as forasteros/as quieren conocer la pauta cultural de un grupo. Toda persona que nace o se educa en grupo acepta la pauta cultural heredada como indiscutible, la cual sirve para expresarse, interpretar, etc. Entonces, el/la forastero/a se convierte en la persona “que debe cuestionar casi todo lo que parece incuestionable a los miembros del grupos al que se incorpora” (Schutz, 1999: 5).

Una diferencia entre las vecinas paraguayas y yo radicó en que, como grupo de inmigrantes, dejaron “de ser un observador no participante para convertirse en aspirante a miembro del grupo al que se acerca” y, de hecho, son protagonistas de la comunidad mientras que la actitud de investigadora/a consiste en saltar “de la platea al escenario”, pero para observar e interpretar, no para ser “copartícipe en relaciones sociales con sus actores” (Schutz, 1999: 6). Entonces, la nueva pauta cultural para las vecinas se aproxima y aprehende mientras que en nuestro caso intentamos interpretarla.

Conocer un pensar habitual también conllevó el cuestionamiento del propio pensamiento. Entonces, las concebía como extranjeras porque fui nieta de inmigrantes que nunca asumieron un rol distinto a ese –es decir, no quisieron o no pudieron “sustituir totalmente la pauta cultural de su grupo de origen por la nueva pauta cultural” (Schutz, 1999: 11)- pero eso no significaba que en todos los casos fuera igual. Sin embargo, nunca lo había deliberado y por eso percibía primordialmente como extranjeras a mujeres que eran protagonistas de su comunidad, más allá de que no nacieron en Argentina y que mantenían tradiciones, creencias –entre otros rasgos identitarios- de su país de origen. Tampoco podía afirmar que perdieron su pensar habitual anterior al conocimiento de este endogrupo, ya que el actual no constituyó una manera de vida incuestionable, sino que permanecieron como elementos residuales algunas cuestiones de su pauta cultural anterior, como se verá en el capítulo V. Entonces quedó claro que eran inmigrantes, pero no extranjeras a su comunidad y esa percepción fue fundamental porque, en cambio, yo sí era foránea al grupo.

Continué charlando con mi compañera, quien me propuso que mire *Los rubios*. A veces buscaba en textos académicos respuestas que no necesariamente se encontraban allí, pero que sí emergían en producciones artísticas. Cuando ocurrió esta situación, hacía seis años que conocía el barrio. Nunca, en ningún momento, me había preguntado por mis rasgos europeos: fundamentalmente, por mi color de piel y cabello. Ni en Ringuelet

ni en otro lugar. Los daba por hecho como modo de ignorarlos. Pero Isabel, con su alegre respuesta, los puso frente a mí, obligándome a sentir la diversidad, una diversidad que era física, corporal, pero que a su vez daba cuenta de otras diversidades: materiales, culturales, simbólicas. Como en la película, “un punto blanco que se movía y era muy evidente que no éramos de ahí, que éramos extranjeros en ese lugar”.

Siguiendo a Elizalde (2005: 249) pude pensar que “ser definida como ‘rubia’ implicaba, como mínimo, convertirme en foco de escrutinio por mi condición de foránea, externa a la villa, visitante [y mujer]. Pero también (...) signo estereotipado de cierto canon de belleza femenina ‘excepcional’ en el barrio”. Entonces, quizás como parte del extrañamiento de la analista, tuve que reconocer nuestras diferencias, hacerme cargo de que era rubia y blanca en una sociedad en la que el insulto, sobre todo hacia los sectores populares, pasaba por descalificar con un “negro de mierda” ahora, “cabecita negra” en otras épocas y/o lugares, como modo de señalar y juzgar a los/as otros/as en tanto “pobres en recursos y cultura” y diferentes de los “argentinos tipo”, clase media, blancos, civilizados (Briones, 2008: 27); era rubia en un contexto en el que la publicidad nos vendió históricamente que lo blanco era puro, bello y limpio: todas construcciones de sentido hegemónicas que siguen imperando en nuestra cultura occidental, aunque las rechace.

Empero de que no son los/as únicos/as, los/as extranjeros/as de países limítrofes “tienden a asumir muchos de los atributos estigmatizados con que se define a ‘cabecitas’ y ‘villeros’” (Briones, 2008: 29)³¹. Es decir que, de acuerdo a la autora, se racializa a la subalternidad: “El oscurecimiento parcial de una condición genérica de subalternidad epitomizada en los ‘cabecitas negra’ ha permitido recrear y explicar la estructuración de clase, sin poner en entredicho ni el presupuesto de la blanquitud como atributo de toda una nación” (Briones, 2008: 27). Asimismo, cabe destacar que:

Si la versión dominante del ‘crisol de razas’ a la argentina predica que “los peruanos vinieron de los incas; los mejicanos, de los aztecas; y los argentinos, de los barcos”, las implicancias de semejante aseveración inscriben al menos un

³¹ Retomando a Ratier, Ferraudi Curto explica que villero y cabecita negra –a lo que podríamos sumar la conversión del adjetivo negro en sustantivo y su uso de manera despectiva- son “motes” empleados en distintas épocas para nombrar a sujetos que poseen características sociológicas similares: “Si ambos registran las huellas de las migraciones internas, entre ellos media la diferente ‘posición respecto al poder’, un proceso de “marginación” vinculado a la caída de Perón. Mientras cabecita negra es el insulto que busca conjurar el acercamiento entre clases en términos raciales, villero prevalece cuando la amenaza desaparece y el ‘pobre’ emerge como objeto de estudio e intervención” (Ferraudi Curto, 2008: 221).

doble juego. A la par de trazar distancias nítidas respecto de ciertos *otros externos* (los ‘aindiados hermanos’ de ciertos países latinoamericanos) en base a un ideario de nación homogéneamente blanca y europea, se secuestra y silencia internamente la existencia de otro tipo de alteridades (Briones, 2008: 20-21).

Sin embargo, a pesar de que el proyecto de país del siglo XIX residía en construir una Argentina civilizada y blanca observé que, aunque tuvo un peso simbólico altísimo, tal objetivo no fue cumplido: por un lado, porque a quienes se construyó como un/a otro/a indeseable perduraron en territorio nacional –“las voces antiguas, porfiadamente vivas” de las que hablaba Eduardo Galeano (2007: 120)- y por el otro porque, como mostró el comentario de Isabel, en cuantiosos territorios los rasgos blancos continuaron siendo asociados a la idea de extranjería: el/la blanco/a es el/la de afuera (del barrio).

Asimismo, esta conversación obligó a agudizar una mirada abierta y atenta con el fin de percibir los lugares simbólicos en que los/as vecinos/as me ubicaban en tanto analista y cómo estaba siendo concebida en términos culturales por estos actores; a su vez, se requirió una mirada crítica para poder realizar una lectura contextualizada y distanciada de sus discursos y prácticas (María Rosa Neufeld, 1999 en Elizalde, 2005).

Por eso, fue primordial asumir tales ideas/prejuizgamientos. Sin embargo, como no los compartí –ni los comparto-, me costó mucho entender por qué era la prima norteamericana y no la chica de la asamblea. Como afirmaron Díaz Ledesma y Morales (2013: 16-17), la etnografía implica un proceso de interacción, reciprocidad y diferenciación entre distintas reflexividades y “en este sentido, la diversidad desafía el propio sistema de clasificación, significación y comprensión del investigador, produciendo su perplejidad y extrañamiento”. Acaso fue ese el momento de empezar a “asumirse, reconocerse, hacerse cargo de esa marca subjetiva de la memoria” (Aon, 2014: 8). Y, admitiéndola, trabajar para que las diferencias y las fronteras simbólicas que emergieron en el lenguaje no legitimaran, profundizaran o se convirtieran en desigualdades (Reguillo, 2007; Elizalde, 2005).

4. Una última consideración sobre la etnografía

Realizar el trabajo de campo fue muy valioso para este proceso de aprendizajes. Hacemos hincapié en él porque se trata del referente empírico de una indagación, es un recorte consecuente del lazo entre informantes y analista. Fundamentalmente, nos formuló cuantiosas preguntas que obligaron a repensar el rol del/a investigador/a en el

territorio y, además, interpeló el cuestionamiento de ciertas categorías que habían sido omitidas o pasadas por alto. Esto se debió a que “concebimos el conocimiento reflexivamente, lo que significa incorporar al investigador al campo de análisis y poner en cuestión su mundo académico, cultural y social, que es su condicionamiento, a la vez que su posibilidad de conceptualizar la objetividad social” (Guber, 2005: 43) Así, algunos interrogantes fueron los siguientes: ¿Qué entendíamos por pobreza? ¿Cómo veíamos a los/as vecinos/as? ¿Cómo me veían a mí? ¿Cómo se organizaron los actores protagonistas de este proceso? ¿Qué transformaciones se percibieron? ¿Qué sentidos se construyeron en torno a la vivienda? ¿Se trabajó de manera colectiva? ¿Qué importancia o no se le otorgó a ello? ¿Cómo fue la militancia en este barrio?

Cuando hablamos de reflexividad, lo hacemos siguiendo a Guber (2005) desde dos enfoques: por un lado, resaltando la pertenencia de los sujetos a una cultura y sociedad – sea el/la investigador/a o los/as informantes-, lo cual fue relevante para reconstruir la perspectiva del actor y, por el otro, con una mirada que indaga en la relación de ambos/as. Además, “la reflexividad en el trabajo de campo es el proceso de interacción, diferenciación y reciprocidad entre la reflexividad del sujeto cognoscente -sentido común, teoría, modelo explicativo de conexiones tendenciales- y la de los actores o sujetos/objetos de investigación” (Guber, 2005: 50).

La autora plantea que no siempre se ha tenido en cuenta la reflexividad del/de la analista. Sin embargo, nos parece central porque al vincularse con los actores a los que estudia, se cobran nuevos sentidos al conocer otros marcos de significación y referencia. Creemos que en cada entrevista y observación se produce tal contraste obligándonos a reconocer los prejuicios e ideas preconcebidas, lo que es primordial si se busca generar saberes no etnocéntricos y colectivos. Se prueban los modos de acción y pensamiento y las nociones teóricas de las que partimos. Por otra parte, es fundamental en el proceso de producción de conocimientos ya que, como hemos visto, las anécdotas y situaciones vividas pueden motivar interpretaciones críticas. La construcción teórica y la adquisición de información no tienen por qué separarse, sino que se pueden dar de manera conjunta, de ahí la relevancia otorgada al trabajo de campo como instancia sumamente reflexiva. En un proceso creativo -y que puede ser contingente- como el investigativo, valoramos los aprendizajes que se producen al conocer e interpretar los puntos de vista de los distintos sujetos sociales.

Por otra parte, no queremos terminar estas líneas sin manifestar que consideramos que hoy –a diferencia de la dominación de otros tiempos, de la que ya hemos hablado- hay

un sentido solidario en llevar a cabo etnografía debido a que nos interesa conocer e incluir las perspectivas de otros/as para entender procesos que tengan como horizonte fortalecer la participación popular e inclusiva en nuestras democracias y trabajar para que se reduzca la desigualdad social: “La vieja fórmula antropológica del ‘estar allí’, legitimante de relatos de mundos lejanos (...) adquirió nuevos sentidos en la entrevista urbana, en la medida en que debía dar cuenta, a pesar del ‘aquí’, de la creciente distancia que iba produciéndose entre los habitantes de un mismo lugar” (Arfuch, 2010: 122).

*

Queremos destacar que esta investigación constituyó una experiencia antropológica muy significativa. Pudimos producir preguntas, cuestionar la metodología, nuestros posicionamientos y acompañar el proceso de relocalización en sus distintas etapas, desde que fue un rumor hasta el habitar post mudanza. Además, pudimos modificar y precisar el objeto de estudio, al vislumbrar las potencialidades que tenía la reubicación para ser analizada.

El trabajo de campo dejó de manifiesto que al investigar, los/as analistas también ponemos el cuerpo, nos exponemos y nos vemos a nosotros/as mismos, nos interpela la práctica. Tal como sucedió con la artista Sophie Calle³², quien le solicitó a su propia madre que contratara a un detective para que la persiga y fotografíe y de esa manera construyó arte: viéndose a sí misma a partir de la mirada de los/as demás. En nuestro caso, reflexionando sobre cómo nos vieron pudimos interpretar algunas cuestiones sucedidas durante la indagación.

Por otra parte, es interesante mencionar que observamos –quizás al principio con perplejidad- cómo hemos sido señaladas en tanto alteridad por el objeto de estudio, lo cual da cuenta de que las operaciones que emprendemos cuando hacemos etnografía no distan de las que hacen las personas en su vida cotidiana: registrar, divertirse, señalar al /a la otro/a, preguntar, desconocer, temer, poner el cuerpo ante diferentes situaciones, etc³³. En otras palabras: “Todas estas actividades son realizadas tanto por etnógrafos urbanos como por otros investigadores, sin contar a los muchísimos habitantes y visitantes de la ciudad que realizan prácticas similares todos los días” (Segura, 2015: 27).

³² Esta comparación fue propuesta por Marina Panfili, durante la presentación del libro *Indisciplinas*.

³³ Esta idea fue planteada por Ramiro Segura durante la presentación del libro mencionado.

5. Bibliografía

- Aon, Luciana. “Fabular la memoria entre lo visible/decible y lo posible: *Los rubios* y la ficción-documental”. Trabajo final del Seminario: *Del reparto de lo sensible. Elementos estéticos y políticos para una arqueología del presente*, a cargo del Dr. Ramiro Cangi. Doctorado en Comunicación (FPyCS-UNLP). 2013.
- Arfuch, Leonor. *La entrevista, una invención dialógica*. Paidós. Estudios de Comunicación. Buenos Aires, 2010.
- Briones, Cristina. *Cartografías argentinas: políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*. Buenos Aires: Antropofagia, 2008.
- Díaz Ledesma, Lucas y Morales, Orlando Gabriel. *Identidades e interculturalidad en etnografías reflexivas*. IICOM-FPyCS. EPC. Universidad Nacional de La Plata. La Plata, 2013. Consultado en agosto de 2015. Disponible en:
http://perio.unlp.edu.ar/iicom/sites/perio.unlp.edu.ar/iicom/files/identidades_e_interculturalidad_.pdf
- Duhau, Emilio y Giglia, Ángela. “Introducción: Orden urbano y experiencias metropolitanas”. En: *Las Reglas del Desorden: Habitar la Metrópoli*. México: UAM-A. Siglo XXI. 2008.
- Elizalde, Silvina. *La otra mitad. Retóricas de la "peligrosidad" juvenil. Un análisis desde el género*. Tesis doctoral. UBA. 2005.
- Ferraudi Curto, Cecilia. “Inmigrantes en nuestra propia patria”. En *Apuntes de Investigación del CECYP* n° 13.2008. CECYP. Argentina.
- Galeano, Eduardo. *El libro de los abrazos*. Buenos Aires. Catálogos. 2007.
- Galindo Cáceres, Jesús. *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Addison Wesley Longman. México, 1998.
- Guber, Rosana. *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós. Argentina, 2005.
- Guber, Rosana. *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Grupo Editorial Norma. Bogotá, 2001. Capítulos 3 y 4. Disponibles en:
http://www.perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/p.3_guber_r._la_etnografia_cap_3.pdf

y

http://perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/la_entrevista_etnografica_o_el_arte_de_la_no_directividad-rosana_guber_0.pdf .Consultado en agosto de 2015 y junio de 2016.

- Marradi, Alberto, Archenti, Nélica y Piovani, Juan Ignacio. *Metodología de las ciencias sociales*. Primera Edición. Buenos Aires, Emecé Editores, 2007.
- Merlinsky, Gabriela. “La Entrevista como Forma de Conocimiento y como Texto Negociado: Notas para una pedagogía de la investigación”. *Cinta Moebio* 27: 27-33 www.moebio.uchile.cl/27/merlinsky 2006.
- Murillo, Javier y Martínez, Chyntia. *Investigación etnográfica. Métodos de Investigación Educativa en Ed. Especial*. 2010. Disponible en: http://www.uam.es/personal_pdi/stmaria/jmurillo/InvestigacionEE/Presentaciones/Curso_10/I_Etnografica_Trabajo.pdf Consultado en agosto de 2015.
- Película *Los rubios* de Albertina Carri. Consultada en agosto de 2015. Disponible en: <http://www.cinemargentino.com/films/914988608-los-rubios>
- Reguillo, Rossana. *Emergencia de culturas juveniles: estrategias del desencanto*. Grupo editorial Isabel. Buenos Aires. 2007.
- Saraví, Gonzalo. *Juventudes Fragmentadas: Socialización, Clase y Cultura en la Construcción de la Desigualdad*. FLACSO. México, 2015.
- Segura, Ramiro. “Paisajes del miedo en la ciudad. Miedo y ciudadanía en el espacio urbano de la ciudad de La Plata”. En *CUADERNO URBANO. Espacio, Cultura, Sociedad* - VOL. 8 - N° 8 (Octubre 2009) pp. 59 - 91. ISSN 1666-6186. Resistencia. Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-36552009000100003
- Segura, Ramiro. “Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico”. *Cuadernos del IDES* n° 9. 2006. Disponible en: http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/ides/20110517102641/cuadernos9_Segura.pdf
- Schutz, Alfred. Capítulo IV “El forastero. Ensayo de psicología social”. En *Estudios sobre teoría social*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1999.

- Strauss, Anselm. y Corbin, Juliet. *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Editorial Universidad de Antioquia. Colombia, 2002.
- Valdés, Roberta. *Producción social de sentido acerca del hábitat popular. El caso del barrio La Victoria, en la periferia del Gran La Plata*. Trabajo de tesis realizado como requisito para optar al título de Doctor de Comunicación. Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. 2014.
- Wolf, Eric R. *Europa y la gente sin historia*. Fondo de Cultura Económica. México. 1987.

PARTE II

CAPÍTULO IV

“Cuando volvimos encontramos el desastre. No quedó nada”. Habitar la catástrofe: inundación, participación y interrupciones en la vida cotidiana

Partiendo de que la relocalización del asentamiento de Ringuelet se produce fundamentalmente por la inundación que afectó a toda La Plata, ya que se precisa el espacio de las viviendas para ensanchar el arroyo y realizar obras con el fin de que no se repita la catástrofe, el presente capítulo tiene como objetivo, por un lado, analizar las transformaciones en los modos de habitar de los vecinos y vecinas antes, durante y después de la inundación de 2013; y, por el otro, describir las políticas públicas y la acción del Estado en el barrio durante aquellos días. Para eso, comenzaremos dando cuenta de la anegación, de cómo se vivió en este territorio y luego nos detendremos en diferentes aspectos vinculados a los formas de habitar, es decir, nos preguntaremos si fueron trastocados (o no) a partir del 2 de abril de 2013 los variados usos, apropiaciones y atribuciones de sentido sobre los espacios construidos a través del tiempo por los/as habitantes: ¿Qué cambió? ¿Cómo fueron los modos de organización? ¿Quiénes se acercaron al territorio? ¿De qué manera incidió en la vida cotidiana? ¿En qué medida se trató de una experiencia compartida? ¿Habilitó a imaginar otro tipo de ciudad?

1. Los antecedentes

Abril de 2013 no fue la primera vez que el clima, sumado a la ausencia de obras, dañó al territorio. Se produjeron importantes inundaciones en enero de 2002 –llovieron en sólo una hora noventa milímetros- y en febrero de 2008, sin contar todas las lluvias fuertes que más o menos silenciosamente –o quizás es más adecuado decir, que ante oídos sordos- soportan los barrios precarios de la ciudad. Para López Mac Kenzie y Soler (2014: 15): “El 2 de abril de 2013 (2A) se distingue de los episodios anteriores por la ferocidad de la lluvia, por la cantidad de ancianos, adultos y jóvenes que mató, por el torrente de leyendas realmente mágicas que hizo germinar y por la indolencia escogida del grueso de los funcionarios implicado”. Para estos/as autores/as, los arroyos pasan desapercibidos en la vida cotidiana de miles de habitantes, pero cobran protagonismo ante las anegaciones.

Josefa, una de las pobladoras del barrio más antiguas, asegura que vivió tres inundaciones. La primera fue cuando su hijo tenía diez años (a fines de los ‘80): “Se levantó pisando todo el agua, que ese día casi lo pica una víbora a él”. Cuando ella llegó a su casa después del trabajo, no podía entrar por la cantidad de agua que había. Perdieron todo y, de acuerdo a Josefa, nadie los/as ayudó. “La siguiente inundación... Una sé que era hace poco, yo ni me acuerdo nomás te digo porque ya tantas... Yo sé que nos inundamos tres veces”, afirma.

Elena recuerda que en su infancia vivió una anegación grande, cuando tenía ocho años. Ana aclara que hacía doce el barrio se había inundado, pero nunca como ese 2 de abril. En aquella oportunidad, “fue rápido, bajó todo rápido, pero esta vez fue el terror”, señala.

Otros/as vecinos/as no se acuerdan de hechos similares y algunos/as saben por testimonios de habitantes que hubo, pero no estaban viviendo en el barrio.

Por otro lado, el ingreso de agua a las viviendas era parte de la vida al lado del arroyo:

-¿Antes de 2013 el barrio estuvo afectado por el clima?

Isabel: sí, sí, muchas, siempre me entraba agua a mí, a ella nunca porque tenía más alto. A mí, pero nunca así, era uno que entraba hasta el baño, baldeabas.

Ana: tuvimos esa inundación de vuelta, ¿te acordás cuando Fer era chiquito? Esa fue una importante.

Isabel: pero tampoco te entró, te entró en el patio. Nosotros porque teníamos siempre más bajo acá.

También ocurrió un temporal en abril de 2012, que perjudicó a la parte del barrio donde estaba la canchita: se volaron techos y cayeron cables. Pero estas vecinas no colaboraron porque “tienen ellos que le ayudan, por ejemplo, el Padrazo [puntero de la canchita] o la delegación que les ayuda”. A Filomena, que vivía entre 1 y 3, también le estropeó el techo, pero el jefe de su marido los/as ayudó.

Todas esas narraciones ponen de manifiesto que vivir a la vera de El Gato implicaba un riesgo, pero nunca antes se había producido una inundación de semejante magnitud.

2. El 2 de abril de 2013

“Entró el agua por la puerta,
salió por la otra puerta,
se llevó pared,
se llevó muebles,
se llevó todo” –

Horacio (habitante de Ciudad Oculta).

El agua el 2 de abril de 2013 en La Plata se llevó todo: recuerdos en papel, certezas, objetos, vidas. El agua se llevó amigos/as, padres, madres, hermanos/as, vecinos/as, mascotas y transformó, aunque sea mínimamente, los modos de habitar la ciudad. El agua se llevó seguridad y dejó a cambio temores. El agua se llevó la tranquilidad de un

feriado³⁴ y devolvió angustia. Una urbe pensada desde la racionalidad fue devorada por el agua que, cuando llegó, demostró ser imparable:

El agua desbordó los arroyos sobre los que se asienta la ciudad de calles perfectamente calculadas; tapó el casco fundacional y en las periferias barrios que se inundan siempre y otros que nunca se habían inundado; impidió salir de las casas y avanzar por las calles, convertidas en trampas mortales; y transformó La Plata: diáfana, coqueta y ambiciosa, encalló en una postal brumosa y apocalíptica (López Mac Kenzie y Soler, 2014: 16).

De acuerdo a Benítez y otras (2007), abril se encuentra entre los meses más lluviosos. En los pluviómetros de la estación meteorológica de la Universidad Nacional de La Plata se acumularon 392 milímetros de agua de lluvia el 2 de abril de 2013. Como antecedente cercano, en 2008 se registraron 240 milímetros y el promedio para este mes en los últimos treinta años fue de 43 (López Mac Kenzie y Soler, 2014). Por lo tanto, constituyó la más intensa precipitación registrada en la historia de la ciudad. No obstante –y sin referirse específicamente a La Plata-, Bleichmar (en Waisbrot y otros, 2003) planteó que las catástrofes naturales eran una consecuencia de la negligencia, el descuido y de la ausencia de responsabilidades gubernamentales. Además, señaló que las inundaciones no se debían sólo a las precipitaciones, sino también a políticas urbanas que no tenían como prioridad el bienestar de los/as habitantes. Branz (2013) consideró que en el caso de la capital bonaerense se trató de un fenómeno previsible y que debería haber existido un plan de evacuación consciente. Poner el foco en las lluvias desvió la atención de dos aspectos que el investigador estimó fundamentales: los motivos por los cuales el agua no drenó a tiempo de modo que fuera posible evitar su acumulación en áreas que no eran inundables y las muertes ocasionadas ante la falta de prevención estatal. No existió un alerta, llovió como nunca pero tampoco hubo un plan de asistencia y eso determinó los fallecimientos, sobre cuya cantidad no existen certezas³⁵. Por otro lado, se estimó que hubo más de 2000 evacuados/as.

³⁴ El 2 de abril se conmemora en Argentina el Día del Veterano y de los Caídos en la Guerra de Malvinas.

³⁵ El relato oficial habla de 52 muertes, mientras que las investigaciones judiciales sostienen que hubo 89, según el fuero en lo contencioso administrativo.

En ese sentido, recuperando el informe del Departamento de Hidráulica de la Facultad de Ingeniería de la alta casa de estudios mencionada, se afirmó que la lluvia fue la gran causa de la anegación pero hubo otros dos factores de suma importancia:

Por un lado la ocupación de los valles de inundación: la “existencia de zonas altamente urbanizadas emplazadas sobre los propios cauces y zonas aledañas” es la causa “de los mayores daños registrados”, sostuvieron. Por otro lado, la inexistencia de una gestión integral de riesgo de inundaciones que contemplara acciones preventivas, correctivas y de asistencia durante la emergencia (López Mac Kenzie y Soler, 2014: 97).

Scarpetta (2013) agrega que cuantiosos/as especialistas señalaron tres causas: el cambio climático, la falta de infraestructura y la construcción excesiva (de 2003 a 2008, se edificaron 800 mil metros cuadrados según el autor³⁶). Al respecto, Ceraso y Pereira (2013: 45) sostienen: “Hace años que numerosos expertos en suelo y en ordenamiento territorial alertan en torno a la posibilidad de inundaciones ocasionadas por la falta de suelo libre de construcción y por el creciente índice de impermeabilidad, pues al aumentar el número de edificaciones y los espacios pavimentados el agua no tiene suficiente tierra para filtrarse”.

Branz (2013) encuentra en la declaración del Concejo Directivo de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de La Plata algunas razones por las que existieron nuevas zonas anegadas:

“Este es el caso de La Plata (...) que transita un proceso de urbanización y periurbanización intensificado e ininterrumpido a lo largo de la última década, impulsado en parte por la recuperación económica de 2003 y por la flexibilización normativa a nivel municipal. De esta manera, hemos ganado en este período más de dos nuevos millones de metros cuadrados construidos en una ciudad de bajo crecimiento poblacional, siguiendo lógicas de maximización de la rentabilidad del suelo, expulsando a los pobres a localizarse en las áreas más vulnerables y avanzando sobre cuencas de ríos y arroyos, espacios verdes y humedales, alterando la regulación hídrica natural del territorio (La Plata, 16 de abril de 2013)” (Branz, 2013: 8).

³⁶ En las siguientes líneas veremos que desde la Facultad de Arquitectura se señala otro número para un período más amplio.

Por su parte, en una entrevista publicada por *Argentina Investiga* el urbanista Eduardo Reese (2013: s/p) explica que en la provincia de Buenos Aires y en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires “hay una cantidad de obras por terminar, desde el punto de vista del drenaje urbano, para mitigar el problema de los excesos de lluvias e inundaciones. Pero, desde el punto de vista del urbanismo, el problema básico que tiene la región metropolitana es que creció de manera muy irrespetuosa de las condiciones naturales del sitio donde se asentaba”.

La Plata está construida sobre arroyos: Maldonado, el Regimiento, el Pérez, El Gato, etc. Este último, también conocido como el “riachuelo platense” (López Mac Kenzie y Soler, 2014: 96), posee la cuenca de mayor población de la zona. De acuerdo al informe mencionado del Departamento de Hidráulica, las áreas que más se anegaron coincidieron con los arroyos: “Las aguas, al extenderse hacia sus propias planicies de inundación y ocupar las huellas de sus antiguos cauces, produjeron el anegamiento de amplias zonas de la ciudad” (en López Mac Kenzie y Soler, 2014: 96).

En un estudio realizado en el que se toma parte del asentamiento de Ringuet, Benítez y otras (2007) sostienen que las áreas de riesgo de inundación son aquellas en las que puede producirse un daño por el desbordamiento del agua fuera de su lecho o por crecidas, con consecuencias tanto a nivel físico-material como social. Las autoras retoman a Lavell (1996) para añadir que tiene que existir una amenaza y una población vulnerable para que haya riesgo. Entonces, “desde esta perspectiva el riesgo es una condición dinámica, cambiante y técnicamente controlable” (Benítez y otras, 2007: 3).

A partir de un estudio del Instituto de Geomorfología y Suelos de 2004, Benítez y otras concluyen que la cuenta del Arroyo El Gato es un área que tiene muchas posibilidades de inundarse. Por eso, se considera un lugar con restricciones ambientales para que la población se asiente. Además, observan que se produjeron entre 1980 y 2004 transformaciones territoriales que manifestaron “un aumento de loteos, población de niveles de ingresos bajos o medio-bajos y bienes y servicios expuestos a la inundación” (Benítez y otras, 2007: 10).

Según López Mac Kenzie y Soler (2014: 112), Ringuet comenzó a anegarse luego de las seis de la tarde, en el momento en que el agua que bajaba hacia el Río de La Plata desbordó el arroyo y una hora después ocurrió el “pico de subida”. En esta localidad y

en Tolosa³⁷ el agua permaneció durante más tiempo que en otros barrios y llegó a estar hasta diecisiete horas en el interior de las viviendas.

Para Iglesias (2014: 2)³⁸, “la emergencia social vivida en la ciudad de La Plata afectó con mayor gravedad a las poblaciones más vulnerables, profundizando los procesos de exclusión que atraviesan”. En esa línea, Ceraso y Pereira (2013) afirman que las transformaciones que la modernidad produce sobre la naturaleza, como la especulación inmobiliaria, la suba de precios y la extracción del suelo, en la capital bonaerense generan vulnerabilidad para todas aquellas personas que habitan próximo a los arroyos. Así, consideramos que el asentamiento constituyó un territorio vulnerable entendiendo a esta categoría como producto de un proceso de acumulación de distintos factores (ambientales, socioeconómicos, sanitarios, habitacionales, sociales, etc: “‘Es la sumatoria de estos elementos la que conduce a la sociedad, o a partes de ella, a encontrarse en un estado de debilidad social, de incapacidad para absorber, amortiguar o mitigar cualquier evento que salga de los carriles habituales’ (Herzer; 1990: 5)” (Benítez y otras, 2007: 3).

Por ello, concebimos importante recuperar cómo vivieron los/as habitantes del asentamiento de Ringuelet –radicados/as en su mayoría sobre los márgenes de El Gato– las inundaciones para analizar las transformaciones que suscitó en los modos de habitar de los vecinos y vecinas y para entender por qué luego de este hecho surgió el proyecto de relocalización.

3. La catástrofe no prevista: escenas de la inundación

“¿Qué hice yo en ese momento?
Me senté, me puse a tomar mate,
me puse a hacer tostaditos
porque no quería caer
que estaba toda mi casa
inundada” –
Elena (habitante de la canchita).

3.1. El miedo a la pérdida (a la destrucción)

El 2 de abril de 2013, Juliana estaba durmiendo la siesta:

-Está entrando agua por el baño, mamá.

-Bueno, ya va a pasar, dejame.

³⁷ Tolosa es un barrio platense ubicado próximo a Ringuelet.

³⁸ La autora forma parte de un proyecto de extensión que se emplaza, entre otros barrios, en Ringuelet.

Cuando se despertó, el agua la tapaba.

Juliana tenía tres hijas y un hijo. Estaba separada y ese día el papá del nene se lo llevó a lo de su abuela porque el terreno era más alto. Ellas no quisieron abandonar su casa y se subieron a la cama cucheta, donde iban a permanecer toda la noche: “Vos veías cómo flotaban las ollas”, recordó Juliana. Al día siguiente, el agua bajó alrededor de las seis de la tarde. En ese momento, se dieron cuenta de que habían perdido todos los muebles. Y se pusieron a limpiar con ayuda de voluntarios/as de TECHO, que le habían construido su casa tres años atrás:

Violeta (hija de Juliana): había víboras, de todo. Había ratas.

Juliana: sí, de todo, ratas, sabés lo que es, un olor...

Violeta: porque estaba el arroyo ahí nomás.

Juliana: sí, un olor impresionante.

El 2 de abril de 2013, el hijo de Ernesto se enteró que su casa se inundaba cuando vio un video en Internet de gente que lo grabó desde el tren. Él estaba en Gonnet y fue corriendo a ayudar a su padre: en Ringuelet, Ernesto y un grupo de vecinos/as pasaban por las casas para levantar todo lo que podían, con el objetivo de que no se mojara nada. Ernesto durmió en la camioneta de su cuñado, con muchísimo frío. Cuando regresó a su vivienda, “era un desastre eso. Todas las marcas en las paredes”.



Una de las imágenes que posiblemente vio el hijo de Ernesto en YouTube:
<https://www.youtube.com/watch?v=1afhHUq1Dv8>



Una de las imágenes que posiblemente vio el hijo de Ernesto en YouTube:

https://www.youtube.com/watch?v=rvIY_jTiq9I

El 2 de abril de 2013, Ana también estaba durmiendo la siesta. A la tardecita, el agua empezó a entrar a su casa por debajo de las puertas, pero pensó que iba a ser poca. Sus amigos/as la ayudaron a poner todo arriba de la mesa, a embolsar ropa y subirla al placard, afortunadamente, porque luego le entró más de un metro cincuenta de agua.

Esa noche Ana durmió en la casa de su cuñada, arriba de una camioneta junto a su hijo más chico y una amiga. No podían salir de ahí ya que era imposible abrir las puertas por el agua. Su hijo mayor durmió en otro vehículo con su tío y su esposo se quedó cuidando la casa: “Después no aguantó más a la madrugada, que se iba a morir, que se iba a morir, que el agua avanzaba, avanzaba, en vez de bajar, subía y tuvieron que subir al techo del hermano. Ellos amanecieron ahí. Y después un vecino que tenía loza viste nos dijo que subiéramos todos ahí”, relató la mujer.

¿Por qué es importante permanecer en la vivienda aún cuando eso puede ponernos en riesgo? ¿Qué implica perder la casa? Perder la casa significa que carece de sentido el esfuerzo de años de trabajo; perder la casa es perder la seguridad de un techo para dormir y donde sentirnos resguardados/as; perder la casa es que se rompa el lugar desde el cual entendemos el mundo; perder la casa es retroceder, es tener la obligación de empezar de nuevo; perder la casa es perder las esperanzas, es sentir que el sacrificio no

valió la pena: se ahogó en la inundación. Por eso da tanto miedo perder la casa: porque genera, en ese momento, la sensación de perder futuro. Y esa sensación, que aparece en la inundación, se replica con la posibilidad de reubicación: en poco tiempo, se pierde –y se destruye por la acción del agua o de una topadora- el hogar. Miedos distintos –la posibilidad latente de muerte y la posibilidad de una mudanza que conlleva angustias, rupturas, etc-, están presentes en las dos circunstancias y, en ambos casos, nos generan una pregunta: ¿cómo continúa la vida sin *esa* casa, sin ese marco organizador de prácticas desde donde se interpreta el mundo?

3.2. El desconcierto

El 2 de abril de 2013, Blanca llevó a su hija al Hospital de Niños porque le había dado alergia un chocolate, justo cuando comenzó a lloviznar. La acompañaron sus otros/as hijos/as y una amiga que tenía camioneta pero, como el temporal era fuerte, luego regresó a su casa en Gonnet³⁹ y se llevó al niño de Blanca. Ella se quedó con sus dos nenas, sin batería en el teléfono y sin cigarrillos.

Tenían que esperar en el hospital a que se le pasara la picazón: para eso, a la niña le colocaron un suero hasta que la medicación estuviera en su cuerpo. Esa noche la pasaron allí:

“Yo mirando cómo llegaba la gente, que tenían algo los chicos, todos desesperados, angustiados. La ambulancia que salía a buscar más personas, más chicos chicos (...) Después se cortó la luz, que trajeron una usina que no andaba, qué sé yo. Bueno y así me pasé la noche mirando qué es lo que hacían, yendo y viniendo. La otra nena chiquita se acostó al lado de ella porque la doctora me dijo: ‘Acostala mamá. No te vas a poder ir hasta el otro día. Acostala, no tenemos problema. Sabemos la situación que estamos pasando’”- Blanca.

Al otro día, su hija recibió el alta. Quisieron tomar un colectivo o taxi para regresar al barrio, pero no había y tuvieron que caminar más de siete kilómetros: “Nos vinimos caminando las tres. No conseguía nada (...) Los colectivos llegaban a la zona de La Plata nomás, hacían un rondín y nada más”, aclaró. Fueron por calle 12 para comprar unas galletitas y gaseosas y luego retomaron por la avenida 7: la ciudad estaba tranquila, no andaba nadie. Vieron mucho pasto y basura en las veredas porque el agua ya había

³⁹ Gonnet es una localidad de La Plata.

bajado en esa parte. Vieron Plaza Italia llena de bolsas. Cuando llegaron a barrio norte vieron a muchas familias llorando, abrazándose, con valijas en sus manos:

-¿Mami, por qué está llorando la gente?

-No sé, la verdad que no sé. Porque se irán de viaje...

Blanca nunca imaginó lo que estaba a punto de presenciar: “Cuando llegamos a 7 y 32 vimos todo, todo ese desastre: autos, camionetas arriba de la rambla, lleno de agua”. Quiso seguir avanzando por 7, pero un bombero le sugirió ir por otra avenida porque no iba a poder continuar y ya había muchas personas enfermas. Siguió caminando junto a sus hijas hasta el jardín de 4 y 520. Allí se encontró con un vecino que vivía en la esquina de su vivienda:

-Ricardo, ¿cómo está nuestra casa?

-Olvidate, no tenés casa ni vos ni nadie. Todo inundado está.

La vivienda de Blanca se mantuvo en pie porque era de material. Quedó entonces claro que con las inundaciones todos/as se quedaron sin casa porque el agua arrasó el hogar, los muebles, los recuerdos y, desde ese día, habitar en el asentamiento –y en toda la ciudad- ya no iba a ser lo mismo. Además de destruir viviendas completas en muchos casos, en todos el agua hizo sentir que nadie tenía casa como lugar seguro para resguardarse, sobre todo, si pensamos que la vida cotidiana gira alrededor de la casa en tanto “lugar de encuentro, de llegada y salida de los miembros que componen la unidad doméstica o la familia. Umbral que separa lo privado de lo público” (Reguillo, 2005: 264). Y en eso las políticas públicas tuvieron mucho que ver.

“Cuando recorrés los barrios, la gente te cuenta cosas de las que no tenés ningún tipo de registro. Eso es lo que más me angustia”, sostiene María Soledad Escobar en el libro *Marcados por el agua. Crónicas de la inundación* de Manuel Tejo (2015: 71). La mayoría de los relatos recabados en Ringuelet coinciden en que el 2 de abril de 2013 fue terrible, de terror y horroroso. De acuerdo a la *Real Academia Española* (RAE), terrible significa “difícil de tolerar” o “desmesurado”. El horror tiene que ver con un “sentimiento intenso causado por algo terrible y espantoso” y con una monstruosidad. El terror, por su parte, causa un miedo intenso y angustia. Todas estas palabras dan cuenta de cómo se padeció la inundación.



Fotografía tomada por una ex vecina del asentamiento de la zona de la cancha el día de la inundación.



Fotografía tomada por una ex vecina del asentamiento de la zona de la cancha el día de la inundación.

3.3. El desastre

En este apartado describiremos dos historias que son representativas para pensar cómo se vivió la inundación desde la idea desastre: se trata de la de Isabel, que vivía entre las calles 1 y 3, y la de Horacio, habitante de Ciudad Oculta. Cuando sea necesario, incluiremos voces de sus vecinos/as para ampliar las narraciones.

Como hemos visto, según los relatos la relocalización se produjo debido a la electrificación del tren y a la necesidad de ingresar maquinarias para realizar obras en el arroyo. De todas maneras, el barrio entero fue afectado por el agua, por lo que, es importante pensar en la reubicación a partir de cómo se vivió la catástrofe, sin desconocer que no fue su única causa.

Horacio es quilmeño. Se fue de su ciudad debido a las inundaciones y a los frecuentes robos que padecía. Llegó a Ringuelet en el 2002 luego de que un pariente de su esposa Antonia le comentara que un señor vendía su terreno. Se instaló allí, detrás de las vías del tren, junto a los/as demás familiares. Para él, fue un gran cambio de vida porque “el barrio era tranquilo, era como una comunidad, muy distinto a allá, se cuidaban uno al otro, si alguien no estaba, el vecino le miraba, nunca se perdía nada”. Trabaja de carpintero, laqueador y lustrador.

Isabel tiene cuarenta y siete años, es paraguaya y radica en Ringuelet desde 1996. Emigró para formar una familia y vivir mejor. Trabajó limpiando casas y desde hace unos años atiende su propio kiosco porque, por problemas de salud, no puede hacer demasiados esfuerzos físicos. Es una mujer sonriente, que habla muy rápido y a los gritos. Tiene tres hijos/as. Al momento de hacer la entrevista en su casa ubicada entre 1 y 3, estaba presente su pareja Ramón –con quien vino desde el país hermano- y luego llegaron su hija de dieciocho años, Lourdes, y su vecina Ana. Participaba en la asamblea.

La inundación, en tanto hecho que irrumpe y trastoca la vida cotidiana, se experimentó de distintos modos, destacándose el desastre. Horacio lo explica así:

“Si salías afuera el agua te llevaba. Teníamos que quedarnos adentro para salir, tuvimos que salir nadando por atrás, traer una sogá y atar la sogá hasta un poste. Hubo uno que nadó, ató de poste a poste para poder salir sino no salíamos, ¿por qué? Porque la sogá nos contenía, sino nos llevaba la corriente. Hay mucha gente que se la llevó la corriente y en la estadística no está eso. Hubo más de cien muertos, pero no están”.

La cuadra en la que él vivía era, retomando sus palabras, como una “montaña”. Su casa estaba en la parte más baja, por lo que, fue necesario abandonar todo y marcharse hacia el lado de la autopista, que era más alto. Según el puntero de esa zona y primo de Antonia:

“Nosotros agarramos y sacamos a las primeras seis familias que estaban adelante, fueron las que perdieron todo, fueron los que perdieron todo. Nosotros teníamos veinte centímetros de agua, nada. Pero ellos como... Nosotros estábamos acá, ellos estaban medio metro más bajo. Bueno el agua, como el arroyo no corre, el agua estaba más bajo, el agua que está allá es más bajo, toda la correntada se iba para el campo y se cruzaba por las casas. Fueron las casas que más se destruyeron. Nosotros tuvimos que sacar las familias de ahí a upa con una sogá porque la correntada era tan fuerte que te levantaba” - Ramiro.

La familia de Horacio vivió en la casa de Ramiro durante una semana. De acuerdo a su esposa, Antonia, al día siguiente de la inundación no había nada para comer y todos los hombres debieron salir “abrazaditos”, agarrados de las manos, para que no se los llevara la corriente ya que tenían que subir a las vías porque por abajo no se podía pasar: se ahogarían. Ramiro se había comunicado con el delegado de Ringuelet, quien le dijo que no podía enviar a ningún bombero/a debido a que también corría riesgo. Pero si surgía algún problema grave, intentarían dar la vuelta por la autopista. Por eso, los hombres salieron de la mano en busca de mercadería y, como no consiguieron velas, las armaban con grasa y trapos.

Una vez que bajó el agua, regresaron a su casa: “Cuando volvimos encontramos el desastre. No quedó nada”, sostiene Horacio. Esa “nada” que prevaleció fueron las consecuencias de la inundación:

“Eso, para nosotros, eso era un barrio, pero como quedó, era un desierto, eran las Amazonas. Porque quedaban ramazones por todos lados, juncos, era impresionante, no había forma. Con una pala únicamente podías limpiar y nosotros lo limpiamos a mano: lo limpiamos a mano porque no teníamos otra opción” - Horacio.

Como puede notarse, la idea de desastre prima en esta perspectiva. Se trata de “un trastocamiento de los elementos que están por fuera de la órbita del sujeto. Desastre

identifica al evento, que por su gran magnitud se torna potencialmente disruptivo” (Programa de Intervención en Catástrofes Socionaturales, 2010: 11) y se convierte en una “catástrofe subjetiva” (ídem). Siguiendo a López (2013: 14), podemos afirmar que es preciso entender que “el desastre no solo afecta el registro biológico -la vida en sí-, sino que atraviesa la subjetividad que se construye en ella”. De ahí radica el impacto de la inundación en la vida durante esos días y después. Además, Ríos (en una entrevista realizada por Mutuverría y Palazzolo, 2013: 3) destaca que si se habla del riesgo de desastre, en términos conceptuales se piensa que tiene dos dimensiones: el peligro en tanto fenómeno físico y natural y “las condiciones de vulnerabilidad que son las susceptibles de ser afectadas por el fenómeno”.

Para el momento de la inundación, Isabel tenía un embarazo de alto riesgo. Aquel día se encontraba limpiando “el fondo” de su casa y su pareja le pedía que dejara de trabajar:

“Estaba lloviendo ya, pero el gallinero al tope. Pero no una lluvia fuerte, ‘no’-me dice él- ‘si siempre fue así y después baja otra vez, gorda’, me decía. Después al toque me fui otra vez, más, más, más, más. ‘Hay que alzar el lavarropas’, le digo. Pusimos dos sillas y alzamos el lavarropas. ‘No, pero va a bajar’”.

En ese relato se percibe cómo la catástrofe no se preveía: pensaban que era una lluvia más, pues el agua en el asentamiento de Ringuelet –y en numerosos barrios platenses precarios- no era una excepción. Lo extraordinario fue la magnitud del desastre. De acuerdo a Natenzon (en Mutuverría y Palazzolo, 2013: 2), “la inundación en sí no tiene ningún problema, porque es parte del ciclo natural”. Lo que hay que mirar es por qué se convierte en catástrofe. Para la RAE, una catástrofe es un hecho que produce un gran daño o destrucción. Según el Programa de Intervención en Catástrofes Socionaturales de la Facultad de Psicología (UNLP), “catástrofe (del griego Trophe, darlo vuelta todo) refiere a la alteración de las referencias simbólicas del sujeto cuando la magnitud del evento excede las capacidades simbólicas singulares y colectivas” (2010: 11). Una catástrofe impacta en la subjetividad, entendida “como un proceso, un devenir en transformación; una producción que va a englobar las acciones y las prácticas, los cuerpos y lo que se produce en el ‘entre otros’, nudo de múltiples inscripciones (deseantes, históricas, políticas, económicas, simbólicas, psíquicas, culturales, sexuales, etc.)” (Programa de Intervención en Catástrofes Socionaturales, 2010: 12). Una catástrofe como la inundación incide en los sistemas de significación y en las referencias que sitúan al sujeto en vinculación con su contexto.

Según López (2013), la inundación fue una catástrofe social, ambiental y urbanística, que generó consecuencias de distinto tipo (económicas, psicológicas, sociales, sanitarias) y en la que tuvo mayor preponderancia la acción de los seres humanos que la naturaleza. Catino (2013: 1) indica que se trató de una catástrofe debido a que “fue ese suceso infausto, que liquida y altera profundamente el orden de las cosas, siendo disruptiva y traumática. Arrasó sin preguntar. Destrozó la materialidad. Ahogó la subjetividad. Se llevó la vida de seres humanos”.

Los vecinos/as invitaban a Isabel a sus casas, pero luego fueron afectados/as por la inundación. Su hija Lourdes heredó de una señora a la que cuidaba una vivienda ubicada en la vereda de enfrente. Es decir, no estaba a la vera de El Gato. Toda la familia fue allí, creyendo que era un modo de escapar del agua. Sin embargo, también subió y esa noche fue compleja. Colocaron su cama sobre ladrillos, donde Isabel se recostó:

“Mi tío se subió encima del auto, ahí quedó, encima de un tambor. Ramón por el árbol. Y yo y los chicos en la cama, con una vela prendida. Y ahí estuvimos, sin dormir. Después al día siguiente yo me quedé dormida ahí, Lourdes salió, porque yo tenía orden de internación del miércoles (...) Llamamos al hospital, todo, pero a mí no me podían venir a buscar ambulancia, ni nadie”.

En su testimonio, la organización de los/as vecinos/as no aparece de forma clara. Únicamente la solidaridad al querer ayudarla por su embarazo. En esa línea y con respecto a las participaciones, desde el Programa de Intervención en Catástrofes Socionaturales mencionado se afirma que los desastres modifican la estructura y el número de organizaciones que actúan ante él, involucran a personas que en general no proceden frente a este tipo de situaciones y dejan de manifiesto la ausencia de una planificación y respuestas, tal como se verá en los próximos apartados.

4. Modos de organización: participaciones y ayudas

“En la experiencia que se vivió en La Plata
la amplitud de la ayuda
que la sociedad se brindó a sí misma
fue tan desbordante como el agua”
“Lo que el agua descubrió” -Carlos Leavi
En *Maíz*.

Pocos días después de la inundación, pudimos ir a Ringuelet. Llegamos a la tardecita a la escuela n° 60. El establecimiento estaba lleno de gente y de donaciones: las mesas se extendían sobre un pasillo y se dividían en ropa para mujeres, para hombres, niños/as y calzados. Otra mesa ubicada al lado de la puerta servía como una muralla para distanciar la entrada a la institución de un aula donde estaban los alimentos: allí separábamos comida con el objetivo de armar bolsones y repartirlos.

Como dijimos, el 2 de abril de 2013 no hubo alerta, ni intendente (estaba de vacaciones en Brasil sin permiso del Concejo Deliberante), no hubo plan de evacuación o rescate. Por lo tanto, “cada uno[a] hizo lo que pudo, solo o con la ayuda de organizaciones políticas, sociales y vecinales” (López Mac Kenzie y Soler, 2014: 16). Siguiendo a Ceraso y Pereira (2015: 43), sostenemos que las inundaciones dejaron de manifiesto una compleja relación entre las políticas públicas, el Estado y las organizaciones sociales, evidenciando “un agotamiento del modelo capitalista sustentado en el consumo ilimitado y en el señorío del mercado inmobiliario para la resolución de problemas socioambientales”, donde primó el mercado por sobre el Estado, es decir, la rentabilidad por sobre las necesidades de los y las habitantes de la ciudad, lo cual fue responsabilidad del gobierno municipal, principalmente.

Según el *Relevamiento del Colegio de Trabajadores Sociales* (en López Mac Kenzie y Soler, 2014), la primera contribución recibida por parte de casi toda la población anegada fue la de un familiar, vecino/a o amigo/a, tal como sucedió en Ringuelet. Es decir, el primer auxilio al que se acudió fue al de cuñados/as, tíos/as, hermanos/as, madres/padres, hijos/as o amigos/as, pero luego aparecieron instituciones estatales, organizaciones y numerosos centros de evacuación.

Nos interesó recuperar cómo fueron los modos de organización durante las inundaciones porque dieron cuenta de prácticas previas (como el caso de Ciudad Oculta, que estaban acostumbrados/as a actuar en colectivo) y disruptivas (los/as vecinos/as de 1 a 3 no solían participar en grupo). Con respecto a los/as últimos/as habitantes, consideramos que las prácticas generadas fueron transformadoras, pues implicaron una inminente acción conjunta, un salvarse entre todos/as, acompañados/as, algo que no ocurría con frecuencia. Por lo tanto, podemos considerarlo un antecedente para las prácticas organizativas por la relocalización

4.1. Entre las calles 1 y 3

A Juliana la ayudaron “los chicos de TECHO”, sobre todo a limpiar su casa. Pero si quería mercadería, calzado o ropa tenía que ir a buscarlos a 7 y 522 “porque los camiones llegaban hasta ahí y como que los atajaban. Por ahí qué sé yo, una o dos veces vino una camioneta y nos trajo unas cobijas”, sostuvo. La mujer explicó que sus vecinos/as no dejaban pasar para su lado a los vehículos que llegaban al barrio, de modo que no podía recibir nada.

El primer espacio al que acudió Blanca fue el jardín, donde dejó a sus hijas. Allí les dieron galletitas, leche y también frazadas y ropa, ya que estaban mojadas, mientras ella iba a ver qué había pasado con su casa. Luego arribó a su vivienda personal de Cáritas⁴⁰ y la ayudaron a limpiar. Necesitaba separar lo que no se había estropeado para que se secara en el patio.

El 3 de abril de 2013, la familia de Blanca durmió en la escuela n° 60, donde además entregaban detergente, lavandina, mercadería. “Otra gente vino a traernos comida, el Ejército la leche (...) y antes que anochezca, la comida”, comentó. Una de las cosas más requeridas fueron colchones, pues se habían humedecido: “La gente iba, se anotaba, después tenías que hacer la cola y dieron”. Su hija pequeña también dijo que ayudaron “un poquito”, lo cual marca que este hecho la atravesó e inclusive, aquellos/as que fueron damnificados/as, tuvieron que –o necesitaron- colaborar de alguna manera.

La primera ayuda que recibió Ana fue la de sus amigos/as que contribuyeron a subir todo lo que podían arriba de la mesa y también le dieron bolsas de arena para que ataje el agua porque ella vivía pegada al arroyo: pero éste arrasó y luego se inundaron los/as demás. Destaca que hubo una asistencia colectiva después de ese día: “Nos ayudamos entre todos, limpiamos una casa y después íbamos a la otra”, explicó. Precisaban agua mineral y artículos de limpieza, pero “yo no tuve necesidad de salir porque había mucha, mucha gente colaborando”, aclaró esta mujer, que vivía a metros de Juliana, quien afirmó no recibir prácticamente nada. Por lo que pudo notarse, hubo organización colectiva entre algunas familias de su cuadra.

Ernesto recordó que recibieron muchas donaciones: llegaban camionetas con cosas y se las dejaban para que ellos/as las repartieran. Se acuerda que también se daba mercadería, ropa y colchones en la zona de la canchita, en el colegio la Anunciación, en

⁴⁰ Haremos referencia a una serie de organizaciones, de las que hablaremos con más detalle en el próximo capítulo.

el Club San Martín, en el club Ringuelet, en el club Dardo Rocha y en la sede de Cáritas, lugares en los que él colaboró bajando colchones y otras donaciones que arribaban. Su hijo agregó que en el club donde él entrenaba organizaron un torneo de fútbol a beneficio, en el que participaron jugadores del equipo Estudiantes de La Plata. Ernesto también mencionó a la escuela n° 60, donde “se robaron todo”, según cuenta, porque un vecino se llevó dos camionetas llenas de colchones. Antonia, que vivía en Ciudad Oculta, sostuvo lo propio sobre aquella institución: “Había gente que no estaba inundada y se llevaban bolsadas de cosas. Lo mismo cuando habían donado muchas zapatillas, no las dieron, se las repartieron entre todos los que estaban ahí. A la madrugada vos veías cómo desfilaban, cada cual para su casa”. Según un informe de TECHO (2013: 6):

Durante el transcurso de la inundación, y los días posteriores, se vivieron momentos de extrema sensibilidad y tensión para los habitantes de las villas y asentamientos. En este crítico escenario, emergieron situaciones de violencia tales como robos y saqueos. Según los testimonios recogidos, en muchos casos las dificultades en la distribución y acceso a los recursos necesarios para los barrios castigados por la inundación fue motivo de conflictos y peleas entre los propios vecinos y quienes intervinieron en dichos territorios.

Antonia se peleó con una chica que estaba en esa escuela: como su hija Estefanía cobraba una beca de la asociación Entrelazos, no le querían compartir nada. Además, agregó: “Porque un día antes me dieron un azúcar, un fideo y un puré no me querían volver dar. Bueno, entonces tuve una discusión con la que estaba encargada ahí, la mandé a freír mondongo. Sí, sí, porque yo pienso que si a vos te están bajando donaciones por más que vos le diste hoy un fideo, un puré, mañana va a pedir otra vez porque ya lo usó”.

Isabel sostiene que la primera noche fue muy difícil ya que no tenía comida. En un principio iba a buscar mercadería a la escuela, pero los alimentos estaban vencidos. Sin embargo, destaca la colaboración de personas que no conocía y de los/as jefes/as de su pareja, que se acercaron al barrio. En este sentido, López (2013: 7) sostiene que ello se debió a la “urgencia de la situación”.

Filomena afirmó que “se acercaron todos con promesas”. Según esta vecina llegaron chicas de La Cándida y de la Administración Nacional de la Seguridad Social

(ANSES) para confeccionar una lista de todo lo que necesitaba pero nunca volvieron. “Lo que más me dolió fue que dieron a gente que no necesitaba. Y la misma persona que estaba en frente de mi casa, le dieron cama, colchones. Terminó de irse el camión, vino, pasó en frente y me dijo ‘Filomena, ¿quierés comprar un colchón y una cama que recién me trajeron y a mí no me hace falta?’ 300 pesos me pidió”, denunció y reflexionó que tenía que ser amiga de algún político para recibir mercadería.

4.2. Ciudad Oculta

Para Ramiro hubo “demasiada” ayuda esos días: “La mejor ayuda de las organizaciones fue la del Pata Medina de la UOCRA y La Cámpora”. Este hombre destacó que tanto el último colectivo como el Movimiento Evita llegaban con camiones de mercadería, pero se quejó inmediatamente mientras se preguntaba: “¿Después que se inunda no quedan problemas en los barrios? (...) Después de la inundación, el que quedó limpiando el barrio fui yo, el que entrega las cajas de alimentos fui yo, el que entregó tarjetas de ayuda fui yo”. Sostiene que luego del 2 de abril permaneció él en el barrio y tuvo complicaciones para cobrar los subsidios⁴¹: tenía que esperar un día entero para lograr conseguir los permisos con el fin de que sus vecinos/as pudieran ir al banco a sacar dinero. Cabe destacar que el subsidio implicó una instancia que legitimó su condición de sujetos damnificados/as, afectados/as por la inundación.

Antonia y su hija Estefanía sostienen que durante la inundación no hubo políticos, mientras ellas se estaban “ahogando”. Ramiro, su primo y puntero de Ciudad Oculta, fue el único que socorrió a su familia y la llevó a su vivienda ya que el terreno estaba más alto, tal como narró Horacio. Relataron esta historia como si estuvieran hablando de un héroe, de alguien que les salvó la vida y al cual admiraban: Ramiro tocó la puerta de su casa, subió a “cocoyito” a la nena más miedosa –“y la otra en vez de ir tranquila, lo hacía poner nervioso y le tapaba los ojos al pobre pibe, y el pibe decía ‘esperá que nos vamos a caer y nos vamos a ahogar’”, describió Antonia- y las contuvo a ella y al resto de sus parientes, que eran quince, durante una semana en su propio hogar. En el capítulo VI notaremos que el liderazgo asumido por Ramiro durante las anegaciones se

⁴¹ Luego de las inundaciones, el gobierno nacional puso a disposición subsidios para damnificados/as, a través del aumento del monto de jubilaciones, pensiones, asignaciones y de líneas de crédito. Scarpetta (2013: 58) especifica: “El Gobierno Nacional, a través de la Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES), detalló las medidas para ayudar a los damnificados por las inundaciones, mediante líneas de crédito con bajas tasas de interés y subsidios a jubilados y pensionados, los beneficiarios de la Asignación Universal por Hijo (AUH) y por Embarazo (AUE), de las Asignaciones Familiares y el Seguro Desempleo”.

replicará en la relocalización. Podemos resaltar que, frente a la catástrofe, primó la organización e intervención de los/as habitantes de esa parte del barrio, tal como explica Horacio:

“Hicimos un grupo para poder limpiar porque era impresionante, no podías caminar”.

“Ramiro fue uno de los primeros que empezó a ayudar a la gente, ¿no? A ver cómo se podía ayudar, con ropa, comida, remedios, todo eso, empezó a golpear puertas. Y a limpiar”.

Fueron a buscar donaciones de lavandina, desinfectantes y ropa pero nadie se las acercó “porque la gente que vivía adelante decían que de ese lado no vivía nadie”, afirmó la mujer en relación a los/as vecinos/as que habitaban antes de cruzar las vías: según ella, cuando alguien preguntaba si había familias del otro lado, respondían que no y se quedaban con todo. La única excepción fue “una camioneta” que les llevó artículos de limpieza cuando los/as vio en ese lugar:

-¿Y quiénes eran las personas?

Antonia: no, no, eran gente que venían a ayudar.

Estefanía: eran personas que eran solidarias.

Antonia: que venían y ayudaban. Y ahí se enteraban que había gente.

-¿Y así alguien del Estado, provincia, municipio, no vino?

Antonia: no, vinieron las chicas que te hacen la entrevista, qué perdiste, qué no perdiste, todo eso.

Antonia contó que ella pedía colchones y se enojó porque había personas “que no se inundaron y recibieron más donaciones que el que se inundó”. Los consiguió a través de la trabajadora social de la Escuela de Educación Secundaria N° 14 Carlos N. Vergara a la que asistía Estefanía: “Todos mis profesores me donaban ropa y frazadas”, agregó la adolescente.

De acuerdo a Antonia, en una casa ubicada en 517 y 4 había una familia que recibía y repartía donaciones y daban la cantidad que cada uno/a necesitaba.

4.3. La canchita

Elena vivía en frente de la canchita y sostuvo que no recibió nada, sino que todo le llegaba al puntero político de esa zona y él indicaba a quién debían darle las donaciones. “Y él gracias a los materiales que nos tenían que llegar a nosotros se está haciendo la casa en la esquina”, remató. Ella y su familia pasaron la noche en un refugio ubicado en “la canchita de fútbol que está al lado del jardín. En 12, 512 y 513”, organizado por un grupo de mamás y papás.

Su hija perdió todo, pero recibió donaciones de la empresa en la que trabajaba. Elena se quejó porque muchos/as vecinos/as de enfrente, que vivían más cerca del arroyo, no se inundaron pero tampoco les ofrecieron ayuda: “No lo podíamos creer, ellos en una isla. En vez de decirnos vengan acá, quédense acá, no fueron solidarios con nadie”, relató. Se sintió lastimada porque pertenecían al mismo barrio y esperaba otra reacción. Como sostienen López Mac Kenzie y Soler (2014: 43) respecto de las zonas que se inundaron y las que no: existió una “arbitrariedad por cuadras que desconcertó en muchos puntos de la ciudad”.

Sin embargo, no todos/as sus vecinos/as actuaron igual ya que destacó la presencia de “gente de las provincias, gendarmes, bomberos, gente del barrio que no se habían inundado, te daban cosas”. A las escuelas no fue porque se generaron cuantiosos conflictos y peleas entre los/as habitantes de Ringuelet: “Un desastre, en vez de una inundación parecía un saqueo total”, describió.

También aclaró cómo se sentía: “En ese momento vos necesitás un montón de cosas (...) Yo tuve que comprar todo (...) Los únicos chicos que nos dieron, en realidad que no los dejaron que agarren los paraguayos del frente [de la canchita], fueron los chicos de acá de la esquina que repartieron colchones a todos los vecinos”.

“A mí los que me dieron fueron los de la Facultad de Periodismo”, comentó la hija de Elena, Agustina, y agregó que le proporcionaron colchones. Desde la unidad académica pasaron preguntando qué cosas necesitaban y ella no estaba, pero otra vecina dejó su número de teléfono y la contactaron. De acuerdo a Scarpetta (2013: 54), esta facultad “se convirtió en el centro de recepción y distribución de donaciones más importante del Estado Nacional. Con más de 20 mil militantes movilizados, la organización superó al balbuceo provincial y municipal”.

En contraste, cuando Agustina pidió pañales para su bebé de seis meses en la zona de la canchita “casi la ahorcan”. Según su mamá: “Los que no se inundaron paraban los camiones, bajaban todos ahí y agarraban todo ellos”. Aseguraron que sus vecinos/as

después vendían las donaciones y tiraban la ropa: “¿Sabés lo que es el arroyo repleto de bolsas de ropa?”, concluyen. En esa línea, Leticia, una ex voluntaria de TECHO, explicó: “Yo me acuerdo que estaba en el galpón y me vinieron a avisar que estaban prendiendo fuego cosas en la canchita. La verdad no tengo idea por qué, ni quiénes ni cómo. Sé que la ropa sobró a mansalva (...) La gente estaba muy exaltada entonces no puedo explicar si era lógico o no lógico su reacción”.

4.4. La articulación de organizaciones

La ex voluntaria de TECHO relata que cuando se produjeron las inundaciones junto a un grupo de militantes fueron al barrio, pero como organización no tenían un lugar fijo. Primero se acercaron a la escuela n° 60 y, en sintonía con lo que afirmaron los/as vecinos/as, sostuvo que había “mucha mafia (...) nos terminamos yendo porque se guardaban cosas en aulas (...) Fue terrible, en esa escuela fue terrible”. Luego de esa situación, se dirigieron a un boliche, de donde los/as echaron, y finalmente se instalaron en el gimnasio del colegio la Anunciación. Allí TECHO trabajó en articulación con el Banco de Alimentos y con Cáritas. Leticia lo expuso así:

“Fue como más coordinado todo. Fue increíble igual porque sin pensarlo se terminó teniendo una organización muy linda por así decirlo (...) [las voluntarias de TECHO] éramos medio las coordinadoras del lugar. Y después gente, alguna gente de Cáritas, gente que cayó que necesitaba ayudar porque no se había inundado y terminamos armando un equipo como de cincuenta, cuarenta personas ponele que fijas iban todos los días a las seis de la mañana y se iban a las nueve de la noche. Y nosotros nos encargábamos sí de distribuir donaciones. Llegaban las donaciones [del Banco de Alimentos y de particulares], las separábamos, las caratulábamos, armábamos bolsas de comida, separábamos los pañales, la limpieza y distribución en el barrio”.

Para esta joven, fue todo muy improvisado. Además de repartir en el asentamiento, muchos/as habitantes se acercaban al lugar y los/as voluntarios/as intentaban hacer una especie de censo para relevar cuáles eran las necesidades y, en función de eso, distribuir las donaciones. Ante la pregunta de si recibieron donaciones vecinos/as que no se habían inundado, sostuvo que sí, que se les fue de control la situación y que una tardecita arribó un camión cargado con cuatrocientos colchones, muchos de los cuales se los llevaron personas que no habían perdido cosas materiales. Sin embargo, no

podían evitar que los agarraran: “La verdad es que no había forma porque sino te tenés que poner muy prejuiciosa, no había forma de limitar quién necesitaba y quién no”, afirmó Leticia

También destacó que en el gimnasio cada sujeto tenía un rol: por ejemplo, un chico que no se inundó, se encargaba de coordinar la descarga de camiones; una anciana, de separar los pañales. Una noche, cuando ya habían terminado el trabajo de esa jornada, decidieron hacer una ronda para preguntarse cómo se sentían y uno de los jóvenes dijo que la había pasado muy mal porque los/as vecinos/as lo insultaban: lo habían confundido con el puntero de la zona de la canchita –quien según Leticia intentó llevarse cosas de ese lugar- y, por tal motivo, lo maltrataban. Luego de aquella conversación, de compartir emociones y de desahogarse, hubo aplausos y otro vecino se emocionó porque nunca había vivido algo similar. Tal como afirma Leavi (2013: 70), “pese a la angustia y al dolor de la tragedia, hay una alegría que se expresa en estos encuentros solidarios con otros”. En su propia investigación realizada en México, Reguillo (2005)⁴² establece que esos hechos también dan lugar a esperanzas gracias a la respuesta colectiva que se desencadena, gracias a la solidaridad. Además, siguiendo a Iglesias (2014: 3) podemos afirmar que los espacios comunitarios son significativos debido a que posibilitan que se distribuya el poder, pero fundamentalmente permiten que haya “participación y el ejercicio del derecho ciudadano”.

⁴²La autora se refiere a las explosiones ocurridas un miércoles de pascua de 1992 en México.



Mientras algunos/as voluntarios/as están por descargar un camión y hay una fila de vecinos/as esperando donaciones, un mimo se acerca al gimnasio del Colegio la Anunciación. Fotografía tomada por la voluntaria de TECHO Sandra González el 6 de abril de 2013. En su publicación en Facebook, escribió: “Siempre hay gente dando una mano y sacándonos una sonrisa!... Acá una foto de un gran mimo que con su soga invisible arrastraba el camión y con sus manos nos ayudó... y la gente sonrió!”.

4.5. Ayuda desinteresada versus oportunismo: lo político

Todos los relatos coincidieron en que la ayuda llegaba de desconocidos/as:

“Vivían ponele en otros lados que no se inundaban y tenían viste buena onda de bajarse en una camioneta, ‘¿ustedes se inundaron?’, nos daban cosas, y viste frazadas y eso” – Juliana.

“Eran todos de Buenos Aires, de [Florencio] Varela. Mucha gente, gente generosa” – Ana.

“Vinieron mucha gente, viste, gente común de por todos lados venía a todo. Para ofrecernos ayuda, por ejemplo, nos ayudaba a limpiar la casa” – Alicia.

“Venían de City Bell, de La Plata, de Villa Elisa, de todos lados venían” – Ernesto.

Hay un agradecimiento explícito hacia las personas que no vivían en el barrio pero que se acercaron a ayudar: “A la ciudad comenzaban a llegar desde otras regiones y provincias vehículos cargados de cosas enviados por organizaciones políticas; también se acercaban personas y familias aisladas, sólo conmovidas por el desastre y decididas a hacer tareas solidarias, en un movimiento sin precedentes” (López Mac Kenzie y Soler, 2014: 117-118). Así lo describen las vecinas de 1 a 3:

Ana: lo que nos ayudó fue gente común, común es que son buena gente, pero después lo político nada.

-¿Gente de otros barrios?

Ana: de otros barrios, de generosidad.

Isabel: yo también a punto de tener mi bebé, me veían con la panza, iban con el auto, personas que yo no había visto jamás.

Para estas mujeres, “la gente común” es un significante constituido por las buenas personas, generosas, y se diferencian de quienes ocupan cargos políticos. Aquí aparece un sentido fuerte de la política por oposición: es lo no generoso, lo no común, lo no bondadoso, mientras que los/as vecinos/as de atrás de las vías –aunque también critican– tienen otra perspectiva y trabajan articuladamente con el Estado: “Este gobierno⁴³ está convencido y está haciendo las cosas bien y aparte es la única forma de sacar a la gente del arroyo”, asevera Horacio en referencia a la reubicación.

Desde muchos/as medios de comunicación se construyó una imagen diferenciando esa ayuda “desinteresada” (González Ceuninck, 2013: 34), como buena, bondadosa, de la “militancia organizada”, oportunista. Esto apareció en el relato de una ex voluntaria de una asociación civil, es decir, que afectó incluso a un colectivo no partidario: “Nos echaron de los boliches por tener las remeras de TECHO, pensaban que éramos políticos”.

Siguiendo a Quiroga y Coronel Román (2013: 61), sostenemos que la discusión sobre la pechera opaca o corre el foco sobre otra cuestión: la solidaridad de cuantiosos/as

⁴³ Se refiere al de Pablo Bruera a nivel municipal, al de Daniel Scioli a nivel provincial y al de Cristina Fernández de Kirchner a nivel nacional.

ciudadanos/as, el hecho de que “las organizaciones militantes, miles de voluntarios, la cruz roja, universidades nacionales, los cascos blancos, militantes religiosos, la gendarmería y el ejército, trabajaron juntos en una de las campañas solidarias más importantes de la historia de nuestro país”. ¿Pero por qué las identificaciones político-partidarias constituyen un debate significativo para muchos/as? Para González Ceuninck (2013) esto se debe a que representa una alternativa en oposición a los intereses neoliberales. Más allá de los medios de comunicación –que son constructores de sentidos-, ese relato aparece en el barrio y, como veremos en el próximo capítulo, aún pervive en Ringuelet una idea que repudia la política, heredada de los relatos dictatoriales-liberales y neoliberales, que no son sino una continuidad.

4.5.1. Neoliberalismo

Necesitamos hacer esta referencia breve debido a que nos permitirá comprender algunas prácticas y sentidos que describimos. Por eso, partimos de aclarar que lo que estaba en juego durante el neoliberalismo de la década de 1990 era la técnica (correcta) versus la política, entendida como un obstáculo; el mercado versus el Estado y el estatismo, porque se concebía que la intervención del mismo era perniciosa para las economías. Por eso, durante el auge neoliberal se reformuló la relación entre el Estado y el mercado y se produjeron reformas estructurales⁴⁴.

Resulta interesante retomar a Jorge Alemán (2013), quien propone pensar al neoliberalismo desde su aspecto constructivo y no sólo destructivo (el achicamiento del Estado, su desmantelamiento a favor del mercado o el *laissez faire* al capitalismo financiero). El psicoanalista explica que el neoliberalismo produce permanentemente reglas institucionales, jurídicas, entre otras, lo cual da lugar a una racionalidad determinada. El neoliberalismo, además, configura un nuevo tipo de subjetividad: “El sujeto neoliberal se homogeneiza, se unifica como sujeto ‘emprendedor’, entregado al máximo rendimiento y competencia, como un empresario de sí mismo” (Alemán, 2013: s/p). Si bien está abierto el debate acerca de si se puede producir enteramente al sujeto, se sabe gracias a Freud y otros/as pensadores/as que “hay ciertos elementos en la propia constitución estructural del sujeto, que ningún orden político-histórico puede integrar al menos en forma total y definitiva” (ídem). Bleichmar (en Waisbrot y otros, 2003)

⁴⁴ Por ejemplo, privatizaciones, apertura comercial, liberalización financiera, desregulación, flexibilización laboral, reformas tributarias, cambios en las políticas sociales, entre otras.

agrega que para el modelo económico la subjetividad es superflua: no se requieren sujetos pensantes. Queda claro entonces que el neoliberalismo lejos de dar lugar a lazos solidarios, intenta desgastar los vínculos de compañerismo, cooperativos, fomentando la competencia, jerarquizando posiciones sociales, lo opuesto al cambio social, que interpela al sujeto para constituir un colectivo horizontal.

Aunque no es determinante, resulta complejo apartarse de esa subjetividad configurada desde la competencia, el no participar, el descrédito a la política y eso explica en parte por qué todo lo que viene de la mano de la política es cuestionado en el interior del barrio: no sólo durante las inundaciones, sino también en casi todos los procesos de organización posible que nombraron y/o describieron los/as habitantes del asentamiento, como ampliaremos en el capítulo V.

Por otro lado, con una crítica a este sujeto neoliberal y con la solidaridad acontecida durante las jornadas de la inundación, retomamos a Leavi (2013: 70), quien observa que nuestra cultura política empieza a quitarse la idea de beneficencia caritativa y, de a poco, “los efectos sociopolíticos de la dictadura y del neoliberalismo”. A pesar de que este último sembró fuertemente el individualismo social, con las participaciones y solidaridades post inundación es posible ver cómo ciertos lazos se recuperan y el espacio público comienza a ser un lugar de encuentro. Es interesante destacar que en la noción de cambio social está contenida la idea de comunidad, que implica una transformación respecto a lo hegemónico en los noventa (consumo personal, individualismo), porque involucra el reconocimiento del otro/a: necesitamos de los/as demás para vivir, para actuar y sentir, para proyectar un futuro en conjunto y para protegernos durante una catástrofe como la del 2 de abril de 2013 o para sobrellevar un proceso complejo y angustiante como es la reubicación del barrio.

Sin embargo, el investigador advierte con mucha lucidez que no hay que olvidar “que los alcances de un genocidio como práctica social permanecen durante décadas en el tejido social, en sus relaciones y en sus maneras de considerar al resto de los grupos/actores sociales de la comunidad” (Leavi, 2013: 70). Así, una remera o una pechera que de cuenta de cierta filiación política puede ser sinónimo de oportunismo, de riesgo, de mejor “no te metas”, de algo habrá hecho o podría hacer o, como dice Saintout (2013), deja entrever que la saña con que los sectores más conservadores cuestionaron a la militancia tenía el objetivo de negarla para amparar un orden excluyente. Por ello, se construye un sentido que repele la política, que la detesta y eso da lugar a que expulsen de un boliche devenido en centro de evacuados/as a voluntarios/as de una asociación

civil, que por otra parte, como veremos también en el próximo capítulo, es portadora de una imagen apolítica en el interior del barrio y conservadora-de derecha en otros ámbitos.

Para despejar cualquier duda, aclaramos que no estamos diciendo que los llamados efectos de los medios o de otros dispositivos productores de significaciones sociales sean determinantes en cada sujeto. Por el contrario, partimos de considerar que somos constructores de sentidos, que resignificamos. Lo que queremos sostener es que los alcances de un desprestigio político que comenzó con el “no te metas” y llegó a su punto más alto con el “que se vayan todos” dejan huellas muy difíciles de borrar en la sociedad. Y, a pesar de la existencia de procesos colectivos, de participación política (no siempre partidaria), aún perviven estas narrativas con mucha fuerza, por lo menos, en el interior del barrio.

Como síntesis encontramos las siguientes razones que podrían explicar ese rechazo hacia la política:

- Un sentido común, compartido, construido desde la dictadura y profundizado durante los años ‘90 con el neoliberalismo, que pone en cuestión la política en beneficio de la técnica, del capital.
- De la mano con lo anterior, también existe un sentido compartido que sostiene que la política no se hace cargo de que es corrupta y corrompe y en general pocos/as habitantes están dispuestos/as a que se les adjudique tal identidad. El hijo de Ernesto lo afirma: “Y pero en la política hoy en día corre todo por el dinero”.
- En el interior del barrio hay un puntero –el de la canchita- que actúa a partir de la violencia, hace uso de su poder y, en muchas ocasiones, de él depende la provisión de alimentos, por citar un ejemplo.
- En cuantiosas ocasiones la política pide algo a cambio: brinda un bolsón de mercadería siempre y cuando se participe en un acto, se vote a un partido determinado, etc.
- Se considera que la política implica privilegios (como veremos en el próximo capítulo, es para los/as que quieren “todo regalado”) en detrimento del esfuerzo, del sacrificio por conseguir lo que se necesita.
- Muchos/as habitantes no creen que las promesas políticas se cumplan, excepto en épocas de campaña electoral. Esto vale también para la relocalización.
- Afirmar la política implica tomar un posicionamiento y un compromiso que no todos/as están dispuestos a asumir.

-El Estado permite que se vulneren derechos todos los días en los asentamientos populares. Es más, el Estado vulnera derechos.

-No apareció el Estado durante la catástrofe: los/as dejó solos/as, desamparados/as.

4.6. Salud: ¿la no articulación?

Cuando ocurrieron las inundaciones, Carlos Ramos Mejía⁴⁵ era el titular del centro de salud municipal n° 25 de Ringuelet, que atendía alrededor de mil prestaciones mensuales y se ubicaba a pocas cuadras del asentamiento, en la calle 514 entre 11 y 12. Contó que llegó al día siguiente de la catástrofe, cerca de las dos de la tarde: “Increíblemente, a pesar de que tenemos el arroyo El Gato enfrente, no entró una gota de agua acá”, detalló y agregó que no sabía si las viviendas que se hallaban frente a la institución se habían anegado. Pero recordó que cuando arribó, se encontró con muchos/as habitantes de la zona autoevacuados/as: “Estaba sucio el centro de salud por el barro y la tierra que traían los vecinos. Pero por ejemplo acá adentro del consultorio no se me arruinó ningún instrumental, no tuve que cambiar heladeras. Nada”, explicó. Luego describió:

“Estuvimos 48 horas sin luz. Nos quedamos sin vacunas, ese fue el único problema que tuvimos, tuvimos que desechar todas las vacunas y una cantidad enorme de insulina que teníamos en la heladera (...) El viernes a la mañana limpiamos el centro, vinimos nosotros, los empleados a limpiar el centro, entre todos (...) y el viernes al mediodía ya estábamos atendiendo normal sin luz. Recién la luz vino el viernes a la tarde creo y después ahí no sé si terminó ese mismo viernes o el lunes ya teníamos las vacunas (...) Salvo el día de la inundación y al otro día que no se pudo trabajar, después trabajamos normal” – Ramos Mejía.

Sostuvo que les dieron muchas donaciones personas que iban de todos lados y desde el centro se encargaban de distribuir las a los/as vecinos/as. Además, la Secretaría de Salud les llenó el depósito de insumos que recién un año después de aquel 2 de abril pudieron

⁴⁵ Entrevista realizada junto a Fernando Palazzolo y Matías López en el marco del Proyecto de Investigación Orientada (PIO) “Mapas de aldeas: diagnóstico sociocomunicacional para la gestión de estrategias de comunicación/desarrollo en el contexto de riesgo hídrico. Cartografías del territorio, construcción social de la salud y acceso a los derechos y políticas públicas”, dirigido por Cecilia Ceraso y co-dirigido por Juan Manuel Unzaga. CONICET/UNLP. 2014-2016.

terminar de repartir a otros centros ya que se les podían vencer. También llegaba agua oxigenada, gasas y medicamentos, que en general las personas no precisaban.

Afirmó que desde la salita no coordinaron su tarea con ninguna entidad durante aquellos días: “Habrán articulado entre las autoridades de la Secretaría de Salud, calculo yo, y el Ministerio de Salud para hacer el tema de los refuerzos de las vacunas y esas cosas. Pero acá específicamente en el centro de salud no hicimos nada en especial”. No existió ningún programa, no articularon con escuelas ni clubes ni con otra institución del barrio: “Nadie se acercó acá. Y si se acercaron no sé, porque se acercó tanta gente y nos hicieron tantas donaciones que no sé... Venían de la Cruz Roja, todos los días venía uno nuevo a preguntarte algo. Fue un caos porque no hubo una cosa media coordinada”, aseveró. También comentó que el día de la inundación se dirigió hasta la Secretaría de Salud municipal, donde no funcionaban los teléfonos ni los celulares, y no se podía salir. Declaró que fue un desastre: el sótano donde guardaban los medicamentos se había inundado y eso afectó toda la logística, “no se pudo hacer nada”, manifestó.

Las consultas médicas no se modificaron. De acuerdo al titular, no existieron patologías específicas por la inundación pero sí hubo “mucho trauma psicológico posterior” y en ese momento carecían de profesionales en tal área. También explicó que hubo cuantiosos operativos de vacunación -dirigidos a todas las personas que habían estado en contacto con el agua- contra el tétanos y la gripe A y “un montón” de vecinos/as fueron a vacunarse.

Cabe destacar que en el único centro de La Plata donde funciona el servicio antirrábico es en el n° 25: la totalidad de los/as pacientes que sufren mordeduras deben atenderse en este lugar. Allí estuvieron unos días sin la vacuna específica porque se producía en el Instituto Biológico, que se había inundado: “Era terrible, terrible cómo había quedado porque se les rompió una caldera con gasoil, entonces quedó todo tiznado de negro”. Pero a los tres días el Ministerio de Salud llevó un lote de vacunas –diferentes a las que solían utilizar- para que pudieran desempeñar esta tarea, ya que no se podía interrumpir la vacuna antirrábica antes de la tercera dosis. Durante un tiempo tuvieron que ir a buscarlas a la ciudad de Avellaneda. A pesar de que en los meses de otoño e invierno disminuían los casos de mordeduras, con la anegación esto se profundizó: “Y después de la inundación lo que nos pasó es que bajaron las consultas porque se ahogaron muchísimos perros, aunque les parezca mentira. Ese fue un dato muy sutil (...) Nosotros estábamos chochos porque teníamos menos laburo”, aseguró, dando cuenta de otras víctimas de aquel 2 de abril.

4.7. Síntesis

Los modos de organización en la emergencia nos hablaron de una manera particular de habitar el barrio. Decimos particular porque la magnitud de las inundaciones constituyó un hecho extraordinario y hemos visto cómo se experimentó el desastre: los sentidos contruidos daban cuenta del horror y terror con el que se vivenció. De todas maneras, también presentan algunas claves para pensar luego la relocalización: por ejemplo, los encuentros entre los más vecinos/as en detrimento de los/as considerados/as distintos/as. En cuanto a las participaciones, podemos decir que la intervención del Estado apareció a través de instituciones: jardines, colegios, facultades, el Ejército, la ANSES y el centro de salud. El Estado municipal como tal no fue mencionado en ninguna instancia por parte de los/as habitantes, dando cuenta de la desidia y el abandono en su actuación.

En general emergió una queja sobre el accionar estatal: porque sus representantes no volvieron, porque no brindaron lo prometido, porque no reconocieron a quienes los/as vecinos/as consideraban necesario: en particular, Ramiro explicó que la delegación entregó medallas a personas de otros barrios pero no “al que realmente trabajó, al que se lo merece”. La desconfianza existente hacia la política con las inundaciones pisó fuerte, incluso en aquellos sujetos que afirmaban trabajar con los partidos. Es más, sabemos que una de las cooperativas se creó a partir de tal hecho y en este caso el puntero de Ciudad Oculta no mencionó al Estado si no a través del disgusto, como percibimos en el relato de Ramiro. A su vez, destacamos que tal desconfianza o distanciamiento apareció en las narraciones que daban cuenta de las participaciones históricas en el barrio y en la etapa previa a la mudanza por la relocalización: en los próximos capítulos veremos que los/as entrevistados/as en su mayoría trataron de distanciarse de los partidos y se quejaron del accionar estatal.

También se nombraron a organizaciones sociales (TECHO, Cáritas), a agrupaciones políticas (La Cámpora –que articuló directamente con el Estado nacional-, el Movimiento Evita) y a distintos clubes (por ejemplo, el San Martín).

De todas maneras, más allá de las fallas que visualizaron los/as vecinos/as respecto al gobierno municipal –al que no señalaron como actor relevante en sus testimonios-, vimos que los modos de organización desplegados en el barrio a través de clubes, escuelas, personas particulares, partidos políticos, organismos estatales, organizaciones sociales e iglesias, dejaron en claro que “la forma en que se logra dar respuesta a las problemáticas sociales es a través de una política basada en valores, como la

solidaridad, la sensibilidad, la preocupación por el otro y el poder colectivo” (Caminos Lagorio, 2013: 16).

Para Ceraso y Pereira (2015), las organizaciones debieron repensarse y reacomodar sus objetivos con el fin de acompañar a los/as habitantes durante la reconstrucción de sus barrios. Además, destacaron su rol central en tanto articuladoras de las demandas sociales.

Como decíamos, algunos cuestionamientos que aparecieron en los relatos tenían que ver con quejas hacia el Estado y hacia las organizaciones por no regresar y por entregar donaciones a quienes no las necesitaban. También hubo una crítica muy fuerte hacia otros/as vecinos/as, quienes desde la percepción de muchos/as habitantes fueron egoístas al no permitir el paso de mercadería hacia otros sectores del barrio. Podemos suponer que la desesperación provocada por la catástrofe, por la pérdida de bienes materiales, por el desborde del arroyo y de las certezas construidas hasta ese momento, hizo que cada quien actuara como podía, sin que ello significara un desconocimiento sobre el padecimiento del otro/a. De hecho, observamos que en el interior del asentamiento se forjaron instancias de ayudas y solidaridades colectivas entre vecinos/as y con sujetos que no habitaban en Ringuelet. Para González Ceuninck (2013: 1), la solidaridad de esos días “fue la voluntad de ayudar al otro”. Catino (2013: 3) afirma que para afrontar un trauma como el que produjo la inundación era indispensable la presencia y la confianza que nos generan los otros y las otras:

“Ese otro, prójimo que salió al rescate, que anónimamente se hizo presente de infinitas maneras, que puso el cuerpo, el recurso, la sonrisa, el trabajo, la militancia, y no solo desinteresadamente sino en muchos casos profundamente decidida, consciente y comprometida. Esa confianza que tejió lazos, que contuvo la desolación de la soledad material y subjetiva que produjo la inundación, es importante no solo recuperarla en términos éticos en tanto promesa, fidelidad, amistad; sino desde una perspectiva política y democrática, porque la confianza no es lógica ni tiene razón y no puede ser atrapada en un sentido disciplinador”.

A pesar de que para describir las participaciones marcamos las diferencias por zonas en el interior del barrio, sostenemos que las maneras de padecer y sobrellevar la catástrofe fueron similares. En el momento de la urgencia se acudió a la ayuda más inmediata: familiares y vecinos/as que vivían en la misma cuadra. Luego se asumieron diversos papeles pero la mayoría tuvo que reparar el desastre limpiando y desechando lo

destruido. También se recibieron donaciones: se las acercaron a los/as habitantes o las fueron a buscar. En general, notamos que posteriormente existió una colaboración mutua entre habitantes próximos. Ese modo de organización junto al más vecino/a constituye un antecedente que luego aparecerá en la etapa anterior y durante la reubicación a viviendas provisorias y definitivas, tanto en el momento de participar en asambleas de acuerdo al sector donde se habitaba como en la vida cotidiana una vez mudados/as: el cuidado de chicos/as, la ayuda ante diferentes problemáticas y necesidades, la vigilancia de la casa, el compartir información, sucedía entre los/as habitantes más cercanos/as en términos espaciales.

A partir de todo lo expuesto podemos decir que las formas de organizarse en la inundación –que, como ya dijimos, son modos de habitar- tuvieron que ver con dividir roles y tareas, muchas veces de acuerdo al género: ni bien sucedió la catástrofe, los hombres protegían la casa y proveían de mercadería mientras que las mujeres tenían que *ser* salvaguardadas en otros espacios y muchas veces por otros/as sujetos, en general parientes. Por eso, observamos que en la mayoría de los casos apareció una construcción que podríamos sintetizar en la frase que emplea Reguillo (2005: 223) en su propia indagación “los hombres al rescate y las mujeres a la cocina”: en el momento del desastre, en el que prevalecían los miedos, el desconcierto, la confusión, el riesgo hídrico y la posibilidad latente de muerte, los varones ocuparon un rol protagónico y público, visible (ir a buscar donaciones, atar sogas, enfrentarse al agua, permanecer en las viviendas inundadas, levantar objetos), mientras que las mujeres se replegaron en el espacio doméstico para resguardarse y proteger a sus hijos/as. Sin embargo, en los días posteriores al 2 de abril las mujeres asumieron un papel fundamental en la reconstrucción de sus hogares, como sostén de sus familias, en la búsqueda de recursos para sobrevivir y, en los próximos capítulos veremos que, con la relocalización, hubo una participación femenina pública mucho mayor en todas las zonas del barrio.

Por último, no podemos dejar de mencionar que la necesidad de participación y organización se originan a partir de la catástrofe porque necesariamente había que reconstruir el lugar que se habitaba. En otras palabras: el horizonte era transformar una situación de vulnerabilidad, destrucción, angustia y despojo para lograr reponerse del desastre. Por eso, nuestro enfoque parte de la comunicación y cambio social en tanto horizonte posible, ya que los diálogos, los encuentros, las solidaridades y ayudas desplegadas permitieron pensar que la realidad vivida en ese momento era

transformable. Así, observamos en estas prácticas un potencial enorme para construir un barrio más justo.

5. Habitar antes y después de la inundación

En este apartado nos proponemos reconstruir algunos sentidos vinculados a los modos de habitar antes, durante y después de la inundación. En algunos casos, veremos que se producen transformaciones mientras que en otros se mantienen ciertas continuidades.

Antes del 2 de abril de 2013 se habitaba el barrio desde la sensación de no tener demasiados problemas: los derechos vulnerados se padecían y experimentaban como parte de la vida, con quejas pero se podía vivir con eso. Algunos/as habitantes incluso lo negaban en términos discursivos y esta narrativa volvió a emerger con la posibilidad de reubicación (por ejemplo, en las entrevistas hubo relatos en los que se destacaba que se vivía bien y que por lo tanto la casa obtenida a partir de la relocalización provisoria no representaba una mejora).

Antes de las inundaciones se habitaba con tranquilidad, la cual era brindada por las rutinas, por las prácticas que se repetían cotidianamente (llevar a los/as chicos/as a la escuela, ir a trabajar, compartir mates en el barrio). Por otra parte, dicha tranquilidad también le otorgaba el tiempo, el habitar en el mismo lugar durante muchos años, conocer a los/as mismos/as vecinos/as, transitar por los mismos lugares y dirigirse a las mismas instituciones. Además, antes de las inundaciones el riesgo era una posibilidad latente, pero no se esperaba ni se imaginaba. Se tenía el recuerdo de experiencias anteriores, aunque ninguna había sido tan traumática. De hecho, los/as habitantes del asentamiento no pensaban que podía ocurrir tal catástrofe.

Durante la inundación se intentó continuar con la rutina y no se pudo: Isabel quería seguir limpiando, Juliana descansando, otro vecino fue a comprar cerveza y casi se ahogó. Después de la inundación, con el transcurso de los días las rutinas se reconstruyeron, el paso por las instituciones fue similar (aunque, en algunos casos como Ciudad Oculta, hubo que agregar la visita a otros organismos ya que era necesario solicitar subsidios, por ejemplo), pero había miedo porque en cualquier momento se podía perder todo, incluso la vida.

Mucho antes del 2 de abril la manera de habitar común, compartida, se vinculaba con vivir en diferentes casas (en general de familiares o amigos/as), –sobre todo, en el caso de los/as migrantes paraguayos/as e internos/as–, hasta conseguir un terreno y edificar la casa propia con gran esfuerzo. Por eso, había una estimación muy fuerte por la vivienda:

se la concebía como producto del esmero, del sacrificio. El agua destruyó aquello que tanto costó y, como cuando la mayoría de los/as habitantes llegaron por primera vez al barrio, hubo que hacer todo otra vez.

También se habitaba desde la precariedad pero no se percibía el riesgo de perder todo y/o morir. Después del 2 de abril se recrudeció tal precariedad, por ejemplo, en los relatos de los/as pobladores/as de Ciudad Oculta, donde faltaban alimentos, se pasaba hambre y se limpiaba con las manos porque no había herramientas para hacerlo.

La solidaridad se practicaba con el/la más vecino/a, por ejemplo, al vivir en la casa de otra persona hasta acceder a la propia vivienda y con el hecho de que un/a familiar o vecino/a regale o consiga un terreno. Durante la inundación tal práctica perduró: los/as amigos/as y familiares ayudaron a sobrellevar la catástrofe, ya sea levantando muebles, ofreciendo albergue (protección), tal como fue el caso de todos/as aquellos/as que durmieron fuera de sus casas la primera noche de la anegación y no recurrieron a ninguna institución. A su vez, observamos una actitud diferente con los/as considerados/as otros/as, distintos/as, pues se habitaba a partir de la distinción entre nosotros/as y ellos/as. La vía era, en palabras de Antonia, un “muro” para separar Ciudad Oculta de los/as habitantes de 1 a 3. Con las inundaciones, esa división sobresalió: por ejemplo, de acuerdo a los testimonios se retuvieron donaciones y se impidió que llegaran a otros/as habitantes del barrio. Ese mismo relato se construyó en distintas partes del asentamiento.

Antes de las anegaciones, los/as vecinos/as de 1 a 3 habitaban sin participar colectivamente. Como veremos en el siguiente capítulo, la idea de intervenir estaba mal vista y existía una percepción de que no había organizaciones o se manifestaba cierto desinterés y descrédito no sólo hacia ellas sino también hacia la política. Pero el 2 de abril de 2013 se aceptó, agradeció y valoró la ayuda recibida, sobre todo, de personas particulares y cuando fue posible se colaboró (distribuyendo mercadería, dando albergue a quienes se inundaron, levantando muebles, etc). Se nombraron también a diversos grupos que estuvieron presentes en el asentamiento durante aquellas jornadas. No obstante, una vez que pasó la urgencia pervivió el descrédito hacia la participación aunque se pudieron reconocer ciertas grietas: la relocalización constituyó una de ellas, debido a que los/as pobladores/as solicitaron el acompañamiento de organizaciones (TECHO, Movimiento Evita, abogados/as) para abordar el proceso.

Habitar era cuidarse entre todos/as. Entre los parientes, principalmente, resaltaba la idea de comunidad (en especial en Ciudad Oculta, pero también entre algunos/as vecinos/as

de 1 a 3). Ello se forjó históricamente pero quedó expuesto cuando el agua subió y se acudió sin pensarlo al auxilio de otros/as seres queridos/as.

Antes de la inundación en Ciudad Oculta las calles eran de tierra. Después de aquel día, la subida del arroyo dejó basura por todos lados y los/as vecinos/as pertenecientes a la flamante cooperativa lo acomodaron. El paso de la tierra al asfalto constituyó una mejora fundamental en la vida que, como se verá, fue algo de lo que en la mayoría de los casos estaban privados/as en el barrio nuevo, relocalizado.

Antes de la inundación, se tenía la sensación de habitar un barrio. En el después inmediato, el “desastre”, las “Amazonas”.

Como hemos descripto en líneas anteriores, durante la inundación se habitó el miedo, la urgencia, la necesidad, la desesperación. Faltaban alimentos, faltaban colchones, faltaba seguridad: no había ningún lugar donde sentirse a salvo, no había reparo y el Estado en ese momento no aparecía.

La idea de riesgo también cambió: mutó de ser latente a convertirse en una posibilidad concreta, diaria, que renacía cada vez que llovía. Ese riesgo, además, se transformó en temor a perderlo todo.

Emergió un sentimiento de desprotección, de abandono de parte del Estado que, en muchos casos hizo promesas que no cumplió. También aumentaron las necesidades.

Haber habitado la inundación era no poder hablar del tema. Los coordinadores del taller de cine Diego Rodríguez comentaron que muchos/as vecinos/as no querían ser entrevistados sobre ese aspecto en 2013: entraba en juego la sensibilidad, los recuerdos, la tragedia siempre viva.

A su vez, se incrementaron las incertidumbres porque con el agua surgió el proyecto de relocalización, que se volvía cada más posible, más cercano, más real.

6. Transformaciones: ¿qué cambió en los modos de habitar?

“El interior ha dejado de ser
un recipiente firme,
un lugar de seguridad” -
“El mundo es un cuarto”

*Exposición Piedad y terror en Picasso
El camino a Guernica*

Museo de la Reina Sofía (agosto de 2017).

“Nunca me imaginé que se iba a inundar tanto” – Alicia.

“Siempre rebalsaba el arroyo pero dejaba la calle hasta ahí nomás” - Antonia.

“¿En qué medida un acontecimiento trágico permitirá imaginar, habitar y construir la ciudad de otro modo?”, se pregunta Segura (2015: 161). Sobre una catástrofe vivida en México en 1992, dice Reguillo (2005: 232) que significa, para quienes la experimentan y logran sobrevivir, una muerte: no sólo biológica en muchos casos, sino también, “muerte de un entorno conocido y dominado, muerte de un modo específico de vivir”. Lo que vemos es que la inundación modificó para siempre los modos de habitar el barrio. La vida vivida hasta ese momento cambió: la tranquilidad y seguridad que brindaba el hogar se quebró frente a la potencia de un caudal de agua que demostró ser capaz de arrasar con absolutamente todo, incluyendo la vida. Es decir que una tarde de abril “arrancó de cuajo todas esas seguridades que organizaban y definían cotidianamente la vida colectiva” (como sostiene Reguillo, 2005: 171 sobre su propio objeto de estudio). Alicia lo dijo directamente: “Cada vez que llueva fuerte así me daba miedo que nos íbamos a inundar otra vez” y Ernesto destacó que fue una marca inolvidable: “Nadie te saca ya lo que pasaste”. En esa línea, retomamos a Bleichmar (en Waisbrot y otros, 2003: 43), quien se pregunta por el sujeto cuando es acogido por un susto provocado por un hecho que será traumático: “Inmediatamente emerge la *angustia*, después que emerge la angustia organiza el *miedo*. ¿Qué quiere decir ‘organiza el miedo’? Que estructura las defensas para poder enfrentarse a aquello temido y darle sentido, para no ser nuevamente tomado o sobrecoigido por la ausencia de representación de lo que le puede ocurrir”. Así, Iglesias (2014) aclaró que las inundaciones fueron una experiencia traumática tanto para niños/as como para adultos:

Dice la psicoanalista Colette Soler que un hecho traumático es aquello “que no tiene su correspondiente en la memoria, en la inscripción”. Es algo nuevo. Dice también, que se da a partir de la irrupción violenta “del dolor, del sufrimiento, del espanto, por vía de un encuentro inesperado” con un “real”. Las catástrofes naturales, un terremoto o una inundación, pueden ser causantes del “hecho” (Tejo, 2015: 25).

El traumatismo es producto de las formas en que inciden las catástrofes que se padecen en común e impactan en la subjetividad (Bleichmar en Waisbrot y otros, 2003).

Elena, por ejemplo, tuvo que buscar otro trabajo después de ese acontecimiento: “Estoy cuidando a una abuela en el centro. Pero fue todo esto más por las cosas de la

inundación que nadie te daba nada, la mayoría se lo llevaba los punteros. Así que uno tuvo que salir para levantar más por el susto”.

Para Rogovsky (2013: 50), la capital bonaerense se modificó y “en el interior de cada persona hubo un pequeño tsunami, como el de afuera. Nadie volverá a ser el mismo”. Tal como afirma Tejo (2015): no sólo se alteró la fisonomía de La Plata, sino que con ella cada uno/a de nosotros/as.

Con las inundaciones se rompió un modo de entender el mundo, el espacio hasta ese momento habitado y no emergió uno nuevo, distinto, sino que en lo inmediato lo que había era incertidumbre, hasta entender qué sucedió. Para González Ceuninck (2013: 29) se esfumaron las seguridades y salieron a la superficie los daños, el riesgo, porque se destruyó el hogar que constituía “la unidad primaria de protección, la angustiada representación del nido roto”. Siguiendo a Rogovsky (2013: 50) agregamos que la totalidad fue resignificada, “como si en el repertorio de metáforas disponibles del lenguaje también se hubiera metido, en cada resquicio, el agua podrida que lo invade todo”. Entonces cambiaron las categorías desde las cuales percibíamos la realidad y así cambió también nuestro mundo social (Bourdieu, 2010 en Reguillo, 2005).

Además del desastre que provocó, la inundación tenía que ser pensada como un hecho violento que trastocó la cotidianidad –se perdía el control sobre la misma-, la socialidad, las relaciones con el Estado. Asimismo, en su tesis Reguillo (2005: 45) plantea que un acontecimiento catastrófico y disruptivo –como podrían ser las inundaciones- produce su propio marco témporo-espacial y “para los que experimentan la crisis, el orden anterior ha dejado de tener vigencia, pero aún no existe un orden posterior. Los límites, los controles normativos, los acuerdos se desdibujan”. Se desestructuró la vida cotidiana – que es una sucesión de elementos incuestionables, de certezas, según la investigadora mexicana- y los modos de entenderla, de significarla. Por lo que, los actores debían dotar de sentidos a la realidad que empezaba a experimentarse, mediada por el desconcierto, el miedo, la incertidumbre.

Rogovsky sostiene que portaba una nueva identidad: la de damnificada. Según Reguillo (2005) este término hacía referencia a toda persona que padeció un daño y se convirtió en sobreviviente. Ello nos obligó, entonces, a preguntarnos: ¿Cómo fue el daño en el asentamiento de Ringuelet? ¿Qué vulneraciones puso de manifiesto la inundación? Para Axat (2013: 72), “en el momento en que el agua baja, los que más sufren son los vulnerables del asentamiento, los del arroyo sin entube, los barrios marginales con las casillas de madera que hunden sus patas en el barro y son desaguadero de los deshechos

de otros barrios urbanizados. Los que perdieron todo”. En esa línea, González Ceuninck explica que cuando los/as damnificados/as se hallaron en soledad, cuestionaron al Estado, responsable de no prever la catástrofe e invisibles para contenerlos/as. Pero además, añade que el tuit mentiroso del ex intendente Pablo Bruera –en el que afirmaba estar recorriendo centros de evacuados/as cuando en realidad se encontraba de vacaciones en Brasil- “remite asimismo a aquel momento histórico de descrédito absoluto a la política” (González Ceuninck, 2013: 30). Por eso mismo, renació –o se acrecentó- el sentimiento de desesperanza y desprotección en relación a las instituciones de un gobierno municipal y provincial que no podían dar respuesta a una problemática urgente.

6.1. Fragmentación social

Si la fragmentación es la ausencia de instituciones comunes o experiencias sociales compartidas, pensemos qué ocurrió en La Plata durante las inundaciones de 2013: ¿habitamos desde ese momento de un modo distinto la ciudad? ¿Se habita el asentamiento de otra manera?

A pesar de que generalmente “los countries no se inundan”, esa experiencia modificó la vida en la ciudad y afectó, en mayor o menor medida, a ricos/as y pobres, quienes además contaban con recursos desiguales para afrontar esta situación. Sabemos que se produjeron encuentros, hubo múltiples prácticas solidarias, pero la anegación ¿constituyó efectivamente una experiencia compartida por todos/as los/as habitantes? Como mencionamos al principio de este capítulo, de acuerdo a López Mac Kenzie y Soler (2014) se anegaron no sólo aquellas zonas que se inundan siempre –como las periferias empobrecidas- sino también las que nunca lo hacían. Tejo (2015: 15) explica que “algo extraordinario había sucedido un día común, un martes feriado, y todos en la ciudad, de una u otra manera, estábamos afectados”, inclusive quienes no sufrieron (no sufrimos) las consecuencias directas del agua: pues teníamos amigos/as, conocidos/as, compañeros/as de trabajo que vivieron en primera persona la tragedia y eso, indudablemente, dejó huellas, pero además, percibimos que la ciudad planificada devino ciudad devastada.

Mannarino (2013) se preguntó si la solidaridad desplegada por aquellos días fue un acontecimiento aislado o si iba a perdurar ya que se sintieron afectadas prácticamente todas las clases sociales. En ese sentido, Axat (2013: 72) afirma: “He visto a los vecinos que, bajo el paraguas de la inseguridad se miran en el día a día con hostilidad y miedo, y

ante la misma calamidad pueden compartir un mate, agua y frazadas”. Para Caminos Lagorio, el impacto de la inundación fue tal que se constituyó en una vivencia colectiva capaz de lograr que las formas de mirar a un otro y a una otra invisibilizados/as hasta ese momento fueran interpeladas: a lo mejor, sostiene la autora, podemos imaginar “la emergencia de una nueva comunidad que involucra al conjunto del pueblo platense” (Caminos Lagorio, 2013: 15).

Compartir el dolor, padecer la inundación, ¿posibilita pensar un horizonte distinto, transformador? Desde nuestra perspectiva, consideramos que la inundación fue una experiencia compartida que se vivió y padeció colectivamente y que puso sobre la mesa la necesidad de construir un futuro distinto. Las solidaridades posteriores también trascendieron lo acontecido hasta ese momento y todo ello incidió en los modos de habitar la ciudad. No obstante, en el asentamiento de Ringuelet en particular esas formas de organización no perduraron, pues cuando la urgencia de la situación se apaciguó –más no sus consecuencias-, se detuvo ese fervor solidario construido -aunque no se disolvió, como veremos con la relocalización-. Así, el puntero de Ciudad Oculta había remarcado que se había quedado solo limpiando el barrio, pero además añadió:

Ramiro: igual vos hablás con la gente del 2 de abril y la gente se olvidó. Muy fácil se olvida la Argentina.

-No sé si se olvidaron. Es una marca bastante pesada para la ciudad.

Ramiro: fue pesada porque tocó a la gente de plata.

Quizás el hecho de que haya afectado “a la gente de plata” hizo que este acontecimiento cobre una enorme notoriedad; quizás fue la magnitud de la destrucción material y simbólica o, a lo mejor, fue la cantidad –irresuelta- de muertos/as por la inundación lo que la constituyó en una herida y en una marca para quienes habitamos La Plata. Pero de todas maneras, no podemos negar que, tal como afirma Segura (2015:161), “la ciudad quedó bajo el agua, y esta no discriminó entre casco fundacional y periferia, entre el adentro y el afuera y, al menos momentáneamente, disolvió los límites, las distinciones, las jerarquías y las clasificaciones, colocando a todos (o, al menos, a la mayoría) ante el mismo desafío, ante una experiencia común”.

7. El riesgo

“Somos, siempre
los sin futuro
los sin historia
los sin derechos
los sin patria”-
Daniel Badenes
en *La Plata Spoon River*.
Antología sobre la inundación,
de Julián Axat

Para el Relevamiento Nacional de Barrios Populares llevado a cabo entre agosto de 2016 y mayo de 2017 por el gobierno nacional y organizaciones sociales, existen más de cuatro mil “barrios populares, entendidos éstos como aquellos barrios comúnmente denominados villas, asentamientos y urbanizaciones informales” (Boletín Oficial de la República Argentina, 23 de mayo de 2017: 1). Según el Registro Público Provincial de Villas y Asentamientos Precarios del Ministerio de Infraestructura de la Provincia de Buenos Aires, creado a partir de la Ley de Acceso Justo al Hábitat, hay 129 asentamientos en La Plata, donde viven 20602 familias, en Ensenada hay 17 y en Berisso, 18. Otros relevamientos, como el realizado por TECHO en 2013 –cuya metodología y criterios son divergentes- señalan que en el Gran La Plata (lo que incluye a las tres ciudades mencionadas) hay 162 villas y asentamientos donde habitan aproximadamente 29.420 familias. De acuerdo a este último informe, el 81 por ciento de estos barrios –es decir, 131- fueron afectados por las inundaciones de abril de 2013. Luego agrega que más del 50 por ciento debió ser evacuado y que un tercio continuó inundado hasta una semana luego de aquel 2 de abril. Todos estos datos dan cuenta de la gravedad y magnitud de la problemática en el territorio señalado.

Sobre la situación de las viviendas, el informe de TECHO (2013: 6) indica:

Si bien en el 44% de los barrios la mayoría de las viviendas que fueron afectadas por la inundación sufrieron daños considerados ‘reparables’, la gravedad de la situación radica en que no todas quedaron en condiciones de ser habitadas por las familias. A su vez, se encontraron numerosos casos en que las viviendas fueron arrastradas por el agua o totalmente destruidas, siendo aproximadamente 450 familias las que padecieron esta situación.

Además, sufrieron destrozos instituciones educativas, salitas, centros comunitarios, etc.

Como se observa, las inundaciones afectaron directamente a los asentamientos populares de La Plata, agravando y profundizando “las condiciones de precariedad en la infraestructura habitacional, afectando directamente la calidad de vida de sus habitantes y poniendo en serio riesgo a las familias” (TECHO, 2013: 8). Por otra parte, cabe destacar que a partir de este informe, el ingeniero Claudio Velazco (2015: s/p) realizó un estudio en el que determinó que hay 69 asentamientos ubicados en la cuenca del arroyo El Gato: “Este sería un importante avance que vinculará las necesidades de un importante sector poblacional, no sólo desde un riesgo latente ante inundaciones, sino como desencadenante para profundas políticas planificadoras con otros servicios que resultan esenciales para una mejor calidad de vida”, tales como las cloacas, pavimentos, electricidad, desagües, etc.

Por su parte, Horacio piensa que el arroyo no es la principal causa de la inundación: “Ya estaba cuando nosotros fuimos a vivir ahí, no podemos culparle al arroyo”, pero señala aspectos requeridos:

“Se puede evitar de alguna forma puede ser, haciéndole lo que están por hacer, viste que van a poner los piletones esos de punta a punta, eso es una gran cosa. Después van a hacer un tema de redes que están haciéndolo allá, que también es bueno, poner unas redes y toda la basura queda contenida ahí, lo tiran a un contenedor y pasa ya el agua limpia, ya es otra cosa. Y con el ensanchamiento lo que van a ganar es que el agua corra más, o sea que no va a haber tanta agua, así que en ese sentido vamos a estar un poco más protegidos”.

En este marco se concreta la reubicación del barrio emplazado en Ringuelet con el objetivo de ensanchar el arroyo y de que no haya familias viviendo en zonas de riesgo hídrico. En una nota del diario *La Nación* publicada el 13 de mayo de 2013 se afirma que según el Ministro de Infraestructura, Vivienda y Servicios Públicos de la Provincia de Buenos Aires de aquel momento la relocalización era un imperativo para luego continuar con las obras necesarias para sanear el arroyo: “‘No hay forma de trabajar en el reencauzamiento de los arroyos si no es a partir de desplazar a esa gente que vive en condiciones de máxima precariedad y máximo riesgo’, indicó Arlía”⁴⁶. En esa misma línea, el Director General de Inmobiliaria y Social del IVBA, Rubén Opel, explicó en

⁴⁶ Disponible en: <http://www.lanacion.com.ar/1581384-la-plata-relocalizaran-a-700-familias-que-viven-a-la-vera-del-arroyo-del-gato>

una entrevista realizada en 2017: “La relocalización es una consecuencia del proyecto hidráulico que a su vez es la respuesta a la inundación de La Plata. Eso es importante plantearlo en esos términos porque es el origen de un proyecto que tiene impacto en un territorio dado y que genera una relocalización (...) lo que estoy diciendo es que yo tengo algo que conduce mi relocalización, que es la obra hidráulica”.

De acuerdo a López Mac Kenzie y Soler (2014), pasaron más de doce meses cuando se dieron los primeros pasos con el fin de acondicionar el arroyo y prevenir desbordes. Al respecto, Ramiro destacó que la inundación tuvo un aspecto positivo, el hecho de que comenzaron las obras, se limpió el arroyo y se iba a ensanchar. Agrega que “estuvo bueno porque fuera de una tragedia salieron beneficios para mucha gente. Si no hubiera inundación, el arroyo no se hubiera anchado. Si el arroyo no se hubiera anchado, no estarían dando casas nuevas a los vecinos”. En esa línea, Branz establece que la particularidad del 2 de abril de 2013 fue que afectó a barrios populares pero también de clase media y alta: “Los asentamientos sobre el arroyo El Gato, por ejemplo, conviven con el agua, la contaminación. Al producirse la crisis en los barrios más ‘protegidos’ aparecen la mención y el reconocimiento a los/as abandonados/as de toda escucha” (Branz, 2013: 11). Así, se visibilizó la vulneración cotidiana de derechos y la necesidad de realizar obras, que mejorarían la calidad de vida de los/as habitantes de La Plata, pero en particular del asentamiento de Ringuelet.

Isabel, que vivía pegada al curso de agua y luego de que sus vecinos/as decidieran mudarse debió aceptar, posee una vivienda provisoria pero también una casa en el asentamiento, distanciada del arroyo, que heredó su hija Lourdes luego de que falleciera la propietaria anterior. Isabel tiene un kiosco, en el que además vende comida a los trabajadores de las vías y del arroyo. Sostiene que son como sus parientes y que se hizo “re amiga”: todos los días le compran golosinas, empanadas, sopa paraguaya y almuerzan en el patio, donde puso mesas y sillas para armar un comedor.

Gracias a esta relación, los trabajadores le muestran los planos y le cuentan cómo será la obra. Por eso, sabe que donde estaba su casa, van a construir un espacio para caminar y, quizás, en la zona de la canchita armen una plaza.

La entrevistada cuenta que en mayo de 2016 aparecieron personas que ella desconocía:

“Se presentaron, uno me dice: ‘Yo soy el ingeniero, es el primer trabajo que voy a hacer, que me dieron’. Y el otro era re joven que es el topógrafo. El otro, el ingeniero, se salió porque no entendía nada. Vino un señor mayor que ahora

siguió el trabajo pero el topógrafo que era el más jovencito, que vino primero, con el tractorista (...). Y el señor ese que nos explicaba todo, que vinieron cuando se estaban echando recién las casas [ni bien fue la mudanza de los/as habitantes de 1 a 3], quedaron todavía los escombros de las casas que estaban, empezaron la limpieza, todo, todo, de cero empezaron. Y empezaron a caer gente, cuatro, cinco personas”.

Está contenta porque emplearon a cuantiosos paraguayos: “Ahora entraron como quince ya paisanos de nosotros” que se encargan de armar los hormigones que van debajo del arroyo, el cual va a ser saneado, ensanchado –para lo que se precisa relocalizar las viviendas- y canalizado. Según los trabajadores, estas tareas se van a terminar luego del 2020, pero el relato oficial sostiene que culminarían “para fin de año”: en una nota publicada en *ambito.com* el 11 de abril de 2017⁴⁷, el intendente de La Plata, Julio Garro, sostuvo: “Finalizamos 5 etapas del saneamiento de la cuenca del Arroyo El Gato (...) Se encuentra en ejecución el revestimiento del curso de agua y la reubicación de las viviendas que se construyeron en los márgenes del arroyo”.

Ernesto, que vivía a dos casas de Isabel, regresa de vez en cuando al barrio y percibe los cambios: “Pero ahí donde estábamos nosotros, sacaron todo, viste, pusieron un montón de containers no sé para qué, como oficinas. De 3 hasta 1”.

⁴⁷ Disponible en: <http://www.ambito.com/878993-el-intendente-garro-afirmo-que-hay-46-obras-hidricas-en-plena-ejecucion-en-la-plata>



Las obras en el asentamiento de Ringuelet en la calle 514 de 1 a 3. Fotografía tomada el 7 de febrero de 2017.



Las obras en el asentamiento de Ringuelet en la calle 514 de 1 a 3. Fotografía tomada el 13 de marzo de 2017.

Diferentes fuentes consultadas afirman que, además de las obras hidráulicas, es preciso rever el Código de Ordenamiento Urbano aprobado en 2009, que “posibilitó la expansión del negocio inmobiliario y muchos terrenos fueron ocupados por grandes edificios, que colapsan los desagües por el crecimiento demográfico excesivo en zonas con infraestructuras pensadas para menos habitantes, y reducen los espacios verdes, que sirven de absorción” (Scarpetta, 2013: 57-58).

Para Ríos y Natenzon (en Mutuverría y Palazzolo, 2013) las obras son necesarias, pero se precisan otros factores porque solas no resuelven el problema. Ríos considera que la infraestructura hidráulica en ocasiones mitiga el conflicto o lo empeora, ya que los/as habitantes de las ciudades piensan que el Estado actuó y solucionó la problemática, se asientan en esas zonas y en la próxima inundación fuerte, vuelven a sufrir las consecuencias. Por eso, ambos destacan la relación de tales obras “con el análisis y la disminución de la vulnerabilidad social a través de la participación comunitaria” (Mutuverría y Palazzolo, 2013: 1). En ese sentido, esto puede vincularse con lo que plantea González Ceuninck (2013: 9) cuando afirma que “estar protegido es estar organizado”. Por eso, las escenas descriptas al comienzo del capítulo nos muestran la urgencia de producir transformaciones sociales partiendo de una comunicación basada en el diálogo ya que es necesario por lo menos encontrarse, confiar en los/as otros/as durante la vida cotidiana y, en particular, para sobreponerse y/o saber/imaginar cómo actuar durante una catástrofe.

Siguiendo a Ríos (en Mutuverría y Palazzolo, 2013: 7), “el riesgo es lo latente, y el desastre cuando se manifiesta”. Para Natenzon, la novedad de lo que ocurrió en La Plata, en relación a las inundaciones que ellos/as estudiaban, fue que hubo muertos. En este caso, no se trató de inundaciones de llanuras, sino que tenían particularidades de tipo torrencial por cómo se situaron en el territorio: “No dan tiempo a nada. La gente tiene que estar avisada para que, por lo menos, no pierda la vida” (Natenzon en Mutuverría y Palazzolo, 2013: 2).

Por eso, esta autora explica que es preciso conocer el riesgo para que podamos anticipar qué va a suceder, reconociendo que hay cuestiones que ignoramos que van a pasar. Por lo tanto, añade que conocer el riesgo es ser conscientes también de la incertidumbre: “El riesgo [es] tener conocimiento de algo que puede llegar a pasar, y cuando no tengo ese conocimiento no puedo tomar decisiones porque estoy en una situación incierta, pero la incertidumbre se maneja cuando reconozco que existe” (Natenzon en Mutuverría y Palazzolo, 2013: 3).

8. Ciudades inclusivas

“Nací en el río, orillero soy
conozco el viento y conozco el sol
sé de la lluvia y la enfermedad
y sé que nada es casualidad”.
La inundación - Piero

Si como afirma Reguillo (2005) para cada sujeto el mundo se limita al territorio habitado, la noción de catástrofe desatada por la inundación es absoluta. La autora sostiene que el desastre transforma las nociones espacio-temporales de la vida cotidiana y junta a los/as afectados/as. Más allá de los lazos familiares o de amistad, la urgencia unió a muchos/as vecinos/as de Ringuelet, había que reconstruir lo destruido sobre todo si pensamos que La Plata –como Guadalajara en 1992- “vio sacudidas sus más elementales certezas” (Reguillo, 2005: 18).

Nos preguntamos: ¿Qué lugar tienen en la ciudad los/as excluidos/as del sistema capitalista? ¿A cuántos desarrolla el llamado desarrollo, como cuestionaba Galeano (2007: 67), en la ciudad de La Plata? Podemos decir que para Redondi (en López, 2013), la catástrofe exhibe la desigualdad preexistente, que se visibiliza mucho más con la inundación, de modo que refuerza la situación de exclusión y pobreza. En la misma línea, González Ceuninck (2013: 1) apela a la implementación de políticas públicas profundas para los sectores populares de la ciudad, quienes “ya tenían problemas estructurales previos a la tormenta (una de las cosas que el agua no se llevó) y que, por supuesto, se vieron profundizados ante la catástrofe”. Ésta sacó a la luz un proceso descontrolado de urbanización, con una gran expansión de la construcción que aumentó la impermeabilización del suelo, sin estar acompañada del mantenimiento de los arroyos, de canales y obras hidráulicas (Segura, 2015). Como vemos, siguiendo a Reguillo (2007) creemos que una consecuencia de la inundación podría ser que generó un cuestionamiento a la modernidad latinoamericana por los resultados que provocó en millones de ciudadanos/as: pobreza, exclusión, desigualdad, riesgo.

Las urbes pueden ser entendidas como territorios con aglomeración, articulados por los servicios públicos. Pero también, según Guillén Lanzarote (2011), se las puede concebir como lugar de encuentro, en tanto espacio propicio para la realización política, económica, social y cultural de la población.

Esta autora afirma que la acción pública local puede desafiar al sistema neoliberal económico al actuar a favor de los derechos humanos, a través de la concepción de la ciudad como derecho humano emergente, en tanto reivindicaciones legítimas que

surgen a partir de necesidades o preocupaciones sociales, basadas en el dinamismo de la sociedad.

Entonces podría decirse que se pasa de la invisibilización de ciertos actores a la construcción de una ciudad colectiva, donde el espacio público se convertiría en un lugar en el que todos/as entran. Por lo tanto, se vuelve interesante recordar a Sader (2013: s/p) cuando afirma que “democratizar nuestras sociedades es desmercantilizarlas, es transferir de la esfera mercantil hacia la esfera pública, la educación, la salud, la cultura, el transporte, la habitación, es rescatar como derechos lo que el neoliberalismo impuso como mercancía”. Cuando el mercado prima por sobre el derecho a la vivienda y a un hábitat justo, quienes quedan excluidos/as del mismo tienen que acudir a un mercado informal y/o a la toma de tierras en áreas que, en muchos casos, están degradadas, contaminadas y en zonas de riesgo (Ríos en Mutuverría y Palazzolo, 2013): la inundación puso de relieve esa desigualdad y otras necesidades urgentes. Por eso, es indispensable construir ciudades inclusivas, ciudades para vivir con plenitud nuestros derechos. A sabiendas de que forjaremos una explicación posible a lo largo de las siguientes páginas, nos preguntamos: ¿acaso la relocalización constituirá un proceso de justicia social, de conquista de derechos y de inclusión, es decir, de cambio social?

En este capítulo buscamos problematizar cómo se vivieron las anegaciones, los modos en que se organizaron durante aquellos días los/as vecinos/as, las formas de articulación o no con el Estado y las organizaciones sociales. Consideramos que con todo ello pudimos dejar de manifiesto el mapa de actores intervinientes durante “el desastre”, como lo llamaron los/as vecinos/as, las tácticas generadas desde el barrio y el rol del Estado en esos días. Observamos que habitar la inundación implicó organizarse, buscar o aceptar ayuda, proteger a quienes se consideró más vulnerables (por lo general, las mujeres y los/as niños/as), asumir el daño y hacer algo al respecto para “salir adelante”, para que la inundación no destruyera la subjetividad y no ahogara los sueños de un futuro mejor. Habitar la inundación implicó soportar la ruptura de las certezas construidas, de los significados del mundo forjados hasta ese momento, para transitar un camino de dudas, de miedos y angustia, hasta urdir otro piso más o menos seguro desde el cual vivir la vida.

También notamos cómo, a pesar de las diferencias existentes en el interior del asentamiento -que en esos días también salieron a la luz y las destacamos en los modos de organización adrede-, los padecimientos fueron los mismos para todos/as los habitantes afectados/as del barrio: los relatos dieron cuenta del desastre, de la angustia

vivida, de las múltiples solidaridades desplegadas y de la ausencia del Estado municipal. Los testimonios manifestaron que la catástrofe no se preveía, que las primeras dos noches fueron “terribles”, que se perdieron objetos materiales y que se pasó hambre, lo cual expone la dimensión de las carencias y vulneraciones. Pero fundamentalmente, se perdió la seguridad de la vida cotidiana y eso es algo que marcó a todos/as, absolutamente todos/as, los/as vecinos/as de Ringuelet.

En sus crónicas, Tejo (2015: 20) sostiene que a un año de la inundación “todo parece en orden”. En cambio, nosotras podemos decir que en el asentamiento de Ringuelet se profundizó el desorden: en 2014 comenzaron las asambleas por la relocalización, las participaciones nuevas y crecieron las incertidumbres, las dudas, la falta de certezas sobre el futuro. Luego de las inundaciones y con el pedido de una doble relocalización, los/as habitantes del barrio empezaron a experimentar un espacio intermedio entendido como aquella situación donde “el orden anterior ha dejado de funcionar y todavía no hay configuración de un orden posterior” (Reguillo, 2005: 123). Entonces, algo se transformó: “El habitar –verbo intransitivo, proceso inacabado- es un movimiento sin dudas condicionado, pero también continuo y abierto. Dependerá de todos nosotros encontrar el modo de continuar juntos, de otra forma” (Segura, 2015: 161).

9. Bibliografía

- Alemán, Jorge. “Neoliberalismo y subjetividad”. En *Página 12*. Publicado el jueves 14 de marzo de 2013. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-215793-2013-03-14.html> Consultado en agosto de 2013.
- Argentina Investiga. “Ciudades inundables”. Entrevista a Eduardo Reese publicada el 10 de junio de 2013 en: http://argentinainvestiga.edu.ar/noticia.php?titulo=ciudades_inundables&id=1879#.V3QoSzXoakw
- Axat, Julián. “Las aguas bajan sucias”. En: *Maíz n° 2. Inundaciones. La marca*. FPyCS-UNLP. 2013.
- Axat, Julián. *La Plata Spoon River. Antología sobre la inundación*. De la Talita Dorada. Argentina, 2014
- Benítez, Mirela, Botana, María Inés, Galarza, Laura y Pérez Ballari, Andrea. “Transformaciones territoriales en áreas de riesgo de inundación. El caso del

- arroyo El Gato. Partido de La Plata. Período 1980-2004”. *Geograficando: Revista de Estudios Geográficos*, 2007 3(3). Disponible en: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/13949>
- Bleichmar, Silvia. “Conceptualización de catástrofe social. Límites y encrucijadas”. En Waisbrot, Daniel y otros (Compiladores). *Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales. La experiencia argentina*. (pp 35 – 51). Bs. As. Editorial Sudamericana. 2003.
 - Boletín Oficial de la República Argentina. 23 de mayo de 2017. Disponible en: <https://www.boletinoficial.gob.ar/#!DetalleNorma/164042/20170523>
 - Branz, Juan Bautista. “Cuando una ciudad habla...o la hacen hablar. Representaciones sobre una ciudad en crisis”. En *Revista Question –Incidente I*. FPyCS-UNLP. 2013. Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1849/1506>
 - Caminos Lagorio, Catalina. “RESIGNIFICACIONES DE LA POLÍTICA LUEGO DE LA INUNDACIÓN. La función social de la Universidad”. *Revista Question. Incidente I*. La Plata. FPyCS-UNLP. 2013 Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1855>
 - Catino, Magalí. “Sobre la incalculable trama del estar juntos: la condición humana en situación de catástrofe”. *Revista Question. Incidente I*. La Plata. FPyCS-UNLP. 2013 Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1841>
 - Ceraso, Cecilia y Pereira, María Eugenia. “Mapas de aldeas/Cartografías del territorio”. *Oficios Terrestres* N° 32 pp. 42-52. Enero-Junio 2015. Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/oficiosterrestres/article/view/2613>
 - Galeano, Eduardo. *El libro de los abrazos*. Argentina. Catálogos. 2007.
 - González Ceuninck, Paula. “Juventud y política. Solidaridad organizada: la potencia de la militancia”. *Revista Question. Incidente I*. La Plata. FPyCS-UNLP. 2013. Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1880/1511>
 - Guillén Lanzarote, Aïda. “El derecho a la ciudad, un derecho humano emergente”. En *Serie Derechos Humanos Emergentes 7: El derecho a la ciudad*. Barcelona. Institut de Drets Humans de Catalunya. 2011. Disponible en: http://www.uclg-cisdg.org/sites/default/files/DHE_7_esp_1.pdf

- Iglesias, Irina. “Universidad y comunidad: una experiencia de construcción conjunta de estrategias de fortalecimiento de la trama social y la reconstrucción subjetiva tras la inundación de la ciudad de La Plata”. III Jornadas de Extensión del Mercosur. UPF y UNICEN. Tandil, 2014. Disponible en: <http://extension.unicen.edu.ar/jem/completas/264.pdf>
- Leavi, Carlos. “Lo que el agua descubrió”. En: *Maíz n° 2. Inundaciones. La marca*. FPyCS-UNLP. 2013.
- Ley Provincial n° 14.449 de Acceso Justo al Hábitat. Disponible en: <http://www.ips.com.ar/imagen/lpba14449.pdf>
- López Mac Kenzie, Josefina y Soler, Martín. *2A: el naufragio de La Plata*. La Pulseada. La Plata, 2014.
- López, Matías. “Acciones y estrategias en lo público. Algunas reflexiones sobre (y en) la catástrofe”. *Revista Question. Incidente I*. La Plata. FPyCS-UNLP. 2013. Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1853>
- Mannarino, Juan Manuel. “Narrar la inundación”. *Revista Question. Incidente I*. La Plata. FPyCS-UNLP. 2013. Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1870>
- Mutuverría, Marcos y Palazzolo, Fernando. “Del estudio de las inundaciones a la gestión del riesgo de desastre”. *Revista Question. Incidente I*. La Plata. FPyCS-UNLP. 2013. Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1882>
- Programa de Intervención en Catástrofes Socionaturales. Facultad de Psicología. Universidad Nacional de La Plata. 2010. Disponible en: http://www.psico.unlp.edu.ar/uploads/docs/programa_catastrofes.pdf
- Quiroga, Leandro y Coronel Román, Ramiro. “La pechera maldita”. En: *Maíz n° 2. Inundaciones. La marca*. FPyCS-UNLP. 2013.
- Real Academia Española. Disponible en: <http://www.rae.es/>
- Registro Público Provincial de Villas y Asentamientos Precarios del Ministerio de Infraestructura de la Provincia de Buenos Aires. Subsecretaría Social de Tierras, Urbanismo y Vivienda. Disponible en: <http://190.188.234.6/registro/page/reportes>

- Reguillo, Rossana. *Emergencia de culturas juveniles: estrategias del desencanto*. Grupo editorial Isabel. Buenos Aires, 2007.
- Reguillo, Rossana. *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. Guadalajara. Universidad Iberoamericana/ITESO. 2005.
- Rogovsky, Cintia. “Entre el Titanic y El Eternauta”. En: *Maíz n° 2. Inundaciones. La marca*. FPyCS-UNLP. 2013.
- Sader, Emir. “Democratizar es dermercantilizar”. Publicado en *Página 12* el 12 de noviembre de 2013. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-233371-2013-11-12.html>
- Saintout, Florencia. “Las marcas de la inundación”. En: *Maíz n° 2. Inundaciones. La marca*. FPyCS-UNLP. 2013.
- Scarpetta, Cristián. “De la intuición solidaria a la Patria es el Otro”. En: *Maíz n° 2. Inundaciones. La marca*. FPyCS-UNLP. 2013.
- Segura, Ramiro. *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. UNSAM EDITA. Universidad Nacional de San Martín. San Martín. 2015.
- TECHO. *Informe sobre la situación de asentamientos informales del Gran La Plata después del temporal del 2 y 3 de abril de 2013*. 2013. Disponible en: <http://www.techo.org/paises/argentina/wp-content/uploads/2013/09/Informe-Inundaci%C3%B3n-La-Plata-2013-DEF-29-08.pdf>
- Tejo, Manuel. *Marcados por el agua. Crónicas de la inundación*. Tesis de producción de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social – Universidad Nacional de La Plata. Ganga Libros. La Plata, 2015.

Fuentes periodísticas:

- *ambito.com*. “El intendente Garro afirmó que ‘hay 46 obras hídricas en plena ejecución’ en La Plata”. Publicado el 11 de abril de 2017 en <http://www.ambito.com/878993-el-intendente-garro-afirmo-que-hay-46-obras-hidricas-en-plena-ejecucion-en-la-plata>
- *La Nación*. “La Plata: relocalizarán a 700 familias que viven a la vera del arroyo Del Gato”. Publicado el 13 de mayo de 2013 en <http://www.lanacion.com.ar/1581384-la-plata-relocalizaran-a-700-familias-que-viven-a-la-vera-del-arroyo-del-gato>

- Velazco, Claudio. “Análisis de los asentamientos ubicado en las cuencas hídricas de La Plata”. Publicado el 17 de noviembre de 2015 en *Agencia de la Calle*. Disponible en: <https://agenciadelacalle.com/2015/11/17/analisis-de-los-asentamientos-ubicado-en-las-cuencas-hidricas-de-la-plata-2/>

CAPÍTULO V

Una historización de las intervenciones:
los modos de participación en el barrio
a través del tiempo

Dado que uno de nuestros objetivos es reconstruir la historia de la militancia barrial para analizar los modos de participación y organización de los/as vecinos/as en perspectiva histórica, haremos una breve descripción de las intervenciones que se produjeron desde que surgió el asentamiento. Para ello, recurriremos sólo al trabajo de campo. Señalamos la importancia de las organizaciones “en los procesos de cambio social, por su colaboración en el empoderamiento individual y comunitario” (Scatolini, 2014: 60). Es decir, consideramos que los procesos colectivos que implican comprometerse, poner el cuerpo, participar en la toma de decisiones pueden ser pensados como instancias de comunicación y cambio social que posibilitan la producción de transformaciones socio-territoriales para mejorar la vida de los sujetos en cuestión.

Además, con el propósito de posteriormente analizar la participación durante la reubicación, nos parece fundamental conocer cómo han sido las intervenciones pasadas y de qué modos los sujetos participaron o no en distintos colectivos. Esas experiencias posibilitan, en parte, entender por qué la participación barrial y las formas de organización son heterogéneas y a qué responden esas diferencias.

1. La dictadura cívico-militar

A partir de los relatos, encontramos que han sido muy diversos los colectivos que intervinieron en el barrio. A su vez, más allá de la obiedad, observamos que no todos/as los vecinos/as recuerdan a los mismos sujetos y algunos grupos, referentes u organizaciones son señalados/as por un/a sólo/a entrevistado/a.

En conversaciones informales, dos de los/as vecinos/as más antiguos de Ringuelet y un militante que no habita en el barrio mencionan la presencia de la organización Montoneros. En particular, Elena tiene ese recuerdo latente porque es hija de un trabajador desaparecido en 1978, quien militaba en el Swift (un frigorífico de Berisso) y aparentemente⁴⁸ fue asesinado en un vuelo de la muerte.

-¿Te acordás qué cosas hacían en el barrio?

Elena: (...) sí, eso no me olvido más. Éramos chicos me acuerdo y en 514 y 4 en frente a la mano del arroyo, venían gente que hacían cosas comunales, que ayudaban a los chicos pobres, les daban zapatos, zapatillas, comida. Hacían una fiesta grande ellos ahí.

⁴⁸ Decimos aparentemente porque es una posibilidad que le comentaron a Elena. No hay ninguna certeza sobre lo ocurrido con su padre.

-Ah, ¿hacían fiestas?

Elena: sí, todos, todos los fines de semana ellos venían y siempre te traían zapatos, zapatillas, todo para la gente que no podían... Porque acá ponele no estaba todo el barrio completo, pero la mayoría éramos como la gente que viven al lado del arroyo pero sabíamos valorar las cosas, no como ellos. No, yo sí, sí me acuerdo de ellos. Era como una kermesse grande pero no vendían sino daban.

En ese fragmento la mujer da cuenta de la cuestión habitacional en los años '70: la mayoría de los/as vecinos/as vivían en situaciones de extrema pobreza. Distingue a quienes se hallan hoy “al lado del arroyo” porque en general esas casas están construidas con madera, chapa y en algunos casos cartón, mientras que en el momento de la entrevista (finales de 2015) Elena habita en una vivienda de material⁴⁹, que no se encuentra pegada al curso de agua. Pero también, hace una diferenciación por el modo de actuar o de comportarse al afirmar que “sabíamos valorar las cosas, no como ellos”. Marca una distancia que se refuerza al referirse a la inundación, al indicar que quienes vivían en frente y no se inundaron no los/as ayudaron ni fueron solidarios/as el 2 de abril de 2013.

Elena nació a pocas cuadras del asentamiento, pero vivió desde los tres años en una casilla allí ubicada. Sus padres estaban separados y su mamá se hizo cargo de ella y sus cinco hermanos/as: “Nunca nos dejó trabajar (...) ella lo único que nos pedía era que vayamos al colegio”, cuenta la señora de 47 años y aclara que iban a la Anunciación de la Santísima Virgen. También se acuerda que su infancia no fue sencilla y que para las navidades no comían asado -lo cual hoy es para ella un aspecto determinante de ese festejo-, sino pastas. “Mis hermanos tampoco tenían zapatillas ni zapatos. Esperábamos a que siempre lleguen los fines de semana para que nos den ropa o algo”, detalla Elena. Cuando se casó, se fue a vivir a Berisso y volvió hace algunos años a Ringuelet, donde compró junto a su marido la casa de material en la que habita, a una cuadra de donde vivía cuando era niña. En esos tiempos, esta vivienda ya existía y también era habitada por otra Elena. Aquí tuvo a sus últimos/as tres hijos/as.

⁴⁹ En el capítulo VII analizaremos los sentidos sobre las viviendas construidos por los/as vecinos/as. El hecho de que Elena viva en una de material –como las casas relocalizadas definitivas- manifiesta la importancia del cemento en los barrios a nivel simbólico (y por supuestos en términos habitacionales concretos). Se trata de una frontera que separa las viviendas de ladrillo de las de madera, por ejemplo, pero a la vez expresa un deseo, el horizonte al que se quiere llegar.

Al papá de Elena lo secuestraron los militares en la vivienda de su otra pareja. Ella y sus hermanos/as cobraron en 2005 un juicio por padre desaparecido. “Yo de mi papá no tengo buenos recuerdos porque nunca lo conocí (...) te soy sincera, de los 3 años no me acuerdo nada de mi papá. Nada. Nunca tuve ningún recuerdo”, dice la entrevistada y agrega que está enojada con su abuela paterna por varias razones. Por un lado, considera que se guardó cartas dirigidas a su papá que debería haberle enseñado: “Cuando Néstor [Kirchner] fue presidente [le escribió a su padre]: ‘Si estás y necesitás algo, vení que estamos’. Pero nunca me la mostraron”, rezonga. Y añade que cuando era chiquita su abuela se quedaba con el dinero que le enviaban a su familia las Abuelas de Plaza de Mayo:

“Pasaron dos años y vino María Laura que es una Madre de Plaza de Mayo –no sé si estará viva- vino a la casilla y le preguntó a mi mamá (yo ya sabía quiénes eran los Reyes y todo), vino María Laura y preguntó si nos llegaron una plata (...) Mi abuela, cómo te puedo decir, no quería decir y yo me acuerdo que le dije ‘no’. ¿Y bicicletas? ‘No’. Nos habían mandado un montón de cosas para nosotros y jamás, jamás nos llegó nada” - Elena.

La entrevistada agrega que esas bicicletas supuestamente se las daba a sus primos/as. Y no era justo porque ella y sus hermanos no tenían juguetes: “Mis hermanos nunca tuvieron un cumpleaños”, enfatiza Elena y eso quizás explica su interés por celebrar con los/as niños/as del barrio.

-Una vez cuando festejamos el cumple de los chicos vos me dijiste: “Ustedes me hacen acordar a Montoneros”. Y a mí eso me quedó grabado porque en general una piensa en Montoneros otra cosa y vos me hiciste conocer que había un montón de otras cosas.

Elena: no, no, ellos venían acá y festejaban los cumpleaños de los chicos que no tenían cumpleaños, como hacíamos en el frente [en la sede de TECHO]. Ellos juntaban a todos ahí y hacían los cumpleaños de todos los chicos. La pasábamos lindo con ellos porque antes eran distintos los juegos, ¿entendés? Antes eran... bueno como ustedes [los/as voluntarios/as] cuando venían y jugaban con los chicos.

La mujer vuelve a comparar a Montoneros con los/as voluntarios/as de una asociación civil, tal como lo había hecho en la conversación informal que relatamos en la

Introducción, durante una celebración de cumpleaños. Es decir que para la entrevistada en el asentamiento de Ringuelet la práctica privilegiada por este colectivo era comunitaria con vistas a producir transformaciones sociales desde la intervención barrial, desde el compartir aquello que se precisaba en el asentamiento –“ayudaban un montón”, sostiene- y, en la bibliografía consultada, hay un área de vacancia de textos que den cuenta de este tipo de intervenciones de Montoneros⁵⁰. Elena agrega que no tenían una sede, pero armaban tableros y cocinaban ya que también hacían un comedor. Esta práctica duró entre dos y tres años, según el testimonio.

Al ser consultada por otras organizaciones que tuvieran presencia en el barrio en esa época, Elena concluye:

“Los militares. Nosotros decíamos que eran soldaditos porque estaban siempre tirados en el piso. Nosotros decíamos: ‘Mami, mami, hay un montón de soldaditos tirados en el piso’, decíamos nosotros y era que buscaban gente. Y después la chica que la ayudó un montón (...) Una chica rubia que se llama Silvia que la mataron en (...) 7 y 514 me parece que la mataron. Era de la facultad. Esa es la que organizó todo acá”.

Enseguida observamos que era notoria la presencia de las Fuerzas Armadas en el barrio y para la entrevistada constituían un ejemplo de organización. Por otra parte, no podemos pasar por alto la mirada de Elena como niña que no comprendía del todo por qué iban al asentamiento: mientras ella lo interpretaba en tanto juego -lo cual se asemeja a la película *La culpa es de Fidel*⁵¹- podemos pensar que, como afirma durante la entrevista, “buscaban gente”, espiaban y perseguían a militantes. En ese sentido, Bialakowsky y otros (2005: 84) sostienen en relación al barrio Padre Mujica: “Muchos militantes populares y comunitarios del barrio fueron secuestrados y desaparecidos”. A

⁵⁰ Se puede consultar la tesis de Maestría y Doctorado de Javier Salcedo, *Los Montoneros del barrio*, en donde estudia la inserción de masas de la guerrilla mencionada en el Conurbano bonaerense. Si bien se analizan, principalmente, las acciones armadas de estos grupos, se retoman en algunas oportunidades otro tipo de prácticas: “Uno de los métodos de hacer política en el barrio de El Gordo [líder gremial], previa a la integración o encuadramiento [en Montoneros], era la organización de campeonatos de fútbol y de quermeses, a lo que se sumó el teatro como instrumento para el acercamiento, sobre todo, a las sociedades de fomento en los distintos barrios. Esa metodología sirvió para seguir sumando adherentes, colaboradores, militantes y, como consecuencia de esto, algunos cuadros que no siempre coincidían con el modelo que bajaba la Conducción” (Salcedo, 2013: 118). En: Salcedo, Javier. *Los Montoneros del barrio*. Eduntref. Argentina, 2013.

⁵¹ El recuerdo de la infancia de Elena nos retrotrae a la película *La culpa es de Fidel*. En esta escena queda claro cómo dos niños/as percibían la dictadura de Francisco Franco (España) y el gobierno del socialista Salvador Allende (Chile): <https://www.youtube.com/watch?v=AFSTuKFIqqQ>

su vez, Alonso y otros (2009: 549) explican que, en su propia investigación, “surgen relatos sobre experiencias personales, o transmitidas en torno a la presencia militar en el barrio y a la percepción de hechos de violencia ligados a la represión, tales como gritos y disparos”. Por último, agregan que la represión no emerge en los testimonios recogidos como si se hubiera ejercido de forma directa hacia los/as habitantes del barrio, “en cambio, sí aparecen practicas que dan cuenta de que allí ‘algo estaba sucediendo’” (Alonso y otros, 2009: 550), tal como ocurre en el relato de Elena, aunque sabemos que a su papá luego lo secuestraron y desaparecieron en otro territorio.

Para dar pie a lo que sigue, comentamos que durante la última dictadura cívico-militar (1976-1983) las actividades comunitarias fueron mayormente perseguidas, pero con la vuelta a la democracia “la redefinición de lo público y del rol del Estado en las Políticas Sociales, su capacidad de regulación y recursos limitados, guardan paralelismo con un mayor protagonismo e iniciativa a otros actores sociales (...) las Organizaciones de la Sociedad Civil” (Ikei y otros, 2003: 39), como veremos en los siguientes testimonios.

2. Modos de participación

2.1. La no participación

Al momento de preguntar por grupos u organizaciones que han intervenido en el barrio, las respuestas son diversas, pero en general tienden a ser negativas, es decir, a indicar que nadie participa ni participó. Compartimos algunos fragmentos a modo de ejemplo:

-¿Vos conocés a alguna organización que esté trabajando en Ringuelet, o sea en este barrio o en el anterior?

Ernesto: no.

-¿Nada, nadie?

Ernesto: nada.

-¿Conocen organizaciones o gente que esté trabajando en el barrio? Bueno, están ustedes con la cooperativa.

Antonia: nosotros con la cooperativa.

Estefanía: no, y después nadie más.

Antonia: y después nadie más, acá de esta manzana no.

-¿Y en el barrio anterior se acuerdan de alguna organización que estuviera?

Antonia: no, solamente nosotros nomás.

-¿Y las iglesias o alguien tampoco iba a ayudar?

Antonia: no.

-¿Del Estado?

(Se hace un silencio).

-¿Y ahora qué organizaciones identificás que haya en el barrio trabajando?

Elena: ninguna.

-¿Tienen vínculo con los comedores o las escuelas de por acá?

Isabel: nosotros no, jamás.

-¿Y conocés a las organizaciones que están trabajando en el barrio?

Isabel: ni idea. Escucho así pero no le doy importancia, no sé cuál es, ni nada.

Es relevante pensar por qué ocurre esto y, a lo largo de este apartado, intentaremos hacerlo: ¿qué significa para estos/as sujetos participar? ¿Qué ejemplos de participación conocieron a lo largo de sus vidas? ¿Por qué niegan la participación de organizaciones? ¿Los encuentros con las mismas les generaron algún tipo de frustración vinculada al no cumplimiento de promesas? ¿Cómo ha sido la intervención estatal? ¿No se vislumbra, a partir de la organización, la posibilidad de cambio social? ¿O acaso la idea de cambio social no incluye a actores externos al barrio?

En esta tesis entendemos a la participación como “la capacidad de influir o de decidir en el proceso de toma de decisiones, o en la marcha de diferentes procesos económicos y sociales” (Gómez de Souza y Ribeiro, 1975: 6), para lo cual se requiere cierta organización más o menos estructurada. La participación comunitaria tiene que ver con “la voluntad de aceptar algunas responsabilidades y actividades. Significa asimismo que el valor de la contribución de cada grupo se ve, aprecia y utiliza” (Yeung, 1989: 105). Se busca la inclusión de líderes comunitarios en pie de igualdad con los actores sociales externos al barrio.

De acuerdo a Clemente (2007), la participación es una herramienta para la transformación social.

Para Bianco Dubini (2008), participar permite definir cuáles son los problemas de una comunidad, reconocer que se es parte de un trabajo, construir saberes y manejar dificultades que surjan en el camino, entre otras. A su vez, podemos agregar que participar posibilita generar vínculos y empatía (o rivalidad) con otros/as.

Se pone el foco en las participaciones de los sujetos ya que se considera que, según McKEE (1992 en Gumucio Dagron y Tufte, 2008), este tipo de prácticas promueve la

responsabilidad sobre los proyectos, garantiza que se tomen en cuenta las necesidades de las personas, implica que se ponga en juego la experiencia y el conocimiento local, genera concientización y tiene un valor intrínseco para los/as habitantes gracias al estar juntos/as, a la vida en comunidad, la cual es entendida como una relación social donde se juega la intersubjetividad, el afecto, la reciprocidad y lealtad (Diéguez, 2000).

En esa línea, para Carballada (2004: 34) la intervención crea nuevas formas de encuentro. Se trata de una forma de participación que interpela (para lo cual se precisa la palabra, la mirada y la escucha): “Tal vez porque la visibilidad implica interpelación, aquello que se ve, interroga al resto de la sociedad, genera preguntas que, articuladas, confieren historicidad a los hechos, transformándolos así en acontecimientos”.

Cuando hablamos de modos de participación/intervención, lo entendemos como las formas que una organización escoge para afrontar problemáticas y distintos temas que sean de relevancia, para lo cual lleva a cabo actividades de acuerdo a sus objetivos.

A la hora de definir a las organizaciones sociales, algunos enfoques hacen énfasis en su diferenciación con los sectores gubernamentales y privado, como cuando se habla de Organización No Gubernamental y Organización del Tercer Sector. Aquí se retoma otra concepción de organización comunitaria entendida como aquella que forma parte del sector social entre las que se destacan movimientos, fundaciones, cooperativas, asociaciones civiles, etc (Vargas y Zapata, 2010). Se encuentran a mitad de camino entre el Estado y la familia y surgen a partir de demandas por la protección de los derechos humanos, por lo que intentan subsanar las desigualdades sociales. Además, cada una de ellas fortalece la democracia: “Ayuda a crear, estabilizar y expandir el Estado de derecho (...) Una sociedad civil vibrante forma los diferentes espacios públicos a través de los cuales los actores sociales se comunican entre sí y con los actores políticos (...) Desarrolla una densa red de asociaciones, fortaleciendo así el tejido social” (Olvera en Durán Bravo y otros, 2012: 1-2).

Si organizarse es un derecho de todos/as, resulta imprescindible para los actores sociales lograr sus objetivos según sus propios deseos, necesidades e intereses, respetando la diversidad cultural y los distintos territorios.

Hay que aclarar que las organizaciones sociales no sólo llevan a cabo prácticas concretas, sino que, además, están debatiendo “qué tipo de sociedad civil se debe construir, quiénes son los actores representativos de ella, cómo se generan espacios nuevos de participación, qué lugar ocupan las OSC [Organizaciones de la Sociedad Civil] en la resolución de la nueva cuestión social. (...) toda concepción acerca del tipo

de sociedad civil que se busca implica, necesariamente, alguna visión sobre el Estado que se desea” (García Delgado y De Piero en Ikei y otros, 2003: 49).

Cabe aclarar que esta concepción de participación va de la mano de la comunicación y cambio social: pues subyace la idea de intervenir con el objetivo de transformar, de conocer a otros actores, de formar redes, lograr empoderamiento en las prácticas, aprender y fijar objetivos.

2.2. Intervenciones

A partir de ello destacamos que, en el trabajo de campo, en algunas ocasiones al repreguntar han surgido los siguientes registros sobre participaciones. Desde la década de 1980, los/as entrevistados/as destacan la presencia de Cáritas, un organismo oficial de la Iglesia Católica⁵², que “repartía mercadería”, según Blanca, y para Josefa “no regalan tampoco, venden más barato”. Lo preside un sacerdote que, de acuerdo a las observaciones y diálogos informales, tiene presencia en el asentamiento y ha contribuido cuando se lo llamó, aunque en el proceso de relocalización participó en pocas instancias: sólo en algunas asambleas generales. Cáritas funciona en el Colegio la Anunciación de la Santísima Virgen, ubicado a muy pocas cuadras del barrio. Elena destaca que esta institución “a nosotros nos ayudaba un montón porque antes no era privado el colegio la Anunciación (...) era colegio católico pero no era privado”. Alicia agrega que ella además va a la iglesia de tal establecimiento educativo.

Blanca menciona algunos sujetos particulares que también realizaron actividades en el barrio, como repartir mercadería. Por otra parte, señala al comedor de la escuela n° 60, en donde “los viernes sacan turno y los sábados van a buscar la comida”. Además, comenta que se da la merienda de lunes a viernes en el jardín de infantes n° 6 Hugo Stunz. Al respecto, Josefa afirma: “Ahí hacían copa de leche y ahí estaba yo, teníamos cincuenta chicos”. Para Juanita, la hija de Blanca:

Juanita: esa siempre, esa siempre estuvo.

Blanca: sí, esa siempre también, desde que tengo uso de razón. Los chicos, ellos, los hermanos más grandes fueron también desde chiquititos ahí.

⁵² De acuerdo a su página: “Cáritas Argentina es el organismo oficial de la Iglesia Católica que lleva adelante la pastoral caritativa para lograr el desarrollo integral de todo el hombre y de todos los hombres, con especial preferencia por las personas y por las comunidades más pobres y marginadas”. Disponible en: <https://www.caritas.org.ar/quienes-somos/>

Además, la niña cuenta que iban a Cielo Azul y al centro cristiano metodista Casita Belén, donde se brindaba apoyo escolar.



En su vivienda provisoria, Josefa muestra una nota que le hicieron, enmarcada como cuadro: “Solidaridad, asignatura aprobada en la Escuela 60”. Fotografía tomada el 3 de mayo de 2016.

Ana tiene 50 años y, si bien no de forma estable, se dedica a limpiar casas. Nació en Caaguazú (Paraguay) y llegó al barrio en 1989 con el objetivo de estudiar pero, según su relato, no pudo y comenzó a trabajar. Recuerda que en esa época había organizaciones integradas en su mayoría por paraguayos/as, que utilizaban canchas de fútbol y “los domingos viste (...) se hacían bailes, se hacían comidas, asados, se compraban, para

ayudar a otra gente” y mejorar el barrio. Tal como lo explica Grimson (en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 223):

Durante los años noventa, en contextos de creciente desocupación y exclusión social con muy baja intensidad organizacional y movilización política, los procesos tendieron a la desagregación de los grupos y las demandas. En los barrios populares con fuerte presencia de migrantes provenientes desde Bolivia y Paraguay, la escasez de recursos y las disputas cotidianas por el acceso a los mismos se articuló con una creciente xenofobia. De esa manera, los procesos de segregación étnica tuvieron su contracara en un crecimiento sostenido de las organizaciones de los propios inmigrantes limítrofes, de sus festividades, su presencia en radios de baja frecuencia, sus ligas de fútbol y otras actividades y redes similares.

Sin embargo, Ana reconoce que duró poco tiempo porque después muchos/as se casaron, tuvieron hijos/as o se mudaron y dejaron de encontrarse. Por último, alude a grupos que armaban torneos de truco y de fútbol –es decir, todas instancias que forjaban espacios de sociabilidad en el territorio (Forni, Castronuovo y Nardone, 2013)- pero afirma que no se acuerda de nada más porque “lo que pasa es que nosotros nunca asistíamos a eso”. Ante la pregunta de si conoce a algún partido político u organización que intervenga en el barrio, la respuesta es concreta: “Sí, pero hay en el viejo. Pero nosotros no nos enganchamos con eso, no tenemos contacto con esa gente”, comenta Ana y agrega que sus hijos no van a los comedores. Aquí nos interesa destacar que, desde el análisis del discurso, el “esa” implica una marca de subjetividad, imprime una distancia entre el sujeto hablante y el objeto que designa, que en este caso son personas. ¿Por qué Ana no quiere encontrarse con “esa gente” ni que sus hijos vayan a comedores? Podemos pensar que muchas veces la intención de no concurrir tiene que ver con el pudor, con la vergüenza por mostrar una necesidad y, por otra parte, con el hecho de que la comida es un momento de reunión familiar que no siempre quiere ser compartido con otros/as. Pero, a partir de su relato, creemos que se relaciona con una intención de diferenciarse de ese grupo, por desarrollar prácticas y modos de vida con los que Ana no concuerda.

Isabel resalta que nunca elige participar. Pareciera que intervenir o mostrar la necesidad de una ayuda es algo que rechaza completamente, tal como se ve en este diálogo con su marido y amiga:

-¿Y les gustaría que haya alguna plaza, un comedor [en el barrio nuevo]?

Ana: y sí eso está bueno.

Isabel: una plaza sí, pero comedor jamás, nosotros viste no usaríamos, no usamos, los hijos... No porque yo te diga preferencia por los paraguayos, pero acostumbrados a arreglarse ellos, a comer lo que puedan en su casa, no están acostumbrados a ir al comedor.

Ana: no creo que entre nosotros pase.

Isabel: no te digo que algún día pueda pasar, no sabemos cómo va a pasar, pero nosotros hasta el momento...

Ramón: ni en la crisis [del 2001].

Ana: ni en la crisis, nunca.

-¿Y cómo se las arreglaron en la crisis?

Ana: y bueno, trabajando.

Isabel: trabajando.

Ana: tenés diez pesos y si vos hacés malabares, comés.

Isabel: viste que te dan aunque sea una polenta y vos inventás eso. Lo que pasa es que la gente algunos ya no quieren hacer, quieren todo regalado, no es así. Nosotros no estamos acostumbrados a tener todo regalado.

Ramón: ni en la crisis fuimos a comer. Yo estuve trabajando en el comedor, pero mi familia no fue a comer. Yo estuve trabajando.

Isabel: él trabajó en la crisis del 2001, trabajó en el comedor, que se armó acá en la [escuela] 60, en la crisis de 2001, en la cocina.

La idea de pedir ayuda para estos/as vecinos/as se asocia con un valor: como aparece en el diálogo anterior, hay una oposición entre querer “todo regalo” y el sacrificio de trabajar para lograr un objetivo: por ejemplo, que la familia coma todos los días. Lo mismo señala la hija de Elena, Agustina, cuando afirma que “la gente que no tiene te da hasta lo que no tiene, que se lo gana con el esfuerzo porque sabe que con el esfuerzo uno puedo comprar lo que uno puede tener. Pero la gente que le dan, que no valoran el trabajo, que no valoran el esfuerzo, que saben que le viene todo de arriba, creo que esa es la gente egoísta”.

Recurrir a alguna organización implica, entonces, demostrar que se es vago/a y que no hay un esfuerzo suficiente para obtenerlo por los propios medios. Por su parte, esta forma de arreglárselas solos/as, atribuida al hecho de ser de un país limítrofe –como dijo

Ernesto: “Son todos paraguayos, viste, y no quieren participar”- aparece como un intento de desprenderse de la asociación extendida entre pobreza y vagancia. Quizás eso se deba a que para estos/as inmigrantes-forasteros/as:

La pauta cultural de su grupo de origen sigue siendo el resultado de una evolución histórica ininterrumpida y un elemento de su biografía personal, que por esta misma razón ha sido y todavía es el esquema incuestionado de referencia para su “concepción relativamente natural del mundo”. En consecuencia, es obvio que el forastero comience a interpretar su nuevo ambiente social en términos de su pensar habitual. Sin embargo, encuentra dentro del esquema de referencia que trae de su grupo de origen una idea ya elaborada de la pauta supuestamente válida dentro del grupo al que se incorpora, idea que, inevitablemente, no tardará en resultar inadecuada (Schutz, 1999: 6).

A modo de conjetura, podemos decir que pareciera que la manera de sobrellevar los problemas es individualmente y a través del trabajo y del esfuerzo. La ayuda la piden quienes “quieren todo regalado” –lo cual sería propio del asistencialismo y clientelismo político- sin imaginar el potencial que hay en lo colectivo. Como diremos luego siguiendo a Bayón (2015), hoy se culpa al pobre de su pobreza esgrimiendo como causa una supuesta pereza. Los/as entrevistados/as se apartan de esa situación y se construyen a sí mismos desde otro lugar: puntualizan que no son sujetos de carencia ni de vagancia. Son sujetos de trabajo. No piden ayuda, no participan por necesidad, sino, en todo caso, para contribuir con otros/as.

Por su parte, si bien en un primer momento dice que nadie interviene, Estefanía menciona luego al taller de cine del barrio, a un sacerdote que quiere dar catequesis y a Entrelazos, una “asociación que acompaña a niños, niñas y adolescentes en situación de vulnerabilidad socioeconómica, y a sus familias mediante un programa de becas que persigue sostener la escolaridad a través de un sistema de padrinazgos”⁵³. Además de recibir la beca para poder terminar el colegio y continuar sus estudios universitarios, comenta que la fundación actuó como puente para conseguir insumos para el comedor del barrio:

⁵³ De acuerdo a la página de la fundación. Disponible en:
<http://www.proyectoentrelazos.org.ar/index.php/quienes-somos/nosotros>

Estefanía: [el supermercado] es muy caro, entonces el Banco de Alimento nos iba a parecer más barato. Fuimos a averiguar, no podíamos porque necesitábamos...

Antonia: un puente.

Estefanía: un puente o el papel que esté legalizado el comedor para poder comprar. Bueno yo fui y lo redacté con Entrelazos. Entonces ellos nos pueden hacer puentes porque ellos ya son socios del Banco de Alimento. Entonces entre que vamos a hacer todo ese procedimiento hasta que ellos nos pongan legalmente que somos socios de ellos nosotros, nos empezaron a donar capelettis, jugo, una bolsa así, chupetines, jugo, galletitas.

-¿Eso lo dona Entrelazos?

Estefanía y Antonia: sí.

El taller de cine que señala Estefanía se denomina Diego Rodríguez y “nació hace más de diez años, al calor de las luchas sociales que emergieron en Argentina en la crisis de 2001, junto al Movimiento Piquetero, al Movimiento de la Unidad Popular y al Frente Popular Darío Santillán, que ya no participan en este territorio” (Bernat, Taboada y Ramírez de Castilla, 2016: 1). El taller está integrado por adolescentes que abordan diferentes temáticas en una pieza audiovisual (la historia del asentamiento, las inundaciones, la relocalización, trata de personas, violencia de género, etc), la cual es presentada en festivales que se realizan en el barrio y en el programa Jóvenes y Memoria de la Comisión Provincial por la Memoria⁵⁴.

⁵⁴ El programa, que se enmarca en la Provincia de Buenos Aires, tiene como objetivo “promover en los jóvenes el sentido y valoración crítica del pasado y del presente como parte del proceso de construcción de su identidad y de su afiliación a la sociedad a la que pertenecen, en el marco del proceso de profundización de la democracia”. Más información en: <http://www.comisionporlamemoria.org/jovenesymemoria/el-programa.htm>



Festival realizado el 5 de diciembre del 2015. Los/as chicos/as cantan antes de proyectar el corto realizado.

Se lleva a cabo todos los sábados en la zona conocida como “la canchita” del antiguo barrio, en la casa de algún/a joven participante o en la sede de TECHO. Por lo general, entrevistan a vecinos/as o les piden que actúen, utilizan sus viviendas para filmar e indagan sobre algún tópico puntual del asentamiento o, si es un tema general, investigan cómo se experimenta en este territorio. Además, se trata de una práctica de autogestión que se financia recurriendo a subsidios, cuando se logra, o a través de la venta de comidas. Tienen un claro horizonte de cambio social desde lo educativo/político.

Queremos subrayar que en 2015 realizaron una producción sobre la reubicación de Ringuelet. Sus coordinadores explicaban cómo lo personal y subjetivo atravesaba la práctica que llevaban a cabo:

Lautaro: hay algo que es re difícil, que también nos pasó con el video de este año que es sobre la reubicación del barrio, que es cuando el problema todavía no termina, entonces, como no es algo acabado, el objeto de estudio no está acabado, está todo el tiempo modificándose, es muy difícil poder trabajarlo... Y cuando eso que se está trabajando te influye a vos en lo personal, ¿cómo trabajás esas cuestiones muy complicadas? La inundación fue todo un tema, así como a quién entrevistar, el por qué había gente que no quería hablar... Había gente que sí, quería hablar con todos y otra que "no, no, no, no" y así, bueno, un montón.

Julián: claro, más o menos, fue lo mismo que pasó este año [2015], un poco con todo lo que tenga que ver con el barrio en sí, o sea, algo que atraviesa al barrio. Ya sea, el producto de las inundaciones o, en este caso, la reubicación, algo que movilice tanto al barrio, de una manera tan general, te encontrás con esas barreras que van en lo personal de cada vecino: “Yo estoy bien acá, ustedes hagan tranquilos pero yo prefiero no involucrarme tanto”, no por ir en contra sino por una cuestión de sensibilidad...⁵⁵



Los/as chicos/as del taller de cine Diego Rodríguez en una visita al barrio nuevo. Fotografía de Juliana Carrizo tomada en una observación que realizamos juntas el 22 de agosto de 2015.

Cabe destacar que en 2012 hubo un temporal en el barrio que, en la zona conocida como la canchita, “le voló todo el techo, se quedaron sin luz, entonces cortaron 7 [una importante avenida de la ciudad]”, según Isabel y Leticia, ex voluntaria de TECHO, explicó: “Con el temporal se corta un cable que queda chispeando, mató a un perro, creo, estaba como muy peligrosa la situación porque había agua, había electricidad suelta. Los vecinos automáticamente (...) se van todos a [la avenida] 7 sin avisarnos, todo por motu propio, a 7 a cortar para que les arreglaran el cable”.

Al ser consultada por su participación en ese hecho, Filomena concluyó:

⁵⁵ Entrevista realizada junto a Matías López y Mirta Taboada en el marco del proyecto de investigación “Prácticas sociales y representaciones temporales: cruces entre lo educativo/político y el cambio social”, dirigido por Nancy Díaz Larrañaga.

“Yo no, nunca participé porque no me gusta eso. A mí eso de participar... Me parece que es por el otro lado, que uno tiene que ir a la justicia, hacer, hablar bien, hacer los reclamos. Está bien a veces no te dan bolilla. Pero ir a cortar la calle, estar gritando ahí. Hay gente que vos te vas con muy buena onda para hacer ese corte y el otro a lo mejor no piensa lo mismo que vos y está afanando el de al lado. Entonces eso no me gusta”.

La respuesta de Filomena va en línea con sus dichos durante toda la entrevista: intenta construir una imagen de sí misma como “buena gente”, trabajadora, a la que no le interesa meterse en problemas y, si lo hace, nunca es su responsabilidad. A esta señora teñida de rubia y de anteojos grandes la entrevistamos en su casa transitoria. Se trata de una mujer que nació en Longchamps y trabajó por hora como empleada doméstica, luego como operaria y jefa de personal de Aguas Argentinas, de donde fue despedida en 2001 cuando tenía 50 años. Estuvo desempleada y después se dedicó a lavar y planchar ropa. En 2007 se mudó con su marido a Ringuelet, quien buscaba trabajo como carnicero, mientras que la entrevistada toda su vida tuvo el sueño de abrir un negocio y “en la época de ella [en la presidencia de Cristina Fernández] puse mi almacén”.

Como vemos en varios relatos, la idea de participación está mal vista. Se asocia a hechos que, desde el punto de vista de una habitante, son violentos o, al menos, conflictivos (robos, gritos, cortes de calle), con la idea de pobreza y vagancia (se participa y/o pide ayuda por necesidad -eso es algo que es mejor ocultar- o en el marco de relaciones clientelares) y con el intento de sacar ventaja de los problemas del otros/a, como manifiesta Elena en relación al puntero en el capítulo anterior.

3. La política y lo político

3.1. Cooperativas y punteros

Blanca es salteña, pero desde chiquita vive en La Plata. Llegó a Ringuelet en 1989 y tiene tres hijas con su actual pareja –antes estuvo casada y se divorció- y trabaja en casas de familia. Formó parte de una cooperativa, pero cuando en 2015 asumió la gestión del intendente de Cambiemos, Julio Garro, no le renovaron el contrato: “Íbamos a ver si la gente necesitaba algo, si tenían la cañería rota en la parte de la vereda, bueno preguntamos si querían que la arreglen, iban los chicos de la municipalidad y la arreglaban. Tomábamos todos notas”. Denuncia que no les pagaron el mes de

noviembre de 2015, que ellas trabajaron. Y, además, presentaron los papeles y se volvieron a anotar, pero nunca las llamaron.

En Ciudad Oculta, Horacio hace referencia a una cooperativa de la delegación del barrio, a la que sus familiares se integraron luego de la inundación, gracias a que Ramiro –el primo de su esposa Antonia- fue a buscar al delegado municipal de aquel momento y comenzó el proyecto: “Bueno el muchacho hizo onda con los que estaban antes y bueno le dieron su puesto y bueno nosotros empezamos así. Y acá él peleó para que lo mantengamos porque dieron de baja un montón [cuando asumió Garro]”, explica la señora. Se dedican a hacer “limpieza de barrio, a veces hacemos la poda de árboles o cortado de pasto, pero mayormente limpiamos la calle”, aclara Horacio. Antonia agrega que no hay un/a presidente o presidenta de la cooperativa, sino que el trabajo es horizontal.

Luego Horacio declara que no milita porque “tendría que tener mucha dedicación”, pero afirma que ha asistido cuando lo necesitan, por ejemplo, para armar un escenario, cocinar para los/as chicos/as en el barrio, etc. Ramiro comenta que él participó con el Movimiento Evita⁵⁶, con La Cámpora⁵⁷ y con la Coordinadora John William Cooke⁵⁸, pero afirma que “en sí lo que no me gusta de las organizaciones es que se manejan mucho por conveniencia” porque les dan materiales o mercadería a personas que luego no los utilizan: “Yo vivo en el barrio y yo decido a quién darle las cosas. Vienen ellos y dicen aquella necesita, aquel no tiene techo en la casa. Le bajamos los materiales, todo, va y lo vende”, concluye. Antonia señala que cuando vivía en Quilmes participó en política junto a todos/as sus familiares y trabajaban para el Partido Justicialista: “Siempre estuve metida en la política porque me gusta”, explica. Sostiene que ya no lo hace porque está “más en la cooperativa”.

⁵⁶Se trata de una fuerza política que reivindica la figura de Néstor Kirchner y se autodefine como “una expresión de la fuerza nacional, popular y federal” y cuyo secretario general es Emilio Périco. Más información en: <https://movimiento-evita.org.ar/quienes-somos/>

⁵⁷ Es una organización política conformada por jóvenes. De acuerdo a su página de Facebook, tiene como objetivo “fortalecer desde la militancia la independencia económica, la soberanía política y la justicia social defendiendo el proyecto iniciado en 2003 por Néstor Kirchner y continuado desde 2007 por su compañera, nuestra presidenta Cristina Fernandez”. Tiene presencia en los barrios, colegios secundarios y universidades de toda la Argentina. Más información en: https://www.facebook.com/pg/agrupacionhectorcampora/about/?ref=page_internal

⁵⁸ En las elecciones de 2015 este espacio político brindó su apoyo al ex intendente de La Plata, Pablo Bruera. Ver: <http://www.realpolitik.com.ar/nota.asp?id=11428>

Queremos resaltar que en esta parte del barrio que se extiende detrás de las vías los/as habitantes son todos/as familiares e identifican con claridad al puntero⁵⁹: “Yo como referente lo tomo al Ramiro”, dice Antonia y este hombre, por su parte, lo deja en claro en cuatro momentos de la entrevista:

“Todas las decisiones del barrio hasta ahora siempre las tomé yo”.

“Soy el encargado de todo, nada más. Yo decido lo que se hace en el barrio y lo que no”.

“Yo no mando al barrio, yo tomo las decisiones, nada más”.

“Vos para manejar un barrio tenés que ser bueno y malo a la vez. Cuando tenés que poner algo, lo tenés que poner”.

Ramiro nació y habitó Quilmes hasta los 7 años, edad en la que se mudó a Ringuelet por la inseguridad de esa ciudad. Concretamente, vivía en 514 entre 1 y 3, pero hace una década le compró un terreno a una familia que vivía detrás de las vías: “Ciudad Oculta era un cementerio de autos”, explica, porque depositaban en ese lugar todos los vehículos robados.

Ramiro tiene 28 años y hasta los 24 trabajó como cartonero, aunque también limpiaba supermercados y cortaba el pasto, pero en un momento quiso modificar su estilo de vida: “Empecé a dar un cambio, quería buscar un trabajo, ya estaba cansado de los animales”, argumenta aunque confiesa que le encantan los caballos y si pudiera compraría un campo y se iría a vivir allí. La decisión la tomó cuando surgió un conflicto con la organización Caballos Libres⁶⁰, a partir de lo cual realizó cortes frente a la municipalidad y se vinculó con funcionarios del ex intendente de La Plata, Pablo Bruera, en una mesa de gestión armada para resolver la problemática:

“Nosotros les pedimos siempre para sentarnos para ver por qué se preocupan tanto por un caballo y no por la gente que está arriba. Y agarra ellos me dicen ‘no,

⁵⁹ En ningún momento lo nombraron de esa manera.

⁶⁰ Según su página de Facebook, se trata de una Organización No Gubernamental que tiene la intención de que “termine el maltrato y la tracción animal”. https://www.facebook.com/pg/Caballos-Libres-La-Plata-251857448165053/about/?ref=page_internal

porque el caballo no se puede defender’. Y le digo: ‘¿Y entonces por qué con las domas -le digo- las carreras de caballo, no se meten? No se meten ahí -le digo- porque son todos abogados, son políticos, son esos y ustedes vienen y tocan al más débil porque se preocupan por el caballo pero no por una persona. Una señora -le digo- con seis chicos tirando un carro, ¿no necesita ella -le digo- una ayuda?’” – Ramiro.

A esa edad comenzó a trabajar con “los Bruera” y al momento de la entrevista (mayo de 2015) tenía una recicladora en Tolosa “gracias a ellos”, dijo Ramiro, y añadió que catorce personas se ocupaban del reciclado de nylon, plástico, cartón y diario que vendían a distintas empresas y luego se repartían entre ellas la ganancia.

Aunque vive en La Plata, afirma que por una cuestión económica le convendría viajar a Quilmes, donde trabajó con su tío muchos años haciendo campañas y pintadas: “La política en Quilmes se llama el mejor postor”, sostiene Ramiro. La diferencia radica en que si bien en la capital bonaerense está tranquilo, “allá en cualquier momento recibís un tiro”.

Ramiro decía que no quería ser intendente ni delegado. Lo que le interesaba era “poder manejar un barrio, que no se te arruine”. Y, a partir de sus dichos y el trabajo de campo, podemos afirmar que este hombre era el puntero de la llamada Ciudad Oculta. Él lo explicó así:

“Un día [durante la gestión de Bruera] me llama el delegado, no éste sino el anterior que estaba, me llama, tenía una reunión con Mariano [Bruera]. ‘Yo tengo un referente’, me dice, ‘que se roba todo’ (...) Le digo: ‘Siempre fuimos a hacer quejas a la delegación, lo que pasa es que el delegado que estaba anterior no nos daba cabida porque tenía su referente, supuestamente’. Me dice: ‘Bueno, ¿no querés laburar para nosotros?’ (...) ‘Sí’, le digo, ‘¿pero qué beneficio voy a tener? Yo laburo en el carro’. ‘Vas a ser municipal’, dice, ‘las cooperativas que están ahí las vas a ir manejando vos y te vamos a ir ayudando con las cosas, con los comedores y eso’. ‘Bueno’, le digo, total no tenía nada que perder”.

Cuando hablamos de puntero, lo hacemos siguiendo a Auyero (2002) como un mediador –entre un patrón, que en este caso era Bruera, y los seguidores/as, los/as vecinos/as de Ringuelet- que da favores, bienes o servicios a cambio de apoyo político. Cabe aclarar que “el intercambio personalizado de favores, bienes y servicios por apoyo

político y votos entre masas y elite” (Auyero, 2002: 35) es conocido como relaciones clientelares y constituyen un tipo de lazo social (Scott y Kerkvliet, 1977 en Auyero, 2002) que incide en la cotidianidad de los/as habitantes barriales. “La relación clientelar está basada en recibir beneficios a cambio de apoyo político”, sostiene Roberts (en Saraví, 2006: 225). Muchas veces el clientelismo es entendido como práctica antidemocrática que acrecienta el dominio de las oligarquías. Sin caer en una mirada romántica sobre el lugar de los sectores populares ni en un determinismo de las elites, consideramos que siempre hay lugar para la agencia de los sujetos, que no están determinados por el puntero/a o jefe/a, pero tampoco exentos de relaciones en las que hay un intento de cooptación. Auyero en su texto estudia los puntos de vista de los/as llamados/as “clientes/as”, de manera que es un buen ejemplo de lo anteriormente planteado. Para este investigador, “la resolución de problemas mediante la intervención política personalizada, es entonces un proceso estructurado y estructurante, un conjunto de relaciones que comienzan a tener sus propias reglas, sus silencios y sus propias voces, sus trayectorias, dando lugar a performances, identidades y narrativas particulares” (Auyero, 2001: 231).

Como decíamos, el rol del puntero/a es el de mediar y para realizar tal tarea cuentan con un “círculo íntimo de seguidores” (Auyero, 2002: 38), que en este caso estaría compuesto en primera línea por su prima Antonia, es decir, su parienta directa. “Este ‘círculo íntimo’ ayuda a los mediadores a resolver los problemas cotidianos de los habitantes” (Auyero, 2002: 39), tal como lo hace la mujer al encargarse del comedor, de abrir y cerrar el lugar, mantener su limpieza y manejar a las ayudantas. Su esposo Horacio también participa cada vez que lo necesitan, por ejemplo armando un escenario, como ya mencionamos.

Por otro lado, el autor habla de un “círculo exterior” que recurre al puntero/a para resolver algún problema, pero sus vínculos son débiles y no establecen lazos de parentesco o amistad. Sin embargo, en el caso de Ramiro no es del todo adecuado pensar en ese círculo exterior: si bien algunos familiares tienen relaciones más sólidas, es un pequeño territorio donde habitan parientes que se comunican directamente con él. Por lo tanto, podríamos decir que la hegemonía de este puntero está dada por un círculo de proximidad que opera en diferentes niveles (siempre hay sujetos más cercanos que otros/as) y por las relaciones de parentesco se dificulta atribuir tal hegemonía a un círculo exterior, lejano.

Para analizar cómo se constituye este lazo tan fuerte, podemos recurrir no sólo a la familiaridad y a la historia en común entre los/as habitantes de Ciudad Oculta y Ramiro, sino también al rol jugado en las inundaciones de 2013: adquirió un rasgo de “héroe”, que salvó a sus familiares de la subida del agua en sus casas, les ofreció cobijo en la propia vivienda y cargó a los/as niños/as a caballito para que no se mojaran. Por otra parte, luego de ese hecho fue él quien logró la formación de la cooperativa y les dio trabajo a sus vecinos/as (“el peleó por los cargos de nosotros”, afirmó Antonia) y no ha sido menos relevante su papel comandante durante la relocalización.

Los/as entrevistados/as sostienen que Ramiro los/as ayuda no sólo políticamente, sino también en cuestiones familiares. Como señala Auyero (2002: 44), a los ojos de los “clientes” los mediadores “son quienes ‘verdaderamente se preocupan’, sienten algo por ellos (...) están siempre accesibles y dispuestos a ayudar”.

Es preciso mantener la legitimidad construida, que el lazo entre mediador y vecinos/as siga siendo fuerte. Algo que pudo haber puesto en jaque el lugar de Ramiro fue el cambio de gobierno, pero logró conservar los puestos de trabajo en la cooperativa, aunque no todos los recursos para el comedor (al respecto Antonia dirá en 2016 que “ahora estamos en una situación muy mala, muy dura porque ni siquiera el que está laburando le alcanza la plata”)⁶¹. Es decir que en parte pudo cumplir con lo que venía realizando en el barrio gracias a la relación forjada –o, mejor, a las negociaciones– con un indispensable proveedor de bienes: el municipio.

También es importante pensar que la ayuda en un momento determinado debe ir más allá de una cuestión pasajera para constituirse en una relación duradera, que continúe dando legitimidad y, por lo tanto, poder. Como vemos, este tipo de lazos está caracterizado por solidaridad y compañerismo, por un lado, pero también hay cooptación: pensar que Bruera a través de Ramiro no buscaba votos es caer en una ingenuidad total.

Por otra parte, Elena indica que hay otro puntero en la zona de la canchita del barrio, que “se hizo una casa gigante pero eso figura como copa de leche”, y cuyo padre también había asumido ese rol en otro momento: “Toda la familia de él siempre estuvieron bien. Ellos nunca jamás dieron una mano. A lo contrario (...) si vos no hacías lo que ellos hacían, te sacaban todo”. Para la vecina, hacen las cosas mal: “Ellos se ayudan entre ellos, a ver quién saca más”, afirma. Leticia, una ex voluntaria de

⁶¹ Al menos hasta principios de 2017 no abría sus puertas periódicamente.

TECHO, agrega que se peleó con este puntero luego del temporal de 2012: los/as vecinos/as se comunicaron muy asustados/as porque él no estaba de acuerdo con el corte de la avenida 7—pensaba que era convocado por TECHO—, los/as había amenazado con echarlos si participaban en esa asociación y expulsó a un habitante del barrio. Dado que no sabían cómo resolverlo, los/as voluntarios/as llamaron al sacerdote de la zona para que los/as vinculara con el puntero: “En un momento nos quiso apretar en la situación, le terminamos explicando que los vecinos lo habían hecho ellos solos, le explicamos bien nuestro trabajo, ahí en un momento se ablandó y nos quiso pedir unas chapas para su comedor”, relata Leticia. En esa charla participó la mano derecha del puntero, quien se corría la camisa para mostrar que en su bolsillo derecho tenía un arma, y “no me dirigían la palabra a mí, se la dirigían a Esteban [otro voluntario]. Bien marcado todo”, describe la joven, dando cuenta de la desigualdad de género y del machismo de ese encuentro.

Por último, notamos que el término puntero es despectivo, tiene una carga negativa. Sin embargo, ¿es Ramiro un puntero que opera a partir de la maldad o del abuso de autoridad? A simple vista y por los relatos, creemos que no es tan así. Es cierto que se constituyó como una voz de mando y que las decisiones siempre pasan por él (nadie va a tomar una determinación si Ramiro no está informado y de acuerdo). También es cierto que —según los relatos— ha echado a hombres del barrio cuando su comportamiento no coincidía con lo esperado: por ejemplo, si continuamente estaban borrachos y piropeaban a las mujeres. Pero esta actitud no está tan marcada en su incipiente historia como puntero, sobre todo si lo comparamos con otro puntero del barrio (el que menciona Elena), quien hemos visto que expulsó a familias enteras y no entregaba tarjetas para retirar mercadería a quienes no lo apoyaban, además de amenazar a voluntarios/as de distintas organizaciones para que se retiraran del barrio, como fue el caso de TECHO. Entonces, si bien ambos pueden operar a través de lógicas coercitivas, no desempeñan el mismo rol en el barrio, ni llegan a las mismas personas, además de que, por lo antes mencionado, el puntero que habita cerca de la canchita ha perdido adeptos y prestigio, según pudo saberse en conversaciones informales. A lo mejor podemos pensar que el problema radica cuando los/as punteros/as no son democráticos, no tienen en cuenta las perspectivas de sus “seguidores/as” sino sólo sus intereses inmediatos.

Aquí hacemos una aclaración: para hablar de líderes barriales vinculados directamente a algún partido o gestión política y que concentren las características antes señaladas,

utilizaremos la palabra “punteros”, como manera de diferenciarlos/as de aquellos líderes de organizaciones sociales, a quienes llamaremos referentes. Por eso, hay que señalar que en el interior de los barrios no sólo se establecen relaciones clienterales sino que también hay otro tipo de organizaciones sociales.

3.2. El caso de TECHO

En este apartado es importante comentar que fuimos voluntarias de la asociación civil TECHO⁶² entre 2010 y 2013 como coordinadora de mesas de trabajo (un espacio de reunión vecinal) en el asentamiento de Ringuet y construimos viviendas de emergencia en dos oportunidades en este territorio (2009 y 2010). Durante aquellos años concurríamos al barrio cada sábado para planificar actividades entre las que se encontraron: el arreglo de la cancha de fútbol, la construcción de un salón comunitario, la organización de distintos eventos para recaudar fondos, la celebración de cumpleaños de los/as niños/as del barrio, entre otros. Esto quiere decir que, para muchos/as vecinos/as, éramos referentes de TECHO, a pesar de haber aclarado en cuantiasas oportunidades que hacía años que dejamos de pertenecer a tal organización. Por otra parte, el hecho de participar en la asamblea y vincularnos con voluntarios/as que conocíamos previamente hizo que se construyera una mirada que oscilaba entre integrar y no integrar TECHO, más allá de las aclaraciones hechas una y otra vez.

También vale la pena explicitar que existe una visión (entre muchas otras) sobre esta asociación civil que la ve como caridad, como paliativo de las clases altas porteñas que, de forma despolitizada, concurren al barrio para sentirse bien. Por eso, sorprende que Elena compare a TECHO con Montoneros.

El mejor ejemplo de ello es la nota “Un cheto para mi país”⁶³, publicada por la revista *Crisis* el 9 de noviembre de 2013, donde se habla de la existencia de “un caudal de chicos de entre 18 y 30 años, estudiantes de negocios en la UADE, de psicología en la

⁶² De acuerdo al sitio oficial, “TECHO es una organización presente en Latinoamérica y El Caribe que busca superar la situación de pobreza que viven miles de personas en los asentamientos informales, a través de la acción conjunta de sus pobladores y jóvenes voluntarios”, e intenta “construir una sociedad justa y sin pobreza, donde todas las personas tengan la oportunidad desarrollar sus capacidades, ejercer y gozar plenamente de sus derechos”. Se fomenta el desarrollo de las comunidades mediante “la construcción de viviendas de emergencia; la conformación de mesas participativas de las cuales se desprenden programas como capacitaciones en oficios, desarrollo de emprendedores (Microcréditos productivos), espacios de educación (Apoyo Escolar y Juegotecas para niños, Talleres para adolescentes) y proyectos de soluciones definitivas referidas al hábitat adecuado (regularización dominial, servicios básicos, infraestructura de ciudad y vivienda completa)”. Más información en: <http://www.techo.org/paises/argentina/techo/que-es-techo/>

⁶³ <http://www.revistacrisis.com.ar/notas/un-cheto-para-mi-pais>

upé, de ingeniería en el Salvador, todos bienintencionados y convencidos” que no son otra cosa que “chetos haciendo casas de mierda”. Gran parte de esta perspectiva se sustenta en los modos de financiación de TECHO que, según la nota, implica colectas, dinero aportado por socios/as, vueltos en supermercados, eventos como torneos de golf y galas con famosos/as, y a través de alianzas con empresas. Todo ello genera una idea despolitizada de TECHO pero, a pesar de no compartir muchas de las prácticas mencionadas porque implican un signo de opulencia y resultan contradictorias, podemos decir con seguridad que la discusión política, de modelo de país y de las causas estructurales de la pobreza existen, aunque a veces se trata de un debate endógeno. Y, por supuesto, la idea de voluntario/a muchas veces queda separada de la de militante, se la asocia con una militancia liviana, “light”. Sin embargo, si consideramos que la solidaridad es una práctica cotidiana, está entonces atravesada por la ideología y es política⁶⁴.

En concreto, lo que queremos decir con esto es que dado que para algunos/as habitantes del barrio la política esté deslegitimada, TECHO se vuelve un espacio que no genera tanta desconfianza, lo cual, desde nuestro punto de vista es problemático ya que consideramos que las políticas públicas deben orientarse a transformaciones sociales en pos de justicia social. Y para eso es clave la perspectiva de comunicación y cambio social.

Gracias a la asamblea y a las construcciones de casas, la mayoría de los/as entrevistados/as conocen a esta asociación civil, que según datos oficiales de la organización obtenidos a través de su Directora General de La Plata, Julia Tessari, edificó entre 2009 y 2010 veinticinco viviendas de emergencia.

A Josefa le construyeron su vivienda y pudimos participar de ese proceso. Esta misionera de 70 años y pelo colorado es madre soltera de tres hijos/as y habita en el barrio desde la década del ‘60. La entrevistamos el 3 de marzo de 2016. A lo largo de su vida trabajó limpiando casas y en comedores escolares. Con la reforma del sistema previsional argentino y la estatización de las Administradoras de Fondos de Jubilación y

⁶⁴ Claro que no todos/as los/as voluntarios/as de TECHO lo ven de esa manera ni comparten un mismo pensamiento político: por el contrario, es la diversidad política que caracteriza a la organización lo que hace que no se ubique a favor/en contra de un gobierno determinado, aunque hemos visto que desde que asumió Mauricio Macri han tenido proyectos en conjunto. De todas maneras, TECHO forma parte de HABITAR Argentina, un colectivo que participó en la elaboración de la Ley de Acceso Justo al Hábitat, que nunca recibió acompañamiento del PRO, y en cambio destacó la política de hábitat durante los gobiernos kirchneristas.

Pensión (AFJP)⁶⁵, pudo jubilarse (“me cambió la vida, sí, porque sabés que llega fin de mes y tenés una platita”, especificó) y, si bien al principio estaba conforme, al momento de nuestra charla comenta que necesita otro trabajo para poder mantenerse, pero no consigue. Para ella, “Un Techo para mi País⁶⁶ es nuevo”, ya que hace pocos años interviene en el barrio.

En ciertos casos llama la atención cómo algunos/as habitantes que trabajaron con esta asociación civil o a los/as que se les construyó una casa, no la mencionaron como una organización presente en el barrio. Tal es el caso de Juliana, a quien se le construyó la vivienda, y durante la entrevista señaló a TECHO en relación a la ayuda recibida durante las inundaciones y el día de la mudanza, pero no la nombró en tanto colectivo que intervenía el año que la entrevistamos: 2016. La participación de esta asociación en el barrio no ha sido clara, es decir, se tuvo en cuenta que se edificaron viviendas pero no se conocía qué otras actividades realizaban: había mesas de trabajo, cursos de oficios, espacios educativos para niños/as, etc.

Otro ejemplo es el caso de Elena, quien formó parte de cursos dictados en la Sede de TECHO para Educación y Trabajo:

-¿Y ahora qué organizaciones identificás que haya en el barrio trabajando?

Elena: ninguna.

-¿Y TECHO?

Elena: y TECHO sí, TECHO sí, no puedo decir nada. Por eso te preguntaba. Si TECHO veo que vienen.

Elena sabe con claridad que fuimos voluntarias de TECHO. En 2011 organizamos juntas –y por sugerencia de ella- el cumpleaños de los/as niños/as del barrio. Durante los preparativos consiguió guirnaldas para la decoración, se encargó de pedirle al

⁶⁵ “Tras un amplio debate en el Congreso, el gobierno nacional promulgaba el 10 de enero de 2008 la disolución del régimen de jubilación privada, junto a tres decretos reglamentarios para reacondicionar las estructuras del sistema de reparto. El experimento privatizador de la seguridad social había comenzado en julio de 1994, bajo el patrocinio del Banco Mundial y en sintonía con las recomendaciones del Consenso de Washington. La eliminación de aquel régimen, que acumuló doce años de fracaso y pérdida de capital para los trabajadores, implicó el traspaso a la Administración Nacional de Seguridad Social (Anses) de 98.224 millones de pesos que quedaban todavía en las arcas de estas administradoras privadas. También implicó la repatriación de 6835 millones de pesos que las AFJP mantenían invertidos en el exterior, básicamente en empresas extranjeras, como en Coca-Cola o Disney”. En: “Ni el tiro del final les salió a las AFJP”. *Página 12*. Publicado el 28 de marzo de 2013. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-216799-2013-03-28.html>

⁶⁶ La asociación civil nació como “Un Techo para mi País” y luego cambió de nombre a “TECHO”.

sacerdote del colegio la Anunciación manteles, vasos y platos, y de la convocatoria a los/as chicos/as y sus familiares. Ese día Elena fue muy feliz porque vio –porque vimos- una cantidad de vecinos/as en el salón comunal jamás vista y porque no olvida –no olvidamos- las sonrisas de todas esas personas.

Por eso, cobra sentido su respuesta ante la consulta de si TECHO va al barrio: sostiene que no puede “decir nada” –o sea, criticar -porque ve su trabajo. Por ende, ¿el sentido que Elena atribuye a las organizaciones actuales se vincula con la ausencia de participación, ya que cuando se le preguntó por organizaciones no nombró a la asociación civil que conoce y puede ver en el territorio? ¿A TECHO no la critica porque es visible y, por eso, no puede pensarla como organización? ¿Las organizaciones, entonces, son invisibles, no intervienen, no ayudan a los/as vecinos/as? ¿Es esa la idea que sustenta los dichos de esta mujer y, a lo mejor, de varios/as entrevistados/as?



Imagen de una construcción realizada en octubre de 2010 en el barrio. Fotografía de Celina Amar.

Por su parte, Ana afirmó que le gustaría que “los del TECHO” trabajen en el barrio nuevo y conocía a varios/as vecinos/as a los/as que les construyeron la casa. Alicia, en cambio, no sabía de esta asociación antes de las asambleas: “Ahí empecé a tener contacto con ellos, que nos aconsejaban para hacer cómo iba a ser la relocalización”, comenta. Horacio, por su parte, indicó que fue con la única organización social que colaboró:

“Con los únicos con los de Un Techo para Mi País sí, aporté, vinieron, trabajamos en conjunto cuando trajeron las casitas, al fondo creo que había cuatro que pusieron allá, fui a darles una mano. Pero no era política eso, pero también ayudaron bastante al barrio” - Horacio.

Como vemos, aquí emerge un sentido de política que, al parecer, se vincula únicamente a lo partidario - por eso afirma que es la única organización con la que colaboró, cuando en líneas anteriores notamos que también había participado junto a partidos políticos- y no en tanto intervenciones para incidir y transformar, de manera que el trabajo de una asociación civil no puede verse como político para este habitante de Ringuelet. En cambio, en esta tesis:

No se entiende aquí por política sólo la acción institucionalizada de los partidos. La dimensión política de la vida social, en un sentido antropológico, se refiere a la fijación contingente de lazos y estructuras de poder, de formas de categorización y de significación de jerarquías, que partiendo de interacciones diversas, micro y macrosociales, tienden a vincularse con las propias modalidades de organización social. En las sociedades contemporáneas (...) esos lazos, categorías, significados, pueden involucrar al Estado en alguno de sus niveles (Grimson en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 15).

Como sosteníamos en el primer capítulo: lo político se vincula a la arena de luchas y contradicciones, mientras que la política tiene más que ver con las instituciones y partidos.

Podríamos pensar que el aporte de Horacio con TECHO se hace desde la idea de vecino/a a secas, vaciada de política: “La *categoría vecino* (...) supone la superación -o al menos la suspensión- de las orientaciones políticas: ‘*acá todos somos vecinos*’, ‘*esto no es político*’, ‘*acá no hay partidos*’” (Segura, 2009: 73). Sin embargo, en esta tesis

entendemos el término nativo “vecino/a” como aquel desde el que se crea “un lazo afectivo y cognitivo entre quien investiga y aquellos que lo reciben en su cotidiano. El concepto sugiere un proceso de conciliación social y sociológica en el que las categorías exteriores (...) pierden poder explicativo frente a los términos locales” (Borges en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 300). Ser vecino/a implica además un modo de habitar un barrio. No obstante, sabemos que existen otros sentidos construidos en torno a esta categoría. Para Rodríguez Alzueta⁶⁷,

El vecino es una figura política sui generis, que viene a reemplazar al ciudadano. Si el ciudadano es la dimensión individual de una nación, el vecino es la partícula elemental de un barrio. La nación se comprime y embute en cada barrio. El barrio es la mejor trinchera para los vecinos, sobre todo cuando la sociabilidad de los vecinos se define a partir de las afinidades: comparten los mismos estilos de vida, tienen más o menos las mismas pautas de consumo, los mismos prejuicios, los mismos temores (Badenes en *La Pulseada*, 2017: s/p).

Algo de ello aparece en los relatos y la idea de vecino/a despolitizada se refuerza cuando el entrevistado sostiene que todo lo que emprende lo hace “fuera de lo político, no hago política”. Como se observa, Horacio deja en claro que desde su mirada su participación no es política, a pesar de que durante toda la entrevista destaca sus vínculos con el delegado municipal y su diálogo con funcionarios provinciales, a raíz de la relocalización y de que busca continuamente mejorar (transformar) el barrio en el que habita (por ejemplo, ni bien se mudó armó una cancha de fútbol para que jueguen los/as chicos/as). Al parecer, en el relato de este hombre perdura una idea propia del neoliberalismo en el que la política no está bien vista. Sin embargo, como vimos en párrafos anteriores, Horacio ha participado: por eso, emergen contradicciones, cercanías y alejamientos respecto de los partidos. Se podría pensar que ese distanciamiento de la política en las voces de Horacio y de otros/as vecinos/as a los/as que no les interesa participar en ninguna organización, se refiere a la negativa a las relaciones clientelares en algunos casos, a la precariedad de ciertas contrataciones de cooperativistas (por ejemplo, quienes formaban parte y con el cambio de gobierno fueron echados/as) y a la

⁶⁷ El autor habla en referencia a la seguridad/inseguridad, por lo que, no toda su perspectiva nos permite pensar los procesos que se viven en el barrio ya que en esta investigación el foco no se ubica en tal debate.

aceptación de un sentido común construido en torno a la política a secas, que en algunos casos continúa imperando y que tiene su mayor expresión en el “que se vayan todos”. La dictadura, el desencanto posterior y las políticas aplicadas durante la década del ‘90 dejaron huellas fuertes en la cultura (¿o las culturas?) de nuestro país que permitieron que, una vez pasado el apogeo de la privatización de los servicios y de la vida cotidiana, con una ampliación notable de las participaciones, organizaciones y tomas del espacio público tal como se manifestó en los años de gobiernos kirchneristas, aún tenga vigencia una idea de impugnación y desprecio político.

En el caso de Filomena, a quien entrevistamos en noviembre de 2015, antes de que se celebrase el balotaje presidencial⁶⁸, esto se refuerza por su militancia directa: “A mí me encantaba la política, la verdad me gustaba muchísimo”, explica la mujer, quien a los 19 años militó con Eduardo Duhalde y esa experiencia le generó desencanto: “No me gustaba que le mientan a los pobres, le usaban, y eso no me gustó de Duhalde”, sostiene, nuevamente destacando su posición de buena persona esta vez ante un político que considera deshonesto. Cuenta que lo conoció porque frecuentaba a una pareja en cuya casa Filomena trabajaba. Luego su “patrona” le consiguió un puesto con Duhalde hasta que le tocó repartir colchones para inundados/as y sus compañeros/as no quisieron darle a una familia, para de ese modo poder venderlos y repartirse el dinero entre ellos/as. La mujer se enojó y fue a hablar con él:

“Bueno entonces era toda la bronca traída encima con mis compañeros y fui y creí que iba a hacer un bien (...) Cuando entré se sorprendió (...) le digo: ‘Quería hablar con usted’. Me dice: ‘Pero tenía que haber pedido audiencia’. ‘¿Por qué? (...) Vengo a decirle una sola cosa. A mí me encanta trabajar, día y noche si es posible, pero le voy a avisar a usted que están robando las cosas’. ¿Sabés qué me contestó Duhalde? ‘Antes de venir a delatar a sus compañeros, ¿por qué no se calla la boca y hace lo mismo?’. Entonces ¿sabes qué le dije?: (...) ‘¿Usted quiere ser presidente? Yo no le voto y le diría a todos los perros que no le voten (...) ¿Qué clase de presidente vamos a tener? Ojalá nunca en mi vida lo vea de presidente porque le voy a escupir la cara’ (...) Di el portazo y salí”.

⁶⁸ En las elecciones de octubre de 2015, el candidato del Frente para la Victoria, Daniel Scioli, obtuvo el 37,08 % de los votos y no logró imponerse ante el candidato de Cambiemos, Mauricio Macri –ya que necesitaba sacar más del 45% o más del 40% con una ventaja de diez puntos - por lo que debió celebrarse una segunda vuelta de la que resultó ganador Macri.

Filomena dramatiza esta escena para explicar por qué no quiere saber nada con la política. Sin embargo, también agrega que militó para los partidos de izquierda y destaca que apoyaba al gobierno de Cristina Fernández de Kirchner: “Me gusta cómo trabaja y tiene agallas. Y me encantó porque sobrepasó, para mí, a todos los presidentes que tuvimos. Porque ellos eran hombres, ella es una mujer. Y nunca tuvimos una presidenta mujer (...) Y demostró que pudo y que hizo cosas”.

3.3. Los comedores del barrio

A mediados de 2016, las amigas de Blanca crearon un comedor en el barrio viejo, sobre calle 515 entre 2 y 2 bis, al que asistían más de diez niños/as de todas las edades. La idea surgió porque, como decíamos en líneas anteriores, este grupo de mujeres se quedó sin trabajo cuando cerraron la cooperativa: “Y bueno, ellas dijeron ‘vamos a hacer una copa para los chicos que por ahí están jugando, que se ve que andan por ahí, que juegan, para tipo tres, cuatro de la tarde’”, contó Blanca y afirmó que la invitaron a participar voluntariamente ya que no era un trabajo rentado. Ella aceptó porque le gustaba ayudar a los/as niños/as y explicó que iba a ir cuando podía, de lo contrario enviaría comida, como por ejemplo, churros.

La mercadería la compraban ellas mismas y esperaban conseguir donaciones, pero no lo lograron ni siquiera de parte de referentes barriales o de punteros/as, quienes afirmaban que no recibían: “Ahora como cambió el gobierno dice que le cortaron todo. Antes tenían para darle”, explica Blanca. Lo mismo sucedía con otro comedor del barrio nuevo (“Los chicos de la 14”): “No le están dando mercadería para hacer la comida. Y lo abren una vez por la semana cuando le dan”, puntualizó la entrevistada.

3.3.1. El comedor “Los chicos de la 14”

Entre las vías del tren y la autopista en el barrio viejo, funcionó durante cuatro años un comedor que fue creado por un grupo de mamás –aunque Ramiro sostiene que él lo abrió-, a quienes les habían prestado un galpón con la idea de hacer una copa de leche. Pero como cada una llevaba algún alimento, decidieron también dar la cena:

“Nosotros entrábamos a las cuatro, para las cinco y media ya estaba la copa, hacíamos tortas fritas o inventábamos cualquier cosa y bueno le dábamos y ellos tomaban ahí hasta las seis y media, siete, ponele porque se van ahí a un tobogán porque jugaban en el tobogán y cuando yo les decía ‘bueno chicos, ya está, a su

casa, mañana nos vemos', se iban. Bueno después hacíamos copa y comedor pero como era complicado porque la cocina es medio chica, no teníamos mucho lugar, mucho espacio y teníamos miedo que los chicos se lastimen porque somos cuatro. Entonces estamos la cocinera, que se encarga solamente de cocinar, y las ayudantas. Pero por ahí viste que los chicos en el tobogán se golpean y bueno entonces hacíamos un día comedor, un día copa, un día comedor, un día copa" – Antonia.

En algún momento adquirieron mercadería que Ramiro retiraba y el comedor creció: las donaciones las recibían "todas de gente, vecinos, un poco nos ayuda la muni [municipalidad]. Lo que pasa es que allá [en el antiguo barrio] teníamos cincuenta y cinco, pero siempre iban cuarenta pibes, treinta y cinco, iban a tomar la leche, aparte siempre venía alguien que les enseñaba", explicó el puntero de esa parte del asentamiento. Además, tuvieron un padrino que les daba dinero y el delegado anterior les brindaba leche y pan dulce. También hacían rifas para recaudar fondos con el fin de comprar los insumos necesarios: "Hay tantos chicos, hay treinta, y bueno hay que juntar para los treinta, (...) no vas a juntar para diez y los otros van a mirar. Y no, hay que hacer un esfuerzo más y lo juntabas. Ibas, sacabas de cualquier lado y los chicos comían", relató Horacio.

El comedor era importante porque implicaba "una recreación que ellos [los nenes y nenas] tenían sin su papá, sin nada, se divertían y bueno compartían lo que había y se habían adaptado", comenta la encargada del lugar, Antonia. Esta mujer habita en Ringuelet desde hace 14 años ya que se mudó de Quilmes porque "había mucha vagancia, mucha droga".

Antonia es de estatura baja y tiene unos ojos verdes muy grandes, con los que vigila constantemente lo que están haciendo sus hijos/as y nietos/as mientras conversamos en su casa definitiva. Por momentos, le cuesta hablar, su labio comienza a temblar y tartamudea. En esos instantes, su hija Estefanía completa lo que dice su madre, para que no se sienta incómoda y porque al parecer la joven se pone ansiosa, se impacienta. Pero luego se relaja y Antonia continúa hablando con naturalidad.

Está casada con Horacio y tiene siete hijos/as. Ni bien llegaron al barrio, alquilaron un chalet y después le compraron a uno de sus hermanos su casa detrás de las vías del tren, en donde "nos quedamos ahí hasta que nos sacaron", explica en relación a la relocalización.

Sobre el comedor, las dos mujeres cuentan que fueron los/as niños/as quienes, a través de una votación, decidieron el nombre: “Los chicos de la 14”, en referencia a la calle 514 donde se asentaba este lugar: así, queda claro cómo el espacio contribuye en la definición de quiénes somos.

“A veces hacemos eventos, todo, cada dos meses, cada vez que puedo hago un evento, traemos un pelotero, todo, que puedo sacar de la muni, que me prestan (...) está todo muy bueno”, comenta Ramiro. Ese “puedo sacar de la muni”, en referencia a los recursos que le brindaba el gobierno local, da cuenta de cómo es posible reconocer esas contribuciones “como un medio de vida entre otros y asumir el bricolage de recursos como una táctica de la astucia cotidiana de ‘vivir en los márgenes’”⁶⁹ (Ferraudi Curto en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 174). Además, siguiendo a Frederic podemos decir que recibir productos y servicios por parte del Estado constituye un reconocimiento hacia los/as vecinos/as: “Reciben dos clases de cosas, mercancía e identidades públicamente reconocidas. Esta última ofrenda incluye el hecho de que a través del reconocimiento (...) por el Estado, ellos consiguen la inscripción del barrio en él, es decir la estatalización del barrio, más que su control del territorio” (Frederic en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 259).

También utilizaban el salón del comedor para festejar casamientos y cumpleaños, como por ejemplo, los 15 de Estefanía, porque cuando armaron el espacio asociaron a los/as vecinos/as y entonces podían usarlo: “Vos le anotabas la casa tanto ya pagó su cuota y es un bien tanto para ellos como para las criaturas porque si no tenés para hacer un cumpleaños acá que llueve, lo podés hacer en el comedor tranquilamente”, señala Antonia y Estefanía agrega que “cuando lo decorás queda maravilloso”.

La joven recuerda que festejaron el cumpleaños de un chico sordomudo y tuvieron que aprender lenguaje de señas. Antonia aclara que una vez por mes hacían la celebración para todos/as los/as niños/as que habían cumplido años:

“Hacíamos torta grande, decorábamos con cualquier cosita, una bolsita para los cumpleaños, que se me armó el bondi porque querían todos y yo les decía: ‘No chicos, cuando sea tu cumpleaños vos vas a retirar tu bolsita, este es el regalo del comedor, que es poquito, pero bueno’, se les da a los chicos y quedan contentos.

⁶⁹ La autora hace referencia a un plan en el marco de una organización piquetera, pero retomamos la cita ya que permite analizar las prácticas estudiadas.

Le hacés una figura, le poníamos el nombre en la torta con su velita a cada uno y ellos feliz, chochos de la vida” – Antonia.

A pesar de que realizaban este festejo, jamás lo organizaron junto a Elena quien, como ya manifestamos, lo emprendió en una sola oportunidad. Así, se nota con claridad cómo las vías constituían una frontera difícil de traspasar.

Cuando la entrevistamos en 2016 junto a su mamá, en la casa definitiva y en medio de los gritos de todos/as sus hermanos/as pequeños/as y sobrinos/as, Estefanía tenía 17 años, todavía iba a la escuela secundaria n° 14 Carlos N. Vergara –un año después estudiaba en la Facultad de Trabajo Social de la UNLP, luego abandonó y pensaba cambiarse a Economía- y hacía unos meses había sido mamá. Era una joven morocha y sonriente, a la que se le notaba que formar parte del comedor la transformó ya que decía que antes era egoísta: “Pero era como ‘vos no, vos sí’, ‘vos porque te vestís así no’. Y me di cuenta que en el comedor son todos... Lo que pasa es que nunca me faltó nada, ¿entendés? Y a estos chicos sí les falta, entonces vos los ves como muy sucios, humildes y los querés ayudar, así que... Yo sí cambié”.

Estefanía conoció a su novio en el último festejo del Día del Niño, que se realizó en 2015⁷⁰ y todos/as los/as chicos/as se llevaron un juguete de regalo. Estefanía cuenta que en algunas oportunidades invitaron a familias de comedores de otros barrios, como El Mercadito y El Churrasco⁷¹. El dinero necesario lo recaudaban ellos/as mismos/as: “Todas cooperativas que trabajaban se compraban rifas, el que quería colaborar con cien [pesos], colaboraba con cien, hacíamos cosas, rifas y con esto todo se juntaba”, aclara Antonia. Además, el delegado les donaba mil pesos y las mujeres se trasladaban hasta el barrio de Once (en Capital Federal) a comprar:

“Íbamos una semana a sacar precios y la otra ya comprábamos. Comparábamos las casas de los precios. En una casa te conviene comprar autitos, pero en la otra barbies entonces así comprás, en otra pelotas. Y traías cosas diferentes. Y ahí calculabas, en una bolsa ponías pelotas para tal edad, la otra todo para tal edad y así” – Estefanía.

⁷⁰ En 2017 se volvió a festejar pero con el impulso de actores externos.

⁷¹ “El Mercadito” es un barrio conocido por sus hechos de violencia que se asienta al costado del Mercado Regional de La Plata, es decir, a metros del barrio relocalizado. Por su parte, “El Churrasco” está ubicado en la localidad de Tolosa, próxima a Ringuelet.

En la última celebración, solicitaron a las madres que colaboren, si podían, con un bizcochuelo, una pastafrola u otro plato dulce. También hacían una fiesta de fin de año, que “era comerte todo, te llevás tu golosina (...) Pero tenía pelotero, todo”, afirma Antonia.

La encargada explica que le encanta participar: “Y bueno, me gusta renegar con los chicos. Si yo le pudiera dar más a los chicos, se los daría más. Si yo les pudiera dar todos los días un plato de comida, les daría todos los días un plato de comida”, añade. Tal como lo había mencionado Blanca, desde el cambio de gobierno este comedor funcionaba intermitentemente: algunos fines de semana daban la merienda, mientras que otros días permanecía cerrado porque no contaban con mercadería.

Por último, queremos hacer mención al hecho de que notamos que hay, en términos de liderazgo, una hegemonía masculina encabezada por Ramiro en los lugares de mayor visibilidad y poder, mientras que el sostén es llevado a cabo por mujeres, ya sea en los comedores, en la cooperativa o, incluso, en algunas instancias del proceso de relocalización en general. Por otra parte, reconocemos que el comedor constituye una práctica para el cambio social, donde sus protagonistas aprenden, son capaces de transformar el lugar y de transformarse a sí mismas, mientras intentan que el territorio que habitan sea más justo al posibilitar que los/as niños/as se alimenten, aprendan y al jugar con ellos/as.



El comedor del barrio nuevo. Imagen tomada el 27 de julio de 2017.

4. Sentidos sobre las participaciones y organizaciones

En los apartados anteriores aparecieron organizaciones de diversa índole: político-partidarias, de la sociedad civil, religiosas, barriales, sumado a aquellas fomentadas directamente por el Estado, como es el caso de las cooperativas. Es decir que se trata de un territorio “con una historia propia, en donde se entrecruzan diferentes identidades políticas, étnicas, sociales, que conviven en un mismo espacio. Los habitantes (...) constituyen lazos entre sí, dando lugar al surgimiento de diferentes organizaciones, que representan un universo heterogéneo con distintas características a lo largo del tiempo” (Forni, Castronuovo y Nardone, 2013: 195, sobre su propia investigación con otro referente empírico).

Notamos que no hay un único sentido sobre qué significa organizarse y participar. En algunos casos, en especial para los/as vecinos/as que viven entre 1 y 3, pareciera que la participación no está bien vista ya que se asocia a la vagancia y al clientelismo.

Luego, aparecen dos concepciones opuestas sobre participar: por un lado -y de la mano con lo anterior vinculado al desencanto político-partidario-, en el relato de Elena pareciera que trabajar hoy en el territorio de manera colectiva no es un ejemplo de organización, pues ésta se definiría por su ausencia de intervención barrial, por el no hacer algo concreto, mientras que la visibilidad de la participación sería algo distinto a una organización. Por eso, TECHO no se constituye como tal porque “veo que vienen”, dice la entrevistada. Como sostienen García Delgado y De Piero (en Ikei y otros, 2003: 49) sobre las organizaciones de la sociedad civil: “Representan parte de las llamadas nuevas formas de hacer política, donde se valora la partición menos estructurada; la acción política directa, las organizaciones más flexibles y el trabajo ‘concreto’”. Podríamos decir entonces que se asocia a la organización político-partidaria a una práctica política de promesas incumplidas, abandono y corrupción, mientras que la organización vinculada a la participación/acción directa, a la autogestión, a una forma de resistencia en un contexto de crisis, no es nombrada como organización. Y eso vale tanto para una asociación civil como para un partido político con militancia territorial.

En otros testimonios se afirma lo inverso: las organizaciones son las que tienen presencia diaria en el barrio, como es el caso de los comedores y TECHO. Por lo tanto, emergen en los relatos por lo menos dos sentidos opuestos: la organización es invisible y no hace nada perceptible *versus* la organización es aquella en la que tienen protagonismo los/as habitantes e incidencia cotidiana.

Podemos pensar que algunos procesos históricos han dado lugar a estas concepciones. El repliegue barrial –que no tiene por qué significar estar juntos/as, soportar/sobrellevar la crisis acompañados/as- suscitado a partir de la dictadura, primero, y luego de las políticas neoliberales implementadas en los años '90, puede haber tanto minado los procesos colectivos conducidos por sujetos político-partidarios como fortalecido los procesos colectivos en el barrio encabezados por sus mismos/as habitantes, ya que el descreimiento hacia los partidos políticos fue –y en algunos casos, continúa siendo- muy fuerte. Eso puede generar las dos perspectivas: por un lado, (1) si un grupo hace algo en el barrio, no es organización porque las organizaciones son las que, como muchos/as punteros/as y candidatos/as políticos/as, prometen y no cumplen, no mejoran la calidad de vida ni la situación habitacional. O también las organizaciones son

aquellas que están directamente vinculadas a la política, palabra mal vista por muchos/as sujetos como *pesada herencia neoliberal*; (2) por el otro y en sentido contrario, las organizaciones son las que surgen al calor del territorio, las que están integradas por sus vecinos/as que, ante la falta de respuestas estatales, tuvieron que organizarse para intervenir en problemáticas como el hambre.

Una de nuestras entrevistadas conjuga las dos visiones: cuando Elena habla de Montoneros destaca su presencia en el barrio durante la última dictadura, su hacer, su participar (al igual que los militares que, si bien no entendía qué realizaban, los veía), pero cuando tiene que mencionar organizaciones actuales se queda en silencio: los ejemplos de lo que –desde nuestra concepción en tanto investigadora– serían organizaciones, ella los ve como otra cosa, al punto de sugerir que si alguien hace algo palpable (dar ropa, realizar actividades con niños/as) o si va al barrio de forma periódica no es organización y, por ende, no puede criticar. Entonces, para esta mujer intervenir en el territorio hoy no es organizarse. Antes sí, pues a Montoneros –que intervino casi cuarenta años atrás– lo identifica del tal modo. ¿Qué es una organización para la entrevistada? ¿Es aquella que está mediada por la política y, entonces, desde su mirada escéptica hacia tal aspecto, lo que define a una participación es que sea cuestionable, criticable?

Si bien hay un malestar hacia la política, notamos que en las mismas entrevistas y/o en conversaciones informales también aparece una clara conciencia de los propios derechos, que es política, y una identificación con el peronismo⁷². Y, en otros casos, pareciera que ante la construcción de una mirada incrustada en el sentido común que afirma que todo lo que venga de la mano de la política es malo, los/as vecinos/as tienen que aclarar que nada de lo que hacen es político, aún cuando ellos/as mismos/as reconocen participar con gusto en partidos, como es el caso de Horacio.

La pregunta acerca de qué organizaciones sociales tienen presencia en el barrio ha sido difícil para los/as entrevistados/as. “Ello no se debe a que no exista una respuesta precisa, sino más bien a la extrañeza de la pregunta. Es una pregunta que no cabe en sus horizontes culturales: ¿quién se preguntaría algo así?”, sugiere Saraví (2015: 162) en uno de sus trabajos sobre el uso de transporte público de parte de los/as jóvenes de la “ciudad exclusiva”. En nuestro caso, ha sido necesario preguntar y repreguntar y sospechamos que nuestra explicitación de lo que entendemos por organización –algún

⁷² Por ejemplo, los/as habitantes de Ciudad Oculta y Ana, Elena y Filomena lo dicen explícitamente.

grupo que participa en el barrio con un objetivo y de manera colectiva y sostenida en el tiempo- es lo que ha permitido que los/as habitantes generen respuestas tendientes a satisfacer tal interrogante. Es precisamente gracias a ello que hemos podido realizar esta sistematización.

Vimos que para algunos/as vecinos/as del asentamiento participar equivale a un conflicto, que puede ser violento y en contraposición a la participación se prefiere acudir al poder judicial; participar implica pedir ayuda y, por lo tanto, ser pobre (el sujeto de socorro es el que carece); participar es formar parte de una práctica clientelista (querer todo regalado, ser vago/a). Así se construyen pares opuestos entre vagancia/trabajo y la política/lo político; sumado a los binomios socio-espaciales delante/detrás, adentro/afuera –de los que hablaremos en el próximo capítulo- que inciden en los modos de participación y de organización.

Nos preguntamos otra vez: ¿por qué está mal vista la participación? De ninguna manera podemos decir que no existen instancias cotidianas de organización y participación –por ejemplo, cuidar a los/as niños/as, ir a buscarlos/as a la escuela, organizar una comida entre familias, vigilar la casa de un/a vecino/a cuando no está- pero se teme o, al menos, se evitan las instancias de participación colectiva. Si a dieciséis años de la crisis del 2001, del clímax del neoliberalismo, si luego de doce años en el que miles y miles tomaron las calles y disfrutaron de estar en ellas, aún sobreviven las consecuencias de un modelo de país individualista, mercadocentrista y excluyente, debemos más que nunca “reciclar los conceptos de solidaridad y de justicia, y por supuesto, de mayor equidad” (Bleichmar, 2002: 79). Reguillo (2007) plantea que la biopolítica busca descolectivizar, que cada individuo esté su lugar. Se evita el peligro de un encuentro porque eso puede generar el sentimiento de pertenecer a un colectivo y la posibilidad de cuestionar a los poderes. Entonces, ¿por qué es tan difícil salir de esa lógica en el interior del barrio? ¿Por qué participar es igual a ser vago/a, a querer todo regalado? Saintout (2013: 13) menciona que “las consecuencias de un modelo neoliberal que se había forzado con el terror primero, y con la hambruna de las mayorías luego, habían construido una cultura de la inviabilidad de los proyectos comunes de transformación para toda la sociedad (...) El Estado, la nación, la política, los derechos, eran de otros”. Y pareciera que, en nuestros/as entrevistados/as, aún pervive el daño, las heridas producidas por el modelo citado, que son colectivas e históricas pero que también se viven subjetivamente.

Se privatizó la vida cotidiana y ahora cuesta colectivizarla. Y participar, organizarse, también es un riesgo porque implica habitar otros espacios (y espacios que han pertenecido a otros/as, como las instituciones estatales, por ejemplo), vincularse con personas que no siempre son afines. Por eso, se destacan las posibilidades que forja la relocalización a nivel organizativo, debido a que vinculó a vecinos y vecinas que a lo mejor no se conocían o no habían actuado colaborativamente con un objetivo, ya que permitió que los/as habitantes salieran del barrio no sólo a trabajar, sino a reclamar o a articular con el Estado, como veremos en el próximo capítulo, y con esto decimos que no caben dudas de que “el otro está inscripto en nosotros, y esto es inevitable” (Bleichmar, 2002: 56).

Pero también participar es –sobre todo para los/as habitantes de Ciudad Oculta- estar juntos/as, conformarse en tanto comunidad para intervenir de modo directo en el barrio, ser parte de un proyecto colectivo. Participar implica ponerse de acuerdo, actuar colectivamente, compartir la mirada sobre los problemas, resolver, armar proyectos (un comedor, una cancha de fútbol, festejos). Y para financiarse es legítimo recurrir tanto a la creatividad y esfuerzo barrial (comparar precios, utilizar los recursos que se tienen a mano, organizar rifas, etc) como al Estado: si el gobierno municipal o provincial tiene dinero u otros recursos que ofrecer, hay que tomarlos porque es bueno para el barrio, para los/as chicos/as, para los/as adultos.

Así, vemos que conviven dos grandes miradas: una que podríamos calificar como escéptica, desconfiada de las formas de organización colectiva sobre todo si el Estado media; y otra más romántica o positiva, en la que se ve con optimismo –pero no con ingenuidad- los vínculos con la política y lo político para la organización comunitaria.

Por último, queremos destacar que en este recorrido observamos numerosas prácticas para el cambio social, muchas de las cuales surgieron al interior del barrio (por ejemplo, los comedores) y otras, en cambio, motivadas por actores externos (como los espacios de TECHO).

5. Bibliografía

- Alonso, Mariel, Boland y Castilla, María Jimena, Butto, Ana, Dolce, Mariela Vanina, Portos, Juan Manuel y Rivas, Daniel. “Construcción de memorias sobre la última dictadura militar. El caso del barrio de Floresta”. En: *ACTAS DEL II SEMINARIO INTERNACIONAL POLÍTICAS DE LA MEMORIA: “Vivir en dictadura. La vida de los argentinos entre 1976 y 1983”*. Buenos Aires, 5, 6 y 7

de octubre de 2009 Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti / Archivo Nacional de la Memoria / Secretaría de Derechos Humanos de la Nación. Disponible en: http://conti.derhuman.jus.gov.ar/pdf/seminario2-09/Actas_II_Seminario_Internacional_Politicas_de_la_Memoria.pdf Consultado en marzo de 2017.

- Auyero, Javier. “Clientelismo político en Argentina: doble vida y negación colectiva”. En *Perfiles Latinoamericanos*. Junio, número 020. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Distrito Federal México. 2002.
- Auyero, Javier. *La política de los pobres*. Manantial, Buenos Aires, 2001.
- Badenes, Daniel. “La vecinocracia desautoriza la democracia”. Entrevista a Esteban Rodríguez Alzueta. En Revista *La Pulseada*. 2017. Disponible en: <http://www.lapulseada.com.ar/site/?p=11310>
- Bayón, María Cristina. “Las representaciones de la pobreza y la construcción de la otredad”. En: *La integración excluyente*. México: Bonilla Artigas. IIS-UNAM. 2015.
- Bernat, María Sofía, Taboada, Mirta y Ramírez de Castilla, Pilar. “Nosotros lo contamos: Taller de cine Diego Rodríguez. Una intervención para el cambio social”. Ponencia presentada en el *V JUMIC: Jóvenes y empoderamientos: desafíos en tiempo de reconfiguraciones de los Estados latinoamericanos*, realizado los días 16 y 17 de agosto de 2016 en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.
- Bialakowsky, Alberto y otros. “Núcleos urbanos segregados. Procesos de exclusión – Extinción social y prácticas institucionales” en Borthagaray, Juan Manuel; Igalzabal de Nistal, María Adela.; Wainstein-Krasuk, Olga. *Hacia la gestión de un hábitat sostenible*. Editorial Nobuko. Buenos Aires. Argentina. 2005. Disponible en: https://books.google.com.ar/books?id=r2foDn6_9nMC&pg=PA84&lpg=PA84&dq=dictadura+%2B+militares+%2B+barrio&source=bl&ots=O09RJUp8ry&sig=slNI5mmkezflCZ-6D1QNZdXHu7Q&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwjUqOO8ytjSAhWKjJAKHV07BBkQ6AEITzAM#v=onepage&q=dictadura%20%2B%20militares%20%2B%20barrio&f=false Consultado en marzo de 2017.

- Bianco Dubini, Germán. *Trabajo Social y autonomía cultural comunitaria. La experiencia del método-proyecto Orígenes e influencias en Nuestra América Latina*. Espacio Editorial. Buenos Aires, 2008.
- Bleichmar, Silvia. *Dolor País*. Libros del Zorzal. Argentina, 2002.
- Carballada, Alfredo. “Contexto socio-económico y político en la Argentina en el marco de la cuestión social y la integración regional. La intervención en lo social y las nuevas formas del padecimiento”. *Revista Escenarios*. 2004.
- Clemente, Adriana y otros. *Políticas sociales de desarrollo y ciudadanía. Reflexiones desde el sur latinoamericano*. Ministerio de Desarrollo Social. Argentina, 2007.
- Diéguez, Alberto José. *La intervención comunitaria. Experiencias y reflexiones*. Espacio Editorial. Argentina, 2000.
- Durán Bravo, Patricia y otros. “La comunicación estratégica y la sociedad civil”. En *Revista Razón y Palabra* n° 79. Mayo de 2012.
- Forni, Pablo, Castronuovo, Luciana y Nardone, Mariana. “Ni piqueteros ni punteros. Procesos de organización comunitaria durante el kirchnerismo. El caso de la urbanización de Villa Palito, La Matanza”. En *POSTData* 18, N°2, Octubre/2013.
- García Delgado, Daniel y De Piero, Sergio “Los cambios recientes en la Soc Argentina y el Rol de las OSC”. Publicado en Ikei, Lidia Verónica y otros. *Acerca de la Constitución del Tercer Sector en la Argentina. Las actividades de las Organizaciones de la Sociedad Civil inscriptas en el CENOC*. CENOC. Argentina, 2003.
- Gómez De Souza, Luis A. y Ribeiro, Lucía. *Participación de la juventud en el proceso de desarrollo: un estudio de caso en Panamá*. Editorial de la Unesco. París, 1975.
- Grimson, Alejandro, Ferraudi Curto, María Cecilia y Segura, Ramiro. *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo Libros. 2009.
 - Ferraudi Curto, María Cecilia. “Hoy a las 2, Cabildo: etnografía de una organización piquetera”
 - Frederic, Sabina. “Trabajo barrial, reconocimiento y desigualdad en Lomas de Zaroma, 1990-2005”.

- Grimson, Alejandro. “Articulaciones cambiantes de clase y etnicidad: una villa miseria de Buenos Aires”.
- Grimson, Alejandro. “Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires”.
- Ikei, Lidia Verónica y otros. *Acerca de la Constitución del Tercer Sector en la Argentina. Las actividades de las Organizaciones de la Sociedad Civil inscriptas en el CENOC*. CENOC. Argentina, 2003.
 - McKEE, Neill. “Crítica de la participación comunitaria”. En *Lecciones para comunicadores*. Penang, Malasia, Southbound, 1992. Reproducción autorizada en Gumucio Dagron, Alfonso y Tufte, Thomas (comp.). *Antología de comunicación para el cambio social. Lecturas históricas y contemporáneas*. Plural editores. Bolivia, 2008.
 - Reguillo, Rossana. *Emergencia de culturas juveniles: estrategias del desencanto*. Grupo editorial Isabel. Buenos Aires, 2007.
 - Roberts, Bryan. “La Institucionalización de la pobreza”, en Saraví, Gonzalo (ed.) *De la Pobreza a la Exclusión. Continuidades y Rupturas de la Cuestión Social en América Latina*. Prometeo. Buenos Aires, 2006.
 - Saintout, Florencia. *Los jóvenes en la Argentina. Desde una epistemología de la esperanza*. Universidad Nacional de Quilmes. Bernal, 2013.
 - Saraví, Gonzalo. “Las ciudades de los jóvenes”. En: *Juventudes Fragmentadas: Socialización, Clase y Cultura en la Construcción de la Desigualdad*. FLACSO. México, 2015.
 - Scatolini, Luciano. *Hábitat. Hacia un nuevo paradigma urbano*. Honorable Cámara de Diputados de la Nación. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales (UNLP). Buenos Aires, 2014.
 - Schutz, Alfred. Capítulo IV “El forastero. Ensayo de psicología social”. En *Estudios sobre teoría social*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1999.
 - Segura, Ramiro. “Paisajes del miedo en la ciudad. Miedo y ciudadanía en el espacio urbano de la ciudad de La Plata”. En *CUADERNO URBANO. Espacio, Cultura, Sociedad* - VOL. 8 - N° 8 (Octubre 2009) pp. 59 - 91. ISSN 1666-6186. Resistencia. Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-36552009000100003

- Vargas, Teresita y Zapata, Natalia. *Enredando prácticas. Comunicación desde las organizaciones sociales*. Editorial San Pablo, Buenos Aires, septiembre de 2010.
- Yeung, Yue-man y otros. *Participación Comunitaria en la Prestación de Servicios Urbanos en Asia*. Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo. Canadá, 1989.

CAPÍTULO VI

La relocalización y la emergencia de
modos de organización

El proyecto de relocalización motivó formas de organización que, entre algunos/as vecinos/as, implicó una experiencia emergente, nueva, o al menos desconocida hasta ese momento, mientras que para otros/as fue una instancia de fortalecimiento de prácticas previas de organización. En el presente capítulo⁷³ describiremos y analizaremos aquellos modos suscitados en este proceso, previo a la mudanza, diferenciando los casos antes mencionados, ya que entendemos que las formas de organización también dan cuenta de modos de habitar un territorio.

1. Fronteras

Podemos afirmar que los modos de participación y organización en el barrio son heterogéneos, no hay una única manera emprendida por los/as vecinos/as o percibida por ellos/as de intervenir, sino que la participación se efectúa a partir de grupos reducidos, según la zona, el lazo familiar, la residencia, el país de origen, las edades, etc., cuestiones que no son estáticas, sino que pueden ir modificándose. Ello también se percibe en los diálogos, negociaciones o reclamos al Estado de los grupos previo a la mudanza, tal como veremos en los siguientes apartados.

Decimos que la participación y organización difieren según el espacio donde se vive, no porque éste determine lo social, sino porque allí coinciden una serie de cualidades o rasgos identitarios –que son móviles– compartidos por los sujetos. Lo anterior nos permite entender cómo son las lógicas de participación y organización a partir de juntarse con lo que se considera la mismidad y separarse de lo diferente, la otredad. Esto se debe a que consideramos que los modos de organización son importantes porque tienen que ver con lógicas de encuentro y allí se pone en juego un nosotros/as-ellos/as.

De esta manera, siguiendo a Segura (2009), sostenemos que existen diferentes operaciones en las formas de habitar y simbolizar un territorio: hay modos de diferenciación de los/as otros/as, a través de la marcación de umbrales y límites (exterior, interior, adentro, afuera, nosotros/as, otros/as) y también formas que apuntan a un sentido contrario, es decir, que tienden puentes. En nuestro caso, vemos que el barrio no es uniforme, sino que hay diferencias en su interior.

⁷³ Una parte de este capítulo será presentado en The New School (Nueva York) en el marco de la Beca Presidente Néstor Kirchner, la cual forma parte de las becas internacionales de la Universidad Nacional de San Martín y de las actividades de colaboración internacional de The New School para apoyar la formación y promoción de jóvenes líderes en América Latina y el Caribe con interés académico y vocación de servicio público.

Para analizar la relocalización, observamos cómo lo anterior se manifiesta en el territorio: desde avenida 7, notamos que adelante está la zona de la canchita, que hasta el momento no está directamente involucrada en la reubicación ya que aún no se llegó a ese tramo; luego la zona de 3 a 5; tras pasar un “puente”, encontramos a los/as habitantes de 1 a 3; por último, al cruzar las vías se halla la zona conocida como Ciudad Oculta.

Nos centraremos en los dos últimos grupos ya que fueron los primeros en mudarse y percibimos que dentro del barrio hay una reproducción de los estigmas y de las diferencias que en ocasiones pesan entre el asentamiento y el resto de la ciudad (Segura, 2009). Ello se nota claramente en la relocalización ya que los/as vecinos/as de 1 a 3 no quieren estar cerca de quienes viven detrás de las vías debido a que se dedican al cartoneo⁷⁴: es decir que, como sostienen Bonaldi y Del Cueto (en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 114) en su propia indagación en otro territorio, “sus habitantes toman muy en serio las delimitaciones espaciales y las relaciones de pertenencia, pues ellas condicionan fuertemente sus desplazamientos por la zona”.

Entendemos que los/as diversos actores que habitan un barrio participan en la construcción de estos límites que, si bien en este caso tienen un sustento material –las vías–, son construcciones socio-culturales y simbólicas, con incidencia en la vida cotidiana (Grimson en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009). Y queda claro que cada grupo –“los del fondo”, como muchos/as habitantes los/as llaman, y los/as de 1 a 3– habita y circula por espacios concretos: “Los límites, tengan una traducción espacial o no, remiten a relaciones sociales, a los modos como las personas se clasifican e imaginan entre sí y a las formas en que se relacionan en virtud de tales clasificaciones e imaginarios” (Segura en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 55). Es decir que estas oposiciones, como delante-detrás, se reproducen en las prácticas –entre ellas, en las de participación y organización– y en las maneras de nombrar al territorio y se constituyen como categorías “que simbolizan las posiciones de cada uno de los actores en el espacio social, vinculan tales posiciones a dimensiones morales y organizan las relaciones entre los actores en clave de nosotros-otros” (ibid).

A su vez, se produce una cercanía entre aquellos/as habitantes que se sienten iguales o, al menos, parecidos/as, que pertenecen a un grupo socioeconómico similar, comparten trabajo, nacionalidad, vínculos familiares, entre otras características, y ello se observa

⁷⁴ En el próximo capítulo veremos cómo esta práctica incide en la reubicación del barrio.

en cada grupo de vecinos/as que hemos señalado. Aunque por supuesto las fronteras no son tajantes, también hay cruces, negociaciones, etc, pero como afirma Segura, traspasar un límite no implica abolirlo. Para este autor aquellos límites territoriales y simbólicos dan lugar a que se produzcan socializaciones en espacios que pueden ser considerados homogéneos desde una perspectiva socioeconómica y ello también profundiza los límites que le dieron origen.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que el espacio es una expresión y, a su vez, expresa las posiciones sociales de los actores, que son desiguales, y las relaciones de poder. De acuerdo al investigador mencionado, tales posiciones son incorporadas y naturalizadas por los sujetos en la cotidianidad del barrio, cuya vida “está inundada de evaluaciones acerca del prójimo/lo próximo” (Diez en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009:97).

En los siguientes apartados veremos las formas en que esas fronteras han incidido en la reubicación. Es decir que resulta fundamental pensar los modos en que las inscripciones territoriales de los/as sujetos conforman un proceso simbólico de pertenencia o lejanía y ello incide (no de manera determinante) en cómo participan y se organizan en la relocalización. Vale aclarar que ello se vio reforzado porque el Estado dividió al barrio en segmentos para llevar a cabo este proceso: por un lado, detrás de las vías y, por el otro, de 1 a 3.

2. Las asambleas

Como decíamos en capítulos anteriores, las asambleas por la relocalización del barrio comenzaron en marzo de 2014 en el Club Dardo Rocha, un espacio ubicado a pocas cuadras del asentamiento. Según los testimonios de vecinos/as, estos encuentros eran convocados por el gobierno provincial y asistían numerosos/as habitantes de distintas zonas del barrio. Asimismo, participaban voluntarios/as de la asociación civil TECHO, que venían trabajando en Ringuelet desde 2009, referentes del Movimiento Evita, abogados/as y estudiantes de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales (UNLP). Los coordinadores del taller de cine “Diego Rodríguez” filmaron algunas reuniones⁷⁵.

Además de los encuentros generales, se había formado una comisión directiva integrada por vecinos/as que se reunía un rato antes o días posteriores a la asamblea, ya sea para

⁷⁵ Luego todo el equipo realizó una producción audiovisual sobre la relocalización y utilizaron parte de esas imágenes. Para ver el video “Barrio de ilusiones”, dirigirse al siguiente enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=zliHHTsl-9A>

hacer una evaluación de tal encuentro o para pensar posibles estrategias: una herramienta muy utilizada por los/as habitantes fue el envío de notas a diferentes ministerios provinciales solicitando información, reuniones, entre otras. “Se hacían las asambleas intermedias, solamente con los representantes directivos y cuando había más información que dar se volvía a hacer con todo el barrio”, explica una ex integrante de TECHO.

Queremos destacar que las asambleas eran coordinadas generalmente por Marianela, la referente del Movimiento Evita. Sin su presencia, no se daba inicio. Ella tomaba la palabra, realizaba una síntesis, comentaba si había o no avances, proponía estrategias y los/as demás integrantes hacían comentarios cuando se sentían interpelados/as para hablar. En un encuentro, una vecina se quejó por la poca anticipación con que avisaron que iban a reunirse, es decir, parecía que la fecha y lugar no fueron producto de una decisión colectiva. Pero si Marianela los/as convocaba, ellos/as participaban. Si la referente del Movimiento Evita o un/a voluntario/a de TECHO no planteaba realizar un encuentro, no se concretaba. Más allá de que los/as vecinos/as lo desearan, esperaban que alguien externo al barrio organice, invite, imprima volantes para repartir y entonces sí recorrían el territorio para ampliar la convocatoria.

Los temas abordados en las asambleas fueron:

- Cuestiones generales sobre la relocalización (financiamiento, cantidad de casas, tamaño, etc).
- Actualización sobre el estado de las obras.
- Censo realizado: familias que no se encontraban en sus casas cuando pasaron a encuestarlas.
- Propuesta vecinal para constituir una bolsa de trabajo con el fin de que los/as habitantes de Ringuelet construyan sus casas y las obras del barrio nuevo.



Asamblea en el Club Dardo Rocha. Imagen extraída de la producción audiovisual “Barrio de ilusiones”, del Taller de Cine Diego Rodríguez. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=zliHHTsl-9A>

Las asambleas junto a funcionarios/as se emprendieron una vez por mes entre julio y septiembre de 2014 (hubo dos o tres en la primera mitad del año). El último encuentro de todos/as los/as vecinos/as (de distintas zonas del asentamiento) en el club junto a las autoridades fue el 24 del citado mes, ya que seis días antes los/as funcionarios/as fueron al barrio para plantear una reubicación provisoria y debían volver para explicarlo con claridad a todos/as los/as habitantes.

Ese jueves 18 de septiembre de 2014, cuando por primera vez se escuchó hablar de las casas transitorias, participamos en una reunión junto a los/as vecinos/as, voluntarios de TECHO, estudiantes de derecho y un abogado, además del ex administrador del IVBA, Pablo Sarlo, su ex directora social, un arquitecto, el ex delegado y el puntero del barrio que vivía frente a la canchita.

Esta reunión tuvo lugar pasadas las cuatro de la tarde en una esquina del barrio. Fue diferente a las asambleas anteriores ya que por primera vez se producía un encuentro entre habitantes y autoridades en un lugar abierto, sin sillas. Estábamos todos/as parados/as, expectantes de lo que podía suceder, en un contexto en el que además había combis que rodeaban el lugar: se trataba de la seguridad que custodiaba a María Eugenia Vidal⁷⁶, quien recorrería el arroyo El Gato en el marco de su campaña electoral junto al candidato (y actual intendente de La Plata), Julio Garro.

⁷⁶ Al respecto, se puede consultar la nota “Con esta inundación en Provincia, si fuera gobernadora no podría dormir”. Publicada el 19/09/14 en la versión online de *Ámbito Financiero*. Disponible en:

Los/as funcionarios tomaron la palabra y desplegaron planos sobre la calle: las veredas en el asentamiento eran angostas, por lo que, estábamos parados/as sobre el asfalto. La urgencia de la reubicación provisoria se debía a que se precisaba el espacio donde se asentaban las casas para comenzar las obras en el arroyo⁷⁷.

Es importante aclarar aquí que se habló de una doble relocalización para los/as vecinos/as que vivían en 514 entre 1 y 3: no sólo se mencionó a las casas provisorias, sino que el delegado ofreció otras posibilidades, como un alquiler o vivir en containers que se ubicarían en la zona del barrio conocida como la canchita. Esa alternativa daría inicio a un conflicto que se prolongaría durante más de un año.

De acuerdo a lo planteado y a los planos que mostraron, las viviendas provisorias tendrían luz y agua y serían de 21 metros cuadrados, con posibilidades de agregar una habitación más. Los responsables del IVBA afirmaron que según los censos serían para familias con menos de seis integrantes, por eso las dimensiones.

Cabe destacar que participó de la reunión un puntero histórico del barrio, quien opinaba en sintonía con el delegado y el administrador del Instituto de aquel entonces. Los/as demás habitantes creyeron que lo llevaron para que los/as convenciera porque intentaba generar empatía. Pero no lo logró.

Se acordó que el jueves posterior nos volveríamos a encontrar para seguir conversando y chequear si habían empezado las obras de las casas transitorias. Desde el IVBA afirmaron: “Venimos a dar la cara nosotros. Entendemos que la situación es un garrón pero Hidráulica se manejó así”. Destacamos tal cita ya que en 2017 otro funcionario nos aclaró durante una entrevista que la obra hidráulica era la que conducía la relocalización.

Algunos/as vecinos/as no querían irse, tenían miedo de que después no les dieran nada. Hacían hincapié en que trabajaron su vida entera para tener lo que tenían en ese momento y no lo querían perder. Muchos/as estaban dispuestos/as a ir a las viviendas provisorias pero con algunas condiciones (por ejemplo, firmar un contrato). Otros/as estaban enojadísimos/as.

<http://www.ambito.com/759242-con-esta-inundacion-en-provincia-si-fuera-gobernadora-no-podria-dormir>

⁷⁷ En la nota “Arroyo El Gato: Denuncian que Provincia apura relocalización ilegal y ofrece viviendas containers”, publicada en el portal Infocielo el 19/09/14 se relata el pedido de una doble relocalización. Nota disponible en:

http://infocielo.com/nota/56440/arroyo_el_gato_denuncian_que_provincia_apura_relocalizacion_ilegal_y_ofrece_viviendas_containers

El pedido de una doble relocalización fue lo que marcó el quiebre del diálogo hasta ese entonces poco conflictivo entre las autoridades y los/as habitantes de Ringuelet que vivían en 514 entre 1 y 3. La reubicación a casas provisorias y la posibilidad de mudarse a un container generaron incertidumbre, rumores y malos entendidos que complejizaron aún más este proceso.

Consideramos necesario distinguir cómo vivieron esto los dos grupos relocalizados durante el 2015. Por un lado, las familias que habitaban detrás de las vías –quienes fueron las primeras en mudarse, más allá de que lo hicieron en tandas – y, por el otro, quienes habitaban en 514 de 1 a 3. Para entender cómo fue la previa a la reubicación, es clave tener en cuenta las experiencias anteriores de participación descritas en el capítulo V.

Cabe destacar que si bien al principio se solicitó a los/as vecinos/as de 1 a 3 que se mudaran, este grupo se negó y finalmente la relocalización comenzó por aquellos/as que vivían detrás de las vías.

3. La experiencia de “Ciudad Oculta”

3.1. Relocalización

En esta parte del barrio, habitada por numerosas familias provenientes de Quilmes que en su mayoría se dedican al cartoneo, es muy evidente que, como observa Segura en su análisis sobre otro lugar (en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 58), “se solapan las relaciones de vecindad con las de parentesco”.

Realizamos tres entrevistas: la primera de todas ellas –que resultó ser la primera en el barrio nuevo- fue a Horacio, en mayo de 2015. La habíamos pautado en el marco de una visita informal (junto con otros/as integrantes de la asamblea) al territorio. Seis días posteriores, nos reunimos con el puntero de Ciudad Oculta, Ramiro, gracias a que el primer entrevistado nos facilitó su teléfono, no sin antes consultarle. Ambos encuentros tuvieron lugar en sus casas provisorias. Por último, hicimos una entrevista conjunta con Antonia y Estefanía, esposa e hija de Horacio respectivamente, una vez mudadas en la vivienda definitiva, en mayo de 2016, es decir, un año después.

Para Ramiro, “nosotros fuimos los primeros en mudarnos porque nosotros dijimos sí a la precaria”, mientras que los/as habitantes del otro lado de las vías se negaron. Es decir

que apareció una distinción entre un nosotros/as, los/as vecinos/as de atrás de las vías, y un ellos/as formado por quienes habitaban a partir de calle 1⁷⁸. Horacio lo explicó así:

“Somos los primeros que, en realidad, asumimos el rol de salir porque vos sabés que nadie quería salir, era algo muy, muy incómodo, ¿por qué? Por la realidad que vivíamos de la inseguridad que hay acá. Nosotros allá, bueno está bien, con todas las contras, el arroyo, qué sé yo, es un barrio de gente que son todos parientes, entonces nos cuidamos entre todos y es como que estamos más seguros. Al venir acá eso pasa a ser un riesgo, entonces la gente de allá no quería venir acá”.

Mudarse era un riesgo porque implicaba abandonar el espacio habitado, además de las relaciones y modos de habitar practicados, para ir a un territorio desconocido. Horacio agregó que al principio no creían en la propuesta que les ofrecían. Ramiro aclaró que fue necesario reunirse en persona y negociar con el ex Administrador del IVBA: “Nosotros caímos acá porque fuimos los únicos que creíamos en Sarlo (...) Me fui a la oficina, estuve con él charlando, él me explica que tenía que hacer la relocalización del arroyo y que nadie quería ayudar, que ninguno de los movimientos quería aflojar, que todos querían que haga la de material”, narró. Y añadió que le preguntó si las viviendas eran buenas o un container, tal como se comentaba en el barrio, y Sarlo ofreció construir una para que luego de verla ellos/as decidieran.

Podemos pensar que fueron los/as primeros en mudarse porque, dado que el gobierno intentó sin éxito con los/as habitantes de 1 a 3, Ciudad Oculta era otra opción posible. Sobre todo, teniendo en cuenta que se precisaba el espacio de sus casas para las obras del tren y que se trataba de una comunidad activa y similar en su constitución, conformada por parientes que se dedicaban casi todos/as al cartoneo, con un puntero claro, de modo que era un grupo plausible de querer o de ser convencido de relocalizarse.

Ramiro comentó que el ex delegado le dijo que las casas no eran containers, pero él no iba a aceptar hasta verlas. Agregó que mantuvo esta conversación con el ex administrador del IVBA:

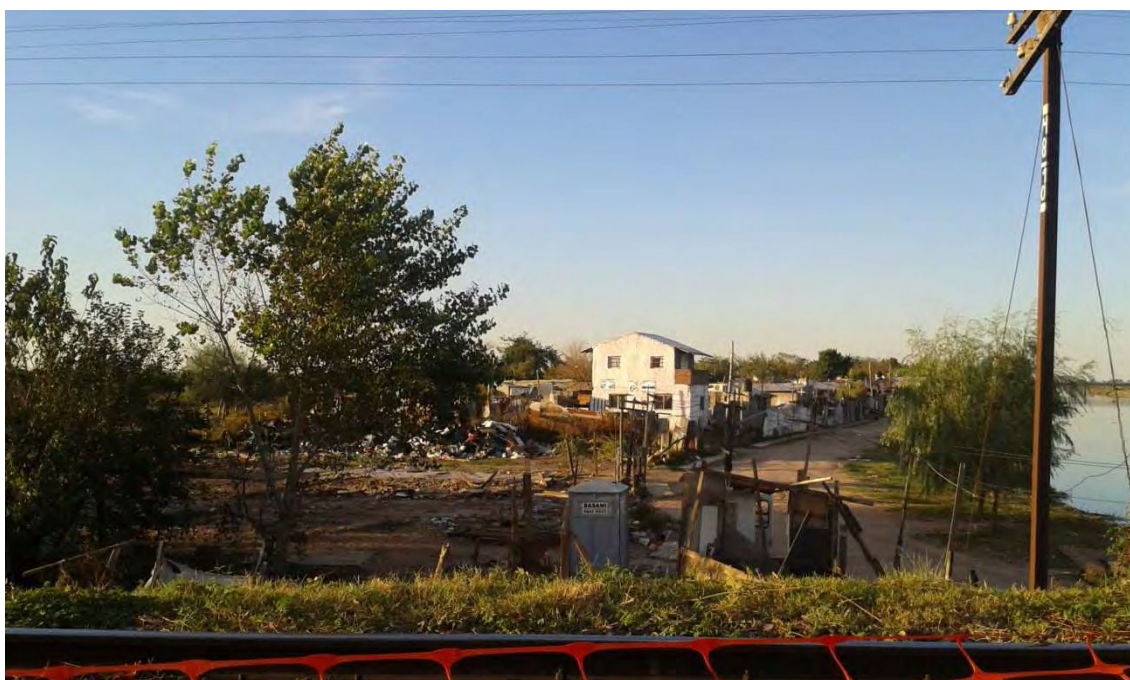
⁷⁸ Para los/as habitantes de 1 a 3 ocurre una situación inversa.

Ramiro: ¿pero seguro lo que vos me decís? Porque yo tengo que hablar con todos los vecinos. Me llevo tu palabra.

Sarlo: sí. Aparte no confía nadie en nosotros, nosotros vamos a demostrar que lo vamos a hacer.

Recién en ese momento fue cuando aceptó ayudar con la relocalización y habló con sus vecinos/as: “Las casas que nos ofrecen son buenas, las casas van a tener todos los servicios y a todos ustedes les conviene”, les dijo.

La esposa de Horacio, Antonia, y su hija Estefanía comentan que pasó un año entre que las censaron en 2014 y se mudaron en 2015. Añaden que a la casa de muestra que iban a ver la prendieron fuego un grupo de jóvenes, pero luego la volvieron a construir y pudieron visitarla junto a representantes del IVBA: a pesar de que sus vecinos/as estaban conformes, ellas no querían aceptar porque su casa anterior era “bien grande, los chicos tenían su pieza” y las transitorias eran pequeñas.



“Ciudad Oculta”. Imagen tomada desde las vías del tren el 18 de abril de 2015, luego de que relocalicen a las primeras diez familias.

El 31 de marzo de 2015, Horacio se mudó a las viviendas provisorias, de 7 por 9 metros, luego de negociar que la suya tuviera cuatro habitaciones, de modo que pudieran convivir los seis habitantes de ese hogar.

Lo entrevistamos en su casa el 13 de mayo de ese mismo año. Fue la primera vez que íbamos al barrio nuevo en soledad y teníamos miedo, pero el temor que sentíamos se

desvaneció cuando cruzamos la tranquera y tocamos la puerta. Nos abrieron sus hijas, quienes le avisaron que estábamos, e inmediatamente nos invitó a tomar unos mates para comenzar nuestra conversación. El pelo de Horacio era largo y blanco. En aquel momento vestía una campera de jean y sus manos daban cuenta de que hacía poco tiempo había arribado del trabajo: estaban cubiertas de pintura negra y tierra y así iban a estar cada vez que lo cruzáramos en Ringuelet.

Horacio sostiene que Ferrocarril les ofreció comprar seis casas transitorias para que se mudaran, pero las familias de atrás de las vías no estuvieron de acuerdo con esa cantidad y pidieron que sean diez. Ramiro agrega: “Nosotros aceptamos la precaria pero si sacás a diez, sacás a todos. Fue la única condición que pusimos. Nosotros vinimos a ver todas las familias, todo, y agarra y una sola condición le pusimos y después que tenga los servicios”. De acuerdo a Antonia:

“Después tuvimos la reunión, la tercer reunión, en la delegación que estaban los planos, estaba Sarlo, estaban los que vivían ahí (...) arquitectos y eso. Hasta ahí estaba todo bien, ¿pero qué pasaba? Si veníamos solamente seis familias, esto era todo campo. Como nosotros veíamos que había más casas armadas, había otras cinco más. Yo le digo: ‘Yo me cambio con la condición de que vayamos diez familias u once’, le digo. Me dijo: ‘Sí, está bien – dice- sabíamos que nos iban a pedir eso (...) pero con una condición’. ¿Cuál? ‘Que sean el orden de tu casa para allá’”.

Es decir que se respetara la vecindad. Esta cuestión fue solicitada a su vez por la mayoría de los/as habitantes de todo el asentamiento, por ende, podemos pensar que:

El sentimiento de pertenencia al barrio se ve reforzado por la posibilidad de reconocimiento/desconocimiento del otro como miembro del lugar o como extraño. Pero no se trata sólo de la proximidad con la vivienda del otro, sino que las relaciones de vecindario se entrecruzan con relaciones de amistad o de parentesco. Porque es frecuente que tengan hermanos, tíos o primos viviendo en el mismo barrio o porque con el paso del tiempo la cercanía dio paso a una relación duradera de amistad. También ocurre que cohabiten en el barrio con personas que migraron desde el mismo país o provincia de origen que ellos. (Bonaldi y del Cueto en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 117-118).

Los/as autores agregan que se establecen vínculos afectivos y de confianza con muchos/as vecinos/as, de modo que constituyen casi una familia ampliada.

Los/as habitantes de atrás de las vías, como dijimos, eran parientes que provenían en su mayoría de Quilmes. Si bien nos adelantamos, los/as habitantes de 1 a 3 también solicitaron el respeto a la vecindad y muchos/as de ellos/as eran migrantes paraguayos/as, familiares y/o amigos/as⁷⁹.

Les interesaba ser varias familias porque tenían miedo de que les robaran, tal como lo planteaba Horacio al principio de este apartado. Esto se debe a que “la producción de hechos de violencia, tanto como el riesgo de sufrirlos o el manejo de ese riesgo, están asociados y contribuyen a reforzar las pertenencias barriales” (Bonaldi y del Cueto en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 118), por lo que, la condición para abandonar el territorio era hacerlo colectivamente: respetar no sólo la comunidad, sino además mudar a un número significativo –para los/as vecinos/as- de familias de modo que pudieran sentirse protegidos/as. Ello cobra aún más sentido cuando explican que en dos ocasiones quisieron usurpar sus casas nuevas⁸⁰.

Antonia agrega que les mostraron varias veces la vivienda provisoria, primero sin cerámica, luego cuando ya estaba casi terminada, y que habló en reiteradas oportunidades con la trabajadora social:

“No sabíamos nada nosotros que nos habían hecho una de cuatro habitaciones, fue una sorpresa porque no nos dijeron, en ningún momento nos dijeron. Se ve que ellos pensaron porque nosotros se los dijimos: yo en ningún momento me estoy negando a salir de mi casa, pero ustedes también entiendan que si mis hijos tienen sus habitaciones, yo tengo mi habitación, ¿cómo hago acá? Y los muebles porque yo allá tuve que dejar una banda de cosas”.

Los/as vecinos/as no aceptaron relocalizarse sin tener un papel que les otorgue ciertas garantías: de acuerdo a Horacio, cuentan con un documento que sostiene que las casas definitivas son de todos/as ellos/as: “Si a mí me sacan de acá [provisoria] tengo yo el derecho de agarrar cualquier casa de aquellas, aunque no esté terminada, yo voy, me planto ahí, tengo la documentación y a mí no me pueden sacar”. Ese escrito fue firmado, de acuerdo a este hombre, por el ex intendente, su hermano, el ex ingeniero de

⁷⁹ Vale aclarar que muchos/as vecinos/as de 1 a 3 se hicieron amigos/as en las asambleas.

⁸⁰ En el próximo capítulo desarrollaremos este hecho.

infraestructura y el ministro anterior de esa cartera bonaerense. Según Ramiro, ese papel dice que ellos/as son “dueños de esto hasta que nos entreguen la casa. Si a nosotros no nos entregan la casa no nos puede desalojar nadie de acá. Somos dueños”⁸¹.

En realidad, al acceder a tal escrito vemos que lo que se plantea es que “el INSTITUTO concede al BENEFICIARIO la tenencia de una vivienda industrializada” hasta que se muden a las definitivas.

3.2. Modos de organización y participación

Tanto Ramiro como Antonia y Horacio se arrogan la organización de la relocalización. En el caso de la mujer, es la única que indica que ese liderazgo fue compartido con Ramiro. En cambio, los dos hombres destacan su intervención individual:

“Y agarra un vecino y me dice: ‘Sí –dice-, pero ¿quién va a organizar?’. Le digo: ‘Yo voy a estar organizando todo pero hasta que termine la mudanza’” – Ramiro.

“Me junté yo, los junté a todos, les expliqué, les pedí, iba a hacer una documentación firmada por el intendente, cosa que no lo creían, pero fue así” – Horacio.

“En primera instancia vine yo [a hablar con los representantes del Ferrocarril], que era el protagonista, y después arrancamos a los otros que estaban, que es el tío de mi señora y un par de gente más, pero tuve que ir, tuve que ir, meterles en la cabeza” - Horacio.

“Yo me convencí, pero ¿cómo convenzo a los demás? Esa era la mayor parte de la complicación que había, pero después bueno, comprendieron cómo venía la cosa y se vinieron” - Horacio.

Es decir que era preciso persuadir a sus/as vecinos/as de que la relocalización “significaba una mejora cualitativa en las condiciones de vida de la población”, como afirman Forni, Castronuovo y Nardone (2013: 206-207) en su análisis sobre otro proceso. Luego Horacio reconoce la participación de Ramiro: “Nos dio una gran mano porque él es el que más estaba con eso”.

⁸¹ En otro capítulo analizaremos los sentidos construidos en torno a la casa, teniendo en cuenta esta idea de propiedad privada.

Los/as entrevistados/as coinciden en que no quisieron participar en las asambleas generales porque iban personas ajenas al barrio:

“Fuimos una sola vez pero habíamos discutido con gente que no vivían en la cuesta del arroyo y opinaban” – Antonia.

“A mí mucho las asambleas que se hacían no me gustan porque a veces meten... Si yo no vivo en el barrio, yo no soy del barrio, no vivo ahí, no puedo opinar por la gente en la necesidad que tienen. Vos tenés que dejar que primero opinen los del barrio, después dar tu opinión porque vos sos de afuera, sos sapo de otro pozo” - Ramiro.

Aquí aparece claramente la construcción de un nosotros/as –en este caso y a diferencia del principio de este apartado, integrado por todos/as los/as habitantes del barrio- y un ellos/as, que son quienes no residen (no residimos) en el asentamiento. A su vez, nos permite pensar la participación ya que se está habilitado a intervenir en tanto se viva en el barrio, mientras que se deslegitiman a otras personas y, por ello, los/as vecinos/as de Ciudad Oculta prefieren no ir.

Ramiro es enfático en este tema y afirma que cuando él participó en las reuniones que se realizaban en la esquina de 2 bis y 514–ya no en el club- los/as abogados/as y militantes de agrupaciones dijeron que había que pedir las casas definitivas sin aceptar las provisorias. Luego agrega: “Anteriormente cuando empezó todo el ruido hubo mucho movimiento que se quería meter a hacer política”. Con esas palabras pareciera que sólo él puede decidir quién o quiénes se “meten a hacer política” en este asentamiento.

Cuando lo entrevistamos en mayo de 2015, él ya vivía en una casa provisoria junto a su hijo y su ex pareja. Cuando nos vio, lo primero que preguntó este hombre alto, fornido, de parada firme y pelo negro corto, fue: “¿Y vos quién sos?”.

No dejó de hacer referencia a sus vínculos con políticos locales –todos hombres-, a quienes llamaba por su nombre (sin apellido) dando cuenta del trato cercano que mantenía con los mismos. Y, para marcar la distancia, en varios momentos parecía que se dirigía a mí en tanto persona ajena al barrio que intervenía en las asambleas, ya que lo repetía y daba ejemplos:

“No estás en la situación. Está bien, yo laburo para cualquiera. Tengo una casa en 20 y 50, ¿no? [una zona céntrica de la ciudad] Casa con aire acondicionado, todos los servicios, luz, agua, todo. Vos vivís en una casita de manzana porque vos te vas a 514 la mayoría son casitas que tienen una pieza, el comedor y nada más. Y son de madera (...) Cuando pasan estas heladas, vos fijate las casas de acá [provisorias] vos prendés el hornito, cualquier cosa y ya quedan calentitas. Bueno, andá a dormir ahí [al barrio anterior]. Vamos, vení, quedate una noche a dormir conmigo acá y decime si después vas a mirar primero la conveniencia de coso o la conveniencia para la gente” – Ramiro.

Al principio de ese relato dice que los/as de afuera del barrio no vivimos como viven estos/as vecinos/as y se rechaza la no pertenencia. Es decir que el hecho de no compartir el lugar –ni sus símbolos, costumbres y rituales-, de no habitarlo, nos vuelve otros/as, distintos/as (Márquez, 2003). Luego habla en primera persona como si fuera él quien habita en el centro y la entrevistadora -la ajena- la que reside en Ringuelet. Mediante el uso de los pronombres personales yo/vos de manera alternada compara ambas situaciones. Nos desplaza a “su mundo”, a “su lugar”, nos incluye para generar empatía y para que logremos identificarnos con esa situación, pero inmediata y simultáneamente marca una frontera bien clara: nosotros/as (los/as que vivimos en el barrio) y vos (la del centro). De ese modo, quiere resaltar los lujos del centro, que en realidad son casi todos servicios (luz, agua), o mejor dicho: derechos contemplados en un hábitat justo, algo de lo que siguen privados/as tanto en el barrio viejo como en el nuevo porque no se garantiza su buena calidad. Segura (2009) establece que hay operaciones que marcan umbrales y límites, que permiten separar prácticas y ámbitos: adentro-afuera, nosotros/as-otros/as, lo cual queda sumamente claro en el testimonio anterior ya que aparece un posicionamiento identitario (“nosotros/as, los del barrio”) de clase (hincapié en condiciones materiales de hábitat) a partir de señalar los consumos y lujos/servicios que se tienen o hacen falta. Así, se produce una separación entre el barrio y el resto de la ciudad, es decir, que se constituye una frontera con el exterior, de forma tal que se construye un adentro y un afuera: “Al barrio se entra, del barrio se sale” (Segura en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 47). Se trata de una frontera espacial que delimita sujetos, identidades y, como decíamos, se ponen en juego cuestiones de clase. Luego de modo indirecto Ramiro hace una invitación a dormir y a vivir como se vive en el barrio. Al parecer, lo que sobrevuela es la idea de que los/as de afuera miran

(miramos) los beneficios de su organización, agrupación o movimiento, es decir, que quieren hacer política y sacar provecho sin importar las precarias condiciones en las que se habita en el asentamiento. ¿Es sólo eso, una mirada solidaria con los/as demás vecinos/as o también hay una puesta en cuestión de su poder que lo altera y puede alterar su rol en la llamada Ciudad Oculta? De todas maneras, queremos dejar en claro que no entendemos a la participación de sujetos externos al barrio como una intrusión, sino que cuando se interviene, más allá de que se haga desde afuera, se participa del proceso aunque de modos distintos “a quienes son parte integral de ese espacio” (Uranga, 2012: 4). De hecho, concebimos que una práctica para el cambio social como este tipo de encuentros se enriquece al estar conformada por una diversidad de actores que ponen en juego diferentes puntos de vista, aunque por supuesto, las perspectivas endógenas, que surgen en este caso del propio barrio, son las que deberían prevalecer, tener un mayor protagonismo.

En ninguna ocasión respondimos ni contraargumentamos debido a que sentíamos temor en un territorio que nos era hostil. No nos hicimos cargo de que nos dijo que nos veía como una intrusa en el barrio, que opinaba sin experimentar la forma en que se vivía en el asentamiento de Ringuelet. Así, se reforzó la idea de cómo nos veía (y cómo nos posicionábamos ante él): como una extranjera, como una otra. Y siguió tratando de imponerse al punto de que, al retirarnos, sugirió que si queríamos sacar fotos lo hiciéramos en su nombre: “Decile al encargado de la obra que te dejó Ramiro”, remató. Una cuestión que el puntero mencionó y que luego retomó Antonia para explicar otro motivo por el cual no iban a la asamblea además de la presencia de otros/as, era que esta parte del asentamiento figuraba “en rojo”:

-¿Qué significa que estaba en rojo?

Antonia: como que nosotros éramos gente mala.

-¿En serio?

Antonia: sí, todos nos discriminaban, ¿por qué? Porque de ese lado vivían todos los cartoneros.

“Ciudad Oculta estaba en rojo pero nunca robamos nada, nunca matamos a nadie. La policía ponía zona roja pero porque nosotros tampoco le permitimos entrar a la policía, por temas nuestros” –Ramiro.

En nuestra cultura occidental, el rojo es un significante que indica peligro, prohibición, es un llamado de alerta al que hay que estar atentos/as⁸². Aquí opera como un rasgo identitario deteriorante: es un estigma que pesa sobre los/as pobladores/as de esta parte del barrio. En este caso, estar “en rojo” manifiesta cómo “la ciudad es segmentada y se señalan las zonas peligrosas, se construyen cartografías del miedo” (Segura, 2009: 67). Entonces, Ciudad Oculta no es una zona buena, sino por el contrario, es insegura, intransitable. Tal como sostiene Bayón (2015: 144):

Aunque la concentración espacial de desventajas ciertamente no es un “invento” de la prensa o los caciques locales, el tratamiento que se hace de éstas y la asociación de la pobreza con todos y los peores males sociales, hacen del lugar una zona prohibida, un área a evitar, un espacio vacío en el mapa mental de los sectores medios y altos, e incluso de los residentes de colonias populares cercanas. Así, los estigmas agudizan el temor de los de afuera hacia el lugar, denigran a sus habitantes y profundizan su aislamiento.

A pesar de que no iban a las asambleas antes mencionadas, sí se reunían entre los/as habitantes de atrás de las vías: “En mi casa o sino afuera (...) que está la arboleda ahí en frente, poníamos una mesa, nos reuníamos y nos juntábamos. Veíamos qué pasos hacer”, comenta Horacio.

Gracias a las observaciones participantes sabemos que los/as habitantes de 514 entre 1 y 3 rechazaron en 2014 y hasta diciembre de 2015 las viviendas transitorias. Entonces, el gobierno provincial decidió intentar la relocalización con las familias que habitaban detrás de las vías. Esto, sin embargo, también generó conflictos:

“Yo por ejemplo y muchos vecinos vivieron 50 años, 30 años, 20 años y sacaron todos de atrás de la vía, de Ciudad Oculta primero. Eso yo lo veo mal porque si ellos no hacen 20 años no hacen que viven, ni 10 años hace que viven. Yo no es porque estoy en contra ni discrimino ni nada de esas cosas. Yo lo que me gusta que sean justos, viste, que hagan las cosas bien” - Josefa.

“Y después estaban enojados porque fuimos los primeros que salimos”- Antonia.

⁸² Pensemos por ejemplo en la bandera roja en una playa que indica prohibición de bañarse; en el semáforo, que señala prohibición de paso o, dicho de otro modo, detención; en una placa de un noticiero, que implica un alerta ya que lo que sigue es importante y a veces riesgoso, etc.

“Y como ahora se corrió el rumor, dice, de que fuimos todos acomodados. Le digo: ‘Yo no fui acomodado porque la primera tanda que iban a sacar era de 514 (...) de 1 a 3 era la primera tanda que iban a sacar, le digo. Pero ustedes viene uno que porque tiene un diploma (...), porque es abogado, porque esto, confían en él’” – Ramiro.

“Antes la gente [de 514 de 1 a 3] no quería ni remotamente venir. Y después que nosotros tomamos la iniciativa de venir, la gente se dio vuelta, automáticamente andaban preguntando cuándo salen (...) Ahora después de que nosotros tomamos la iniciativa esta, venimos, nos arriesgamos ahora después sí, o sea, se olvidaron de los abogados de todo, ahora sí, quieren venir” - Horacio.

En el testimonio de Josefa el criterio para recibir una vivienda sería la antigüedad en el lugar y en los dos últimos observamos nuevamente cómo molestó la participación de abogados/as y personas que no residían en Ringuelet. Es decir que existía cierta disputa simbólica por el capital y por la circulación de poder: decidían los/as de adentro o los/as de afuera del barrio. De todas maneras, Horacio también había consultado a un letrado antes de resolver mudarse: “Yo tengo conocidos y les dije que si me podían aportar algún dato de cómo estaba eso (...) Averiguaron que sí, el gobierno dio todo este predio para las viviendas”, sostiene. En otras palabras: necesitaba una confirmación de alguien que podía acceder a cierta información que él no. Pero Horacio y Ramiro percibían que su mudanza fue una decisión tomada exclusivamente por ellos/as mismos/as, por los/as vecinos/as de atrás de las vías –conducidos por el puntero–, mientras que consideraban que en el proceso vivido por los/as habitantes de 1 a 3 las elecciones venían de afuera, de la palabra de abogados/as. Así, en la perspectiva de estos sujetos aparecen otra vez dos concepciones, dos sentidos, de lo que sería una práctica para el cambio social: con el protagonismo de los/as habitantes del barrio (práctica legítima) o con el de aquellos/as que no vivían allí (práctica menos legítima).

4. El caso de los/as habitantes de 1 a 3: modos de participación y organización

4.1. Asamblea

Todos/as los/as habitantes entrevistados/as de esta parte del barrio participaron en varias asambleas, las cuales, de acuerdo a sus testimonios, fueron convocadas por el IVBA⁸³. Ana aclara que la invitó una vecina y le dieron folletos en los que se comentaba “que iba a haber una asamblea explicando, viste, la relocalización del arroyo El Gato. Y bueno, fuimos para ver qué es lo que iba a pasar. Y al principio fue todo lindo”, señala. Filomena sostiene que ella era una de las delegadas de Marianela, la ex referente del Movimiento Evita, quien le avisaba cuando había reuniones y ella se encargaba de convocar a sus vecinos/as. En el primer encuentro les mostraron un video sobre cómo iban a ser sus casas.

Este espacio es valorado por sus participantes:

“Está bueno porque nosotros a veces no sabemos qué hacer o por ahí si alguien sabe cómo guiarnos y todo eso bueno, le mandamos para adelante” – Blanca.

“La asamblea fue muy importante, nos ayudó mucho a frenar muchas cosas, viste, nos ayudaron mucho de la asamblea porque si no fuera por la asamblea no sé dónde estaríamos” – Ana.

“¿Sabés por qué me gustó? Porque conocés gente, conocés otras personas, te acercás a la gente que no conocés” – Alicia.

“De las primeras te digo la verdad estaba muy orgullosa, muy contenta, no sé, tenía una alegría súper. Ahora (...) me siento un poco mal porque esto hay que cuidarlo. Pero ahí sí... Porque se hablaba muy lindo, era todo bien y estaba todo bien. Pero una cosa es que te hablen allá [en el barrio anterior] y otra cosa es cuando vos ya vivís adentro y ves que estás [en la provisoria] a un paso de poder entrar en tu propiedad, vamos a decir, y que estás desconfiando que nunca vas a entrar” – Filomena.

⁸³ Con excepción de la primera entrevista a Isabel, que estaba acompañada por su esposo, su hija y una amiga, a Ernesto, que se encontraba con su hijo y a Juliana, junto a sus tres hijas/os, los demás diálogos fueron con un/a sólo vecino/a. En algunos casos, los/as niños/as presenciaban la charla pero no decían nada o sólo agregaban algún detalle.

“Por lo menos el Estado genera un espacio de diálogo con la sociedad (...) Era un espacio en el que los vecinos estaban al mismo nivel que el Estado en cuanto a verte cara a cara. Obviamente que el Estado tenía toda la información y los vecinos no. Qué sé yo, valoro la posibilidad de diálogo, obviamente que haya caído Opel [Director General de Inmobiliaria y Social del IVBA cuando comenzó el proceso y volvió a ese cargo en 2017⁸⁴] al barrio solo también es un montón (...) Pero bueno creo que faltaron muchas herramientas, capaz más nuestras, de poder presentarnos de otra forma, como darles herramientas a los vecinos” – Leticia, ex voluntaria de TECHO.

Para muchos/as, la asamblea era experimentada en tanto espacio de encuentro, como lugar para conocer gente, hacer amigos, afianzar vínculos con sus vecinos/as. Filomena al principio estaba contenta pero luego se decepcionó. En esa misma línea, Josefa explica que estaba agotada de escuchar “siempre lo mismo” y Ana agrega que cuando no tenían novedades “fue jodido. Algunas veces veníamos contentos de la reunión, otras veces veníamos muy amargados porque (...) nos decían que sí o sí teníamos que aceptar la vivienda provisoria”.

Para muchos/as, ésta fue la primera experiencia de participación y por eso en un principio desconfiaban pero también en algunos momentos disfrutaron el proceso:

“Nunca me imaginé que me iba a ir (...) a donde se van los diputados” – Alicia.

“Pero en un principio cuando empezó todo esto, a las asambleas y eso iba más gente, iban muchísimos vecinos” - Ernesto.

“Nunca me imaginé que iba a asistir tantos lugares”- Ana.

En el caso de Ana y de Alicia percibimos cierto orgullo por visitar instituciones estatales: fueron a la legislatura provincial y mantuvieron reuniones en ministerios. Ello les otorgaba un capital simbólico que, antes de la asamblea, sentían que no tenían. Entonces, participar también implicaba cierto prestigio, cierto lugar de poder. En cambio, las percepciones de la ex voluntaria de TECHO son distintas: afirmó que en las reuniones no había una participación real y que tampoco los/as escuchaban, pero

⁸⁴ Durante la gestión de Scioli, Opel ocupaba ese cargo hasta el comienzo del gobierno de María Eugenia Vidal. Sin embargo, en 2017 otra vez asumió esa Dirección.

algunas instancias, como por ejemplo el encuentro con la Comisión Bicameral, les permitieron a los/as vecinos/as desahogarse. A su vez, destacó que un día llamaron al Director General de Inmobiliaria y Social y fue solo al barrio: “Él estaba ahí como representante del Estado y se tuvo que comer todos los disgustos de los vecinos, pero tampoco la verdad que si tengo que sacar una conclusión de cada reunión es más o menos la misma: de todas nos íbamos con más preguntas que respuestas”. Aquí el cambio social aparece como un proceso con obstáculos, es experimentado con altibajos, con dudas sobre el futuro.



Reunión de vecinos/as con integrantes de la Comisión Bicameral. Imagen extraída de <http://seccion8.com.ar/vecinos-de-la-asamblea-arroyo-el-gato-y-recorrieron-obras-de-las-444-viviendas/> Fecha: 11 de diciembre de 2014.

4.2. Relocalización

El inicio del conflicto, o como lo llama Leticia, “del terrible quilombo”, con los/as habitantes de 1 a 3 comenzó con la posibilidad de mudarse a casas transitorias:

“Un día de esos vino un delegado ahí en el barrio y nos dijo que nos íbamos a mudar de ahí, teníamos que mudar. Nos dio nada más que 15 días. Vino una tarde así, nos juntó tres, cuatro personas, ahí los vecinos y nos dijo: ‘Ustedes se tienen que ir de acá, tenemos un lugar para ustedes, se van a ir a vivir ahí, tenemos que sacar la gente que está viviendo acá al lado del arroyo’ (...) Nos asustamos todos, viste, que no queríamos salir para nada así” – Alicia.

“Primero nos iban a llevar a un container en la cancha. ¿Viste la cancha donde está libre? Iban a poner los container en la cancha y nos iban a llevar a todos” – Ramón.

“Eso es lo que decían, directo a las definitivas, al final vinimos acá [a las provisorias] (...) No había casas terminadas. Encima te venía y te decía que si no salís iba a venir gendarmería con la topadora y te va a tirar todo abajo. No tienen que venir tampoco a amenazar así a la gente” - Ernesto

Ana: hasta a los chicos los traumaron todos viste por la asamblea. Me dicen: “¿Mamá vas a ir a la reunión?”. Cuando te cambiabas, vas a ir a la reunión, dónde los van a llevar. Los chicos se traumaron mucho.

-Pero, ¿por qué estaban preocupados?

Ana: estaban preocupados porque escuchaban las conversaciones, que ellos tenían miedo que los vengán a desalojar.

“Un funcionario me llamó a mi celular y me dijo (...) ‘si ustedes van a ir en contra de las provisorias se están metiendo en terreno complicado’, como medio diciéndome van a terminar en desalojo” – Leticia.

Lo que se percibe en esos relatos es que, frente a la incertidumbre de una reubicación en la que por lo menos los/as vecinos/as no tenían certezas sobre cómo sería el proceso- cuyas modalidades fueron cambiando tal como se vislumbra a partir del pedido de una doble relocalización que no estaba prevista inicialmente-, lo que cobra protagonismo es el temor. Para Segura⁸⁵ (2009: 66), “los miedos no sólo son un modo de hablar del mundo sino también una forma de estar en él, de vivir en la ciudad y de relacionarse con las demás personas”. Así, observamos que el miedo suscitado por una posible doble relocalización generó inquietud por la probabilidad de un desalojo, miedo latente, presente todos los días en la cotidianidad de los/as habitantes de la mayoría de los barrios estigmatizados pero que cobra aún más fuerza cuando son los/as funcionarios/as públicos quienes mencionan ese posible como un posible cercano. Desde allí se habita la ciudad y se construyen los vínculos, en este caso, con los/as pares y con las

⁸⁵ Si bien el autor reflexiona sobre problemáticas acaecidas en los cruces entre miedo, ciudadanía y espacio urbano, vinculadas en algunos casos a los delitos, sus reflexiones sobre esta categoría nos permiten analizar el proceso vivido en Ringuelet.

autoridades. El espacio estable, protegido y conocido, la casa en el barrio, es amenazado: este pedido de una doble reubicación no sólo conlleva incertezas hacia el territorio nuevo, sino que amenaza con destruir en poco tiempo ese “espacio de la seguridad” (Segura, 2009: 66) que es la vivienda, o mejor aún, el hogar allí construido, entendido como el lugar “donde las rutinas y las fórmulas de la vida cotidiana se forman y se sostienen, y donde la identidad individual y la seguridad están fijadas en el espacio y el tiempo” (Silverstone, 2007: 3).

Por otra parte, cobra especial relevancia la temporalidad: se les exigía a los/as habitantes que dejen su vivienda en quince días. Es decir, en poco tiempo y sin un proceso de participación y preparación se los/as obligaba a salirse de “la intimidad y seguridad del espacio privado de la casa hacia la inseguridad generalizada y anónima del espacio público de la ciudad” (Segura, 2009: 66), sin contar con la mediación que entre estos dos polos materializa el barrio porque, el nuevo territorio, aún no era (no es) ese lugar apropiado, seguro, familiar, contenedor. Es decir, no se contempló que las transformaciones urbanas no generarían inmediatamente transformaciones sociales: tenían que dejar un espacio en el que se sentían protegidos y eran reconocidos/as, en el que la seguridad se producía a partir de las prácticas cotidianas, y mudarse a otro que, como la ciudad, se caracterizaba por inseguridades. En otras circunstancias, Segura (2009: 67) explicó que “el *barrio* fue nombrado por muchos como un ámbito que brinda seguridad, *‘porción conocida del espacio urbano en la que, más o menos, se sabe reconocido’* (Mayol, 1999: 8)”, entonces se entiende por qué la exigencia de ir a otro lugar provocó temores, incertidumbres y, por supuesto, angustia. Como señala el autor:

El miedo excede el delito. El miedo nos habla de un proceso más complejo (...) El miedo expresa una angustia más profunda, mezcla de inseguridad, desprotección, incertidumbre. Ante el caos y la desestabilización de viejas certezas surge la necesidad de poner en orden al mundo y el miedo es un artificio que responde de modo insuficiente y problemático a tal necesidad (Segura, 2009: 74).

4.3. Organización emergente

Como decíamos, luego del pedido de la doble reubicación y de los temores suscitados, comenzó una etapa conflictiva entre las autoridades y los/as habitantes de Ringuelet:

Ramón: ahí empezó un funcionario a decirnos cosas que no tenía que decir, que no se podía hablar con nosotros, que esto y que aquello.

Ana: empezaron a hacer inventos, que no se podía hablar con nosotros, pero era todo mentira.

-Y después cortaron el diálogo.

Ramón: eso ya a lo último, después que se puso todo el papeleo por todos lados, ahí empezaron a aflojar, ahí empezaron a aflojar ellos.

Ana: porque mucha gente ya se enteraron porque al principio ellos querían hacer como que si nos asustaban, teníamos que ir a cualquier lado.

Después de esas discusiones, los/as vecinos/as se encontraban entre ellos/as en una esquina del barrio: “Empezamos las reuniones, a pedir viste, cómo te puedo decir, ayuda y qué sé yo, consejos para que nos asesoren (...) Porque era como que nos querían tirar todo, ya nos hacíamos que venía la topadora y ya no dormíamos, yo no dormía tranquila, viste, hasta que después vino el abogado este, vos lo sabés, y bueno hacíamos las reuniones esas vecinales”, afirmó Juliana.

Los/as habitantes de la calle 514 entre 1 y 3 mantuvieron reuniones desde las asambleas que comenzaron en marzo de 2014 hasta mayo de 2016. Sin embargo, luego del pedido de una doble relocalización, cambiaron su punto de encuentro y se juntaban en una esquina del asentamiento debido a que “no tenía sentido hacer las reuniones con el resto de los vecinos cuando en realidad esta situación les afectaba solamente a ellos”, explica Leticia.



Asamblea realizada el 21 de febrero de 2015 en la esquina de 514 y 2 bis.

Hablamos de una organización emergente porque muchos/as de estos/as habitantes no tenían una robusta experiencia de participación y la relocalización modificó ese esquema: obligó a que los/as sujetos se junten, se reúnan, intervengan en el proceso. Por eso decimos emergente: “Los nuevos significados y valores, nuevas prácticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones que se crean continuamente (...) emergente antes que simplemente nuevo” (Williams, 2000: 145-146).

4.3.1. La casa de las palabras o las palabras de la casa: luchas por el sentido

“Vivir atormentado de sentido,
creo que ésta sí es la parte más pesada”
Al lado del camino - Fito Páez

“No me gaste las palabras
no cambie el significado
mire que lo que yo quiero
lo tengo bastante claro”
Las palabras - Mario Benedetti

En este apartado proponemos analizar el conflicto surgido entre los/as vecinos/as de calle 514 de 1 a 3 y los/as funcionarios/as provinciales a partir del pedido de una doble

relocalización. Consideramos que nos situamos en el terreno de lo político, entendiéndolo como una asunción -realizada a través de mediaciones y de lucha por los sentidos- de la opacidad de lo social en tanto conflicto y cambios (Martín-Barbero, 1991).

En este proceso se pone de manifiesto cómo se van tejiendo las pujas por el poder, a partir de conflictos y de disputas que se dan tanto en el campo económico como en el simbólico.

Dado que, como dijimos en el capítulo II, los sentidos nunca son acabados ni inmutables (Silba y Spataro en Alabarces y Rodríguez, 2008), es interesante destacar que las primeras casas a las que los/as actores del barrio se mudarían son nombradas de diferentes maneras. Para las autoridades, son “viviendas provisorias o transitorias”. Sin embargo, el sentido que le otorgan los/as vecinos/as es otro⁸⁶:

“El delegado nos dijo que nos iban a llevar a *containers*” – Vecina en reunión realizada el 18/09/14.

“Ya está claro. Te van a dar la *precaria* y después la *definitiva*”- Vecina en asamblea realizada el 16/12/14.

“El tractor giraba y se mandó casi a la *precaria*”- Vecina en asamblea realizada el 16/12/14.

“A mí no me sirve la *precaria*”-Vecina en asamblea realizada el 16/12/14.

“Toda esta cuadra no va a aceptar la *precaria*” - Vecino en asamblea realizada el 16/12/14.

Como puede notarse, mientras los/as funcionarios/as hacen hincapié en la transitoriedad de las viviendas, los/as vecinos/as destacan, principalmente, su precariedad. Semán (2006) sostiene que la dominación en parte se organiza mediante la capacidad de nombrar. Sin caer en una mirada determinista, podemos añadir que la nominación es

⁸⁶ “La mayoría de la gente tiene casita de material, ¿vamos a dejarla para ir a vivir a una casilla?”, sostuvo una vecina en una nota de REALPOLITIK publicada el 4 de octubre de 2014. Disponible en: <http://realpolitik.com.ar/nota.asp?id=9724>

una forma de dominación. Hebdige indica que los sujetos se apropian de los procesos de acuerdo a los modos en que éstos les son representados y luego agrega:

La lucha entre diferentes discursos, diferentes definiciones y significados dentro de la ideología es siempre, por consiguiente y al mismo tiempo, una lucha dentro de la significación: una lucha por la posesión del signo que se extiende hasta las áreas más triviales de la vida cotidiana (Hebdige, 2004: 33).

Por eso, cabe preguntarnos qué actores sociales intervienen en la definición y clasificación de lo social, en este caso, de los sentidos que cobra la idea de una vivienda. En el proceso de relocalización queda claro que es preciso “entender las experiencias populares como situaciones complejas en donde se traman sentidos diversos provenientes desde diferentes lugares de poder y con desigual peso en la dialéctica cultural” (Rodríguez, 2008: 322). Además, en tal proceso podemos decir que hay una disputa por la significación de lo legítimo, hay una permanente batalla por el sentido. Así, Alabarces y otros/as (2008) indican que en lo simbólico pueden leerse infinitos juegos de posiciones en los que los actores negocian, luchan, discuten alrededor de significantes y de significados, con el fin de disputar posiciones de hegemonía.

Este último concepto hace referencia al proceso mediante el cual un grupo presenta sus intereses particulares de una manera en la que también los reconocen como propios las clases subalternas. El poder no es algo estático que se tiene de una vez y para siempre, sino que hay luchas por ejercerlo. Entonces, la hegemonía es continuamente resistida y limitada por quienes no están de acuerdo, por aquellos/as que disputan ese poder, y, como consecuencia, debe ser permanentemente construida, redefinida. En otras palabras:

La hegemonía sólo se mantendrá a condición de que las clases dominantes “consigan poner de su lado todas las definiciones opositoras” (Hall, 1977), con lo que todos los grupos subordinados estarán, si no controlados, sí por lo menos contenidos dentro de un espacio ideológico que no parecerá en absoluto “ideológico”: que, en cambio, se mostrará como permanente y “natural”, externo a la historia, como si estuviera más allá de los intereses concretos (Hebdige, 2004: 31).

La hegemonía es un “proceso vivido” (Martín-Barbero, 1991: 85), que está hecho de fuerza y de sentidos. Se trata de un sistema de valores y significados que, cuando se experimentan en las prácticas, se reafirman de forma recíproca (Williams, 2000). Por eso, para el filósofo español-colombiano cobra especial relevancia el espesor de lo cultural ya que es un campo estratégico en las disputas debido a que se trata de un espacio que articula conflictos.

Martín-Barbero sostiene que la cultura es un modo de vivir, ser y morir. Ello nos recuerda que durante el panel “El derecho al Hábitat”, realizado en La Plata el día 6 de octubre de 2014, uno de los oradores indicó que los countries, tiempos compartidos y cementerios privados han sido incluidos en el Nuevo Código Civil argentino, pero no así la función social de la propiedad. Esa exclusión, que deja en claro que en muchas ocasiones⁸⁷ se regula a favor de los/as ricos/as, pero en detrimento de los/as pobres/as, nos retrotrae nuevamente a las palabras de Martín-Barbero (1991: 229): “Lo que pasa culturalmente [y materialmente] a las masas es fundamental para la democracia, si es que la democracia tiene aún algo que ver con el pueblo”.

Los diferentes sentidos construidos no sólo inciden en nuestros modos de pensar, sino también en nuestras prácticas y, como explicamos en el capítulo II, presentan modelos de vida (Silba y Spataro en Alabarces y Rodríguez, 2008). Concebir a las viviendas como “provisorias” o “precarias” es fundamental a la hora de participar en el proceso de relocalización. Muchos/as vecinos/as pensaban que esas viviendas transitorias iban a constituirse en definitivas. Por eso, apostaban a la reubicación en la casa de material, sin pasar dos veces por tal proceso:

“En el Mercadito [barrio platense] dijeron que iban a estar para una fecha y no. ¿Sabés cuándo estuvieron? Cuando Cristina [Fernández] asumió. El año que viene son las elecciones” - Vecina en asamblea realizada el 16/12/14.

“Si no te la dan el año que viene, fuiste” - Vecina en asamblea realizada el 16/12/14.

⁸⁷ Destacamos el “en muchas ocasiones” ya que en los durante los gobiernos kirchneristas a nivel nacional se llevaron a cabo una multiplicidad de políticas públicas destinadas a lograr una mayor inclusión social.

“Que apuren la construcción de las 35 casas definitivas”- Referente del Club donde se realizaban las asambleas. Reunión de la comisión directiva realizada el 29/09/14.

A su vez, existía el miedo constante de que, por negarse a una doble relocalización, los desalojaran:

“El tema es que no venga Gendarmería” – Vecina en asamblea realizada el 06/12/14.

“No nos van a sacar con la policía” – Vecina en asamblea realizada el 06/12/14.

“Nadie se quiere ir hasta que no esté su casa terminada” - Vecino en asamblea realizada el 06/12/14.

Para algunos actores sociales externos al barrio pero que formaban parte de la asamblea, relocalizar dos veces era “una locura” y apuntaban a que la política pública tenía que ser “igual para todos”.

A pesar de que la negativa a mudarse a casas provisorias duró más de un año, este grupo de habitantes se relocalizó en diciembre de 2015, como veremos más adelante.

4.3.2. ¿Un ensayo de resistencia?

Yeung (1989: 12) indica: “Muchos de los estudios se concentran en la manera como las comunidades se movilizan para resistir a la imposición de la política gubernamental dirigida desde ‘arriba’. Esto es particularmente cierto cuando las decisiones del gobierno involucran la reestructuración física de una comunidad”, como es el caso de Ringuelet. A pesar de que las instancias de participación se debilitaron, no consideramos que haya sido una política “desde arriba” ya que, como aquí veremos, los/as vecinos/as en su organización emergente constituyeron instancias que discutían la implementación de esta política pública.

Quisiéramos aclarar que a la hora de hablar de resistencia en este trabajo se propone no adjudicarle al pueblo un proyecto emancipador: no pedirle que sea revolucionario porque sí ni en-sí-mismo. Como indica Semán (2006: 27): “Hemos visto que lo que resistía al ‘neoliberalismo’ eran concepciones que no siempre eran emancipadoras”. En

numerosas ocasiones, se cree a priori que los sectores populares desean subvertir el orden establecido. Para Míguez y Semán (2006: 20):

La visión teleológica que propone que la cultura que genuinamente representa a los sectores populares es aquella que conduce a la rebelión, introduce dos dificultades. Abre una brecha de discrecionalidad por la que suelen filtrarse las preferencias socio o etnocéntricas del analista (que decide cuáles contenidos son apropiadamente rebeldes y cuáles no) y genera una estrechez de miras que impide un recorte adecuado del objeto.

Martín-Barbero (1991) indica que alejándose de esas identificaciones simplistas que existen dentro del mundo de la investigación, hay otros modos de pensar lo popular como entrelazamiento tanto de sumisiones como de resistencias, de complicidades pero también de impugnaciones.

De acuerdo a este pensador, en relación a los/as pobres sólo se narraba acerca de su resentimiento, levantamientos, sobre una supuesta estupidez o revueltas llevadas a cabo, sin tener en cuenta la vida cotidiana y, mucho menos, la sensibilidad. Si “la diferencia cultural implica una diferencia en las categorías de persona, de sufrimiento, de dignidad” (Semán, 2006: 33), podemos decir que existen variadas representaciones de tales categorías, las cuales han incidido en los modos de actuar de los sujetos, en este caso, en el proceso de reubicación.

Sin tratar de buscar, como señala Garriga Zucal (2008), cuestiones afines a nuestros intereses políticos, ni querer imponer categorías en nombre de una autoridad académica arrogante, como sostiene Bourgois (2006), nos animamos indicar que, en relación a la doble relocalización, los/as habitantes del barrio reunidos en asamblea ensayaron una posición de resistencia colectiva:

“Los que se resisten como nosotros van a ir a la definitiva y los que no se resisten, a la precaria” – Vecina en asamblea realizada el 21/02/15.

“Para mí que acostaron a esos que firmaron” - Vecina en asamblea realizada el 21/02/15.

“Nosotros en la última reunión nos plantamos y les dijimos que no” - Vecina en asamblea realizada el 21/02/15.

“Nosotros nos plantamos acá en la esquina y les dijimos también a ellos [a los/as funcionarios/as municipales y provinciales] que no” –Isabel.

La posibilidad de nombrar la resistencia por parte de los/as vecinos/as abrió puertas para modificar la situación planteada por los/as funcionarios/as. Es decir que durante un lapso de tiempo se movilizaron de forma activa y la asamblea pudo establecerse como un actor social y político capaz de negociar con el Estado. Si bien con el paso del tiempo estos/as sujetos acataron las normas y se mudaron, el rechazo mantenido durante más de un año dio cuenta de que la no aceptación de lo dado modificó las reglas del juego que intentaban imponer las autoridades y dejó en claro que los/as subalternos pueden hablar y de hecho hablan, sobre todo cuando se habilitan espacios de enunciación⁸⁸, como fue la asamblea. De todos modos, parafraseando a Reguillo (2007), podemos pensar que decir la resistencia no equivale a practicarla.

Sabemos, tal como indica Bourgois (2006), que los procesos sociales son mucho más (y menos) de lo que podemos aprehender los/as que nos aventuramos en el campo de la investigación. Pero también pensamos que:

La meta global es alcanzar una perspectiva integral de las lógicas internas y las coacciones externas que inciden en el desarrollo de los procesos locales, y reconocer al mismo tiempo –y con humildad- que las culturas y los significados sociales son fragmentarios y múltiples. En definitiva, que todos somos formados y limitados por las perspectivas de los momentos históricos, y de la inserción social y demográfica que nos toca (Bourgois, 2006: 28).

Si bien ponemos en cuestión el “que nos toca” de Bourgois, porque podemos dejarle al nacer en un contexto determinado algo de azar, pero no nos olvidamos de las condiciones materiales propias de un sistema ni del papel que juegan las políticas públicas –“el individuo inevitablemente nace ya inserto en un contexto de relaciones sociales, el cual además, sea de pobreza o de riqueza, no fue elegido”, dirá Saraví

⁸⁸ Retomando a Spivak, Bidaseca (2013: 5) dirá: “El subalterno es una subjetividad bloqueada por el afuera, no puede hablar no porque sea mudo, sino porque carece de espacio de enunciación. Es la enunciación misma la que transforma al subalterno”. En Bidaseca, Karina. “El pensamiento feminista de Spivak”. Seminario “La Lengua Subalterna. Leer a Spivak”. Universidad Nacional de San Martín. 2013.

(2015: 55)-, coincidimos en el hincapié hecho en el contexto histórico en el que vivimos y que ello incide en la contingencia, muchas veces, de los sentidos.

Percibimos que la pertenencia a la asamblea no tenía por qué generar inmediatamente una cohesión identitaria, ni la producción de vínculos que trascendieran en el tiempo, aunque en muchos casos observamos que hubo solidaridades personalizadas y duraderas, como indicaba Martín-Barbero (1991). Pero se constituyó en una acción colectiva con el objetivo de intervenir para transformar y lograr una mejor calidad de vida, aún cuando ello significó persistir en los márgenes del arroyo sin servicios básicos, con derechos vulnerados, sin saber cuándo se llegaría a la casa definitiva. Recuperamos la idea de que las culturas populares se formaban bajo cierto tipo de dialéctica de transformaciones y permanencias, de negociaciones y resistencias.

Como mencionamos en capítulos anteriores, es importante que tengamos en cuenta que las ciudades latinoamericanas son “autoconstruidas por productores populares” (Valdés, 2014: 52). Tales ciudades están imbuidas por un sesgo neoliberal que incide en las prácticas y vivencias de los actores y son resultado de divisiones en las que conviven los/as propietarios/as de las viviendas y aquellos/as que desean poseerlas. Valdés afirma que en las ciudades neoliberales el eje está puesto en el mercado del suelo. Entonces, si queremos producir transformaciones en nuestras urbes, el Estado tiene que estar del lado de los/as productores/as populares y no del mercado. Además, es fundamental deshacernos –como decíamos en el capítulo II- de la concepción de la llamada ciudad formal como la única legal y hegemónica, excluyendo a los barrios populares porque allí se llevan adelante prácticas distintas de urbanización.

Consideramos que en los sectores populares existe un equilibrio entre la autonomía y el encapsulamiento: no son ni pura creatividad ni una total reproducción, sino que están siempre insertos en relaciones de poder. Por último, vale la pena destacar que para Saintout (2014; s/p) es preciso colocar las luchas en la historia y “asumir que cuando hablamos de lo popular hablamos siempre de subalternidad. Recordar que si hay subalternos hay injusticia. E imaginar que éste sea un tiempo donde es posible esperar algo más que la mera sobrevivencia”. Entonces sí, cada ciudad puede transformarse.

4.3.3. La decisión de abandonar el barrio

Los/as habitantes de 1 a 3, que se resistieron a mudarse durante más de un año, aceptaron vivir en la provisoria de un día para el otro. Podemos afirmar esto porque fuimos a Ringuelet en el marco de la asamblea durante la semana y reinaba la negativa a

la reubicación provisoria y, al domingo siguiente, nos llamaron por teléfono para avisarnos que el viernes 4 de diciembre de 2015 se irían del barrio. El principal motivo para rechazar la propuesta era que pensaban que las casas eran containers y tenían miedo de que los/as dejaran allí, sin darles una vivienda adecuada. Tomaron la decisión de mudarse por fuera del espacio asambleario, es decir, se acordó en una conversación cotidiana e informal ya que concibieron que ir a las viviendas provisorias iba a ser la única manera de acceder a las definitivas:

“Vine a ver la vivienda y bueno veía cosas que se decían que no eran ciertas y bueno y me animé” – Ana.

“Entonces agarré al otro día digo yo me voy, se enojaron conmigo porque yo venía. Después agarraron todos se vinieron atrás mío” – Ernesto.

“Después tuve que querer porque la mayoría quería viste porque nos costaba dejar nuestra casa. Está bien mi casa a veces se llovía, qué sé yo, cuando nos inundamos sí nos inundamos nosotros mucho porque la esquina está en bajada y el agua iba todo así, para 1, yo justo en la esquina” - Juliana.

“Al principio porque uno tiene miedo viste que por ahí viste que te llevan a cualquier lado y después que no cumplen. Pero después viste que empezamos, elaboramos las cosas y nos parecía viste que viniendo íbamos a estar más cerca de la vivienda definitiva. Por eso decidimos venir” – Ana.

“No confiaba en ellos, para qué te voy a decir. En serio, no confiaba porque por ahí nos iba a traer, nos iba a dejar a todos tirados, viste. Porque allá en el barrio nos conocemos todos, a esa cuadra estábamos todos, todos los vecinos, nos conocíamos todos, bueno. Y por ahí uno se va a un lugar nuevo que no conoce y no sabés lo que va a pasar. Era eso mi miedo, así que. Todos los vecinos así que teníamos miedo a eso. Pero después pasó el tiempo, y bueno vimos que está avanzando la obra y bueno ahí nos decidimos y vinimos” - Alicia.

En los relatos anteriores queda de manifiesto cómo, con el paso del tiempo, los/as vecinos/as cambiaron de opinión y concibieron que la mudanza a las viviendas provisorias era una táctica en términos de De Certeau (1996) para poder tener su casa definitiva. A su vez, se observa un cambio de estado: pasaron del temor a directamente

enfrentarse a una situación de riesgo, como era mudarse a otro lugar en el marco de una reubicación incierta. De acuerdo a Segura (2009: 69), el miedo no es “un sentimiento constante y permanente. Por el contrario, es claramente situacional/contextual y, por ende, temporal y discontinuo”.

La dificultad para abandonar el barrio residía, por un lado, en la desconfianza hacia la propuesta del gobierno, sobre todo por el ofrecimiento de containers y la posibilidad de quedarse viviendo allí y nunca acceder a las casas de material; por el otro, por la centralidad otorgada al barrio donde habitaban “como marco organizador de prácticas” (Bonaldi y del Cueto en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 104). Si pensamos en las políticas neoliberales aplicadas y el debilitamiento del mercado laboral, podemos sostener siguiendo a estos/as autores/as, que cuando se pierde el trabajo –como sucede cuantiosas veces- queda el barrio:

Merklen señala que frente al proceso de empobrecimiento y de desafiliación masivo, los sectores populares hallaron en el barrio un refugio capaz de operar tanto como un lugar de repliegue como de inscripción colectiva. Según el autor, este repliegue se habría desarrollado en los últimos veinte años como la principal respuesta de los sectores populares al vacío dejado por las instituciones y la falta de trabajo (Merklen, 2000). El barrio pasó a cumplir funciones que otras instituciones ya no podían cumplir tan eficazmente, a la vez que se convirtió en soporte para una solidaridad de base territorial (Bonaldi y del Cueto en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 103-104).

Podemos inferir que fue tan difícil abandonar el asentamiento de Ringuelet porque el barrio era aquel lugar en donde las personas se reconocían como sujetos y reconocían a sus vecinos/as, además de que podían definirse a partir de la pertenencia a ese territorio, en el que se establecían vínculos con otros/as (Garriga Zucal en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009). Asimismo, otro motivo por el cual fue difícil aceptar la reubicación provisoria fue que a lo mejor “los espacios vacíos están primordialmente vacíos de sentido” (Bauman en Saraví, 2015:159). Si bien consideramos que los espacios vacíos tienen alguna significación y generan diferentes cuestiones (sentidos, emociones, tal como fue la primera visita al barrio cuando nadie lo habitaba), en este contexto podemos pensar que para los/as vecinos/as todo estaba por construirse aunque

no desde cero: se trasladaron los sujetos y las redes de relaciones, pero la apropiación del espacio todavía resulta dificultosa.

5. ¿Por qué no prosperó la asamblea?

Ante un proceso que resultaba nuevo y dificultoso, se fue construyendo la asamblea de los/as vecinos/as que habitaban de 1 a 3. Otros/as habitantes del barrio, por ejemplo los de la canchita, pertenecían a ese espacio pero, dado que el Estado no los incluía en la relocalización inmediata, mermaron su participación. Los/as de atrás de las vías intervinieron en la gestión del proceso por la unidad que existía previo a la reubicación y que, al parecer, se acrecentó luego de la anegación.

A pesar de que durante más de dos años se llevaron a cabo asambleas que, si bien en un principio involucraban a todo el barrio y a funcionarios/as y luego de septiembre de 2014 se redujeron a los/as habitantes de 1 a 3, en mayo de 2016 se realizó la última y allí participaron todas las familias relocalizadas hasta este momento –tanto en las provisorias como en las definitivas- y no hubo intención de volver a juntarse⁸⁹.

Esto plantea un interrogante: ¿por qué no prosperó la asamblea? ¿Por qué los/as vecinos/as no quisieron volver a reunirse? Queremos destacar que nos referimos tanto a todos/as los/as reubicados/as como en particular a quienes antes vivían entre 1 y 3, ya que los/as ex habitantes de atrás de las vías continúan agrupados/as.

Podemos pensar que las experiencias previas de participación fueron claves para este proceso: aquellos/as que ya estaban organizados/as quizás conocían o tenían internalizadas las lógicas organizativas –que no son uniformes pero pueden compartir ciertos rasgos - y, por lo tanto, no se sorprendieron por la complejidad del proceso, por las idas y vueltas, por los desencuentros. Ruiz (2004) explica que las organizaciones que cuentan con una historia previa tienen un capital social y simbólico acumulado que les posibilita ir de lo cotidiano a la gestión del mediano y largo plazo. Como sostienen Forni, Castronuovo y Nardone⁹⁰ (2013: 207) con respecto a su objeto de estudio: un proyecto de semejante magnitud “hubiera sido difícil de llevar a cabo de no haber contado con una organización que lograra transmitir a los vecinos del barrio la idea del proyecto y, en base a relaciones de confianza previas, lograr que los vecinos contribuyeran a su concreción”. Por eso, con los/as habitantes de Ciudad Oculta fue más

⁸⁹ En el próximo capítulo abordaremos la participación en el territorio nuevo.

⁹⁰ Se refieren a la reurbanización en Villa Palito.

sencillo ya que existía de antaño un proceso participativo y organizativo endógeno de los/as pobladores/as. No obstante, en todos los casos el desgaste provocado por la falta de información, las discusiones, la ausencia de respuesta a las notas enviadas, las modificaciones que se fueron produciendo sobre la marcha en torno a la reubicación y las diferencias entre los/as habitantes hicieron que los encuentros dejaran de realizarse. Como afirma un coordinador del taller de cine: “Hay y hubo una pica territorialmente marcada, que lo loco es que después son familias, viste, pero territorialmente estaba la puja (...) Y ahí está cuestión de los supuestos y cómo no nos reconocemos con el otro, la barrera, estigmatizar...”.

En el caso concreto de la asamblea de 1 a 3, si bien es la que más se mantuvo en el tiempo, logrando algunos “triumfos” como fue la negativa a las viviendas provisorias durante casi quince meses, una vez mudados/as perdieron el entusiasmo por juntarse. Hay que tener en cuenta que este grupo no tenía como colectivo muchas experiencias de intervención y la mayoría de sus integrantes sentía un gran descrédito hacia la política y hacia las organizaciones en general. Tampoco había un líder constituido, por donde pasaba la toma de decisiones, aunque ese rol podría especularse que se le había atribuido a una ex militante del Movimiento Evita y a la referente de TECHO, aspecto que en las entrevistas no salió pero lo destacamos por las observaciones participantes en las asambleas. Sin embargo, cuando en 2016 la referente incentivó instancias de encuentro, concurrió sólo una vecina: el hartazgo ganó a la organización. Como sostuvo Leticia:

“La verdad que esta situación en sí de la relocalización me superó, me superó en frustración total. Yo me acuerdo que ya las últimas veces que nos reuníamos nosotros era organizar algo que no era organizable, poníamos objetivos que no existían, era tan frustrante. Vuelvo a lo mismo, para mí me faltaron y nos faltaron muchas herramientas y me ganó la frustración, nunca me había pasado en la vida (...) Éramos los psicólogos de los vecinos, los referentes, éramos todo y yo no podía estar en ese rol si no tenía una respuesta para darles. Era mucho”.

También notamos que al interior de los barrios –tanto en el antiguo como en el nuevo⁹¹– existían cuantiosas divisiones, prejuicios entre habitantes, peleas históricas y relaciones de poder, que en algunos sectores eran muy claras: mientras atrás de las vías Ramiro tomaba las decisiones finales, de 1 a 3 esto se hacía colectivamente. Podemos suponer que toda instancia que pusiera en cuestión las relaciones de poder vigentes y las formas de organización construidas por los dos grupos haría temblar estos espacios de encuentro.

Por otra parte, cabe señalar que el Protocolo de Actuación para Casos de Relocalizaciones -previsto en la Ley de Acceso Justo al Hábitat (sancionada en 2012)-, elaborado por el Consejo Provincial de Vivienda y Hábitat y aprobado por la Subsecretaría Social de Tierras, Urbanismo y Vivienda del Ministerio de Infraestructura y Servicios Públicos bonaerense el 27 de mayo 2016, establece que:

En todos los casos de relocalización se deberá constituir una Mesa de Gestión Participativa, la que constituye el ámbito de “gestión asociada” entre el Estado y los vecinos implicados en la relocalización a través de sus representantes, como espacio de participación ciudadana, de información recíproca y de elaboración de consensos a fin de llevar adelante la totalidad del proceso de relocalización, conforme a los parámetros establecidos por la Ley 14.449 y su Decreto (Boletín Oficial de la Provincia de Buenos Aires, 7 de junio de 2016.).

No obstante, desde la óptica de algunos/as vecinos/as y de las organizaciones, el gobierno provincial y municipal intentó debilitar estos espacios: se proponían hacer mesas de trabajo por separado, sin la participación de referentes de otras organizaciones sociales. También se quiso dialogar uno/a a uno/a con cada vecino/a, todas cuestiones que no fueron logradas. Todo ello nos recuerda a Hall (en Samuel, 1984) cuando afirma que el propósito de la cultura dominante es desorganizar y reorganizar a la popular. Aunque no fue inmediato, con el paso del tiempo se desarticuló el espacio y la asamblea dejó de funcionar.

En el próximo capítulo veremos que ante las problemáticas surgidas en el barrio nuevo existieron algunas instancias de acción colectiva –lo cual nos podría habilitar a pensar

⁹¹ Hablamos de antiguo y de nuevo barrio para hacer más sencilla la lectura, pero luego de todo este recorrido queda claro que muchos encuentros y desencuentros, familiaridad y disputas, continúan en los territorios. El barrio “nuevo” no es completamente nuevo.

en cambio social- vinculadas a la protesta. Pero fueron sólo en momentos puntuales y algunos/as habitantes se quejaron porque eran pocos/as los/as que querían participar.

6. La lógica estatal: participación “aparente y real”

En una entrevista realizada en 2017, el Director General de Inmobiliaria y Social del IVBA, Rubén Opel⁹², manifestó su intención de generar espacios de participación durante todo el proceso. Aclaró que no tenían referentes en el barrio e hizo una distinción entre lo que consideraba participación real (las mesas de gestión) y aparente (las asambleas). Explicaba:

“Cuando yo hablo de participación, hablo de participación en serio. Cuando hablo de participación hablo de gradientes de participación que tienen que ver con la información, la opinión y la toma de decisiones. La toma de decisión es mía. Las instancias de información son necesarias para la comunidad y la opinión es cuando en algunos casos nosotros podremos pedir opinión (...) Se ejecuta en términos de lo que es posible. Esa toma de opinión fue considerada pero por los ámbitos de participación naturales y adecuados a aquello que realmente participaba la gente. La asamblea del Dardo Rocha desde mi punto de vista no asumía esos requisitos”.

El objetivo del IVBA era armar mesas de gestión, incluso antes de dar comienzo a las asambleas, las cuales de acuerdo a dicha entidad fueron incentivadas por las organizaciones –en contraste con lo que dijeron los/as vecinos/as: que las originó el Estado-. Según el relato, la primera vez que el Instituto convocó a un encuentro con las características deseadas fue en la delegación de Ringuelet, pero nadie concurrió. Desde el IVBA se buscaba institucionalizar estos espacios y los/as vecinos/as prefirieron otros ámbitos más “informales”: una casa, debajo de un árbol, etc. Por lo tanto, para el IVBA no fue posible dejar constancia de las reuniones en actas (aunque en algunas asambleas generales ello sí ocurrió ya que los/as vecinos/as nos solicitaron que las escribamos) ni emprenderlas de manera periódica. Su perspectiva indica que propusieron formalizar espacios de participación que fueron rechazados en el barrio.

⁹² Como ya mencionamos, Opel ocupaba ese cargo al comienzo de la relocalización hasta el cambio de gobierno, en diciembre de 2015. Luego, a mediados de 2017 volvió a asumirlo.

De acuerdo al gobierno, estos ámbitos también eran importantes para generar confianza: las “partes” involucradas (el Estado y los/as habitantes del asentamiento) no se conocían. El funcionario entrevistado describió diferentes reuniones mantenidas con vecinos/as: los lugares, los nombres de los/as pobladores/as, su vestimenta (un sombrero de paja, por ejemplo), entre otras características, dando cuenta de que estuvo en el barrio y de que esos espacios existieron. Asimismo, añadió que en procesos como la relocalización la participación era una instancia propia generada desde el Estado, donde éste proponía algunas pautas y los/as demás actores intervinientes las podían aceptar o no.

Las mesas de gestión, entonces, constituirían espacios propicios para una participación real, a diferencia de las asambleas que para el IVBA serían ámbitos de participación “aparente”, “ficticios” e “irreales”. Se establece que esas últimas instancias permitían comunicar o explicar algo, pero no generar confianza entre los involucrados/as, pues lo que se requería era que –en este caso- los/as vecinos/as confiaran en el Estado porque el tiempo de construcción de las viviendas sería prolongado.

Un punto que se resaltó desde el IVBA fue el rol de las organizaciones “que no pertenecían al barrio”: desde su mirada, las asambleas que convocaban dificultaron la reubicación por cuestiones político-partidarias. Es interesante destacar este aspecto porque coincide con lo que planteaban los/as habitantes de Ciudad Oculta en líneas anteriores: que las intervenciones legítimas eran las de los/as vecinos/as y no las de actores externos al territorio. Opel sostuvo:

“Las instancias de participación son de participación multiactoral de aquellos que tienen algo que decir y algo que hacer que son directamente afectados. Y en ese sentido reconozco a cada uno de los vecinos, al Municipio de La Plata, a las organizaciones propias de la comunidad que no había, que no hay, a las propias de la comunidad que habitan acá. No la escuela de no sé dónde o no la cátedra de cine de no sé dónde que no tiene mucho que ver (...) No tengo problema que acompañe pero no forma parte”.

Es decir que para el Estado sólo podían participar en calidad de actores legítimos quienes habitaban el asentamiento. Ello entra en contradicción con la mirada de los/as habitantes de 1 a 3, que valoraban esa participación e incluso la solicitaron en tanto asesoramiento, acompañamiento, discusión de pasos a seguir, etc, y de las mismas

organizaciones, muchas de las cuales –aunque estuvieran integradas por personas que no vivían en Ringuelet y por vecinos/as del asentamiento- se definían como barriales o territoriales, es decir, ponían el foco en la organización popular/vecinal: por ejemplo, el taller de cine mencionado y TECHO.

Podemos inferir que el conflicto más importante surgido entre las organizaciones y el Estado tuvo que ver con el rechazo de la asamblea de 1 a 3 de mudarse a las viviendas provisorias. Por los relatos recavados, desde afuera esto ha sido visto como cooptación o convencimiento de parte de los actores externos (por alguna cuestión político-partidaria, según el Estado, o por buscar el beneficio para su propio colectivo, según Ciudad Oculta) hacia los/as vecinos/as. ¿No implicó ello concebirlos/as como sujetos pasivos que no participaban en la toma de decisiones? No lo sabemos. Pero gracias a las observaciones participantes podemos aseverar que esa negativa a trasladarse constituyó una decisión gestada tanto individual –nadie quería marcharse- como colectivamente (la asamblea) y que el rol de las organizaciones tuvo que ver con acompañar y contener el proceso. De hecho, en una asamblea realizada en diciembre de 2014 Marianela (la referente del Movimiento Evita) señaló: “Con toda la información por escrito, ustedes deciden sin presiones qué es lo mejor para su vida cotidiana”.

Desde el punto de vista del Director del IVBA, “la gente de 1 a 3 empezó a ser muy perjudicada, muy perjudicada. De hecho, antes de irme yo de acá [con el cambio de gestión] vinieron ellos a pedirme ser relocalizados (...) Cuando se ensancha el arroyo de allá, vos tenés una posición intransigente, la verdad que donde se encorseta el arroyo es donde vivís vos. Es un mal negocio, pero bueno, te querés quedar quedate (...) A nadie lo sacamos con la policía, nadie lo intimamos, no pasó nada”. La posibilidad de desalojo a la que se refiere significó un miedo para los/as pobladores/as, aunque pasados los años reconocieron que el Estado no actuó de esa manera y lo valoraron.

Desde el IVBA sostienen que las organizaciones que intervinieron en la asamblea dejaron de participar, “se fueron del barrio”. Tal cuestión, que fue explicitada con antelación, es verídica: por cansancio, por hartazgo o por falta de convocatoria, las organizaciones dejaron de concurrir a las asambleas, aunque continuaron con sus actividades en el asentamiento (pero no en el barrio nuevo): el taller de cine prosiguió, la mesa de trabajo y los espacios educativos de TECHO también, etc.

En síntesis, podemos decir que desde la lógica estatal existen, por un lado, las mesas de gestión (que no se concretaron en tanto espacios institucionalizados pero se asegura que hubo muchísimas reuniones), como instancias participativas reales, abiertas “a los que

son directamente damnificados por la obra” y en donde puede generarse confianza; por el otro, las asambleas, que representan una ficción donde sólo se puede informar pero no participar.

Si analizamos este relato, observamos que la propuesta del IVBA no difería de lo solicitado por los/as habitantes de 1 a 3. Sin embargo, no se comunicó de esa manera, no sucedió así o no fue interpretado de tal forma por la asamblea de 1 a 3. Si desde el Estado realmente se buscó construir tales mesas de gestión –lo cual, como mencionamos, se interpretó como un intento de división del barrio, quizás porque las mesas se proponían por sectores-, primó la desconfianza (que, como venimos comentando, es muy fuerte hacia la política y los gobiernos), los miedos y se generó un problema de comunicación al no poder compartir, llegar a acuerdos más allá de las discusiones, poner en común perspectivas, entre otras.

7. Un caso incierto

Hay un caso que no está claro en el barrio. Se trata de la relocalización a viviendas provisorias de siete familias que, según los relatos registrados durante observaciones de asambleas, “le sacaron las llaves a los del Instituto”. En cambio, una de las vecinas de esta “tanda” describe otra situación:

“Yo llegué acá porque me avisaron un vecino que había reunión y que había departamentos que estaban entregando, que sobraban llaves, eso fue. Departamentos no, las provisorias estas. Y si quería participar de la reunión. Cuando yo vine ahí en el comedor, había mucha gente, yo iba a entrar adentro. Cuando iba a entrar me dijeron ‘no, señor usted no puede entrar’” - Filomena.

Sostiene que no le permitieron ingresar porque era la única mujer en medio de todos hombres. Según su testimonio, uno de los funcionarios le solicitó que confeccionara una lista “de la gente que usted quiere traer”.

-¿Y por qué te pidieron a vos que hicieras la lista?

Filomena: no sé, la verdad que no sé.

-¿No te sonó raro que te lo pidan a vos, digo, si te dejaron afuera del comedor?

Filomena: la verdad que nunca me puse a pensar, te soy sincera, nunca me puse a pensar eso. Pero sí sé que la persona que me llamó para la reunión y que iban a entregar, ahí sí pensé, digo me usaron.

-¿Por qué?

Filomena: porque al ser, cómo te puedo explicar, la persona no digo que soy la súper ni nada, pero nosotros los dos trabajamos, nunca faltamos, (...) entonces era como llevar al frente a unas personas que están bien...

En una charla informal, otras vecinas al referirse a este caso primero afirmaron que “ellos usurparon”.

Si bien no abordaremos el caso con profundidad, la sensación que hay en el barrio es que esta mudanza no fue como las anteriores. En un mensaje de texto que nos envió otro vecino, aseveró: “Las usurpadoras como Filomena se quedan en las precarias” y eso es parte de la misma incertidumbre que hay en todo el barrio: ¿quiénes se van a las viviendas definitivas? ¿En qué orden? ¿Cuándo?

Entonces, notamos que algunos/as habitantes de Ringuelet depositan sobre este grupo de vecinos/as los mismos estigmas que el sentido común levanta como bandera: son intrusos/as, usurpadores/as, ilegales, violadores/as de las normas. Habitan un espacio que no les corresponde, su relocalización es ilegítima.

8. A modo de cierre

¿De qué nos hablan todas estas vivencias? De la diversidad de sentidos en torno a la organización y participación acaecidos en el proceso de relocalización. Se nota claramente que existieron al menos dos experiencias: la de aquellos/as que en otras instancias habían participado en proyectos colectivos y la de quienes nunca lo habían hecho.

En el caso de Ciudad Oculta, decidieron de forma rápida que se marcharían, pues percibieron a la mudanza como una posibilidad de mejorar su vida, de acceder a un hábitat justo, tal como lo planteó Ramiro, quien lideró el proceso a pesar de no tener una robusta experiencia en ese rol, ya que se constituyó como tal hace apenas unos años, después de la inundación. Mientras que este grupo no aceptaba ni legitimaba la participación de personas externas al barrio, los/as habitantes de 1 a 3 la necesitaban, es decir que en algunos casos se priorizó el protagonismo y la toma de decisiones de los/as mismos/as vecinos/as, mientras que en otros se buscó principalmente el asesoramiento y el empuje de “externos/as”. Por último, se tenía una clara conciencia del estigma por la forma en que eran nombrados: “Ciudad Oculta” era eso que no debía verse, que estaba

escondido, sumado a que eran identificados como zona roja por el supuesto peligro de habitar ese espacio.

Por su parte, los/as vecinos/as de 1 a 3 pasaron de la desconfianza ante la novedad que implicaba la presentación del proyecto, al entusiasmo y finalmente al miedo generado por las viviendas provisorias. Se le otorgó un lugar preponderante a la asamblea como forma de organización, aunque una vez que se mudaron dejaron de atribuirle tal sentido a pesar de que aún había cuestiones para reclamar y negociar con el Estado. La asamblea fue experimentada con altibajos: en algunas ocasiones con alegría y expectativa, mientras que en otras con bronca, con temores. Las significaciones otorgadas a este espacio tuvieron que ver con la posibilidad de conocer a otras personas, recibir asesoramiento, discutir y acordar, darse fuerza para resistir y concurrir a lugares tradicionalmente vedados desde su propia óptica, como la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires, lo cual permitía sentir que participar daba prestigio. Sin embargo, decidieron mudarse sin conversarlo en el marco de la asamblea. Lo acordaron algunas familias y las demás tuvieron que acatar y mudarse: quedarse significaba que el miedo a la topadora se hiciera cada vez más real, pero también, ante la destrucción de las viviendas lindantes, aparecieron ratas y otros peligros cotidianos a los que nadie quería exponerse.

Una cuestión que los dos grupos compartieron fue el respeto a la vecindad porque habitar próximo al vecino/a, al pariente, al conocido/a daba la sensación de seguridad, de sentirse protegido/a en un territorio incierto al que había que llenar de sentidos.

9. Bibliografía

- Alabarces, Pablo; Salerno, Daniel; Silba, Malvina y Spataro, Carolina, “Música Popular y resistencia, los significados del rock y de la cumbia” en Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela (compiladores): *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*, Buenos Aires, Paidós, 2008.
- Bayón, María Cristina. “Las representaciones de la pobreza y la construcción de la otredad”. En: *La integración excluyente*. México: Bonilla Artigas. IIS-UNAM. 2015.
- Bourgois, Phillippe, ‘Pensando la pobreza en el Gueto: Resistencia y Autodestrucción en el Apartheid Norteamericano.’ *Etnografías Contemporáneas*. Año 2 N°2, 2006.

- De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano I*. Universidad Iberoamericana, México, 1996.
- Forni, Pablo, Castronuovo, Luciana y Nardone, Mariana. “Ni piqueteros ni punteros. Procesos de organización comunitaria durante el kirchnerismo. El caso de la urbanización de Villa Palito, La Matanza”. En *POSTData* 18, N°2, Octubre/2013.
- Garriga Zucal, José. “Ni ‘chetos’ ni ‘negros’: roqueros”. En *Revista Transcultural de Música*. 2008.
- Grimson, Alejandro, Ferraudi Curto, María Cecilia y Segura, Ramiro. *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo Libros. 2009.
 - Bonaldi, Pablo y del Cueto, Carla. “Fragmentación y violencia en dos barrios de Moreno”.
 - Borges, Antonádia. “Epílogo”
 - Diez, Patricia. “Mecha en el barrio: situaciones dilemáticas y drama social entre demandas morales”.
 - Garriga Zucal, José. “La Quema”.
 - Grimson, Alejandro. “Articulaciones cambiantes de clase y etnicidad: una villa miseria de Buenos Aires”.
 - Segura, Ramiro. “*Si vas a venir a una villa, loco, entrá de otra forma*. Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del gran Buenos Aires”.
- Hall, Stuart, “Notas sobre la deconstrucción de lo popular”. En Samuel, Raphael (ed.) *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984.
- Hebdige, Dick. *Subcultura. El Significado del Estilo*. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- Márquez, Francisca. “Identidad y fronteras urbanas en Santiago de Chile”, en *Psicología em Revista*, Belo Horizonte, 10(14): 35-51. 2003.
- Martín-Barbero, Jesús. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, Cultura y Hegemonía*. Gustavo Gili, México, 1991.
- Míguez, Daniel y Semán, Pablo “Diversidad y recurrencia en las culturas populares actuales”, en *Entre Santos Cumbias y Piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Biblos, Buenos Aires, 2006.

- Protocolo de Actuación para Casos de Relocalizaciones en el Boletín Oficial del 7 de junio de 2016.
- Reguillo, Rossana. *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Grupo Editorial Norma, Colombia, 2007.
- Rodríguez, María Graciela. “La pisada, la huella y el pie”, en Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela, (comps.): *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*, Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Ruiz, Violeta. *Organizaciones comunitarias y gestión asociada. Una estrategia para el desarrollo de ciudadanía emancipada*. Paidós, Tramas Sociales. Argentina, 2004.
- Saintout, Florencia. “Las culturas populares en la televisión”. Publicado en *Página 12* el 4/12/2014. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/2-34150-2014-12-04.html> Consultado en diciembre de 2014.
- Saraví, Gonzalo. *Juventudes Fragmentadas: Socialización, Clase y Cultura en la Construcción de la Desigualdad*. FLACSO. México, 2015.
- Segura, Ramiro. “Paisajes del miedo en la ciudad. Miedo y ciudadanía en el espacio urbano de la ciudad de La Plata”. En *CUADERNO URBANO. Espacio, Cultura, Sociedad* - VOL. 8 - N° 8 (Octubre 2009) pp. 59 - 91. ISSN 1666-6186. Resistencia. Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-36552009000100003
- Semán, Pablo. “Introducción”. En: *Bajo Continuo: exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*. Editorial Gorla, Buenos Aires, 2006.
- Silba, Malvina y Spataro, Carolina. “Cumbia nena. Letras, relatos y baile según las cumbianteras” en Alabarces, Pablo y Rodríguez, María Graciela (compiladores). *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*, Buenos Aires, Paidós, 2008.
- Silverstone, Roger. *De la sociología de la televisión a la sociología de la pantalla. Bases para una reflexión global*. 2007. Disponible en: http://www.infoamerica.org/documentos_pdf/silverstone03.pdf
- Uranga, Washington. *Cuadernos de cátedra n° 1*. Taller de Planificación de Procesos Comunicacionales. FPyCS-UNLP. 2012.

- Valdés, Roberta. “Lineamientos teóricos/políticos acerca de la producción social de sentido del espacio urbano popular”. *Revista Question*. Instituto de Investigaciones en Comunicación, FPyCS-UNLP. Vol. 1. N° 41 (enero-marzo 2014). Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/2099> Consultado en marzo de 2015.
- Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Ediciones Península. España, 2000.
- Yeung, Yue-man y otros. *Participación Comunitaria en la Prestación de Servicios Urbanos en Asia*. Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo. Canadá, 1989.

CAPÍTULO VII

Sentidos contruidos en torno a la
relocalización: habitar la casa y el
barrio nuevos

EJE I



1. Introducción

El presente capítulo tiene como objetivo analizar las transformaciones en los modos de habitar de los vecinos y vecinas antes, durante y después de la relocalización. Además, nos proponemos indagar en las transformaciones de sentidos sobre las acciones cotidianas a partir de este proceso y conocer la apropiación del espacio en clave subjetiva individual y comunitaria de los/as habitantes.

Este capítulo se divide en dos partes: en la primera, analizaremos la relocalización en sí misma. Allí indagaremos la mudanza, los sentidos construidos en torno a los dos barrios, a las casas y la vida cotidiana en el territorio relocalizado. En la segunda, nos detendremos a pensar las formas de participación en el espacio nuevo y los sentidos y vínculos con el Estado generados.

Consideramos fundamental hacer un análisis desde la vida cotidiana porque allí se condensan cuantiosos sentidos y significados que le damos al mundo, porque hay certezas que no se discuten y que constituyen nuestro sentido común. Para Reguillo (2005) la vida cotidiana es una perspectiva –no un contenido- que posee una dimensión productiva y constitutiva que es inestimable analizar: hay que reconocer el valor de las emociones, los lazos sociales y las acciones que se llevan a cabo a diario. En palabras de la investigadora: “Resulta urgente hacerla salir de la clandestinidad, desplegar su potencia a través del análisis, como condición necesaria para comprender lo social” (Reguillo, 2005: 315).

Implica no sólo reproducción social, sino también permite una reapropiación de nuestra existencia. Señala Reguillo (2005: 313): “En la vida cotidiana el dato social, el dato sobre el mundo adquiere significación, fecundando por la intersubjetividad, el valor de ese mundo”. Por eso, partimos del supuesto de que las relaciones que los sujetos forjan con el espacio no son neutrales, sino que constituyen un elemento significativo para la interpretación de la realidad y para la vida cotidiana.

Tanto las inundaciones –como ya explicamos en el capítulo IV- como la relocalización trastocaron ese orden cotidiano: la mudanza a otro territorio dio lugar a que se produzcan rupturas y transformaciones, pero también, fue necesario reconstruir las prácticas cotidianas, rehacerlas desde otro espacio habitado, de modo que se mantuvieron elementos (por ejemplo, las rutinas y el paso por ciertas instituciones) pero resignificados. Para Cravino y González Carvajal (en Cravino, 2012: 172), los procesos de transformación territoriales son relevantes no sólo por las cuestiones físicas que se modifican, sino especialmente en aquellos aspectos vinculados a los modos de vida e

interacciones: “Nos sitúa frente a procesos complejos, ciertamente no lineales, y que atraviesan casi todos los aspectos de la vida de sus habitantes”.

2. ¿Cómo fue la relocalización?

Algunos/as habitantes del barrio sostienen que fue la primera vez que escucharon hablar de una relocalización en Ringuelet. Otros/as, en cambio, comentan que han sido censados en cuantiosas oportunidades, que han existido otros proyectos pero que nunca se concretaron. Por lo tanto, es importante la pregunta acerca de los motivos por los cuales a partir de 2014-2015 la reubicación se lleva a cabo. Como decíamos en el primer capítulo, a partir de los testimonios establecemos que se produce por las inundaciones, por la necesidad de ensanchar el arroyo El Gato y, en algunos casos, por la electrificación de las vías del tren General Roca⁹³.

En un principio se realizó un censo para conocer a la población y se llevaron a cabo asambleas. En este punto cabe subrayar que las experiencias vividas por los/as habitantes de Ringuelet fueron distintas. Por un lado, quienes vivían en la calle 514 entre 1 y 3 rechazaron durante más de un año la mudanza a casas provisorias, mientras que los/as habitantes que vivían sobre esa misma calle entre las vías del tren y la autopista (en la zona conocida como Ciudad Oculta) decidieron rápidamente marcharse a las transitorias. Vale recordar que las primeras familias que se mudaron en marzo de 2015 a las provisorias, en noviembre de ese año fueron a las definitivas, mientras que el grupo de 1 a 3 se relocalizó a las casas transitorias –donde antes vivían los/as primeros/as reubicados/as- en diciembre de 2015.

Los/as relocalizados/as son habitantes del asentamiento de Ringuelet que fueron censados y que vivían a la vera (o muy próximos) del arroyo El Gato: es decir, el criterio del Estado para la reubicación tenía que ver con vivir pegado al curso de agua debido a que se requerían efectuar obras. El orden en que se mudaron no fue tal cual lo esperaban desde el Estado: querían comenzar por una parte del barrio que durante un año y medio se negó a ser relocalizada a viviendas provisorias –o “precarias” como las llaman los/as vecinos/as e incluso los/as funcionarios/as-, por lo que debieron empezar

⁹³ Hemos visto que las noticias sobre la relocalización hacen hincapié en las inundaciones y no en la electrificación del Ferrocarril. Compartimos algunos links: TELAM (<http://www.telam.com.ar/notas/201505/106145-avanza-la-localizacion-de-familias-que-habitan-cerca-de-un-arroyo-inundable-de-la-periferia-de-la-plata.html>); página de Luciano Martini (http://lucianomartini.com.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=302:entregan-las-primeras-11-viviendas-a-familias-que-viven-a-la-vera-del-arroyo-el-gato-&catid=6:slider-home); laplataYA.com (<http://laplataya.com/wp/entregaron-nuevas-11-viviendas-a-vecinos-del-arroyo-el-gato/>)

por quienes habitaban detrás de las vías del tren y próximos al arroyo, en Ciudad Oculta.

Nos gustaría destacar que en 2017 los/as vecinos/as reubicados/as están viviendo en un barrio que aún sigue en construcción: no hay asfalto ni servicios de buena calidad y continúan las obras de viviendas. Entonces, las esferas de producción y consumo (Lins Ribeiro en Bartolomé, 1985) coinciden, pues mientras se construye el barrio, se utiliza el mismo espacio. Esto es sumamente significativo debido a que hay que considerar la articulación de las casas con la trama urbana donde se hallan insertas –en este caso, el barrio- y “no tener en cuenta la infraestructura urbana y social contribuye a exacerbar cánones de segregación socio-urbana por sobre objetivos de integración social, habilitando el acceso al derecho a un techo, pero no a una vivienda-hábitat (...) y menos aún al derecho a la ciudad” (Zapata, 2017: 332).

Como ya señalamos, Cravino y González Carvajal (en Cravino, 2012) indican que los procesos mediante los cuales se intervienen villas para construir viviendas e infraestructura adecuada en un barrio impactan no sólo en el aspecto físico del territorio sino también en las formas de vida de los/as habitantes. Es decir, podemos pensar que la relocalización como práctica implica un cambio social, que no siempre es deseado. Si bien el caso estudiado se trata de la reubicación de un asentamiento, compartimos que los procesos de transformación urbana y social remueven estructuras de sentidos y posibilitan la construcción de acuerdos nuevos sobre las maneras de habitar los territorios, tal como planteamos en el capítulo I. Las autoras destacan que en lo urbano juega un papel central lo social, político y simbólico, que muchas veces es desestimado desde las políticas públicas.

La relocalización surgió luego de las inundaciones de abril de 2013, que trastocaron los modos de vivir en la ciudad de La Plata. Por lo tanto, se trata de una política pública que tiene como objetivo mejorar las condiciones de los/as vecinos/as de este barrio en lo que respecta al hábitat. Como señalan las autoras, cuando se implementa una política se encuentra “con un conjunto de prácticas sociales que encierran sentidos significativos acerca de la cuestión habitacional que no necesariamente coinciden con aquellos desde los cuales se pensaron y diseñaron dichas políticas” (Cravino y González Carvajal en Cravino, 2012: 172), por lo que, siempre hay un grado de incertidumbre en estos procesos y la relocalización cobra otros significados a partir de las interacciones sociales, las prácticas y los modos de habitar y de apropiarse del espacio de los/as

vecinos/as. Además, implica una transformación de la vida, de la cotidianidad, del trabajo, las redes, etc.

3. La lógica estatal: “sucesivas aproximaciones”

Antes de ahondar en los relatos de los/as habitantes, nos parece imprescindible incorporar la perspectiva estatal a la hora de analizar la relocalización, ya que cobra otros sentidos.

De acuerdo al Director General de Inmobiliaria y Social del IVBA, Rubén Opel, el objetivo de la reubicación era generar “una solución habitacional definitiva, digna, a aquellas familias que estaban asentadas en la vera del arroyo El Gato y a partir de la obra hidráulica no sean perjudicadas por ella”. Realizó un diagnóstico sobre el territorio, definiendo al barrio como un “asentamiento por adición: todos los días se fueron agregando, en el devenir histórico, viviendas una al lado de la otra. Entonces esa longitudinalidad establece una estrategia de ocupación del territorio en forma irregular distinta de cualquier tipo de asentamiento. Esta tenía más una lógica de villa (...) No era una villa, pero la lógica de ocupación”⁹⁴. Por lo tanto, la relocalización implicó partir de esa lógica, con un borde de arroyo “inestable” y seis empresas trabajando en la obra hidráulica, que conducía todo el proceso.

Debido a la existencia de variables inestables, la lógica de intervención del Estado fue la de “sucesivas aproximaciones”, tal como la definió Opel, para poder abordar las incertidumbres del proceso y evitar la paralización de las obras hasta que las empresas determinaran con exactitud tales variables.

El IVBA estableció que la unidad de análisis sería la vivienda y no la familia⁹⁵, se lo comunicó a la comunidad y realizó un censo para relevar qué estaba catastrado y qué no. Luego se publicaron los listados para que los/as habitantes del asentamiento se encontraran en tal documento y estuvieran informados/as. Un punto a destacar fue que las viviendas se construirían de acuerdo a la situación censada.

⁹⁴ Cabe destacar que en el Registro Público Provincial de Villas y Asentamientos Precarios este territorio figura como “villa”.

⁹⁵ Amplía el entrevistado: “¿Qué era una vivienda? ¿Y qué es una vivienda para un asentamiento en algunos lugares tipo villa? Una vivienda es aquella construcción de cualquier tipo, de cualquier tipo, que también es una definición, que tenga un ambiente, cocina y baño. ¿Y qué es una cocina y qué es un baño? Un baño en términos de la ciudad formal no lo vamos a encontrar, entonces baño era cualquier lugar donde, mejor dicho, cualquier cuarto tipo retrete que sea exclusivo de la familia. Y cocina era un lugar donde sea capaz de cocinar su comida, pero que no dependa del vecino, aunque sea un brasero. Eso es una unidad vivienda”.

Desde el IVBA segmentaron el barrio por calles y cuantificaron de forma aproximada el número de familias que estaban asentadas: detrás de las vías del tren, entre 1 y 3, La Isla⁹⁶, entre otras, pero aseguraron que los/as vecinos/as no se representaban por esos fragmentos. De todos modos, tal segmentación fue retomada en esta tesis para abordar la relocalización por dos motivos: (1) debido a que las mudanzas se dieron por etapas, coincidiendo con esos tramos, y los modos de organización previos se generaron a partir de esta segmentación y por los motivos planteados en el capítulo anterior y (2) porque mientras Ciudad Oculta (detrás de las vías) era un grupo consolidado, con lazos estrechos no sólo de vecindad, sino también familiares y laborales, los/as vecinos/as de 1 a 3 si no se conocían, constituyeron vínculos a partir de este proceso. Por lo tanto, significaban dos referentes empíricos distintos, con cuestiones en común, para efectuar el análisis.

Un punto sumamente valioso fue la elección del terreno donde se construiría el barrio nuevo. Desde el Estado barajaban varias posibilidades. Entre ellas, podemos mencionar: un terreno en Melchor Romero⁹⁷; dividir el barrio y relocalizar las casas en lugares distintos ya que por la lógica de ocupación longitudinal mencionada las relaciones eran contiguas (según el diagnóstico del Estado); un terreno cercano, donde finalmente se mudaron. Dialogaron con algunos/as habitantes del asentamiento y, a partir de ahí, relevaron que “primero no se querían relocalizar, y segundo [planteaban] la no pérdida de las relaciones que tenían con el equipamiento, la escuela principalmente y el de salud, que era muy buenos para ellos. Bueno entonces eso primó bastante (...) fue bastante importante para nosotros”, aclara Opel. Así, el Estado decidió armar un proyecto urbanístico en un área contigua para que no se perdieran los lazos sociales: además de lo mencionado, había vínculos con iglesias, clubes de fútbol, etc.

Relocalizar en Melchor Romero hubiera sido más rápido y más barato. Sin embargo, se hubieran perdido los lazos sociales. Por lo tanto, decidieron priorizar tal aspecto, a pesar de que “el terreno ese no era el más apto para relocalizar a la gente (...) hoy es espectacular el terreno. Pero el acondicionamiento del sitio fue oneroso para la Provincia”, detalla Opel⁹⁸.

⁹⁶ La Isla es un asentamiento ubicado sobre la calle 515 del otro lado de la avenida 7 (en dirección ascendente).

⁹⁷ Localidad que se halla a más de nueve kilómetros de Ringuelet.

⁹⁸ En una nota publicada por *El Día* el 25 de septiembre de 2016 se afirma: “El plan de construcción de casas para esas dos mil personas se puso en marcha a fines de 2014, y el predio elegido, con la idea de atenuar el desarraigo, fue uno cercano: el de 1 y 514, en las inmediaciones del Mercado Regional La

Lo que nos interesa señalar es que los/as vecinos/as pudieron incidir (no definir, como aclaran desde el IVBA) en la elección del terreno. Destacamos ello porque durante la relocalización, como hemos visto, no siempre existieron tales posibilidades de participación e incidencia pero esta instancia constituyó un aspecto central ya que la ubicación del barrio y de la vivienda organiza las prácticas cotidianas de las familias involucradas.

Desde el Estado se aclara que la lógica de relocalización fue igual para todos/as: los/as habitantes del asentamiento debían mudarse primero a viviendas provisorias y luego a definitivas, aunque existieron excepciones cuando alguien no quiso trasladarse o cuando quedó una casa vacía. Las viviendas transitorias fueron, en nuestro análisis, un punto clave, pues como detallamos en el capítulo anterior dieron lugar a conflictos que se extendieron durante más de un año. Por eso, nos interesó entender la lógica estatal a la hora de implementar esta política de tal manera.

De acuerdo al IVBA, las provisorias tenían que ver con la obra hidráulica (que era la que conducía la reubicación y al comienzo del proceso se desconocía a cuántas viviendas iba a afectar) y les permitió comenzar a intervenir sobre una gran incertidumbre para construir dato, dependiendo de los actores y factores involucrados: Hidráulica, las empresas encargadas de la obra del arroyo, las cuestiones dominiales y catastrales, etc. Opel profundizó:

“Sobre esas incertidumbres que son múltiples yo tengo que generar un proceso de sucesivas aproximaciones que me permita empezar a construir un dato, que es la familia (...) Yo quiero saber si la familia de Juana se va o no se va, porque cuando llego a lo particular yo le tengo que decir sí o no porque genero tanta incertidumbre que es infernal. Entonces, bueno ¿cómo hago para minimizar eso? Entonces yo tengo que buscar alguna lógica y esto significó un fuelle entre lo que necesitaba hidráulica -que vaya relocalizando- y la construcción de las viviendas definitivas. Las transitorias fueron un fuelle (...) que permitió la no paralización”.

También se destacó la relevancia del interés general (el de la ciudad de La Plata) respecto del particular (el del asentamiento): desde el IVBA aseguraron que el primero

Plata”. Disponible en: <http://www.eldia.com/nota/2016-9-25-la-mudanza-de-las-familias-que-viven-a-la-vera-de-el-gato-se-terminaria-en-7-meses>

tenía que ver con que los/as vecinos/as del barrio se mudaran para realizar la obra hidráulica, por lo tanto, la construcción de la misma constituyó una prioridad.

En esa línea, el Director de Inmobiliaria y Social del IVBA desplegó un mapa y señaló con precisión los sitios por donde pasaba la restricción de la obra hidráulica en el anteproyecto presentado años atrás. Enfatizó que, a pesar de ese plano, el IVBA decidió censurar a toda la población que vivía en los márgenes de El Gato y manifestó, otra vez, la incertidumbre del proceso: “Nosotros trabajamos, ¿o no? Porque esto se definió hace una semana. Yo tendría que empezar a construir la vivienda a partir de hoy en el barrio, ¿a usted le parece? ¿Qué le explico a la sociedad platense? ¿Que en realidad ese interés general hasta que no me definió esta ‘linita’ yo no pude intervenir? ¿Se entiende? ¿Cómo se explica eso socialmente?”, se preguntó Opel y agregó que las sucesivas aproximaciones permitieron avanzar con las obras, caso contrario se daría comienzo a las mismas durante 2017 (cuando se definieron las cuestiones aludidas) y necesitarían cuatro años más para construir las viviendas y el barrio nuevo. Sin embargo, hay que subrayar que no todo resultó tal como, al parecer, esperaban porque con la negativa de los/as habitantes de 1 a 3 a mudarse a las casas provisorias durante casi quince meses no se pudo avanzar por esa etapa de la obra hidráulica (sí por otras).

A partir de lo anterior, observamos que lo que para los/as habitantes del barrio fue percibido como una política innecesaria o inexplicable —“Si pueden hacer una provisorio, ¿por qué no pueden hacer una definitiva?”, fue una pregunta oída en más de una asamblea-, para el Estado tuvo un sentido fundamental para poder continuar la obra hidráulica, aunque ello no haya sucedido en ese momento⁹⁹.

Desde el Estado se remarca que el objetivo final de la relocalización es garantizar que las familias habiten las viviendas definitivas y que las transitorias son, como su nombre lo indica, una cuestión momentánea, del “mientras tanto”.

⁹⁹ Al respecto, una nota del diario *El Día* publicada el 16 de septiembre de 2017 retoma un informe de la Asamblea de Inundados y afirma que las obras debían estar terminadas en diciembre de 2016. Agrega: “Las obras en el arroyo Del Gato tienen un progreso del 78%, pero advirtieron que ‘sigue habiendo una gran lentitud entre camino Centenario y las vías del ferrocarril, donde se avanzó sólo el 26% (...) Los nucleamientos vecinales alertaron que el arroyo Del Gato, principal desagüe pluvial de la Ciudad, presenta entre el camino Centenario y las vías del ferrocarril Roca, un cuello de botella entre el cauce ensanchado y el viejo. En ese tramo, denuncian, el avance de las obras es ‘bajo’”. Disponible en: <http://www.eldia.com/nota/2017-9-16-3-38-27-el-avance-de-las-obras-hidraulicas-eje-de-un-cruce-entre-asambleistas-y-la-provincia-la-ciudad>

4. La mudanza

Aquí analizaremos la mudanza a las viviendas provisorias ya que en esos momentos “se condensan expectativas, emociones, miedos y ansiedades” (Cravino y González Carvajal en Cravino, 2012: 180) y hay que tener en cuenta que algunas personas habitaron en el asentamiento mencionado por un tiempo prolongado, incluso durante cincuenta años. Además, no se abandona únicamente la casa “sino sus recuerdos, la sociabilidad y los lazos generados a su alrededor, ‘lo conocido’, lo ‘autoconstruido con tanto esfuerzo’, la vida con los vecinos, su identidad, entre otras cosas. Todo esto se juega para los vecinos a la hora de demoler sus casas” (Cravino y González Carvajal en Cravino, 2012: 180-181).

En el caso de la reubicación de Ringuelet, es importante recordar que los/as vecinos/as fueron trasladados a viviendas transitorias para luego ir a las definitivas. Hacia mediados de 2017 treinta familias habitaban en casas de material y cerca de setenta y cinco en las provisorias. Muchas de ellas consideraban que vivían en mejores condiciones en el asentamiento ya que sus antiguas casas eran más amplias y algunas de material, pegadas al arroyo pero en zonas asfaltadas y con la relocalización residían en espacios pequeños, continuaban sin servicios de buena calidad y cada vez que llovía no podían salir de sus viviendas ya que había muchísimo barro.

Queremos destacar que previo a la mudanza se acordó mantener la localización de las casas tal cual estaban en el primer barrio. Ello favoreció no sólo la reubicación sino también el sostenimiento de los lazos de vecindario que los sujetos habían forjado previamente. Pero también se acentuaron las diferencias porque, si bien se respetaron las cuadras, aconteció una proximidad mayor entre vecinos/as que antes estaban alejados/as de forma más clara: específicamente, el conflicto existente surgió en torno a las familias que se dedicaban a cartonear. A los/as demás les molestaba dicha actividad y sus consecuencias –acumulación de basura, malos olores, etc- y solicitaron al gobierno provincial la edificación de un galpón donde guardar los residuos, según comentaron. Más adelante, abordaremos este conflicto con detenimiento.

Sobre la mudanza, podemos decir que las percepciones de los/as vecinos/as varían de acuerdo al momento en que se produjo. Entre los primeros en irse (marzo de 2015) se encuentra Horacio, quien sostuvo que “el municipio se portó muy bien (...) Aparte traían gaseosa y todo eso para la gente. Y puso gente”. Luego agregó que la delegación ayudó a cargar los muebles y que el puntero de ese espacio les “dio una gran mano”. La misma valoración hizo Antonia, quien indicó: “Cuando nos mudamos de Ciudad Oculta

fue bien, porque nos mandaron camiones (...) Fue ordenado, nos ordenamos entre las familias. Ponele yo acomodé un día antes, lo saqué afuera, primero me llevan mi viaje, mientras que vos vas ordenando siguen con vos...”. Además de los camiones –puestos por el delegado municipal y el IVBA-, muchos/as vecinos/as contaban con el carro de los caballos para hacer el traslado de los objetos más livianos. Ramiro, por su parte, cedió su camioneta y comentó que el municipio envió a trabajadores/as para ayudar con la mudanza. Al respecto, Horacio explicó que había ancianos/as en el barrio y que no tuvieron que hacer nada: “Vino toda la delegación a cargar todos los muebles”.

Josefa se mudó en diciembre de ese año. Para ella el papel desempeñado por los gobiernos en esa instancia fue distinto:

“Como igual cuando me sacaron de allá, yo digo por un lado tienen que ir y avisar y un día, dos. Nos dijeron que teníamos que irnos, que teníamos que irnos, que teníamos que irnos. Que ya venía la empresa de la vía y no nos dieron tiempo a nada. Encima llovía. Porque nos dijeron que entraban los camiones del Instituto de la Vivienda. Al otro día que llovía y todo, vinieron a decir que no, que no había camiones. Yo me pagué el flete para venir acá, a mí no me trajo el Instituto de la Vivienda. Si yo quería me empacaba ahí y me quedaba ahí. Y encima no te dejaron sacar nada”.

Blanca se mudó el mismo día que Josefa e hizo una apreciación similar. Recuerda que estaba por llover y tenía miedo de que se le mojaran las cosas que ya había sacado afuera, como los colchones y la heladera: “Fue un caos, un caos. Primero pagamos un flete porque nos habían dicho que no alcanzaban los camiones del Instituto de la Vivienda”.



Fotografía tomada el 4 de diciembre de 2015. Los/as vecinos/as sacan sus muebles y esperan para llevarlos a sus nuevas casas.



Zunilda observa el camión del flete que lleva sus pertenencias. Imagen tomada el 4 de diciembre de 2015.

En el caso de Juliana, destacó que había mucho barro y que a su familia –compuesta por ella, tres hijas adolescentes y un hijo chiquito- sólo las/os ayudaron los coordinadores del taller de cine Diego Rodríguez. Necesitaba que su hija, de quince años y a punto de ser mamá, la ayudara a recordar porque aseguraba no tener memoria para estas cosas. La joven, por su parte, aclaró que fue “re feo” y todo muy rápido, “a las apuradas”. Ernesto también contó que andaban “a las disparadas” porque en una mañana, con la camioneta de otro vecino, mudaron cuatro casas completas.



Los/as vecinos cargan sus muebles en una camioneta. De fondo se aprecian las vías del tren. Imagen tomada el 4 de diciembre de 2015.

Aunque esclarece que le agrada vivir en este nuevo territorio, Alicia expresa cierta melancolía por haber dejado el antiguo barrio: “No me gustaba ese día mudar. Yo estaba preparando las cosas contenta pero justo llega ese día y dije: ‘No me quiero ir otra vez’”, ya que se ha mudado en reiteradas oportunidades y migró de Paraguay a Argentina. Comenta que se quedó hasta último momento en el antiguo barrio, que aunque vio camiones del Instituto, ella y su marido se mudaron por su cuenta y que fue muy movilizante el traslado: “Me estresé tanto”. En ese relato se manifestó lo que plantean Cravino y González Carvajal (en Cravino, 2012: 180) en sus propias indagaciones: “El temor y la tristeza de dejar la vivienda en donde en algunos casos las

familias habitaban hacía más de cincuenta años, genera sentimientos encontrados entre querer y no querer abandonarla, incluso aunque esto implique un mejoramiento en su calidad de vida”.

En el caso de Filomena, una de las mujeres que según los/as demás vecinos/as tomó las llaves de las casas, también tuvo que pagar el flete: “Decían que no había camiones porque era todo de apuro”.

Muchos/as vecinos/as comentaron que el IVBA no colaboró y que tuvieron que abandonar muebles porque no les entraban en la casa transitoria. Lo mismo ocurrió con los materiales: el apuro de la situación impidió el rescate de chapas y/o maderas en algunos casos, aunque en otros sí lo lograron. Blanca dejó cuatro placares, Estefanía un espejo grande, Josefa todo el techo. Unos/as habitantes de Ciudad Oculta dejaron gallinas: los/as niños de la zona de la canchita las agarraron y las vendían a siete pesos en el barrio.

Alicia pudo llevarse las chapas, Ernesto las aberturas y Horacio repartió materiales entre quienes no se mudaban: “Saqué parte del techo y lo demás lo tuve que dar a otra gente que no tenía nada, que vive por allá. Entonces lo llamé y les dije si necesitaban paredes, madera. Había gente que no tiene nada y que no le toca esta casa. Entonces fui a ver y les dije: ‘Miren, todo lo que puedan sacar, saquen’. Y había tirantes buenos, pero yo para qué los iba a traer si yo ya tenía una casa. Y hay gente que no tiene”.



Un vecino desarma su casa de madera y chapa para llevarse los tirantes. Fotografía tomada el 4 de diciembre de 2015.

Pudimos participar en la mudanza realizada el 4 de diciembre de 2015. Entre las notas de campo, hallamos algunas percepciones que difieren de los recuerdos de los/as habitantes de Ringuelet:

Hoy se relocizaron varias familias después de un año y meses de resistencia. La trabajadora social me dijo: “Pensé que se iban a resistir más”. El viernes pasado fuimos al barrio y nos comentaron que habían pasado los trabajadores sociales para preguntar si se querían ir o no: ellos/as se negaron. Además, en el último tiempo hubo tiroteos en el barrio nuevo.

El domingo los/as vecinos/as fueron por su cuenta, hablaron con quienes están en las provisorias y en las definitivas, y decidieron que se iban. El lunes fueron al IVBA, hablaron con un funcionario, que no podía creer esta noticia. “Nos trató re bien”, me dijo Ana.

Hoy, durante la relocización, muchos estaban contentos. Juli tenía una sonrisa que jamás le vi. Gustavo estaba borracho y según Ana “lloró toda la noche”. Él dice que son muchas sensaciones, que crió a su hija en ese barrio, que capaz no hizo bien en firmar para irse.

Ese mismo día, fuimos al barrio nuevo para acompañar a los/as vecinos/as cuando llegaban a sus casas. En las notas de campo, decíamos:

[Con Zunilda] nos íbamos a ir en camión al barrio nuevo pero no nos esperó, le propongo ir juntas caminando y no quiere. Entonces, me voy sola caminando al otro barrio. En la calle para ingresar hay mucho olor a bosta: hoy es un día de tremenda humedad y calor. No puedo encontrar la casa de Ana, le pregunto a varios/as vecinos/as hasta que me explican que es la última fila. Allí hay muebles en toda la hilera. Los/as vecinos/as nuevos están dispuestos/as como en el barrio anterior, uno/a al lado del otro de igual manera. Arribo a lo de Ana: “Llegaste justo”, me dice y me convida una hamburguesa con queso buenísima. Su marido Alberto va inmediatamente a comprar gaseosa fría y me la trae, cuando yo ya me iba. La casa tiene dos cuartos, un patio grande donde Alberto me dijo que va a construir un lavadero. Desde acá se ve perfecto El Mercadito y la autopista: el barrio nuevo se emplaza entre la autopista y las vías del tren a lo largo y a lo ancho entre el arroyo (está a una distancia considerable) y el Mercado Regional (lo mismo).



Una vecina recién llegada a su vivienda provisoria. Fotografía tomada el 4 de diciembre de 2015.

Con la mudanza, la idea de cambio empieza a tomar forma, a concretarse.

4.1. El caso de Isabel: entre apuros, decepción y angustia

El caso de Isabel fue muy particular: ella formaba parte de la asamblea que se resistía a mudarse a las viviendas provisorias y sus vecinos/as –muchos/as de los/as cuales eran sus amigos/as- de un día para el otro decidieron irse del barrio sin avisarle. “Balde de agua fría me cayó”, recuerda y añade que le “dolió un montón” porque nadie le dijo que se iban a ir. Sostiene que ella y otro vecino fueron los/as últimos/as, se quedaron resistiendo en el barrio: “Y después ya no había nada más que hacer, teníamos que salir sí o sí porque ellos salieron, quedamos nosotros dos y nos vinieron a explicar que no se puede”.

En diciembre de 2015, cuando se efectuó la mudanza de los/as otros/as habitantes, Isabel permaneció en la puerta de su casa viendo cómo sucedía todo. Nos acercamos para charlar con ella y no paraba de llorar. Llamamos a las trabajadoras sociales que se encontraban en el barrio para pensar diferentes opciones para Isabel, pero no había ninguna certeza. Ese día la mujer le pidió a su marido que llevara a sus niños/as a una plaza del centro “para que los más peques no vean eso”. Entre nuestras tomas de notas, encontramos el siguiente fragmento:

Isabel está llorando en su casa. No sabe qué hacer. En las provisorias no le entra todo lo que tiene: cuenta con siete heladeras de su almacén. Habla con las trabajadoras sociales (una es Soledad, la otra no sé el nombre). Se van. Hablo con ella e Isabel las llama de nuevo. Pudo comunicarse con los/as herederos/as de la señora de enfrente, quien donó su casa para la hija de Isabel. Le dice que está en sucesión pero que va a tratar de conseguirle un papel: los/as del IVBA le piden eso para darle materiales o construir la precaria ahí. Isabel estaba sola porque Ramón y sus hijos/as se fueron para no ver la mudanza.

Cuando me voy a mi casa, me llama Ramón (marido de Isabel) y me escribe un mensaje de WhatsApp: “Nos dejaron solitos”.

Isabel no se quería mudar porque fue todo vertiginoso: “Ellos decidieron un miércoles y el jueves, viernes era la mudanza. Era rapidísimo y nosotros no lo habíamos ni charlado con Ramón y no sabíamos qué hacer”. Se acuerda que cuando su vecina más próxima y

amiga Ana se fue, aparecieron muchísimas ratas en su casa, que le pisaban todas sus cosas y ella se sentía “pésimo”.

La familia de Isabel quería mudarse, pero no en esas condiciones. Además, ella era gran parte del sustento económico de su hogar y necesitaba mantener su negocio en el barrio viejo: tenía un almacén y vendía empanadas todos los días a los trabajadores que electrificaban las vías del tren. En caso de mudarse, perdía esa fuente de ingresos. Entonces, necesitaba tiempo y materiales para construir su tienda en un terreno ubicado frente a su casa: aquél que había heredado su hija Lourdes. Desde el Instituto le permitieron quedarse en su vivienda hasta febrero. Es decir, entre todos los escombros, las ratas, la basura, se mantuvo durante casi dos meses la casa bordó de Isabel: fue “re difícil, te sentías en el desierto sola”, describe.

Una vez construido el negocio, esta familia estaba en condiciones de hacer una doble mudanza: por un lado, todo lo correspondiente al comercio y algunas camas a esa casa, y, por el otro, trasladar sus pertenencias a la vivienda provisoria que también le correspondía¹⁰⁰.

Primero transportaron el negocio con la ayuda de tres vecinos: tuvieron que llevar siete heladeras grandes y la mercadería. Comenzaron un domingo a las seis de la mañana y terminaron a la medianoche: “Amaneció el negocio acá y esa semana vinieron los del Instituto pero era la nueva gente. Nos trataron para el carajo”, afirma. Después llegó otra funcionaria del IVBA, Graciela, y le dijo que al día siguiente se mudarían a las casas transitorias. Esa noche Isabel y sus hijos/as durmieron en la vivienda donde estaba el almacén y su esposo Ramón se quedó en la que estaba pegada al arroyo.

A las 7 de la mañana del día siguiente, el tractorista empezó a tirar las paredes de la antigua casa de su vecina Ana, pegada a la suya. Con una gallina en cada mano, Isabel miraba la situación y les pedía que por favor pararan mientras sus animales cocoreaban y sus hijos/as lloraban: le faltaba sacar cosas, entre ellas, las maderas, y el camión del Instituto no llegaba. Arribó cerca del mediodía y desde el IVBA le reclamaban por qué no se había mudado, le pedían que se apurara. Pero a esa hora Isabel estaba vendiendo empanadas y no podía dejar de hacerlo porque en ese momento Ramón estaba sin trabajo.

¹⁰⁰ Cabe destacar que la casa ubicada frente a la antigua vivienda de Isabel pertenecía a su hija, más no a la familia, por lo que, les tocaba una vivienda provisoria.

Isabel se descompuso. Su esposo mientras sacaba un machimbre se cayó encima de una lavadora y se cortó la pierna. Todos/as se asustaron mucho. Graciela les dijo que no podían seguir trabajando con lo que había ocurrido. Entonces, les dio una nueva oportunidad de acomodar todo hasta el domingo siguiente. Otros/as vecinos/as fueron a ayudarlos/as y en esas condiciones sí pudieron mudarse en febrero de 2016.

5. Las primeras noches: el miedo

Mientras las hijas de Juliana dormían en la vivienda provisoria, ella se quedaba en su casa en el antiguo barrio porque había dejado cosas y no quería que se las robaran. Cuenta que, como la iban desarmando, un día durmió sin paredes, prácticamente sola en el asentamiento, con mucho miedo.

La primera noche después de la mudanza, el marido de Blanca también se quedó solo en el barrio viejo. Ella durmió en la casa transitoria con sus hijas y sentía un gran temor: “Tenía miedo porque era la primera noche, no cierto. No había armado la cama porque yo no sabía armar porque esas camas se arman y se desarman y bueno y eso yo digo que son cosas de hombres. Así que puse el colchón en el piso, un cubrecama abajo, un colchón en el piso y bueno dormí ahí. Y con todas las cosas, algunas afuera”.

La primera noche de Alicia estaba “muerta de cansancio”. Al día siguiente, no se podía levantar y le dolía mucho la cintura. Se encontraba muy estresada y, además, se le perdió su gato: “Estuve tres días buscando y después apareció (...) Menos mal que volvió. Ahí sí me puse contenta otra vez con mi casa, pero no quería saber nada”.

Josefa se sentía muy mal: después de vivir cincuenta años en el asentamiento, no se hallaba en el nuevo lugar.

Estefanía tenía 17 años cuando se mudó junto a sus papás, Antonia y Horacio, y hermanos/as. Recordó que la primera noche se escondieron todos/as en el baño de la vivienda provisoria porque escucharon un tiro y les generó miedo. Antonia destacó que había mucho “quilombo” en su casa y que luego toda la familia permaneció en una sola pieza. La adolescente explicó que era problemático el momento de la cena porque no sabían dónde estaban los cubiertos. Por eso, comieron fiambre ya que Antonia “no tenía ánimo” para cocinar. No armaron las camas, sino que tiraron los colchones al piso para dormir: además, no se ponían de acuerdo en cómo iban a repartir los dormitorios. En el medio de toda esa escena, Estefanía comentó que “ahí se había enterado papi que yo estaba embarazada” de cuatro meses, porque le contó junto a la trabajadora social de la escuela. “Casa nueva, hijo nuevo”, sintetizó Antonia.

6. La vida cotidiana en el barrio relocalizado

Son las seis de la mañana y en el barrio hay un silencio total. Muchos/as adultos/as se despiertan y comienzan a alistarse. Ponen el agua a calentar para tomar mate, te o café (Ana y Manu lo toman todo con leche, sin agua) y despiertan a sus hijos/as. Es hora de desayunar y de ir al colegio: en general las madres y/o hermanos/as acompañan a los/as más pequeños a la escuela n° 60, a la Anunciación, al Carlos Vergara, a la técnica, a la n° 89 o a la 25.

Para eso, es necesario salir de las casas, caminar por las veredas angostas hasta una esquina, pisar el barro –siempre hay barro- hasta llegar a otra vereda, paralela al Mercado Regional. Desde allí se recorren cerca de doscientos metros con el fin de arribar a la avenida 520 y de ahí continuar el camino a la escuela o a la parada de micros: pasan las líneas 273, norte y oeste. Sin embargo, hay quienes aprendieron a acortar camino: si alguien transita por debajo de las vías, llega rápidamente a calle 3, donde también hay colectivos.

Paralelamente, llegan los obreros al barrio, pero antes de trabajar desayunan en un puesto que se monta todas las mañanas sobre 520, entre el puente, las vías y el Mercado Regional: de 7 a 9 horas toman algo calentito y comen un chipá recién hecho para luego ir a las obras. Así comienzan los ruidos en este territorio: martillazos, gritos y el sonido del tractor constituyen el paisaje cotidiano.

Mientras tanto los/as habitantes de Ringuelet van a trabajar: la mayoría de las mujeres limpia casas de familia ubicadas en el centro de la ciudad. Antonia, en cambio, trabaja en la cooperativa para mantener “limpito” el barrio. Filomena atiende su propio almacén desde temprano, también emplazado en su nueva casa: los/as clientes/as tocan timbre continuamente, sobre todo cerca del mediodía y alrededor de las cinco de la tarde, de modo que no puede sentarse a tomar mate. Josefa está jubilada pero necesita más dinero, por lo que, le gustaría cuidar niños/as o enfermos/as. Juliana es cooperativista de Argentina Trabaja en Ensenada¹⁰¹.

En general los hombres se dedican a la construcción, aunque reconocen que últimamente todo se halla bastante parado. Ernesto y su hijo están levantando una pared y amurando los tirantes de una casa en Ringuelet. Alberto cuenta que tiene poco trabajo, pero por suerte hasta ahora no paró de edificar casas. Casi todos los varones de Ciudad Oculta se dedican al cartoeno y Horacio es laqueador, lustrador y carpintero pero trabaja

¹⁰¹ Ensenada es una ciudad lindante a La Plata.

en relación de dependencia. Gustavo, por su parte, va en bicicleta hasta el centro de La Plata para atender un kiosco localizado frente al Correo Argentino.

Al mediodía muchas mujeres vuelven a sus hogares: además de preparar el almuerzo, algunas van a buscar a sus hijos/as a las escuelas. Es decir que, como luego manifestará Ana, jamás pueden permanecer solas en sus casas: son pequeñas y siempre hay alguien más. Disfrutar la novela o el noticiero en silencio, conversar, chusmear, pensar, descansar, leer el diario o una revista son actividades que siempre se realizan con las voces de los/as niños/as de fondo. Ellos/as, por su parte, juegan al fútbol, pasean, hacen los deberes, miran televisión, etc.

Otras mujeres regresan alrededor de las cuatro de la tarde. Una vez terminadas las tareas domésticas, hay quienes pueden sentarse a tomar mates o tereré, según la época del año. Si el comedor abre, es decir, si recibe mercadería, muchos/as nenes y nenas van a tomar la leche, sino se quedan en sus casas o se van a jugar con sus vecinos/as. Antonia tiene que cuidar a sus nietos/as e hijos/as más chiquitos/as, quienes todos/as juntos/as son alrededor de diez. Josefa, siempre sentada en el patio delantero de su provisoria, ve cómo los obreros de las viviendas definitivas terminan de trabajar: “Adiós, señora”, “adiós, señor”, son las palabras de despedida jornada tras jornada.

En simultáneo, muchos/as perros/as y gatos/as pasean por el barrio nuevo: van de casa en casa en busca de alimentos, de caricias y juegos.

Si es necesario, las mujeres hacen las compras para la cena: cuando está abierto y los precios convienen (no siempre sucede), se dirigen al Mercado Regional, sino regresan al barrio viejo o al supermercado chino ubicado sobre la avenida 520. Juliana destaca que “por este barrio nuevo la verdad es que nosotros mucho no nos movemos”, sino que se quedan casi todo el tiempo en sus casas.

Y así transcurre el día: entre trabajos, quehaceres domésticos, idas y vueltas de la escuela, hasta la tarde/noche, momento en el que las familias se encuentran, conversan, comparten una comida y un programa de televisión para luego irse a dormir.

Como hemos de notar, la vida diaria prosiguió a pesar del cambio de barrio y de casa, pues “la fuerza de lo cotidiano se imponía para restablecer el equilibrio” -señala Reguillo (2005: 275) en otras circunstancias- perdido con la mudanza. La investigadora mexicana propone tener en cuenta “las mediaciones que establece el capital simbólico-social” (ibid) preexistente a la relocalización: el trabajo, la escolaridad, la cultura del barrio, entre otras. Era preciso mantener los elementos persistentes de la cotidianidad

adaptándolos al nuevo territorio, es decir, se re-inventaba la vida cotidiana (Reguillo, 2005).

7. La vida cotidiana en el asentamiento de Ringuelet post mudanza

Los únicos habitantes del asentamiento que tienen una vivienda provisoria y van a ser relocalizados/as a las definitivas pero que continúan viviendo en el antiguo barrio son Isabel y su familia. Como ya mencionamos, su hija mayor Lourdes heredó una casa ubicada frente a su antiguo hogar, donde además de dormir, montaron un kiosco. Así describe esta mujer su vida cotidiana:

“¿Un día en el barrio? Yo lo llamaría el barrio del cementerio. Es más triste después de que se fueron todos. Un día que no trabajan los trabajadores del arroyo, los extraño porque prefiero que sea todos los días día de semana porque si no están ellos no hay nadie. Es peor que el cementerio porque capaz que en el cementerio hay gente que van a visitar, acá no pasa nada. Es triste, es como si fuera un barrio muerto. Hasta los vecinos de la cuadra que son vecinos de años dicen eso” - Isabel.

Para Isabel, el asentamiento es un barrio muerto, un barrio que carece de vida y que está, en algún sentido, abandonado, pues nadie lo visita y, por eso, es peor que el cementerio. Al respecto, podemos agregar fragmentos de una nota publicada en el diario *El Día* el 23 de enero de 2017¹⁰², en los que se describe la situación:

En los últimos días, la llegada de los picos de calor estival trajo consigo un agravamiento notorio en la situación sanitaria de un tramo ribereño del arroyo el Gato. Hasta hace poco sede de un asentamiento, hoy permanecen los restos de ese barrio informal demolido para avanzar en obras hidráulicas, y los vecinos denuncian que la proliferación de plagas es preocupante.

A la altura de 3 y 514, y en sus inmediaciones, los perros callejeros merodean y los roedores e insectos se multiplican, entre escombros, tablas, chapas, placas de cartón, restos de instalaciones sanitarias improvisadas y bolsas plásticas rotas con basura que se pudre al sol. En ese tendal, los pastizales se desarrollan a ritmo acelerado, a metros del curso de agua más contaminado de la Región.

¹⁰² “Riesgo sanitario por los escombros de un asentamiento”. Diario *El Día*. Publicado el 23/01/17. Disponible en: <http://www.eldia.com/la-ciudad/riesgo-sanitario-por-los-escombros-de-un-asentamiento-195536>

Hay que tener en cuenta que, una vez mudados/as, las topadoras demolieron las viviendas que se hallaban a la vera del arroyo. Así, la ex pareja de Ernesto manifestaba: “No se ve más tu casa, la extraño”.

Según el relato de Isabel, incluso los/as vecinos/as que habitaban en casas con seguridad en la tenencia –en términos reduccionistas con los que no acordamos pero que, lamentablemente, son más claros: en la parte formal del barrio- extrañan a los/as antiguos/as habitantes, a pesar de que preferían que se mudaran: “Todos dicen que era más seguro antes y que algunos les duele ahora que se fueron. Quería que se vayan, que se arme acá la placita y esas cosas, pero ellos quieren los vecinos de vuelta porque era más seguro, porque ahora no hay seguridad”, relata Isabel. Tanto ella como Josefa –que se mudó hace más de un año- sostienen que se incrementaron los robos y que muchos/as tienen miedo de que, una vez concluidas las obras en el arroyo, el territorio se torne “más peligroso”.

Sobre la cotidianidad, Isabel cuenta que los/as trabajadores/as de las vías y del arroyo llegan muy temprano a la mañana y lo primero que hacen es ir a saludarla. Como comentábamos en el capítulo IV, al mediodía monta un comedor donde consumen empanadas y sopa paraguaya. Asegura que mantienen una linda relación y los domingos suelen organizar asados: “Ayer por ejemplo tuvimos un lechón. Hizo a las tacas, con la leña de la vía”, agrega en relación a partes de las vías que sacaron por las obras ya que todo se reutiliza. También manifiesta que realizaron una “cadena de solidaridad”: cuando los tractores comenzaron a cavar en el arroyo, encontraron muchas carteras que en algún momento habían sido robadas. Junto a su esposo Ramón y los obreros, revisaban lo que había en su interior y, si encontraban algún contacto, se comunicaban con los/as posibles dueños/as.

Isabel y Ramón cuentan que sus hijos/as más chicos sufrieron la mudanza a la casa heredada por su hermana más grande. Todavía quieren volver a la de madera. Por eso, sus papás muestran que pintaron su nueva vivienda en el asentamiento de color bordó, tal como estaba su antigua casilla, para que “los peques” no extrañen tanto, para que la morada actual se parezca en algún aspecto al hogar, a ese espacio querido en el que se transcurría la vida.

8. Sentidos construidos sobre los barrios

Partiendo del supuesto de que es fundamental entender cómo las “políticas sociales son experimentadas en la vida cotidiana de las personas” (Roberts en Saraví, 2006: 227), nos proponemos analizar los sentidos configurados por los/as habitantes respecto de los dos barrios, el viejo y el nuevo, a partir de la relocalización. Para ello queremos aclarar que, por un lado, destacaremos los aspectos compartidos por la mayoría de los/as entrevistados/as, pero también mostraremos los puntos que entran en contradicción: pues sabemos que las transformaciones experimentadas por los sujetos a partir de los cambios que se producen a nivel barrial no son homogéneas, ni siquiera al interior de los dos grupos abordados, es decir, no los consideramos bloques estancos.

8.1. Barrio nuevo

A partir de las entrevistas, realizadas entre un mes y un año después de la mudanza, reconstruimos las siguientes percepciones de los/as vecinos/as sobre el nuevo barrio. En primer lugar, se destaca la **lejanía** del mismo, en contraste con el anterior, donde los negocios y el transporte público quedaban más a mano. A Juliana le molesta que en el espacio relocalizado para hacer las compras tiene que caminar mucho y cruzar un puente: “Se abusan que es lejos, los almacenes un jugo *Tang* [marca popular en Argentina] te lo venden diez pesos, cuando en el barrio te lo venden cinco, seis pesos, entendés”. Aquí cuando habla de barrio se refiere al antiguo asentamiento, es decir que a más de un año de la mudanza aún no reconoce al nuevo territorio como su barrio, como un lugar por el cual siente apego o afecto.

En varios testimonios se reclama que los colectivos pasen más cerca porque deben caminar muchas cuadras para tomarlos y Ana en particular espera que se construya un centro de salud, por el mismo motivo. Antonia subraya que no hay una plaza próxima para que los/as niños/as vayan a jugar y Alicia explica que “no tenemos toda la comodidad que tenemos en Ringuelet porque los negocios tenemos todo lejos, no hay camino, cuando es de noche uno no puede salir porque es un lugar nuevo, viste, toda esa cosa. Pero bueno, estamos acostumbrando”. La entrevistada hace mucho hincapié en el hecho de que la nueva ubicación le impide moverse con libertad: ya no puede salir/entrar al barrio a la hora que desea, sino que debe hacerlo a la luz del día. A nivel subjetivo, ello se experimenta como una gran pérdida de autonomía. En esa línea, numerosas mujeres hacen hincapié en la **inseguridad e intranquilidad** del lugar: Ana,

por ejemplo, cuenta que los/as taxistas no quieren ingresar al barrio porque se halla próximo a El Mercadito y eso produce miedo.

Por ello, son varios/as los/as habitantes que generaron tácticas: Juliana y su hija, que viven en casas contiguas, se vigilan mutuamente sus respectivas viviendas, lo cual también implica una pérdida de autonomía y les impide compartir actividades: “A veces querés [salir] todos juntos con tu familia y no podés porque mi hija se tiene que quedar o yo”, remarca. Además, compró un perro pitbull que, en sus palabras “es re malo”, para que nadie intente robarle. Antonia hacía lo propio con sus familiares cuando habitaba en las provisorias, pero con la mudanza a las definitivas asegura no tener miedo. Se trata, entonces, de tácticas elaboradas por los sujetos para sentirse protegidos/as en un ambiente que resulta hostil y peligroso, que es desconocido. En el único caso en el que se percibe el barrio como un lugar seguro es en el de Ramiro, quien al referirse a Ciudad Oculta –y al traslado al nuevo espacio- afirma que no hay robos, excepto cuatreroismo porque, según él, “no se puede parar en general”. En su relato, pareciera que la mudanza de un espacio a otro no modificó la pertenencia al lugar.

Sobre los/as vecinos/as, se resalta que son los/as de siempre, son **buenos/as vecinos/as**. Es decir que al mantenerse en general el orden de las viviendas tal cual estaba en el asentamiento, perduraron los vínculos entre los/as habitantes y las redes de relaciones constituidas, las redes de reciprocidad (Hermitte y Boivin en Bartolomé, 1985), aspecto sumamente valorado. Se destaca que se conocen desde hace años, muchos/as incluso son parientes y/o emigraron desde Paraguay, ya sea de Caaguazú o de Luque, o vinieron desde Quilmes. En otras palabras, siguiendo a Cravino y González Carvajal (en Cravino, 2012: 36) en su análisis sobre otro proceso de transformaciones socio-urbanas, podemos decir que:

Las relaciones entre vecinos aparecen como el “capital” más importante que el barrio les aporta, como aquel componente que mejor define lo que “es” el barrio: sus vecinos. Lo que es altamente valorado, entonces, es el conjunto de relaciones y redes de vecindad que construyen diferentes formas de ayuda mutua, solidaridad y organización de la vida cotidiana.

Entonces, notamos que la vida social de los/as vecinos/as perdura en el nuevo espacio, “llenando de contenido al barrio” (Cravino y González Carvajal en Cravino, 2012: 206).

Durante las visitas al territorio nuevo, por ejemplo, observamos que el perro de Zunilda se dirigía a la casa de Josefa, para que ella le dé de comer: “Viene acá y me pide porque siempre le doy”, sostiene dando cuenta de un modo de habitar el lugar, desde la confianza en el otro/a. Los/as niños/as transitan de patio en patio –hay uno al frente y al fondo de cada provisoria- y juegan al fútbol en lo de Ana que los/as mira atenta. Josefa afirma que “estamos resguardados entre unos y otros” y eso hace más sencilla la adaptación. Así, Filomena agrega que se siente “recontra protegida porque cuando yo estoy mal todos me dieron, tengo el teléfono de casi la mayoría”. A simple vista, pareciera que esas representaciones entran en contradicción con los relatos de inseguridad. No obstante, consideramos que la protección la brinda el vecino/ la vecina más próximo/a, mientras que quienes viven más lejos representan un potencial “peligro”. Por ejemplo, Juliana destaca que ella y sus hijas no se tratan con nadie (“yo en mi casa y ellos en su casa”, dice) y los de su cuadra “son todos alzados”: ella no vive pegada a sus vecinos/as anteriores, sino que está ubicada en un esquina, próxima a quienes habitaban del otro lado de la calle 514 y hay a algunos/as a quienes “nunca les vi la cara”, afirma. Más adelante notaremos también que la existencia de buenos/as vecinos/as no desestima el hecho de que haya habitantes a quienes no se quiere tener cerca.

Uno de los problemas más significativos en todo el barrio nuevo es la ausencia de asfalto: el territorio suele estar significativamente **embarrado**, situación que se profundiza los días de lluvia y que pone en cuestión el deseo de mudarse a las viviendas definitivas, ubicadas en una zona donde hay más cantidad de barro. Blanca explica que está esperando el traslado pero también lo está pensando: “Imaginate, si (...) acá para cruzar nos embarramos las zapatillas o los zapatos, lo que uno esté puesto, para ir para aquel lado va a ser peor”. Ernesto añade que cada vez que llueve se forma una laguna en ese sector y Horacio cuenta que se hundió una moto “porque está todo flojo”.

A Ana le preocupa el traslado de los/as niños/as a la escuela y le parece injusto que vayan a clases con tanto barro. Alicia marca que para ella es complicado ir a trabajar en esas condiciones, sobre todo, porque tiene que llegar hasta el centro embarrada.

Muchos/as vecinos/as sienten bronca porque en otra parte del barrio están asfaltando y no vive nadie o, en otros sectores, se acaban de mudar: “Esta gente vinieron hoy y ya tienen asfalto. ¿Y nosotros? Hace un año que vamos a estar y no tenemos asfalto”, se queja Ernesto. Piden que tiren piedras para rellenar, pero hasta hace poco tiempo no habían obtenido ninguna respuesta. A veces pasan maquinarias, que no mejoran la

situación. En una visita al barrio, efectuada el 29 de abril de 2017, sí advertimos cambios. Entre las notas de campo, encontramos el siguiente extracto:

Me llama la atención un montículo de tierra de más de dos metros, con forma de montaña, donde hay niños que juegan y pienso que esa foto muestra cómo se apropian del barrio. Esa tierra es el relleno de las calles.

Lo que notamos es que a medida que se construye el barrio, emergen diferentes usos y apropiaciones. En este caso, los/as más chicos/as inventan un juego a partir de la tierra que constituye un material de trabajo, en un territorio en el que no existen los espacios verdes ni las zonas de recreación. En ese sentido, los/as habitantes de Ciudad Oculta habían armado una cancha de fútbol, pero la rompieron: “Si no tenés un lugar verde es lo mismo que nada”, señala el puntero, Ramiro. Y Antonia manifiesta que hay lugar para hacer plazas, lo cual sería menos peligroso que en el asentamiento ya que los/as chicos/as estarían lejos del arroyo.



Los/as chicos/as se suben a la montaña para luego tirarse y jugar. Fotografía tomada el 29 de abril de 2017.

Alberto, el marido de Ana, explicó que hicieron los cordones y que las calles quedaron más abajo. Según su esposa, iban a asfaltar todos los caminos para que antes de las elecciones legislativas de agosto de 2017 vaya la gobernadora bonaerense María Eugenia Vidal a inaugurar: “Va a venir Garro también y se lleva el mérito de los otros”,

dice en relación al gobierno anterior y, como parte de su presagio, el intendente platense visita el barrio cinco días después de esa conversación.



Julio Garro y el Subsecretario de Tierras, Urbanismo y Vivienda bonaerense, Evert Van Tooren (ex Administrador del IVBA), en su visita al barrio. Fotografía extraída de la página de la Municipalidad de La Plata: <https://www.laplata.gob.ar/#/noticia/detalle?id=388>

El barro es el principal motivo por el cual algunos/as habitantes lamentan haberse mudado:

Ernesto: y después me arrepentí que vine, de verdad.

-¿Te arrepentiste enseguida o te arrepentiste...?

Ernesto: y a la semana me habré...

-¿Por qué tan rápido?

Ernesto: y porque vinimos acá y antes de la semana llovió era un barrial, un desastre acá, era un barro, no sabés lo que era.

-¿Y a ustedes cuando vinieron acá les gustaba la casa o nada?

Mariana: ¿te gustaba?

Nicole: sí.

Juliana: sí, les gustaba.

Nicole: sí, pero después cuando empezó a llover no.

Otra problemática es la **mala calidad de la electricidad**: en todo el barrio nuevo hay luz de obra y, por tal motivo, el Estado evade cualquier tipo de responsabilidad. En la parte de las viviendas definitivas la situación empeora ya que, según Antonia, “anda una

sola lámpara”. Como veremos más adelante, por este motivo se organizaron cuantiosos cortes de calle.

Una característica que notan los/as entrevistados/as es que el barrio está **despoblado**: “El cambio fue que vos llegabas a la tarde y era un silencio total. Extrañaba los gritos de los chicos de allá [de Ciudad Oculta] que se juntaban”, señala Antonia. En esa línea, Juliana asegura que extraña estar en el antiguo barrio y, sobre todo, ver gente: “Acá parece el desierto (...) Barrio ‘Los olvidados’, le puse yo”, dando cuenta del **abandono** que advierte de parte de las autoridades estatales. A Ernesto le sucede lo mismo: cada vez que protestó por la luz o por las calles, no obtuvo respuesta y siente que los/as llevaron y los/as “dejaron tirados (...) reclamás y nadie te da pelota, viste, no aparece nadie”. Muchos/as aseguran que los/as “sacaron” del asentamiento y que luego no se responsabilizaron por su situación. Ello manifiesta el desamparo que sintieron los/as vecinos/as desde que fueron relocalizados/as a las provisionarias.

Los aspectos positivos que se destacan del barrio, además de los/as vecinos/as próximos/as, tienen que ver con que es **más limpio**: “El aire puro es otra cosa”, aclara Ana en relación con la vida frente al arroyo. Al poco tiempo de haberse mudado, esta vecina fue optimista pero con el paso de los meses su perspectiva se modificó por todos los motivos antes señalados. Cabe destacar que en diálogos informales muchos/as de los/as pobladores/as que manifestaban entusiasmo con el correr de los meses se arrepintieron de haberse mudado, sobre todo cuando llueve porque en sus palabras el barrio se convierte en “un chiquero de chanchos”.

Por su parte Horacio, quien al mes de vivir en su casa provisoria aseguraba que iba a ser un barrio “**próspero**”, donde podría tener su carpintería una vez que arreglaran las calles, señaló: “Esto estamos más avanzados hacia un barrio, esto realmente va a ser un barrio el día de mañana”. Y mientras tanto, ¿qué es este territorio que se ha vuelto tan hostil para la mayoría de sus habitantes?

8.2. Barrio viejo

Nos parece relevante considerar las percepciones sobre el asentamiento porque “el espacio barrial (el aquí) adquiere sentido por medio del contraste con otras experiencias residenciales (el allá)” (Segura, 2006: 14). En las entrevistas el *antes* (el hábitat anterior) coincide con el *allá* o *ahí* mientras que el *ahora* es *acá*: se trata de déicticos y, como tales, sólo pueden ser entendidos en contexto.

Ernesto asegura que cuando vuelve al barrio le “agarra una tristeza”. Una vez mudados/as, casi todos/as los/as entrevistados/as afirman extrañar el barrio porque estaban acostumbrados/as:

“En realidad sí extraño bueno porque bueno fueron años que estuvimos ahí, bueno ya me conocían igual los vecinos, pero sí extraño, viste, se extraña. Los chicos también” – Blanca.

“El lugar es Ringuelet todavía, pero para mí Ringuelet es el otro, viste el que vivía antes, viste. Pero sí extraño por ejemplo el barrio, que yo podía salir la hora que yo quiera, venía de trabajar las ocho y media, nueve de la noche y podía entrar tranquila, bueno esas cosas es lo que extraño” - Alicia.

“Extraño porque se extraña. Allá yo me levantaba y ya era otra cosa. Yo me quedé mal, desde que vine por lo menos un mes anduve más o menos, no quería comer (...) Sabés que viví, te saquen de un 50 años y te lleven a donde viste no estás acostumbrado es medio difícil. No es que estás incómoda” – Josefa.

Alicia explica que en el asentamiento vivieron muchas cosas, por lo que, no fue fácil irse. Además, agrega que extraña su árbol: volvía de trabajar y se sentaba debajo del mismo: “Yo cada vez que voy al barrio, a veces quiero ir, me iba muy seguido antes, pero ahora no quiero ir más. Voy y veo mi árbol ahí viste y me da bronca mirar ahí, toda la gente que tira toda la basura que era mi casa”. Nuevamente, cuando se habla del barrio propio, se hace referencia al anterior, más no al relocalizado, en el que no tiene una planta, sino un techito pero “no es lo mismo”.

Este aspecto también emerge en el relato de Antonia y Estefanía:

Antonia: vos lo ves de acá y ves tu casa, tu arbolito porque no había arbolito. Nosotros habíamos plantado.

Estefanía: los árboles que están ahí [en Ciudad Oculta] son los que plantó mi papá y nosotros esperamos tanto para que crezca y ahora lo ves y está gigante, pero enorme. Y vos decís yo quiero estar ahí.

Antonia: y te duele.

Estefanía: porque esperaste...

Antonia: tanto para tener una sombra.

Madre e hija van construyendo y completando una narración que deja en claro la nostalgia por el barrio anterior. Para estas mujeres, que se mudaron hace casi un año y medio, su casa sigue siendo la otra, la del asentamiento, la que ya no existe porque la demolieron para trabajar en las vías del tren. Pero, desde este nuevo lugar, ven cómo resiste el árbol.

A su vez, existe cierta idealización por el asentamiento, que queda expuesta en las palabras de Ernesto: “Yo me quedaría allá mirá toda la vida. Pero bueno ya está, tuvimos que venir, qué va a ser, ya salimos, ahora no podemos volver más”. Ese testimonio da cuenta de un amor por el territorio anterior y del drama que se vive por no poder regresar al lugar amado: como en una novela trágica, el hecho no puede revertirse y hay que aceptar, sin más, la decisión tomada.

Entre los aspectos positivos que se remarcaban del asentamiento, podemos destacar el hecho de que **no había problemas** de luz ni de agua y tenían asfalto, por lo que, no se embarraban¹⁰³: “Allá estábamos bien”, concluye Ernesto. Ramiro sostiene que los servicios eran los mismos que en el barrio relocado y que ellos/as pagaban por los materiales: cables, caños, etc. Sin embargo, Elena –que vive en una casa de material no pegada al arroyo y, por lo tanto, no le corresponde mudarse- destaca que siempre hubo problemas con el agua. Por las múltiples visitas al asentamiento, sabemos que en el verano hay muy poca presión.

Salvo algunas excepciones añejas –como el caso de Filomena, que le robaron todo hace bastantes años-, el barrio viejo constituía un territorio **seguro**, en especial para las familias de Ciudad Oculta:

“En donde yo vivo somos todos familiares. Está bien, somos cartoneros, hay que trabajan en camionetas, hay gente que trabajan en carpintería, hay familias que trabajan en otras cosas, pero nadie roba ahí. Ahí somos todos gente humilde, como le dicen, gente pobre, pero estamos re bien. Ahí no se junta vagancia porque nosotros no dejamos que se junten” - Antonia.

“Los chicos no son santos pero acá en el barrio no roban, no joden a las familias que viven acá, pueden dejar las casas abiertas que no les entran a la casa a robar y esa tranquilidad no quiero que se termine (...) Por eso es que hay una ley y a

¹⁰³ En la zona de la canchita sí había barro y los/as vecinos debieron construir sus veredas. Cabe aclarar que en el asentamiento los servicios no son legales.

todos los vecinos que vienen para acá se les va explicando uno por uno” - Ramiro.

“Nosotros allá [en Ciudad Oculta], bueno está bien, con todas las contras, el arroyo, qué sé yo, es un barrio de gente que son todos parientes, entonces nos cuidamos entre todos y es como que estamos más seguros” - Horacio.

El parentesco, el conocerse de toda la vida y el hecho de que exista un puntero que representa la ley, lo que se debe y lo que no se debe hacer, lo que está permitido y prohibido, y el castigo correspondiente en caso de desobedecer, permitían que Ciudad Oculta fuera un lugar seguro para sus habitantes.

Otro atributo positivo era la **serenidad del lugar**: “Yo digo ahí estaba tan tranquila, yo decía bueno, hice los papeles para el terreno, bueno de acá no me voy, me voy pero ya para la otra vida. Ahí donde vivía una tranquilidad bárbara, me iba, acompañaba a los chicos a la escuela, mis nietos, venía”, explica Josefa, quien afirma sentirse todo el día nerviosa en el barrio nuevo.

Al consultar por los cambios percibidos en el asentamiento, los relatos vuelven a construir una imagen idealizada. Si bien es cierto que con el paso de los años existieron transformaciones concretas y profundas, en los testimonios la dimensión temporal queda relegada. Entre los cambios más significativos, se destaca en primer lugar el asfalto de la calle 514. También se habla de la limpieza del barrio, sobre todo, después de la inundación de 2013. Otros cambios tienen que ver con el incremento de la población (para Filomena: “Veo gente mejores. Antes cuando yo vine era tiroteo, chorrerío todos los días”), las prosperidades en lo que respecta a iluminación y la construcción de un puente en la calle 3: los colectivos dejaban a los/as habitantes a metros de sus viviendas. Ramiro destaca que en Ciudad Oculta ellos/as armaron una cancha de fútbol y un comedor para contener y cuidar a los/as jóvenes. Para Horacio: “Está muy, muy superado, nada que ver, antes era otra cosa. Ahora está mucho más avanzado, hay creatividad, acá hay mucha gente, fijate que en todas las calles están re limpiatas, los árboles están bien cuidados, hay mucha dedicación, realmente el delegado de ahí tiene una dedicación bárbara con el barrio”.

Por visitas al asentamiento entre 2009 y 2017, pudimos comprobar que esas modificaciones se llevaron a cabo: sabemos que se produjeron numerosos cambios en la fisonomía y vida en ese barrio. Por un lado, como destaca Ernesto, “no están las casitas

en la orilla del arroyo”, sino que fueron demolidas y observamos containers, maquinarias y escombros; por el otro, existen tomas nuevas en la zona de la canchita: este espacio ya no tiene esa función porque no hay lugar. Incluso, hasta cerca de la avenida 7 los/as vecinos/as comentan que “se llenó” de viviendas.

De todas las descripciones, sólo hallamos tres aspectos negativos que marcan los/as habitantes sobre el asentamiento:

- a. Pobreza: Elena sostuvo que durante su infancia su familia era muy pobre, por lo tanto, consideraba que “siempre hubo pobreza”. Ramiro agregó que sobre la calle 514 todos/as los/as chicos/as estaban descalzos, dando cuenta de las condiciones precarias en las que vivían.
- b. Contaminación e insalubridad: para Filomena “al lado del riachuelo es el olor insoportable que a veces no podés comer”. Además, dijo que luchó dos años contra las ratas hasta que adoptó varios gatos/as. Ana destacó el aire podrido y Horacio manifestó que a los/as adultos/as y a los/as niños/as les salían forúnculos por estar cerca del arroyo.
- c. Drogas: Ramón calificaba de “murciélagos” a los/as jóvenes del barrio que consumían estas sustancias de noche. Antonia se quejaba porque los veía frente a su casa y debía echarlos para que sus hijos/as no los/as observaran y Josefa narraba que había más “vagancia”, que se trataba a lo mejor de “chicos buenos pero las drogas los destruyen”.

A sabiendas de que puede constituir una simplificación excesiva, el siguiente cuadro es una síntesis de los sentidos construidos por los/as entrevistados/as en torno a los dos barrios. En algunos casos, caeremos en dicotomías.

Barrio viejo	Barrio nuevo
Seguro	Inseguro
Ubicación cercana	Lejos
Asfaltado	Embarrado
Buenos vecinos	Buenos vecinos (aunque hay indeseables)
Sin problemas	Con muchos problemas
Aire contaminado	Aire puro
-	Abandonado
Costumbre	Desarraigo
Sensación de protección	Miedo
Pobre	Precario, humilde

9. Abandonar un barrio, habitar otro espacio

“Para hacer surgir la nueva geografía urbana
del derrumbe de la antigua
se requiere siempre violencia”.
*Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad
a la revolución urbana* -
David Harvey

¿Qué se deja cuando se deja el barrio? Duhau y Giglia (2008) explican que el espacio local es aquel que se halla alrededor de la vivienda, que muchas veces coincide con el barrio. La experiencia de tal espacio favorece múltiples relaciones sociales capaces de formar un denso tejido, dando lugar al arraigo y al sentido de pertenencia. También señalan la existencia del espacio vivido, entendido como aquel “‘conocido, apropiado y que resguarda’ y que se encuentra ‘en relación estrecha con la trama de los equipamientos funcionales (comercios, transportes, servicios, etc) que ocasionan los desplazamientos de los individuos’” (Metton y Bertrand, 1974 en Duhau y Giglia, 2008: 22). Podemos pensar que el asentamiento de Ringuelet constituía tanto el espacio local como el vivido, es decir, que además de sentir que se era parte de un territorio también posibilitaba ser un epicentro de prácticas y de desplazamientos por la ciudad y por el espacio próximo para ir a hacer las compras, a las escuelas, al centro de salud, etc. Por otra parte, también es importante mencionar el apego hacia ese espacio, entendido como cariño, afecto, estimación. El apego al lugar suele pensarse como un vínculo afectivo entre las personas y los espacios: se trata de un lazo afectivo que un sujeto “forma entre él mismo y un determinado lugar, un lazo que le impulsa a permanecer junto a ese lugar en el espacio y en el tiempo” (Hidalgo Villodres, 1998: 51). Por eso, ese sentimiento forjado incide en la relocalización, produciendo nostalgia, extrañar, entre otras. De acuerdo al Protocolo de Actuación para Casos de Relocalizaciones (publicado en el Boletín Oficial del 7 de junio de 2016: 4396):

Debe considerarse, entonces, que quienes se hallan radicados en determinado territorio, incluso cuando éste presentare condiciones sumamente adversas, presentarán un grado de arraigo a ese territorio específico que no ha de estimarse solamente en términos subjetivos, sino que debe presuponer la existencia de una trama vincular, social y material que de ninguna manera puede desconocerse cuando se procura mejorar la calidad de vida de las personas e implementar políticas de interés público.

Ese territorio era muy significativo para sus habitantes porque cuando se utilizó un espacio, éste se convirtió en algo único para cada sujeto: “El habitus es el que le permite al sujeto habitar, apropiarse y usar el espacio mediante prácticas de domesticación. Es decir que el sujeto ordena al espacio y lo domestica; pero no obstante ello, el espacio también ordena al sujeto domesticándolo” (Zapata, 2017: 334).

Una vez mudados/as los/as habitantes de Ringuelet, el asentamiento representaba una noción instrumental del verbo habitar: la idea de sentirse protegidos/as (Duhau y Giglia, 2008). Si bien mientras se habitaba existía el temor a las inundaciones, por ejemplo, y a los desalojos, por un lado el territorio nuevo se presentaba hostil y, por el otro, la permanencia en el antiguo barrio durante años, las redes sociales tejidas, la costumbre y el afecto hacia el lugar lo convertían en un espacio donde sentirse seguros/as.

Habitar también quiere decir ser localizable, para lo cual se precisa que los sujetos tengan presencia en un lugar durante un lapso de tiempo. Los/as habitantes hacen más de un año y medio que viven en el barrio nuevo, pero aún así no se sienten localizables: mientras el antiguo barrio estaba señalizado e implicaba una continuación del trazado urbano, el nuevo no tiene carteles, se halla detrás del Mercado Regional y al costado de las vías del tren, como si estuviera escondido. Sus pobladores/as no pueden señalar una dirección exacta: Ana, por ejemplo, nos contaba que a la hora de volver en remis –si éste se animaba a ingresar– le indicaba dos calles que a ella se le ocurrían. Todo ello es muy significativo porque “la posición de un agente en el espacio social se expresa en el lugar del espacio físico en que está situado” (Bourdieu, 1999: 120). Por eso, “el domicilio expresa la posición en la jerarquía de localizaciones y, por lo tanto, en la estructura social” (Cravino y González Carvajal en Cravino, 2012: 183-184). Asimismo, Zárate (en Mapelli, 2016) indica que la carencia de un domicilio formal obstaculiza el acceso a derechos sociales, económicos, culturales, civiles y políticos.

También encontramos diferencias entre las maneras de llamar al lugar establecidas por los/as vecinos/as y por las autoridades. El barrio no tiene un nombre definido. En una reunión mantenida con los/as funcionarios/as del IVBA en 2016, se referían al territorio relocalizado como “Barrio Nuevo Mercado”. A su vez, en dos noticias publicadas en la página web del Municipio de La Plata lo llaman “El Mercadito”. En una de ellas afirman: “La Nación aprobó los proyectos presentados por la Municipalidad para la construcción de 96 viviendas en el barrio ‘El Mercadito’ de Tolosa, que según informó

el Instituto de la Vivienda provincial serán habitadas por las personas que actualmente viven a la vera del Arroyo El Gato”¹⁰⁴. De igual manera lo denominan en la nota “Avanzamos en las obras de urbanización del barrio El Mercadito”¹⁰⁵, donde además establecen que la dirección del lugar es 115 entre 516 y 517 de Tolosa mientras que las autoridades mencionaban en el proyecto de 2014 que la localización era 1 y 514¹⁰⁶. Permanecer en la 514 es significativo ya que implica que, a pesar del traslado, siguen viviendo en la misma calle. No obstante, los/as vecinos/as sostienen que ese espacio continúa siendo Ringuelet: más allá de las delimitaciones oficiales, no quieren perder ese rasgo territorial que no es otra cosa que una adscripción identitaria: “Vivimos en Ringuelet”.

Por otra parte, los/as habitantes buscan distanciarse de cualquier referencia que los/as vincule con el barrio El Mercadito: para Horacio, mudarse implica un riesgo por la inseguridad de ese territorio, que está muy próximo. A su vez, los taxis y remises no quieren acercarse por ese mismo motivo y, si realizamos una búsqueda rápida en Internet, observamos que las noticias sobre este lugar ponen el foco en su peligrosidad:

“Allanamientos en barrio El Mercadito: Dieron con tres autores de homicidio y dos vendedores de drogas” – *La Buena Info*, 11/05/17¹⁰⁷.

“Cayó peligroso delincuente en el barrio El Mercadito” – *Diario Hoy*, 04/01/17¹⁰⁸.

¹⁰⁴ “Construiremos 96 nuevas viviendas en el barrio ‘El Mercadito’. Publicada el 9 de enero de 2017 en: <https://www.laplata.gob.ar/#/noticia/detalle?id=137>

¹⁰⁵ Publicada el 4 de mayo de 2017 en: <https://www.laplata.gob.ar/#/noticia/detalle?id=388> Una nota similar se encuentra en *El Día*: <http://www.eldia.com/nota/2017-5-4-17-34-0-garro-recorrio-las-tareas-de-urbanizacion-en-el-barrio-el-mercadito-la-ciudad>

¹⁰⁶ Compartimos algunos enlaces de noticias donde se indicaba tal dirección:

“Arranca la obra de relocalización de Viviendas”: publicada por el Ministerio de Infraestructura y Servicios Públicos Bonaerense el 26/05/14 (señala la dirección 1 entre 514 y 516) en http://www.mosp.gba.gov.ar/sitios/agato/ibpc_unaPub.php?id=916

“La mudanza de las familias que viven a la vera de El Gato se terminaría en 7 meses”: publicada por *El Día* el 25/09/16 en <http://www.eldia.com/nota/2016-9-25-la-mudanza-de-las-familias-que-viven-a-la-vera-de-el-gato-se-terminaria-en-7-meses>

“Avanza la construcción de viviendas para reubicar familias que viven a la vera del arroyo El Gato”: publicada por *AN Digital* el 12/03/15 en <http://andigital.com.ar/municipios/item/43878-avanza-la-construccion-de-viviendas-para-reubicar-familias-que-viven-a-la-vera-del-arroyo-el-gato>

¹⁰⁷ Disponible en: <http://www.labuenainfo.com/noticia/3557/allanamientos-en-barrio-el-mercadito-dieron-con-tres-autores-de-homicidio-y-dos-vendedores-de-drogas->

¹⁰⁸ Disponible en: <http://diariohoy.net/trama-urbana/cayo-peligroso-delincuente-en-el-barrio-el-mercadito-86018>

“El Mercadito, un barrio sin paz” – *El Día*, 14/03/15¹⁰⁹.

“Pablo Pérez: ‘La situación social en el barrio El Mercadito es alarmante’”- *Info Blanco sobre Negro*, 22/04/16¹¹⁰.

De acuerdo a Bayón (2015: 142), existe una patologización de los espacios, es decir, se construyen “estigmas asociados con *tipos de lugares* habitados por *tipos de gente*”. La autora sostiene que los estigmas territoriales son fundamentales en las experiencias subjetivas de los/as habitantes de tales espacios: “Así, la descalificación espacial emerge como la expresión territorializada de la descalificación social, ya que a los estigmas tradicionalmente adjudicados a la pobreza se superponen los estigmas territoriales” (ibid). En esa línea, podemos retomar la idea de “efectos de lugar” de Bourdieu (1999). El autor plantea que los agentes se constituyen según el espacio social que habitan y afirma que los cuerpos y las casas se sitúan en un lugar, definido como el punto del espacio en que existen, se encuentran situados, no sólo como localización sino como posición: “En una sociedad jerarquizada no hay espacio que no esté jerarquizado y no exprese las jerarquías y las distancias sociales” (Bourdieu, 1999: 120), donde El Mercadito se constituiría en el eslabón más bajo, en el espacio que nadie querría habitar. Por eso, los/as pobladores/as del barrio relocalizado rechazan ser nombrados/as con cualquier referencia a otro barrio y formulan sus propias denominaciones: Ana le dice “Barrio Nuevo”, Juliana, como ya mencionamos, “Barrio Los Olvidados” o “El Desierto” y Ramiro quiere imponer otro nombre: “Barrio nuevo la 14 [por la calle 514] se va a llamar, porque Ciudad Oculta está re quemado”.

Sostiene Bourdieu (1999: 123): “Se puede ocupar físicamente un hábitat sin habitarlo, (...) si no se dispone de los medios tácitamente exigidos, comenzando por un cierto habitus. Si bien el hábitat contribuye a formar el habitus, el habitus contribuye a su vez a formar el hábitat a través de los usos sociales, más o menos adecuados, que se inclina a hacer de él”. Así, si partimos de la diferenciación hecha por Duhau y Giglia, concluimos que mientras en el asentamiento se habitaba, en el barrio nuevo muchos/as sólo residen: llevan a cabo funciones de reproducción social (comer, dormir, guardar cosas), sin que ello implique una presencia social y arraigo, entendido como “el estar

¹⁰⁹ Disponible en: <http://www.eldia.com/nota/2015-3-14-el-mercadito-un-barrio-sin-paz>

¹¹⁰ Disponible en: <http://infoblancosobrenegro.com/noticias/12621-pablo-perez-la-situacion-social-en-el-barrio-el-mercadito-es-alarmante>

vinculado a un lugar mediante la inserción del sujeto en redes de relaciones relativamente densas, situadas en el espacio local” (Duhau y Giglia, 2008: 24).

Habitar también implica pensar que las relaciones establecidas con el espacio constituyen procesos no acabados de simbolización, modificación e interpretación (Zapata, 2017). Allí entran en juego las formas de estar juntos/as, las pautas culturales, los lazos sociales. Entonces, cuando se abandona el barrio se abandona un espacio recorrido, conocido, querido, significado; se abandonan trayectos cotidianos y se reemplazan por otros; se abandonan algunas relaciones; se abandonan las certezas construidas por el tiempo en el que se habitó ese lugar y a cambio se obtienen incertidumbres sobre el nuevo espacio.

En los relatos también emerge cierta nostalgia por el otro barrio, de modo que se entiende que no hay una apropiación semejante del nuevo territorio:

“Estábamos acostumbrados de salir medio paso y salir al asfalto” - Antonia.

“El barrio que estábamos allá era para nosotros más seguro porque nos conocíamos todos” – Antonia.

“Hasta ahora no me quiero ir más ahí [al antiguo barrio], muchas cosas vividas”- Alicia.

Como señalan Catullo y Coun (2002: 59) en su indagación en otro espacio, todas las pérdidas vividas “provocaron en la población una gran nostalgia por el pasado, un pasado sin el cual el presente no tenía razón de ser y el futuro se veía envuelto en un gran signo de interrogación”.

Sumado a estas cuestiones, hay dos hechos que marcan las consecuencias no previstas de la relocalización: Ernesto se separó de su pareja e Isabel se peleó con sus amigas. Cuenta el hombre:

Ernesto: cuando vinimos acá y no estaba asfaltado, mi mujer no quiso venir a vivir porque no le gusta el barrio. Entonces, ¿qué hice? Me tuve que separar de ella.

-¿Te separaste por la casa?

Ernesto: sí, porque no le gusta el lugar, no hay asfalto, viste y entonces... Culpa de eso también me arrepiento de salir de allá porque perdí a mi mujer.

A Isabel sus amigas no le avisaron que habían decidido mudarse y ello implicó cierto malestar: “Yo lo que tomo mal de la gente es que... Ana se retractó, de Ana yo no puedo decir nada. Todos cambiaron, como si fuese que psicológicamente se les cambió todo a la gente”, explica la mujer en relación a que se modificó la relación que mantenían. Sin embargo, afirma que luego se arrepintieron, la fueron a buscar y le explicaron que no soportaban estar en el barrio debido a que los/as habitantes que tenían seguridad en la tenencia de sus casas no “aguantaban vernos acá”, cuenta Isabel, y sus amigas ya no querían escuchar eso.

Isabel tuvo problemas con Josefa en el barrio nuevo. Afirma que se enojaba por todo: si ataban el portón de su casa, si sacaban la basura, si arreglaban el tejido, si cortaban los yuyos, pero después se le pasó.

Emerge una melancolía hacia lo perdido y la esperanza es una sensación transitoria, que va y viene: renace en ciertos momentos, cuando se ven transformaciones favorables en el barrio, pero se esfuma cuando el tiempo pasa y no hay novedades.

10. Usos y apropiaciones

Más allá de las críticas, muchos/as vecinos/as sí habitan –aunque sea en algunos momentos- el barrio relocalizado, es decir, lo utilizan, se lo apropian, lo dotan de significaciones al realizar ciertos recorridos –evitando pasar o eligiendo andar por determinadas zonas-, al inventar nuevos usos para los espacios y las cosas (los/as niños/as utilizaban una montaña de tierra para deslizarse como en un tobogán; la mayoría disfrutaba tomando mate en los patios de adelante de las casas), al plantar árboles para tener sombra y que se parezca al asentamiento y al modificar e intervenir los espacios: por ejemplo, los/as ex habitantes de Ciudad Oculta construyeron una cancha de fútbol en un descampado. Ramiro quiere abrir un galpón para dedicarse al reciclaje y así “sacar el carro del barrio, darle un cambio, quiero otro futuro”.

11. Sentidos sobre las casas

“En esta casa fuimos felices (...) así que esa casa entristecida, esa casa barata y fea, en un barrio barato y feo, era sagrada”.
“La casa” –*El libro de los abrazos* – Eduardo Galeano

Dice Rossana Reguillo (2005: 264) que la vida cotidiana se constituye a partir de una “sucesión de certezas, de elementos que por repetidos son incuestionables”. En especial,

todo se organiza y gira en torno a la vivienda, en tanto espacio de encuentro, de salida, de retorno y de separación de lo público y lo privado: “En sus paredes y en sus rincones van quedando las huellas de la trama y la historia cotidiana” (Reguillo, 2005: 268). Según la Real Academia Española, la casa es el “edificio para habitar” destinado a la vivienda unifamiliar. Más allá de la simpleza de tal definición, es muy rica al incluir la idea de habitar: es decir que se trata de un lugar en el que se construyen sentidos, prácticas y apropiaciones, muchas de las cuales son colectivas y compartidas, en el caso de Ringuelet, por los/as integrantes de una familia. Indica Zapata (2017: 334):

El lugar por excelencia del habitar es la vivienda, en cuanto espacio asociado a la propia identidad cultural de su usuario, como referente y ordenador del mundo del sujeto, pero también como espacio en el que se desarrollan las actividades más importantes de la reproducción humana (...) Se suele asociar la vivienda a un espacio de amparo, de abrigo; pero no siempre la casa le ofrece al sujeto un amparo adecuado con respecto a sus necesidades (y más aún si se hace referencia a vivienda pública destinada a sectores populares), ya que existen diferentes maneras de que el sujeto se relacione con el espacio habitable.

A pesar de que existen estudios que diferencian vivienda de hogar, siguiendo a la autora mexicana utilizaremos el término “casa”, tal como lo hacen nuestros/as entrevistados/as, para referirnos no sólo al hecho material sino también a los sentidos atribuidos, a las relaciones sociales “dotadas de significación por los actores” (Reguillo, 2005: 265). Constituye un ámbito de referencia de todas las prácticas que se llevan a cabo, da seguridad y protección ante cualquier posible amenaza que se presente desde el exterior. Desde allí, puede interpretarse y entenderse el mundo.

Yujnovsky (1984) plantea que la casa implica servicios que posibilitan satisfacer las necesidades humanas más importantes, las cuales varían con cada grupo y sociedad: identidad, privacidad, seguridad, refugio, entre otras. La casa forma parte de relaciones socio-culturales y “se configura en expresión del acto de habitar de sus usuarios por sobre su concepción de objeto ligado a la inversión. Se trata más de un proceso que de un producto terminado” (Zapata, 2017: 327), es decir que se transforma y desarrolla con el paso del tiempo según los usos, las necesidades y la economía de quienes la habitan. La entendemos como un derecho humano.

Para el juez en lo contencioso administrativo Luis Federico Arias, en la casa se configuran roles sociales, valores culturales y se socializa. La entiende a su vez como unidad económica, lugar de producción (de trabajo) y de ocio. Garantizar este derecho es fundamental “para asegurar el derecho a una vida digna” (Arias, 2016: 15).

A continuación analizaremos las cualidades atribuidas a las viviendas provisorias y definitivas –no sin aludir a las casas del asentamiento- para pensar los sentidos que se construyen en torno al habitar/residir el nuevo barrio.

11.1. “Me trajeron para vivir mejor y vivo peor”. Las casas provisorias

La primera característica de estas viviendas señalada por sus habitantes es que son **inseguras**. Para Juliana, “esto no es seguro. Fijate los ventanales no traban, las ventanas no traban, las puertas de una patada te... (...) En la pieza de mi hija tiene un agujero así de la humedad del durlock”. A Filomena le robaron a la semana de haberse mudado: se llevaron toda la mercadería de su negocio, principalmente las bebidas. Según su testimonio, fueron dos vecinos: uno del barrio nuevo y otro del asentamiento. Afirma que las paredes son fáciles de romper y que no le permiten poner rejas.

Las primeras once familias en mudarse, provenientes de Ciudad Oculta, sufrieron dos intentos de “usurpación” a los pocos días de haberse relocalizado. En palabras de Ramiro, constituyó una prueba de parte de los/as habitantes del barrio “El Mercadito”. En principio enviaron a tres jóvenes a una casa:

“A buscarle roña, a buscarle quilombo. Cuando ellos vienen la primera vez, mi hermano los corre. Cuando vienen la segunda vez, ya estábamos todos, los corrimos con la moto para todos lados, lo cazamos a uno, lo cagamos a palo y lo hicimos llorar. Le dijimos que le diga al jefe que esto es de Ciudad Oculta y lo maneja Ramiro. Si sigue molestando me voy a meter en la zona de él y le voy a sacar casas. Bueno a partir de eso, le dijeron al jefe y no vinieron más” - Ramiro.

En esa segunda oportunidad, Horacio cuenta que aparecieron de noche y “se armó un alboroto bárbaro”, porque ellos/as llamaron a sus parientes que aún vivían en Ciudad Oculta (ya que, como comentábamos, se mudaron en dos etapas) y los/as ayudaron a evitar que les quitaran sus casas.

Con respecto a la **infraestructura de las viviendas**, para Horacio y Ramiro es imposible que se resquebrajen. No obstante, según los/as vecinos/as de 1 a 3, que se

mudaron a las viviendas provisorias que con antelación habían sido habitadas por los/as pobladores/as de Ciudad Oculta, son de mala calidad:

Filomena: sé que gente viene a comprar acá, clientes por ejemplo, le llueve como una catarata que lo arreglaron ellos, ahora. Dice que la cola de la chapa, viste que tiene que terminar un tanto así hacia afuera, bueno éste está al ras entonces cae como catarata el agua adentro.

-No te puedo creer, claro.

Filomena: lo único que sé es que las cosas no están todas bien hechas. Por ejemplo acá dice hay bidet pero yo no lo uso porque pierde todo abajo.

-Claro, está mal pegado.

Filomena: después hay gente, hay una casa por allá que el otro día se estaba bañando, le agarró corriente. Por eso yo digo que nos saquen porque cuando más van pasando los años se va deteriorando esto y va a ser peor y hay gente que se puede morir. Entonces es peligroso. Yo ya viví mi vida, está bien, pero tampoco quiero morirme y mucho menos por una cosa así que me trajeron para vivir mejor y vivo peor.

Los dichos de Filomena son representativos para pensar cómo se sienten los/as habitantes de estas casas. A la idealización del barrio anterior y de la casilla de madera (o de material, según los casos), se suma el hecho de que las transitorias cuentan con una serie de problemáticas: las cloacas están tapadas, hay humedad en las paredes, muchos techos gotean, la calidad de la electricidad es mala y son frecuentes los cortes de luz, etc.

Otros atributos negativos depositados sobre las casas es que son **pequeñas**. Isabel no tiene espacio para las heladeras de su negocio; Filomena, que también se dedica al comercio, guarda mucha mercadería en cajas. En conversaciones informales, Ana cuenta que sus hijos de 17 y 6 años, quienes dormían separados, deben compartir una pieza cuando en realidad no quieren hacerlo. Además, esta mujer manifiesta que nunca puede estar sola: como alguno de sus hijos o su marido siempre están y hay dos cuartos, la cocina-comedor y el baño, pierde la posibilidad de tener un momento de soledad y privacidad.

Otras cuestiones tienen que ver con que aún existe una **incertidumbre acerca de la transitoriedad** de estas casas: si bien los/as habitantes de Ciudad Oculta se mudaron a las definitivas a los ocho meses, los/as de 1 a 3 vivieron un año y ocho meses y con

frecuencia las autoridades del IVBA les decían que en poco tiempo se trasladarían: pero eso no sucedía. Tal como señala Lins Ribeiro (en Bartolomé, 1985: 33): “Son corrientes las incertidumbres acerca del futuro de un proyecto. Una vez iniciado, no hay garantías de su terminación”. En su propia indagación sobre una reubicación ocurrida en décadas anteriores, Bartolomé agrega que muchos/as afectados/as cuestionan la falta de información sobre las condiciones y los plazos de las reubicaciones. Al respecto, Filomena indica: “Ves que estás [en la provisoria] a un paso de poder entrar en tu propiedad (...) y que estás desconfiando que nunca vas a entrar”: emerge la mirada patrimonial sobre la vivienda y la falta de seguridades sobre si eso va a suceder o no.

Otro atributo es que estas casas **no son modificables**:

“Esto [provisoria] no es mío, esto lo estoy cuidando como oro. ¿Vos te parece Sofía que vengan mis nietos y ‘no, no toques la pared. No, no rayes la pared’? Quiero que vengan mis nietos pero me pone nerviosa porque viste cómo son los chicos. Y no, no tienen que tocar nada, (...) dejar tal cual como me entregaron. Yo hoy por hoy no hay nada roto, pero bueno cuido como oro, cuido más que mi vida como dice con tal de que tenga lo mío. Y aparte es ajeno, es prestado¹¹¹. Es una vergüenza también que somos personas grandes y que tengamos que entregar hecho un desastre, ¿no?” – Filomena.

Si partimos de que, siguiendo a Lefebvre (1971 en Zapata, 2017: 333), “habitar es apropiarse un espacio”, en el sentido de darle forma, poner el propio sello, modelarlo, concluimos que desde el Estado se motiva una no apropiación de la casa, es decir, que pone como condición no habitar las viviendas provisorias porque no se las puede intervenir ni alterar. Y, además, va en contra de una necesidad: habitar es “la necesidad que tiene el ser humano de transformar su entorno para apropiárselo, transformándolo en un lugar moldeado a partir de su intervención cultural y de sus propias necesidades de uso para hacer posible su existencia en relación a ese entorno” (Zapata, 2017: 333).

Por último, se trata de casas que eran **desalojables** para el grupo de 1 a 3: “Ni un papel consta que nosotros en esta casa estamos provisorios. Viene cualquiera y nos saca”, remarcó Juliana. En cambio, para las personas que vivían en Ciudad Oculta la situación era favorable, pues contaban con documentación que cercioraba que se encontraban en

¹¹¹ Como se observa, la entrevistada vuelve a remarcar la mirada patrimonial: lo propio (la vivienda definitiva) y lo ajeno (la provisoria).

esas casas hasta que estuvieran listas las definitivas: “A pesar de que esto [provisorias] no es nuestro. Ahora allá [definitivas] tengo que volver a hacer todo otra vez porque ya va a ser mío, creo, ¿no?””, explicaba Horacio de forma dubitativa, pero luego agregaba con seguridad que si lo desalojaban de las provisorias, podía mudarse a una casa definitiva porque era su derecho.

Sin embargo, hay otras características de las viviendas provisorias que son valoradas positivamente. Son **cómodas**: en el verano, Ana sostiene que son frescas; Juliana destaca que no se llueven como su casilla de madera post inundación; Horacio subraya que les queda más cerca la escuela de sus hijos/as y el Mercado Regional de La Plata para hacer compras más baratas: “Es cómodo, tampoco me puedo quejar, es bárbaro lo que nos dieron (...) Es para vivir un poquito mejor, con más decencia que la teníamos, siempre tenés cosas, pero estamos mejor”, finaliza.

A pesar de criticar la infraestructura, la luz y el mal funcionamiento cloacal, muchos/as destacan los **servicios** en relación a sus casas anteriores:

“Tengo agua caliente, antes tenía que enchufar un calefón” - Juliana.

“Lo bueno es que tengo termotanque eléctrico, no lo tengo que estar enchufando y desenchufando” - Blanca.

“Servicios nos dieron el calefón, la cocinita eléctrica, después todas las instalaciones. No, muy bien, esto es bárbaro” - Horacio.

También se considera que es **linda**, que es una “re casa”, según Ramiro, y que es funcional a las necesidades de sus habitantes: como dijimos, muchos/as usan el patio ya sea para criar animales, tomar mate, comer un asado, dejar el carro o el auto, aspectos sumamente valorados.

Por último, mencionamos que son percibidas como **distintas** a las viviendas del asentamiento (más allá de que varios/as vecinos/as afirman vivir peor o tener las mismas ventajas que en el otro barrio), lo cual se debe según Estefanía a que “hay diferentes relatos. Hay algunos que la tenían de chapa. Nosotros gracias a Dios la teníamos de material también allá, entonces no sentimos tanta diferencia”. Agregamos que los discursos en los que se sostiene que ya tenían todo lo que la provisoria puede ofrecer parecen un intento de tapar las condiciones habitacionales precarias en las que muchos/as habitaban porque, como veremos más adelante, en muy pocos casos se

asume la situación de pobreza. De todas maneras, para los/as hijos/as de Isabel y Ramón es tan diferente esta vivienda a su hogar que la llaman “la casa de otro país”.

Sobre sus viviendas del asentamiento se destaca que eran más grandes, tenían más patio y fueron construidas con mucho esfuerzo y sacrificio, que después del desastre de la inundación debieron empezar de nuevo (“tuvimos que levantar todo otra vez, a pulmón lo levantamos”, dice Horacio) y por todo eso “queremos tanto a esta casa”, explica Isabel y, en conversaciones informales, agrega que le “duele” su vivienda: tener que abandonarla, ver cómo la destruye la topadora, dejar de habitarla.

11.2. “No te va a venir nadie a romper, loco”. Las viviendas definitivas o el sueño de la casa propia

Cuando realizamos las entrevistas, las únicas que habitaban estas casas eran Antonia y Estefanía. Por lo tanto, incluiremos sus percepciones y las de aquellos/as que esperaban mudarse con mucha ilusión, quienes eran la mayoría al momento de escribir estas líneas.

El punto más destacado de tales casas es la **seguridad en la tenencia**: se trata de viviendas que son legalmente propias, es decir, que brindan la posibilidad de ser propietarios/as legítimos/as (al respecto, Bourdieu (1999) habla de las ganancias simbólicas de distinción relacionadas a la posesión de una propiedad). Antonia, que ya habita en una definitiva, destaca que cada integrante de su familia tiene su terreno y vivienda en proceso de escrituración: ella, su papá, su hijo mayor ya no comparten suelo y eso también es positivo en términos de evitar el hacinamiento. Añade:

“Está bueno porque ya vas a tener tu escritura y tu terreno va a valer más. Hay diferencia a lo que es estar, que no tenga ningún papel, que el día de mañana venga el dueño y te diga ‘Mirá, esto es mío, andate de acá’. Pero ahora esto es tuyo, sabés que es tuyo y sabés que a tus hijos les va a quedar algo que no se lo va a poder sacar nadie”.

Puntualiza, por un lado, el hecho de que sus hijos/as no van a tener que sufrir, como ella, el miedo al desalojo; por el otro, señala que el suelo no es otra cosa que una mercancía (quizás la más valiosa en términos de acceso justo al hábitat, como planteábamos en el capítulo II), al marcar el aumento de su precio.

Para convencer a sus familiares de mudarse al barrio nuevo, Ramiro enfatizaba el hecho de que la casa era chica, “pero es nuestro después (...) acá [en Ciudad Oculta] nunca va a ser nuestro”. Las viviendas definitivas representaban la posibilidad de por primera vez en la vida tener un techo propio, no desalojable: “Y agarra mi viejo y me dice ‘sí, perdemos en un lado’, dice, ‘pero el día de mañana que tengamos el terrero propio...’. Le digo: ‘Vos podés construir un chalet que no te va a venir nadie a romper, loco’”, describió Ramiro. En ese sentido, Zapata (2017: 369) explica que en sus indagaciones se le atribuía a la “obtención de la escrituración una fuerte carga de apropiación en términos de garantía de una protección legal y simbólica contra el desamparo habitacional y el desahucio” y solía vincularse la seguridad en la tenencia a la garantía de un futuro estable.

En los relatos observamos que aparece un reconocimiento en torno a ser propietario/a, es decir que emerge la mirada patrimonial que subrayan Cravino y González Carvajal (en Cravino, 2012) en relación a la percepción de una situación de más estabilidad al pasar de ocupante a dueño/a. Asimismo, en cada encuentro con funcionarios/as del Instituto de la Vivienda Bonaerense los/as vecinos/as solicitan el otorgamiento de un documento que dé cuenta de la tenencia provisoria (en el caso de quienes viven en las casas transitorias) y de la definitiva, para quienes ya estaban en las de material.

Al respecto, señalamos que para algunos/as investigadores/as los títulos aumentan el valor de los inmuebles y se cree que facilitan la obtención de créditos, pero no existiría un nexo entre ambos (Calderón, 2011). El autor agrega que “este capital económico se expresa en un capital simbólico en la medida que implica el reconocimiento de la sociedad a través de situaciones asociadas a la respetabilidad, seguridad, estabilidad emocional, confianza y estatus (saber que no podrán ser desalojados)” (Calderón, 2011: 52). En el caso estudiado, creemos que la seguridad en la tenencia, la imposibilidad de un desalojo, el reconocimiento de propiedad de parte del Estado, es el factor que más se valora, junto a la posibilidad de tener un patrimonio para los/as herederos/as. Y, siguiendo a Calderón, acordamos que una vez obtenido el título los actores no tienen por qué insertarse en el llamado mundo de la formalidad ya que las prácticas sociales suelen ser más complejas que la linealidad planteada por quienes observan una asociación directa. Por último, el autor encuentra vínculos entre los títulos y la inversión en construcción y servicios. Este aspecto es mencionado por los/as vecinos/as de Ringuelet al explicar las futuras modificaciones que le harán a sus viviendas definitivas: más piezas, edificar en altura, etc, como veremos en líneas posteriores. De todas

maneras, en el asentamiento próximo al arroyo muchas familias construyeron casas de material o renovaron las casillas, es decir, sabiendo que podrían ser desalojadas o incluso relocalizadas (cuando este proyecto ya existía) priorizaron mejorar su calidad de vida más allá de la incertidumbre con respecto al futuro y a este proceso. Como vemos, no hay homogeneidad en las prácticas y sus lógicas son complejas.

También se valora el hecho de adquirir una **casa de material**: “El sistema de vida te va a cambiar un montón”, imagina Ramón. En el caso de Alicia la casa propia y de material significa mucho, no sólo en términos de vivir mejor, sino también para permanecer en el país y no regresar a Paraguay:

“Siempre soñamos tener una casa pero viste que no tuvimos la oportunidad de comprar y, por eso, que no comprábamos la casa, si uno por ahí, si una persona nos da la oportunidad que nos da a pagar y todas esas cosas, porque nosotros no tenemos un sueldo fijo, no te da esa oportunidad. Bueno, mucho, para quedarnos acá en Argentina, estamos bien acá”.

Alicia visualiza su imposibilidad de acceder a una casa propia en tanto falta de oportunidades y vislumbra en la relocalización la ocasión de su vida: al no tener un trabajo en blanco ni un sueldo fijo, ella y su marido no son sujetos de crédito bancario, por lo tanto, si el Estado impulsa una política de vivienda inclusiva, que contemple estas situaciones, podrían pagar su pasa.



Algunos/as vecinos/as recorren las viviendas definitivas. Fotografía tomada el 13 de febrero de 2016.

Las viviendas definitivas también generan **seguridad**. Para Antonia, son más seguras que las “precarias”, sobre todo, porque las paredes contienen balas y en situaciones de riesgo no podrían salir heridos/as¹¹². En el caso de Alicia, que vivía en una casita de madera, significa perder temores: “Tener una casita de material me parece que está más segura ahí y esas cosas. Cuando venga la tormenta no voy a tener más miedo”, afirma en relación al padecimiento sufrido por las inundaciones de 2013.

Con respecto a los **servicios**, cuentan con agua y luz, la cual es de obra. En el momento de la entrevista, restaba solicitar el medidor del gas.

Además, Antonia y su hija sostienen que las casas son **pequeñas**, pero decidieron mudarse para asegurarse una vivienda definitiva y habitar próximo a sus parientes, de forma de sentirse protegidas. Tenían menos habitaciones que en la provisoria. El día de la entrevista, observamos que la cama matrimonial se hallaba en la cocina, donde había alrededor de seis niños mirando televisión mientras conversábamos. Las paredes estaban escritas porque Antonia cuidaba todas las tardes a sus hijos/as y nietos/as, quienes las dibujaron. A su vez, cuenta que le gustaba más la ventana de la provisoria: “Aquellas vos te sentabas así en la mesa y chusmeabas todo”. En las definitivas no podía porque eran chiquitas y en frente estaban las vías. Durante las visitas al barrio, notamos que para quienes vivían en las provisorias las definitivas eran **grandes**: pues les correspondían casas con un living de importantes dimensiones, terraza (en ciertos casos) y varias habitaciones.

Otro punto conflictivo es que, según los relatos de los/as vecinos/as, algunas viviendas definitivas **tienen jardín pequeño**: “Allá [en Ciudad Oculta] teníamos más patio, acá como que los chicos jugar a la pelota no se puede”, cuenta Antonia y explica que es incómodo porque los/as niños/as juegan en la calle y a veces molestan a los/as demás vecinos/as. Isabel, que aún no se mudó definitivamente al barrio nuevo, explica que prefiere la casa provisoria en vez de la de material por la misma razón: “A mí me gusta más esa. Porque yo me imagino todo con mi gallinero”, asegura. Estas cuestiones ponen de manifiesto que las casas **no siempre son funcionales**¹¹³ y, sobre todo, la nula intervención que tuvieron los/as habitantes de Ringuelet en el diseño y construcción de sus viviendas. Si sólo se les hubiera consultado sobre los usos de las mismas, estas

¹¹² Más adelante narraremos un episodio en el que dispararon con intensidad a las viviendas provisorias.

¹¹³ De todas maneras, las viviendas que les correspondieron a los/as habitantes de 1 a 3 contaban con patios grandes. Por lo que, en su caso la preocupación fue previo a mudarse y eso deja en claro la poca información que tenían los/as vecinos/as. Si bien el Estado sabía que algunos/as contaban con negocios, en ninguna ocasión afirmaron que habían sido consultados/as sobre los usos de las viviendas.

cuestiones se podrían haber contemplado. En el caso de Isabel, además, está preocupada por la falta de espacio para trasladar su almacén, lo cual es de suma relevancia ya que es parte indispensable del sustento económico de su familia y, por último, muchos/as cartoneros/as no tenían lugar para dejar su carro. Todo lo anterior pone de manifiesto que las definitivas no siempre se pensaron en función de (ni se adecuan a) las necesidades, usos y apropiaciones de sus habitantes. Esto desencadena una manera de vincularse con la vivienda que “consiste en ir a habitar (y ordenar) la vivienda una vez ya construida, ya diseñada u concebida por otros, con base en principios de orden y uso de los espacios que quizás no resulten inmediatamente inteligibles y convenientes para el sujeto y su familia por no responder directamente a sus necesidades habitacionales” (Zapata, 2017: 335).

Partridge (en Bartolomé, 1985) destaca la relevancia de la participación de los grupos endógenos tanto en la planificación como en la ejecución de una reubicación. Zapata (2017) retoma a Giglia y agrega que en esos casos construir la casa es habitarla, pues se toman una serie de decisiones que tienen que ver con los usos y necesidades que sus habitantes consideran relevantes. Tal como sostienen Swistun, Lekerman, Carman y otras (2014: 6):

La participación de los relocalizados debería tener lugar desde la etapa de diseño de las nuevas viviendas, ya que su tipología estándar no satisface las necesidades de muchas familias. En algunos casos, la vivienda no contempla las organizaciones del espacio de familias que poseen un patio con animales o una huerta. Los prototipos de vivienda diseñados por los equipos estatales priorizan la planificación de los espacios cerrados de la vivienda en detrimento de la planificación de los espacios abiertos que permiten a las familias realizar actividades de producción y esparcimiento en el exterior. Por todo ello, resulta fundamental partir de diagnósticos participativos que permitan conocer la demanda de la población.

Entonces, podemos decir que la propuesta de casa en parte y en algunos casos contrasta “con la cultura de los futuros habitantes, con sus hábitos y significados que atribúan a su vivienda” (Catullo y Coun, 2002: 64), provocando una contradicción entre “el hábitat planificado y el hábitat habitado” (Zapata, 2017: 332).

Debido a lo anterior, Antonia tiene el proyecto de agrandar su casa, pues otra característica de estas viviendas es que **se pueden modificar**, no como las transitorias que no se podían cambiar. La mujer planea “edificar para arriba”, para construir un espacio donde habite Estefanía y su beba, y armar dos piezas en el fondo para sus otros/as hijos/as. Además, en la planta baja van a dejar intacto el garaje para guardar su camioneta y para aprovecharlo en el verano porque “te morís de calor”, explica Antonia. Esto pone de manifiesto nuevamente la nula participación en la planificación de las viviendas: “Los desencuentros entre técnicos/profesionales y usuarios de las viviendas se expresan en los conflictos entre órdenes opuestos e intenciones distintas acerca de las maneras de habitar” (Zapata, 2017: 336), que se pueden vislumbrar, entre otras formas, con la alteración de las características de la vivienda.

Antonia destaca que las casas son calentitas, abrigadas. Su esposo añade que a pesar de ser bastante modesta, es mucho para ellos/as. De todas maneras, **les cuesta acostumbrarse**: “Para mí es igual. Para mí, es mi opinión, está buena todo, pero no, ¿viste cuando vos te adaptás a tu casa?”, se pregunta Antonia y ante el interrogante de qué cosas les gustan más de su vivienda y del barrio se queda en silencio.

Quienes no habitan en las viviendas definitivas, las esperan con expectativas. Para Josefa representan una mejora en su vida. Juliana no para de calificarlas como “hermosas” y tiene muchas ganas de mudarse. Al respecto, en el análisis de un proceso de construcción de viviendas en Capital Federal, Zapata (2017: 335) afirma:

Este acceso al derecho a la belleza por parte de los destinatarios de una vivienda, es decir, por parte de sectores populares, no es un dato menor. Pues (...) las políticas habitacionales destinadas a estos sectores se caracterizaron – tradicionalmente– por negar los patrones culturales y habitacionales (Giglia, 2012) de los destinatarios de las viviendas por conceptualizar a lo físicamente construido por el Estado como una donación, es decir un “regalo” que debe ser aceptado en las condiciones que sea (Pelli V. S., 2010).

Cabe destacar que sólo los/as habitantes de Ciudad Oculta viven en las casas definitivas al momento de escribir estas líneas. Los/as demás las están esperando. Hasta 2015, estaba avanzada la edificación de las viviendas de dos habitaciones, pero la empresa constructora abandonó la obra y estaba parada. De acuerdo a los relatos, un grupo de vecinos/as del barrio nuevo ingresaron a robar: “Las treinta que se iban a entregar, ya

sacaron todos los tanques, están empezando a sacar el techo, todas las aberturas (...) Es nuestra casa, nos están robando a nosotros, viste, y eso es lo que te da bronca”, describe Ernesto.

Casa vieja	Casa provisoria	Casa definitiva
Cómoda	Cómoda	Cómoda
-	Húmeda	-
Sin críticas positivas o negativas	Fresca	Calurosa en verano, calentita en invierno
Con árboles (sombra)	Sin árboles	Con árboles que aún no crecieron
Carente de servicios “legales”	Con todos los servicios (no siempre legales ni adecuados)	Con todos los servicios o la posibilidad de solicitarlos
Autoconstrucción con esfuerzo	Mal construidas y hechas por otros/as	Sin quejas o halagos sobre su construcción
Costumbre, apego, afecto	Desarraigo	Desarraigo
Chica/grande (varía por caso). Percepción general: grande	Chica/grande (varía por caso) Percepción general: chica	Chica/grande (varía por caso) Percepción general: grande
Plausible de ser desalojada	Plausible de ser desalojada	Legal, propia
Madera	Durlock	Material (ladrillo)
Linda	Linda	Hermosa
Segura	Insegura	Segura
Modificable	No modificable	Modificable
Funcional a las necesidades	Funcional a las necesidades	No funcional a todas las necesidades

12. No tan buenos/as vecinos/as: peleas con cartoneros o “el desplazamiento del estigma”

Explica Segura (2011: 86) en su análisis sobre otro barrio: “Mientras, por un lado, identificamos en los relatos de los residentes un conjunto de expectativas, problemas y prácticas compartidas que remiten a una ‘experiencia común’ vinculada con habitar la periferia; por el otro, los pobladores de la periferia se perciben como formando parte de ‘grupos distintos’ y se relacionan sobre la base de esas clasificaciones y categorías con que se distinguen”. Así, una problemática que aflora en el barrio relocalizado es que el grupo de vecinos/as que habitaban en 514 de 1 a 3 no quiere estar cerca de quienes vivían en Ciudad Oculta ni de algunos/as vecinos/as de 514 bis porque se dedican al cartoneo, un trabajo que al parecer está menos legitimado que otros. Si bien todos/as

aclaran que no discriminan, la posibilidad de mudarse cerca de estos/as trabajadores/as es fuente de malestar y conflictos. Los/as acusan de sucios/as:

“Su trabajo es el cartón, juntan cartones y hacen montañas de cartones y eso trae las ratas, viste. Y uno quiere tener limpia la casa y no podés” - Ernesto.

“Vos podés ser humilde pero no sucio” – Juliana.

“La gente que junta los cartones y eso nada más que es como que arruinó un poco el barrio. Como todos tienen derecho a vivir también, pero tampoco en basura” – Ana

A Alicia le molestan los caballos: “Tienen los animales, juegan mucho los animales, viste, y esas cosas por ahí a mí no me gustan. Yo a veces los veo acá, traen los carritos y les hacen caminar acá. ¿Sabés las vueltas que les hacen dar? Y me dan ganas de salir a retarles”.

En muchos testimonios se hace hincapié en que no quieren que los/as mezclen: su deseo es que los/as cartoneros/as habiten aislados/as. Ana afirma: “Mejoraría muchas cosas ordenando a la gente (...) Los cartoneros tienen que estar aparte y la gente que no son, respetarle esos derechos viste. Porque uno, nosotros viste que vinimos de al lado del arroyo para estar mejor porque si vinimos a estar con los cartoneros estamos peor”. Aparece un discurso de orden donde el territorio como lugar de encuentro entre diferentes genera caos y ello se sustenta en una bandera de derechos: tienen el derecho a vivir lejos de la basura, de los/as cartoneros/as y de sus prácticas.

Lo que observamos es que ante un reclamo que puede ser considerado legítimo –por ejemplo, evitar el contacto con residuos o con roedores porque transmiten enfermedades- emerge una narrativa que resulta excluyente: como desde su percepción son distintos/as, tienen que vivir separados/as. Se excluye a los/as otros/as mientras se produce un cerramiento hacia un nosotros/as (Saraví, 2015). Es decir que se pone en cuestión “la ciudadanía de aquellos que, en la medida en que son vistos como diferentes, pasan a ser no iguales” (Segura, 2009: 74). Para Saraví (2015) se fundan límites simbólicos que inciden en la segregación espacial por las percepciones que atribuyen a identidades y ciertos grupos tienden a autosegregarse para preservar estatus o segregar a los/as “indeseables”. Como decíamos, en nuestra indagación hay grupos que procuran

autosegregarse en el interior del barrio: “Los barrios de relegación reproducen buena parte de los estigmas que pesan sobre ellos al interior del propio barrio” (Carman, Vieira y Segura, 2013:25), es decir que se produce un “desplazamiento del estigma” hacia otros y otras (Cravino y González Carvajal en Cravino, 2012: 191). Observamos una voluntad explícita de algunos/as habitantes de separarse de los/as cartoneros/as: quieren que sus viviendas definitivas estén apartadas y en sus interacciones cotidianas intentan no pasar por las áreas habitadas por tales trabajadores/as –se constituyen en zonas de evitación (Carman, Vieira y Segura, 2013; Saraví, 2015)-, lo cual recuerda que a veces el/la más vecino/a puede amenazar más que nadie la identidad social (Carman, Vieira y Segura, 2013). Casabona y Guber (en Bartolomé, 1985: 161) manifiestan que los/as habitantes de barrios pobres replican su propia imagen desprestigiada dentro de sus territorios, constituyendo fronteras entre grupos con más o menos prestigio y recursos: “Los argumentos que se esgrimen son los mismos que los no villeros usan para denigrarlos. Aparecen entonces, las distinciones entre (...) vagos y ‘laburantes’ (trabajadores)”, tal como vimos en el capítulo V.

A pesar de que Antonia, una de las mujeres que vivía en Ciudad Oculta, sostenía que ese espacio figuraba en rojo por la supuesta peligrosidad de sus habitantes, con la relocalización la impugnación hacia ellos/as y hacia su lugar de residencia se recrudeció desde la mirada de sus propios/as vecinos/as, quienes con antelación también los/as señalaban. Pero los/as separaba una vía: “Una vía era como un muro, que acá era un mundo y del otro lado de la vía era otro mundo. Era como que había discriminación. Pero ahora no, ahora tenemos más contacto con la gente de ahí”, afirmó la mujer aunque los habitantes de 1 a 3 aseguran lo contrario.

Entonces, no sólo se pone de relieve la precariedad de las condiciones de vivienda cuando habitaban Ciudad Oculta –tal como veremos en el próximo apartado-, sino que se concibe a los sujetos como portadores de carencias morales y defectos: en otras palabras, se trata de una tremenda violencia simbólica ejercida mediante estigmas, que los/as pobladores/as conocen, y que en el caso estudiado se intensifican por el trabajo desarrollado: el cartoneo sumado al habitar detrás de las vías del tren (al fondo del barrio) convierten a los/as habitantes en sujetos señalados como diferentes. Y, a pesar de la mudanza, tales atributos negativos perviven: continúan viviendo “al fondo”, lejos, y dedicándose a la actividad mencionada, de modo que la exclusión se mantiene al interior del nuevo barrio.

Siguiendo a Márquez (2003: 49), establecemos que el intento por mejorar la calidad de vida –como es la relocalización- se choca contra la estigmatización y la desigualdad. La disputa entre quienes, desde afuera, pueden ser considerados/as similares en términos socioeconómicos “y los precarios términos de la convivencia, habla de un nosotros fuertemente debilitado y donde los códigos desde donde construir un ‘buen vivir’ son campo de disputa”. En su indagación sobre dos barrios chilenos, la autora agrega que el miedo y el rechazo a parecer de un barrio pobre rompen las solidaridades.

12.1 El pobre es el otro

En relación con lo anterior y a partir del análisis de las entrevistas, encontramos varios fragmentos que dan cuenta de una mirada común en los actores, que podríamos sintetizar en la idea de que el pobre es el otro/a, sobre todo, el otro/a cartonero/a. Algo así como: ya vivimos en buenas condiciones, hay personas que están peor, la casa nueva no nos modifica sustancialmente. Es difícil saber si se dice en un sentido de solidaridad o de caridad: se prioriza mejorar la calidad de vida de quienes tienen pocos recursos materiales o se pone el foco en que lo que define a esos otros y otras es la carencia. Esta actitud nos interpela ya que, siguiendo a López (2013), por lo general es la llamada clase media quien tiene mayor pudor para pedir, para ubicarse como sujeto que requiere del auxilio de los demás.

Una idea que aflora en algunos/as entrevistados/as es relacionar la pobreza con la suciedad (siguiendo una línea con lo que vimos antes, se vinculaba el cartoneo con la mugre):

Lourdes: no es la misma calidad de vida la que tenemos nosotros [los/as de 1 a 3] que la que tienen ellos.

-¿Ellos, quiénes?

Lourdes: los que viven atrás de las vías [en Ciudad Oculta].

Isabel: porque nosotros nos dio una pena que después que se mudaron esas diez familias [a las viviendas provisorias] fuimos nosotros a chusmear. Pero ellos no tenían piso ni nada, era tierra.

Ramón: nunca tuvieron un piso...

Isabel: así, lindo.

Ramón: como de limpio. Nunca tuvieron una casa limpia, ahí te digo todo.

Isabel: lo único que yo sé ahora de ellos es que todos los que se mudaron lo tienen arregladito, re limpio. Porque es otra vida que tienen.

Lourdes: igual la gente que fue allá no es la misma que se quedó acá, son como los más mejores.

Isabel: ¿los primeros que fueron?

Lourdes: como los más ordenados, los más limpios, se preocupan.

Isabel: y después los otros que están en el medio [de Ciudad Oculta] no sé qué va a pasar después.

Ramón: no, porque son difíciles.

Isabel: son difíciles. A ellos les gusta estar así.

Lourdes: ellos trabajaban de otra cosa, no solamente del carro.

Isabel: porque el señor ese que usted me dice trabaja de lustrador de muebles, creo.

“Porque ellos juntan basura porque ya son así porque van a seguir siendo así, porque ya a los hijos no mandan a la escuela, ya desde chiquitos empiezan a ser y entonces bueno ellos no van a progresar, van a vivir siempre así” - Ana.

Aquí aparece la representación de que pobre es el/la que trabaja cartoneando, por eso se recrudece el malestar hacia los/as vecinos/as de Ciudad Oculta. Tener un oficio excluye de esa categoría, según pudo apreciarse en uno de los relatos anteriores. Asimismo, la pobreza aparece como condición, no en tanto situación: “Van a vivir siempre así”. Y eso no se discute: parece un sentido muy difundido entre las clases medias y altas que, gracias a Bayón (2015), podríamos pensar es interiorizado por los sectores populares, reproduciendo el estigma, aunque también hay que tener en cuenta la agencia del sujeto¹¹⁴.

Para retomar los vínculos entre pobreza y suciedad, mencionaremos a la antropóloga Mary Douglas, quien entiende que todas las personas consideramos a este último concepto como ofensivo y que queda definido de acuerdo a las clasificaciones que utilicemos. Al igual que en los fragmentos de entrevista citados, la autora manifiesta que existe una asociación entre suciedad y desorden: “La suciedad, tal como la conocemos, consiste esencialmente en desorden. No hay suciedad absoluta: existe sólo

¹¹⁴ Éste “no se reduce a efecto, categoría o lugar producido por la formación social. Por el contrario, ‘es un ser existencialmente complejo, que siente, piensa y reflexiona, que da y busca sentido’ (Ortner, 2005: 28), por lo cual puede reflexionar acerca de sus propias condiciones y no reproducir necesariamente los sentidos dominantes” (Segura, 2009: 69).

en el ojo del espectador. Evitamos la suciedad, no por un terror pusilánime y menos aún por espanto o terror religioso (...) La suciedad atenta contra el orden. Su eliminación no es un movimiento negativo, sino un esfuerzo positivo por organizar el entorno” (Douglas, 2007: 20).

Siguiendo a Douglas, Larrea (2014) plantea que en la sociedad europea, de la cual los países latinoamericanos hemos recibido una gran influencia a partir de la colonia, se soslaya la suciedad no sólo para cuidarse de las enfermedades sino en tanto actividad que organiza el entorno. Entonces, la limpieza y la higiene son modos de ordenarlo y, en las entrevistas, vemos que aparece esa necesidad de parte de casi todos/as los/as habitantes de 1 a 3 al observar los modos de vida de otros/as vecinos/as. De esta manera, notamos que hay una asociación entre vivir sin pisos, en la tierra, con una supuesta falta de preocupación por el orden y la pureza, como producto de una decisión: “Son difíciles. A ellos les gusta estar así”. Y a los/as pobladores/as que construyen estas críticas no.

Por otro lado, Douglas parte de que para nuestra cultura la suciedad tiene que ver con cuestiones de higiene o de estética, tal como sugieren las entrevistas al hacer hincapié en la suciedad en tanto falta de pulcritud que determina todos los demás aspectos de la vida de estos sujetos: “Nunca tuvieron una casa limpia ahí te digo todo”, asevera Ramón. Así, surge la pregunta por ese todo: ¿qué implica que la casa no esté limpia? ¿Qué representa para estos/as vecinos/as que las viviendas estuvieran, desde sus percepciones, sucias, sin pisos, desordenadas? Recuperamos la idea de percepción ya que conlleva una construcción en la que se toman algunos modelos y se desechan otros: “Los ejemplos más aceptados son aquellos que se ajustan más fácilmente dentro de las configuraciones que se está construyendo. Los ambiguos tienden a ser tratados como si armonizasen con el resto de la configuración. Los discordantes tienden por el contrario a ser rechazados” (Douglas, 2007: 54). La suciedad es, en este caso, un claro ejemplo de impugnación.

Como decíamos al principio de este apartado, en los discursos anteriores emerge la idea de que ya se vive bien entonces los cambios que puede generar una casa nueva no serían llamativos para los/as entrevistados/as sino para otros/as vecinos/as:

“Yo lo tenía allá, no voy a decir que no lo tenía, pero esto está mucho más prolijo” – Horacio (ex habitante de Ciudad Oculta).

-¿Y les cambió la vida a ellos? Ellos están en la provisoria.

Isabel: que tienen agua caliente, dicen, el inodoro, dice, es re lindo.

Ramón: ellos le cambiaron la vida, cuando entraron ahí, les cambiaron la vida.

Uno por ejemplo me dijo, antes que se mude me dijo: “Ramón yo, te digo la verdad, esa casa a mí me sirve”. “¿Y por qué?”, le digo, “porque en la condición en la que yo vivo ahí, no me encuentro ahí”.

Lourdes: para poder trabajar y comprarse las cosas que necesite. Porque ahí no podía preocuparse por otras cosas que tener una casa, porque ya la tiene.

Ramón: imposible, dice.

Ramón: Y bueno, viviendo en una casa de material, te cambia todo. Teniendo todas las comodidades. Igual tenemos las comodidades.

Isabel: igual nosotros tenemos las comodidades.

Como se observa, Ramón destaca la casa de material, pero inmediatamente señala que él ya vive bien. Asimismo, aparece la idea de que trabajando uno de los entrevistados/as puede acceder a esta vivienda, pero los/as otros/as vecinos/as probablemente no:

“Tenía mi casita modesta, pero en esta estructura así en esas condiciones lo iba a lograr con mucho tiempo, muchos años de trabajo. Y hay otra gente que no lo iba a lograr” – Horacio.

En los únicos relatos en los que se advierte la idea de precariedad es en el de Antonia (que, como vimos en líneas anteriores, sostenía que eran pobres) y en el de Ana, al dialogar con un funcionario que quería que se mude a las provisorias:

“Y bueno, ¿cómo vas a ir a un container? Está bien que uno viva precariamente pero era una falta de respeto que alguien te venga y te diga: ‘Tenés que ir a...’. Yo le manifesté [a un referente del Instituto de la Vivienda bonaerense] así también cuando vino acá: ‘Está bien que uno viva precariamente pero tampoco era justo’” – Ana (habitante de 1 a 3).

A partir de los testimonios anteriores, surge la pregunta: ¿qué sentidos existen sobre la pobreza y de cuáles partimos teniendo en cuenta que admitimos nuestros prejuicios? ¿Pobre es quien padece hambre? Quizás sí. ¿Pobre es quien no tiene casa? Es dudoso:

gran parte de la llamada clase media carece de alojamiento propio –más allá de que el Pro.Cre.Ar. amplió su acceso- y no la percibimos como pobre. ¿Pobre es quien vive en un asentamiento popular con o sin casa de material? Creemos que no es acertada tal mirada ya que suele asociarse a la pobreza con los asentamientos, excluyendo que puede haber pobreza sin asentamientos y viceversa; a su vez, dejar de habitar en estos barrios no garantiza una mejora en la calidad de vida. Por otra parte, también existen situaciones en las que las elites de una urbe no tienen la propiedad del suelo, residen en asentamientos bajo la forma de barrios cerrados o countires. Como vemos, seguimos sin poder definir sentidos de pobreza.

Bayón (2015) explica que el concepto de pobreza hay que pensarlo en relación a los contextos y a los discursos y representaciones que circulan. Sostiene que en cuantiosos estudios prevalece una mirada homogénea, que no tiene en cuenta las diferencias. A su vez, plantea que el concepto propuesto por Lewis en 1970 “cultura de la pobreza” tuvo variadas consecuencias: por un lado, provocó estereotipos y estigmas sobre quienes vivían en situaciones de pobreza; por otro, posibilitó culpar a las víctimas y excluirlas.

No obstante, la autora continúa indagando y aclara que, además de ser una construcción social, la pobreza es un concepto político que nos permite pensar cómo nos relacionamos, justamente, con la pobreza.

Han existido dos miradas sobre esta temática: para algunos/as, los/as pobres son culpables de su pobreza: se trata de un discurso moral, que pone el acento en que no hacen lo suficiente, son vagos/as, y el gobierno no tiene por qué ocuparse. A lo mejor, esta concepción es la que sustenta la no participación de los/as vecinos/as que planteábamos en el capítulo V. Según otras miradas, es imperioso estudiar las causas estructurales y los Estados deben hacer algo en pos de lograr justicia social. Con el auge del neoliberalismo, se pasó de concebir a la pobreza como una cuestión de clase, a entenderla en tanto condición moral, asociada no al empleo sino al vicio, la pereza, la vagancia. El mercadocentrismo cambió el modo de concebir a la pobreza al dejar de enfatizar en la economía y en las causas estructurales para explicar la problemática y, en cambio, señalar a los sujetos, de manera que predomina un discurso que demoniza y culpa a quienes viven en tales situaciones, además de generar estigmas y desprecio. Según Bayón, esta perspectiva renace en épocas de crisis. Como sostiene el personaje de Steve Carell (Mark Baum) en la película “La gran apuesta” (2015): “Siento que en unos años la gente estará haciendo lo que siempre hace cuando la economía se hunde. Echarles la culpa a los inmigrantes y a los pobres”.

Otras percepciones sobre quienes viven en situaciones de pobreza tienen que ver con concebirlos/as peligrosos/as, desviados/as, apáticos/as, pasivos/as -es decir, “villanos[as]” según Bayón (2015: 133) – o como héroes y heroínas cotidianos/as, que luchan cada día –o sea, víctimas-: “*Los pobres* tienden a ser contruidos como *el otro*, responsables de su situación u objetos pasivos generadores de ‘preocupación’ y carentes de agencia; son quienes deben ser ayudados o castigados, ignorados o estudiados, pero raramente tratados como ciudadanos iguales y con derechos” (Bayón, 2015: 133). Esto posibilita una doble diferenciación en el marco de relaciones de poder: estamos nosotros/as, por un lado, y en el extremo opuesto se encuentran los/as pobres en tanto amenaza, objeto de lástima o de gasto económico: “El concepto de *othering* hace referencia a una estrategia de exclusión simbólica y moral que contribuye a culpar al otro de sus propios problemas y de los problemas de la sociedad, a la par que legitima *nuestros* privilegios y las desigualdades económicas que subyacen a la pobreza” (Bayón, 2015: 133).

Todo ello permite comprender por qué en las entrevistas nadie se reconoce como pobre, con la excepción de los momentos de reclamo e interpelación al Estado: en esos casos, pareciera que se utiliza el estigma (ser pobre) como emblema -otorgándole un sentido positivo, haciendo “operar con signo contrario las calificaciones negativas que les son imputadas” (Reguillo, 2007: 80)- y como reafirmación de la identidad en lo que pareciera ser una táctica, una instancia de empoderamiento: “Porque *soy* pobre, *merezco* una vivienda” es un testimonio escuchado en más de una asamblea o, como reclama Ana al decir que más allá de sus precarias condiciones habitacionales, no es justo que los/as trasladen a containers. A pesar de esta excepción, Bayón (2015: 136) explica que “en un contexto en el que predominan los estereotipos negativos, no sorprende que pocos estén dispuestos a reconocerse como *pobres* (...) el pobre es el *otro*, vive en *otro* lugar (...) *carece* de lo que yo tengo”. Por ello, en los relatos observamos que el/la pobre vive pasando las vías, el/la pobre no tiene el mismo trabajo que yo, sino que cartonea, el/la pobre no tiene un piso limpio, el/la pobre carece -y sabemos que “el no tener fue símbolo siempre, en la Argentina, de fracaso” (Bleichmar, 2002: 86)-: se halla en una posición inferior a la mía, le falta todo, manifiesta indigencia y abandono. Por estas cuestiones, Bayón sostiene que se pone en jaque la idea de cultura de la pobreza de Lewis, ya que no hay homogeneidad entre los/as pobres. Queda claro que nadie se asume pobre porque “los estigmas que pesan sobre la pobreza, los pobres y sus lugares suponen un proceso de persistente y cotidiana degradación simbólica” (Bayón, 2015:

149). Entonces, a partir de los relatos de los vecinos/as podemos considerar que, en relación con sus pares, el pobre siempre es el/la otro/a.

EJE II

1. La participación en el barrio relocalizado

1.1. Cortes de luz

Más allá de los conflictos que mencionamos, hay una problemática que posibilitó el encuentro y la unión entre los/as habitantes del barrio relocalizado: los persistentes cortes de luz. Esto se debe, de acuerdo a Segura (2006), a que existen momentos de mayor cierre y otros de mayor apertura de las fronteras. Quizás los apremios compartidos dieron lugar al atravesamiento de tales límites, posibilitando el encuentro. Cabe recordar que en el barrio hay luz de obra, entonces la empresa responsable del servicio, EDELAP, no se hace cargo de los cortes en el suministro de electricidad.

Todos/as los/as vecinos/as de las viviendas provisorias (es decir, quienes antes habitaban en 514 y 514 bis de 1 a 3) y los/as de las definitivas (antiguos/as habitantes de Ciudad Oculta) realizaron en conjunto numerosos cortes de calle –en concreto, de la avenida 520- para reclamar. Estefanía explicó que eligieron la 520 porque de ese modo interrumpían el servicio de varias líneas de colectivos que por allí transitaban y podemos agregar que así visibilizaban su reclamo, al tratar de “impedir que la vida urbana continúe como si ellos no existieran” (Grimson en Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009: 29). Blanca añadió que se turnaban: si ella no podía ir, le pedía a su hijo, y así hacían todos/as los/as participantes para asegurar la contundencia del corte. Josefa aclaró que no tuvieron otra alternativa porque “ya no se podía aguantar, encima el barro y sin luz”.

Antonia y Estefanía, que habitaban en las casas de material, hicieron “una banda de piquetes” por este tema. Sobre todo, en las “precarias” porque al usar el horno eléctrico se quedaban sin luz y se la tenían que pasar de casa en casa. En una conversación telefónica, Antonia nos contó que en una oportunidad (en mayo de 2016) se prendió fuego el “aparato que le da luz al barrio” y que los/as vecinos/as de las transitorias habían cortado la calle el día anterior y luego les tocaba a los/as de las definitivas. Al parecer, vemos una incipiente organización gestada en el barrio sin intermediarios (sin TECHO, el CIP o Movimiento Evita) y en conjunto. En otra ocasión, Antonia y Estefanía subrayaron más instancias que podrían conducir a acciones colectivas:

-¿Y el último piquete de la semana pasada lo hicieron en conjunto todo el barrio?

Antonia: los dos barrios.

Estefanía: los dos. Los dos barrios.

-¿Los anteriores también?

Antonia: en algunos estaba la mitad porque la mitad estaba trabajando, pero el que estaba en la casa le iba a dar una mano.

Estefanía: lo que pasa es que no coordinamos con los horarios.

Antonia: los horarios. En este último sí porque hicieron un horario que están todos. Y bueno, el horario que estaba, estaba bueno porque bueno se juntaron los dos barrios. En la medida en que iban cayendo [llegando] ya se quedaban ahí.

-¿Así que fue una acción en conjunto?

Antonia: sí, en conjunto.

-Bueno, la primera de muchas puede ser.

Antonia: sí. Si, igual está re bueno que haiga unión entre un barrio porque adonde vivíamos antes, en la Ciudad Oculta, no había unión así con ellos.

En el relato anterior quedan manifiestas las divisiones en el interior del territorio. Así como para un/a observador/a externo/a el asentamiento podía parecer uno solo, lo mismo sucedía con el espacio relocalizado. Sin embargo, en las voces de estas mujeres se deja en claro que son dos barrios: por un lado, las viviendas definitivas (“nosotros/as”, según la mujer) y, por otro, las provisionarias (“ellos/as”). Podemos suponer que aunque todos/as vivieran en las casas de material, seguirían existiendo dos barrios: pues perdura la distinción entre Ciudad Oculta y la parte de 1 a 3.



Fotografías de los cortes publicadas el 16 de mayo de 2016 en Twitter por el periodista Belisario Martínez junto al texto: “Hace tres días que los vecinos relocalizados por las obras del arroyo El Gato están sin luz. Hoy cortan en 1 y 520”.



Sobre los cortes, Ernesto se quejó porque muchos/as de sus vecinos/as paraguayos/as no quisieron participar: creían que el objetivo era “manejar a la gente”. Tuvo que explicarles que no era así, que sólo querían vivir mejor y que se restablezca el servicio, pero no les interesaba participar. Expresa que tenía “que ir a avisar a todos los demás, vienen los del fondo a veces también [los/as de las definitivas, ex Ciudad Oculta], viste, pero estos de acá no se van nunca”. Al respecto cabe destacar que algunos/as habitantes de las provisorias habían creado un grupo de WhatsApp, del que formábamos parte junto a Marianela (referente del Movimiento Evita y luego de La Cámpora y CIP) como integrantes externas al barrio, que fue eliminado un día en el que estaba previsto cortar la avenida. Pero como nadie quiso intervenir, estos/as vecinos/as se enojaron y decidieron no participar más: así, se fueron de la red social y la eliminaron. Por eso, Ernesto reclama que “tenemos que ser más unidos” y Blanca, que también abandonó el grupo, espera “que seamos los vecinos más unidos porque hay algunos vecinos que somos unidos y otros no. Y bueno todos tiramos para el mismo lado, no solamente cuatro vecinos tiramos y diez no, porque también viven en el mismo lugar”.

Para resolver el conflicto, “la empresa de acá [de la obra] nomás arregló, no es que vino EDELAP: decían que ellos no tenían nada que ver. No se responsabilizan de nada acá”, sostiene Josefa y Ernesto destaca que los/as ayudó mucho un señor de la obra: fue a EDELAP para iniciar las gestiones por la luz. No obstante, este vecino tuvo que cambiar las fases para que vuelva la electricidad: “Yo no tengo por qué hacer, eso lo tienen que venir a hacer ellos. Yo le llamé y le expliqué bien al tipo [al ex Administrador del IVBA -2016 y parte de 2017-, Evert Van Tooren] el tema de la luz y se me enojó, se me enojó mal”, cuenta.

Antonia y Estefanía dicen que lo favorable de las viviendas provisorias es que pueden ir a reclamar por este tema: en las de material, en cambio, el IVBA no se hace cargo. Pero como vimos recientemente, en las transitorias parece que tampoco. “Nosotros igual hacemos piquete y bajan al toque”, indica Antonia y asegura que es la única manera de que les den “bolilla”. Mientras tanto, siguen reclamando para que EDELAP les brinde el servicio a su nombre y, de ese modo, puedan contar con electricidad o, en su defecto, reclamar a quien corresponda. Notamos también que utiliza una expresión bastante extendida: la idea de bajar al barrio, como si éste se hallara en una posición inferior y quienes proveen servicios debieran descender para llegar hasta allí. Como afirma Segura (2006: 11) en base a los relatos de su trabajo su campo, “el afuera está arriba, por lo tanto, entrar es bajar”.

A partir de los reclamos, se solucionó en buena medida el problema de la luz: es decir que las instancias de participación lograron su cometido.

A su vez, existieron otros motivos por los que quisieron hacer cortes: Ramiro contó que una vez que no podían salir del barrio porque había llovido y estaba todo embarrado, sus vecinos/as querían parar la obra. Pero él se los impidió, les dijo que iba a hablar “con el jefe” para que lo resuelva. Antonia recordó que cuando se enteraron de que los/as trabajadores/as de las casas querían tomarlas, cortaron la avenida 520 “para que baje quien esté a cargo de la obra, que era Sarlo”. Detallaremos ese conflicto a continuación.

1.2. “Saltaron las mujeres”. La participación en la tarde de los disparos

Aquí describiremos y analizaremos brevemente la participación de los/as antiguos/as habitantes de Ciudad Oculta durante un incidente de peligrosidad y miedo cuando residían en las casas transitorias. Antonia y Estefanía realizaron una detallada descripción de lo que sucedió en el momento en el que los trabajadores de la Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina (UOCRA)¹¹⁵ intentaron tomar sus viviendas definitivas, antes de que los/as correspondientes adjudicatarios/as se mudaran allí. Luego de los dos intentos de “usurpación” mencionados en líneas anteriores, cuando habitaban alrededor de cuarenta familias en las provisorias, los obreros que

¹¹⁵ Según su página web, “la UOCRA es una organización sindical que ejerce la legítima representación de los trabajadores constructores, reivindicando como fundamentales los conceptos de solidaridad, trabajo digno y justicia social”. Más información en: <http://www.uocra.org/>

construían las definitivas con ayuda de pobladores/as de El Mercadito protagonizaron uno de los episodios más terribles que se vivieron en el barrio.

Según Antonia, una vez terminadas las definitivas, no les pagaron a los constructores y, como la casa tenía valor, les dijeron que habían decidido tomarlas: “Y bueno nosotros vinimos a la obra a hablar con el que estaba de encargado. Salió uno haciéndose el guapo y bueno las mujeres lo cagaron a palos”.

Ese día había más barro que nunca y una trabajadora social estaba mostrando las casas a sus futuros/as propietarios/as. De acuerdo a una nota del diario *El Día* a la que Antonia hizo referencia: “Del total de 444 casas definitivas que se están construyendo, estaban a punto de entregar 45 ya finalizadas. Sin embargo, poco antes de que sus legítimos dueños tomen posesión, varios habitantes de El Mercadito intentaron copar por la fuerza esos inmuebles”¹¹⁶.

Se oyeron gritos de niños/as, pero todos/as pensaban que estaban jugando. El hijo mayor de Antonia les avisó que querían “copar las casas” y la reacción fue inmediata:

“Todos los hombres estaban quietos, las mujeres los corrieron a los dos chabones a palazos. ¿Qué hizo? Un chabón agarró un fierro y le quiso pegar uno a uno de los chicos de acá. Bueno ahí lo agarraron las mujeres con el mismo fierro lo mataron a palazos. ¿Qué hicieron los chabones? Se fueron para allá que había una montaña y se ve que ya tenían todo planeado (...) Cuando los chabones iban a llegar a la montaña, aunque vos no lo creas, de allá arriba no sabés cómo te volaban por los oídos” - Antonia.

Estefanía aclara que les “volaban las balas”. Una nena que vivía en la provisoria n° 24 estaba enyesada: la bala la rozó y ahora “tiene fobia a los tiros, escucha un cohete y llora”, añade la joven. Antonia agrega que había casas que quedaron como un “colador”. Estefanía cuenta que ella y otra vecina hacía poco tiempo habían sido mamás, por lo que, debido a los puntos de la cesárea no podían correr, pero igual lo hicieron cuando Ramiro les pidió que llevaran a los/as niños/as al comedor porque era el sitio más seguro. Su madre los/as encerró en el baño de ese lugar, a los/as adolescentes les pidió

¹¹⁶ “Temor por intento de usurpaciones en un predio de casas en Ringuelet”. Diario *El Día*. 20/11/15. Disponible en: <http://www.eldia.com/nota/2015-11-20-temor-por-intento-de-usurpaciones-en-un-predio-de-casas-en-ringuelet>

que se tiraran al piso y rodeó el espacio con mesas gruesas para que queden allí las balas, en caso de ingresar. Sin embargo, cambiaron de planes:

Estefanía: como se escuchaba que traspasaban las casas, dice: ‘No, crucemos las vías para el otro lado’, con un barro que no se podía.

Antonia: los chicos por ahí decían hay barro. Les digo: “¿Les gusta jugar en el barro, chicos? Bueno empiecen a subir la montaña”. Así empezaron a subir (...) todos para el otro lado. Y al otro lado había gente que escuchó los tiroteos y empezaron a bajar a los chicos y bueno se los llevaban.

El tiroteo comenzó a las dos y media de la tarde, pero olvidaron cuánto duró porque no estaban al tanto del tiempo, sino del momento, tal como explica la joven. Ni bien comenzó el hecho llamaron a la policía, aunque según Antonia “se lavó las manos”: no tenían la orden para actuar. Lo/as vecinos/as les decían dónde estaban los obreros y cuando los uniformados se aproximaban los “tiroteaban”. En el instante en que se acercó el comisario, “saltaron las mujeres, le dijeron: ‘Bueno si no van a hacer nada, váyanse. ¿Para qué los queremos?’”, destaca Antonia. Finalmente, la policía y gendarmería se quedaron toda la noche. Las mujeres y los/as niños se fueron primero al jardín Hugo Stunz y luego a la escuela n° 60, desde donde seguían oyendo disparos: “Era como la guerra de Malvinas, venían los hombres, te saludaban y se iban”, relata Estefanía. Agregan que la preocupación se incrementó porque una señora les aseguró que más de cincuenta hombres se estaban preparando para ir a atacarlos/as.

Al día siguiente, se realizó una reunión en la que solicitaron que haya custodia en el barrio. Los/as habitantes de las “casas que estaban tiroteadas” hicieron la denuncia: concurrió el perito, sacó fotografías y concluyó que habían disparado desde El Mercadito con armas de gran calibre. Según la nota mencionada: “En las pericias posteriores se comprobó que había orificios de bala en al menos cuatro de las viviendas que intentaron ocupar” y la causa quedó caratulada como “tentativa de usurpación, abuso de armas y daño”.

Para sintetizar esta participación, cabe destacar que en este acontecimiento fueron las mujeres quienes enfrentaron y se hicieron cargo de la situación en el momento de mayor peligrosidad, mientras se destaca la quietud, la inacción de los hombres. No obstante, una vez que se calmó todo, retomaron los roles cotidianos: ellas al cuidado de los/as chicos/as en la escuela y ellos asumiendo un rol heroico, podríamos decir que poniendo

el cuerpo en un tranquilo –e inseguro- campo de batalla, si pensamos como lo propuso Estefanía, en semejanza a la guerra de Malvinas.

Después de tal episodio, cortaron la avenida con el objetivo de mudarse inmediatamente a las viviendas definitivas: no querían estar en las provisorias porque no tenían seguridad: “Si vos ves que una bala ya pasó, no podés dormir, no podés venir a la noche con tus hijos y saber que te van a venir. Encima la policía que mandaron custodiaban pero hasta ahí nomás (...) A la noche vos escuchabas disparos”, explica Antonia y agrega que antes del *ballotage* presidencial¹¹⁷, se trasladaron de casa. Ese día “era un barrial total que vos te patinabas, que no entraba flete”, detalla la mujer.

1.3 Comedor

Cuando comenzó la relocalización, el comedor que funcionaba en Ciudad Oculta estuvo algunos meses cerrado en el barrio nuevo porque tenían que terminar de construirlo. A Ramiro desde el IVBA le pidieron que desarme el lugar y le prometieron construirlo en dos meses. En el mientras tanto, los/as vecinos/as buscaron donaciones y las repartieron casa por casa, para reemplazar el rol ocupado por el establecimiento. En ese entonces, Horacio quería organizar un festival, una rifa o un bingo para recaudar dinero y armar el comedor “urgente”.

Una vez finalizado, abrieron sus puertas y recibían ayuda, pero al tiempo dejaron de darles donaciones: “Ahora en este momento está cerrado por el tema de que no hay cosas, no te bajan así que hay que esperar”, amplía su encargada Antonia, durante la entrevista en 2016. Por otra parte, como los precios aumentaron, no les alcanzaba el dinero que recaudaban, por ejemplo a través de rifas, para comprar mercadería. De hecho, ni siquiera pudieron festejar el Día del Niño (y de las niñas) en 2016. Con el cambio de gestión, solicitaron a las nuevas autoridades que contribuyeran: “Los que asumieron ahora se habían comprometido con el comedor pero bueno nos dijeron que tengamos un poquito de paciencia”. En 2017, una nota publicada en el portal *Info Blanco sobre Negro*, aseguraba: “A partir de los nuevos requisitos establecidos por el municipio, el comedor instalado por los vecinos en el lugar dejó de recibir alimentos, dejando sin asistencia a más de 400 chicos”¹¹⁸.

¹¹⁷ El *ballotage* presidencial se realizó el 22 de noviembre de 2015.

¹¹⁸ “El comedor de las familias relocalizadas del Arroyo El Gato no recibe alimentos desde hace un año”. Nota publicada el 03/06/17 en <http://infoblancosobrenegro.com/noticias/16861-el-comedor-de-las-familias-relocalizadas-del-arroyo-el-gato-no-recibe-alimentos-desde-hace-un-ano>

El nuevo comedor es más pequeño que el anterior, pero aún así también realizan eventos: cumpleaños y casamientos. Sin embargo, destacan que tienen que organizarse de nuevo y volver a hacer socios/as para que pueda seguir funcionando. El diagnóstico que emprende Antonia es que falta “entusiasmo” por el lugar y Estefanía considera que lo que falta es “más organización”.

Este espacio es valorado por algunos/as vecinos/as, incluso por quienes no habitaban Ciudad Oculta: según Antonia, “el comedor puede estar y no lo tocan, los mismos vecinos de ahí lo cuidan”. Sin embargo, los/as de 1 a 3 manifiestan cierto desinterés: ante las consultas sobre el mismo, en conversaciones informales responden que no saben si está abierto o cerrado e incluso Filomena llegó a decir que lo abren “cuando tienen ganas”, desconociendo la falta de mercadería, el esfuerzo realizado y la voluntad de Antonia y sus familiares para que abra.

Cuando funciona, en el barrio nuevo concurren alrededor de treinta y ocho niños/as tanto de las viviendas definitivas como de las provisorias: “Hay chicos que son fieles, llueve, truene, los chicos están ahí parados”, relata la encargada. Además agrega que muchos/as se fueron apropiando del nuevo espacio: pintaron un payaso en la pared y arriba colocaron el nombre “Los chicos de la 14”. En el momento de la entrevista, tenían el proyecto de dibujar y pintar el interior del lugar para que no sea del mismo color que las casas: “Si uno tiene más donaciones, ponele de pintura, uno lo pinta de otro color, le da forma los chicos”, señala Antonia, dando cuenta nuevamente de la intención de que los/as niños/as se apropien del espacio.

Estefanía y Antonia están orgullosas porque los/as chicos/as “aprendieron a compartir lo que tienen en la casa”. En 2016, los últimos días que abrió el comedor sólo tenían pan dulce, que los/as nenes/as ya no querían comer, ya que estaban hartos/as. Uno/as de ellos/as fue hasta su casa y llevó facturas “que había manguado en el carro”, indica Estefanía y agrega que las compartió con los/as demás. A su vez, los/as han escuchado repetir una frase que la encargada apunta cuando pelean: “Ey, la Anto, dice cero violencia en el comedor”, dibujando un círculo con su mano izquierda. Para ellas es un logro porque en el establecimiento nadie pelea y aprendieron a compartir incluso con aquellos/as niños/as que no habitaban Ciudad Oculta.

Una aclaración que hace Antonia es contundente: “Nosotros queremos que el comedor sea de nosotros, no que sea de otros”, en referencia a que no quieren que ningún partido político ni entidad gubernamental se apropie del espacio. Es decir, nuevamente aparece

la mirada que indica que el protagonismo es de los/as vecinos/as del barrio y no de actores externos: en ese sentido se piensan las transformaciones sociales.

A mediados de 2017 concurrimos al comedor a partir de la invitación de estas dos mujeres, quienes estaban organizando los festejos del Día del Niño en conjunto con un grupo de médicos/as que todos los martes atendían en el lugar, de evangelistas que iban los días jueves y de candidatos/as a concejales (no supieron especificar el partido político). Esa tarde participamos de un taller que los/as pastores y un grupo de jóvenes llevaron a cabo, además de preparar la merienda para los/as niños/as y de cortarles el pelo a los/as interesados/as. De a poco, el comedor volvía a abrir sus puertas.

1.4. La cancha de fútbol

La organización de los/as vecinos/as de Ciudad Oculta trascendió al barrio como espacio físico ya que, al vivir las mismas personas en el nuevo territorio, hacían actividades de modo colectivo bajo la conducción de Ramiro. Teniendo en cuenta que, al momento de realizar la entrevista a Horacio, no transcurrieron siquiera dos meses de la relocalización provisoria, es valorable la construcción de una cancha de fútbol por parte de los/as adultos/as del barrio.

Ni bien se mudaron a las viviendas transitorias, Horacio y sus parientes la armaron. Le pidieron permiso al ex Administrador del IVBA para usar el terreno, cortaron el pasto y pusieron los arcos para, de acuerdo a este hombre, que los/as chicos/as se entretengan: “Es una forma de sacarlos también del encierro, no los vas a tener todo el día encerrados. Cierta horario tienen para estudiar pero también necesitan distraerse, como todos”. En especial, porque había muchas máquinas en el territorio y tenían que circular con cuidado.

No obstante, la cancha de fútbol duró muy poco tiempo: se convirtió en un basural, donde se depositaban bolsas, desperdicios, a veces circulaban caballos y cada vez que llovía se inundaba.

1.5. Asambleas

Al tiempo de asumir los/as nuevos/as funcionarios/as, realizaron una asamblea en el barrio relocalizado en 2016. “Ese día acá en el comedor parecía que se iban a agarrar a balazos”, describió Josefa y agregó que todos/as gritaban y se enojaron. Esa es la percepción generalizada sobre tal encuentro.

Además de la instancia con las autoridades, la asamblea que mantenían los/as habitantes de 1 a 3 (que vivían en casas provisorias) se reunió junto con los/as de Ciudad Oculta (que vivían en casas definitivas) en una sola oportunidad el 7 de mayo de 2016, tal como comentamos en los capítulos I, III y VI. Intervenimos junto a los/as vecinos/as, referentes del CIP y de TECHO. Se decidió elegir delegados/as de cada cuadra para participar en las futuras reuniones que se harían con representantes del Concejo Deliberante, de Provincia y con funcionarios/as del IVBA. Los reclamos puntuales, según las notas de campo, fueron:

- Que se hagan las obras correspondientes en relación a la red de agua, luz y mejora de calles.
- Que se les entregue a los vecinos/as que actualmente viven en las casas provisorias la documentación que indique que les corresponde una vivienda definitiva.
- Que se les conceda a los/as vecinos/as que están en las definitivas la escritura o al menos algún documento que certifique que son propietarios/as.

Ana se quejó porque decía que los/as llevaron “al chiquero” y no quería escuchar más “versos”. Juliana sentía que los/as dejaron solos/as, que nadie se hacía responsable de su situación y Gustavo, irónicamente en referencia al nombre del partido gobernante (Cambiamos), indicó: “¿Sabés cuál es el cambio? Va de atrás para atrás”

A pesar de esas dos reuniones, la asamblea no volvió a encontrarse. Ana decía que a ella le gustaría que siguiera existiendo para mejorar el barrio: “Se lograrían muchas cosas más”, añadía. Isabel, en cambio, explicaba que le gustaría que continúe “para mejorar cada uno su casa (...) O lucharíamos por un título, así nadie más nos toca la casa”. Como se ve ese testimonio, en la idea de cambio no prima lo colectivo ni aún en caso de mantener el espacio de asamblea. Hacemos hincapié en ello porque desde allí entendemos que pueden producirse transformaciones sociales, desde la “fe en la inmortalidad potencial del grupo”, como sostiene Picasso¹¹⁹. Desde el diálogo y la participación de los grupos podemos imaginar transformaciones. Por eso, como decíamos en el capítulo I, para Gumucio Dagron y Tufte (2008) los procesos comunicacionales posibilitan abordar la complejidad de las problemáticas sociales, pues permiten que cada grupo defina quién es, qué objetivos y necesidades tiene y qué

¹¹⁹ Referencia extraída en la Exposición “Piedad y terror en Picasso. El camino a Guernica”. Museo de la Reina Sofía (agosto de 2017).

caminos puede trazar en conjunto para resolver los conflictos y así mejorar su calidad de vida. En esa línea, Horacio sostiene: “Yo puedo tener muchas cosas buenas, puedo decirlas pero para hacerlas necesitamos un grupo, yo puedo tener una idea, pero si no es un grupo no lo logro, ni lo logra nadie”.

1.6. Síntesis

Como puede notarse, los modos de participación y organización pervivieron a la mudanza: si bien hubo instancias de acción colectiva, no se registraron cuantiosas actividades en conjunto. Mientras el grupo que habitaba en Ciudad Oculta continuó unido, con proyectos (por ejemplo, querían que un/a maestro/a dé apoyo escolar en el comedor) y actuando colectivamente bajo la conducción de Ramiro, los/as de 1 a 3 siguieron dispersos/as, con excepción de algunos reclamos en los que participaron.

Sobre organizaciones externas al barrio, a mediados de 2017 observamos la presencia ya mencionada de un grupo de evangelistas y, según los relatos, de doctores/as y políticos/as en el comedor. En las entrevistas, se aseveró que un sacerdote quería dar catequesis (pero no lo conocían) y también que en una ocasión fueron los/as chicos/as del taller de cine Diego Rodríguez (que trabajaba en el asentamiento) pero “se hablan entre ellos, no es que están con los chicos compartiendo”, sostuvo Antonia y agregó que proyectaron su corto sobre la relocalización en el barrio nuevo. Estuvimos presentes en esa ocasión, en la que participaron los/as niños que asistían al comedor, la mujer mencionada y su familia y otras madres. Posiblemente por la lluvia y por no entusiasmarse con actividades comunitarias que no tengan repercusión directa sobre sus vidas, no concurrieron muchos/as de los/as vecinos/as que aparecían en el video. De todas maneras, la percepción sobre la presencia de organizaciones sociales externas al barrio puede sintetizarse en las palabras de Filomena: “Acá no entró nadie”.

Por otra parte, cabe destacar que desde el IVBA manifiestan interés en crear espacios comunitarios: “Estamos tratando de instalar un club que se llama Ringuelet que fuese en el mercado para los chicos, empezamos a hablar con los carreros a ver si se pueden integrar a una cooperativa de la Municipalidad (...) No es que no tengamos dificultades pero estamos viendo cómo articular”, sostiene Rubén Opel y añade que también le gustaría armar una sociedad de fomento y una cancha de fútbol.

2. Sentidos sobre el accionar del Estado

2.1. Antes y durante el traslado

Como ya hemos comentado, los vínculos forjados con el Estado fueron diferentes: mientras que los/as habitantes de Ciudad Oculta estaban conformes con el proceso de relocalización, no fue igual para el grupo de 1 a 3.

A pesar de que afirmó no hacer política, Horacio tenía vínculos y diálogo directo con funcionarios/as gubernamentales. Su visión de la política, aunque la esquivaba, era optimista. Consideró que durante la relocalización el municipio actuó “bien” y que el delegado les dio “una gran mano”.

Con respecto a la relocalización en general, aseveró que más allá de que el proyecto existía, no se había hecho antes porque los/as gobernantes no estarían tan convencidos/as y asegura que la única manera de que los/as pobladores/as se muden de la vera de El Gato es “dándoles una casa como la que están dando que es bastante modesta, ¿no?”, sostiene Horacio.

Su lectura política indicó que este proyecto se concretó en 2015 ya que “por ahí es justo el momento”. Subrayó que las personas tenían que irse sí o sí de la vera del arroyo para evitar “lo que pasó en abril”. Por eso, no creía “que sea porque vienen las elecciones ni nada por el estilo porque este es un proceso que venía hace tiempo” y, siguiendo a la referente del Movimiento Evita/CIP en una asamblea, podemos agregar que la obra era relevante ya que iba a afectar a toda la ciudad. Esta mirada contrastó con la de algunas vecinas de la asamblea de 1 a 3 que, como dijimos en el capítulo VI, consideraban en diciembre de 2014 que “si no te la dan el año que viene, fuiste” y ponían gran énfasis en los comicios, descreyendo que otro gobierno continuara con la construcción. Esto nos recuerda a las afirmaciones de Natenzon (en Mutuverría y Palazzolo, 2013: 5):

Una cosa que me resulta sumamente significativa, y que tiene que ver con nuestra cultura política, es que hay proyectos y programas que se instalan en una gestión, que son exitosos y que van bien encaminados, y cuando termina la gestión no se continúan (...) Simplemente por el hecho de que no es algo generado en la propia gestión que comienzo, se interrumpe y se hace tabla rasa. Eso es muy desgastante.

En el caso de la reubicación, las obras prosiguieron: podemos suponer que sería impensado frenar un proceso comenzado, con familias viviendo en un barrio a medio hacer y porque la ciudad de La Plata reclamaba acciones concretas post inundación.

Al respecto, en 2015 Horacio estimó que el proyecto era propicio: “Están haciendo cosas (...) En otros gobiernos casi no se veía este movimiento que hay. Hay un poco de realidad en todo esto”. Como decíamos, su mirada de la política era optimista, entendía que desde el Estado se llevaban adelante obras por convencimiento político. Se refería a los/as gobernantes municipales y provinciales de la gestión anterior, que eran con quienes él dialogaba: el delegado y “Sarro”, como llamaba a Pablo Sarlo, el ex Administrador del IVBA.

Los vecinos/as de 1 a 3 también compartían la idea de que la relocalización se daba para que no se vuelva a inundar la ciudad y por las muertes que esto provocó. Isabel agregó que le parecía muy bien que el gobierno construyera viviendas. Su visión sobre la política no se parecía a la de Horacio. Aunque en ambos casos se observó una cierta desconfianza –incluso el hombre siempre intentó despegarse de la palabra “política” y esbozó dudas sobre la reubicación definitiva-, este grupo descreía de los/as funcionarios/as:

“Aunque ellos [“los políticos”] nos culpan a nosotros, pero ellos tienen la culpa porque no hicieron las cosas como se debe desde el principio” - Isabel.

“Él [funcionario del IVBA] que dice siempre que habla de la honestidad, que se va a cumplir todo el censo, es mentira. Porque ahora se está metiendo gente que no está censado” - Ana.

No obstante, una vez relocalizada Ana destacó la actuación del gobierno: “Yo creo que Cristina [Fernández de Kirchner] hizo muchas cosas buenas porque empezó esto, si no fuera por ella no se empezaría porque pasó cincuenta años que el arroyo, nunca pasó en la historia”.

Si bien en la previa a la mudanza existieron cuantiosas discusiones y, gracias a las entrevistas y observaciones participantes hemos visto cómo se modificó la percepción con el correr del tiempo (se pasó del disgusto a una actitud comprensiva), este grupo en general valora la participación de los/as funcionarios/as en las asambleas y las reuniones que mantuvieron. Ernesto agrega: “También nos escucharon porque por ejemplo

nosotros pedimos para que viniéramos todos juntos los vecinos, eso nos escuchó, bueno, en primer momento respetó nuestra decisión que no queríamos venir todavía”.

2.2. “¿Qué pasa si pierde Scioli, pierde Pablo y se va Cristina?”. Una vez mudados/as (cambio de gobierno)

Gracias a la buena relación que tenían con los funcionarios, Ramiro entendió que el momento para mudarse era el 2015 y se preguntaba, en una predicción de lo que iba a suceder, lo siguiente: “¿Qué pasa si pierde Scioli, pierde Pablo [Bruera] y se va Cristina [Fernández]? ¿Al que viene le va a gustar el proyecto de darle casa a todos? Hoy es nuestra oportunidad”. Por eso decidieron mudarse los/as habitantes de Ciudad Oculta, cuya relación con los/as gobernantes nuevos/as es diferente. Antonia no sabe quién es el delegado que asumió. Sostiene que se acercó personal de la delegación y que les pidieron “que les tengamos paciencia”.

Ernesto, que habitaba entre 1 y 3, estaba muy enojado porque afirmaba que cuando llamó al primer Administrador del IVBA de la gestión Cambiemos, lo amenazó cuando él le dijo que iban a efectuar un reclamo: “Si vos cortás [la avenida 520], la gente mía van a entrar sí o sí -me dice- yo te mando a gendarmería y te hago sacar a palos”. Sin embargo, sabe que puede contar con una de las trabajadoras sociales, que viene del gobierno anterior.

En 2016 muchos/as se quejaban por la falta de respuesta: “Vos le reclamás y no aparece nada. Eso es lo que me da bronca a mí”, afirma Ernesto y Filomena agrega que no se acercó nadie: “Estamos aislados del gobierno”. Josefa sostuvo que “son un poco irresponsables estos del Instituto de la Vivienda” debido a su ausencia en el barrio. También se lamentaba porque no sabían cuándo iban a mudarse a las viviendas definitivas: les habían dicho que tres meses después de la relocalización provisoria y, en algunas oportunidades, les asignaron fechas que no se cumplieron. Explicó que es su obligación avisarles si se demoraba el proceso: “Porque ellos nos sacaron de allá, tenían que hacerse responsables y venir a decirnos ‘mire ahora, se pudrió todo’, aunque sea”, amplió Josefa.

Durante el 2016, participamos en dos reuniones con las autoridades de ese momento del IVBA¹²⁰: primero con el Director General de Inmobiliaria y Social, Horacio Bonelli, a

¹²⁰ Queremos destacar que en 2017 esos funcionarios cambiaron: regresaron algunos/as de la gestión anterior y se incorporaron otros/as nuevos/as.

quien se le solicitó la conformación de una mesa de trabajo y se le describieron todas las problemáticas de las casas y del barrio; luego con Evert Van Tooren (Administrador General del IVBA) y Luciano Gómez Alberdiño (Director de Obras)¹²¹. En esta última, los/as vecinos/as solicitaron:

- Mejoramiento de las calles.
- Mejoramiento del servicio eléctrico.
- Necesidad de efectuar arreglos en las viviendas provisorias.
- Planta potabilizadora.
- Construcción de un espacio para los caballos.
- Otorgamiento de la tenencia precaria.
- Galpón para separar los residuos.
- Mesa de gestión participativa.

Una de las vecinas se quejó porque no iban al barrio, a lo que el Director de Obras le respondió que él personalmente había estado en su casa arreglando un inodoro. “Y bueno, van todos con los zapatos puntiagudos”, contestó la mujer, explicando por qué no lo reconoció. Dado que al día siguiente se iba a realizar un corte –los vecinos/as impedirían el ingreso de los trabajadores como modo de protesta-, los funcionarios decidieron ir al barrio a hablar con los/as demás pobladores/as para que no se efectúe. Cuando llegaron, los/as habitantes volvieron a calificar al lugar como un “chiquero” por el barro que había. También solicitaron que se haga un centro de salud y un destacamento policial, a lo que los gobernantes respondieron: “Es muy buena”. Finalmente, como un grupo de amigos que visita un lugar poco familiar, uno de los funcionarios efectuó una recomendación para los/as vecinos/as: ponerle a una calle el nombre del Director de Obras. Un año después de ese encuentro, resulta imposible pensar nombres de calles: sigue habiendo barro –aunque es preciso reconocer que mejoró- y no hay carteles.

3. La relocalización y el protocolo oficial

Para culminar este capítulo nos proponemos reflexionar sobre la relocalización del asentamiento de Ringuelet en función de un protocolo existente: utilizaremos el

¹²¹ Los dos últimos funcionarios nos dieron sus números de teléfono y, en el caso del Administrador, una tarjeta personal a quienes concurrirnos a la reunión para que estemos comunicados/as.

elaborado por la Subsecretaría Social de Tierras, Urbanismo y Vivienda junto al Consejo Provincial de Vivienda y Hábitat, que estaba previsto en el artículo 29 de la Ley de Acceso Justo al Hábitat, cuyo cumplimiento fue exigido en el fallo del juez en lo contencioso administrativo Luis Federico Arias “ASESORIA DE INCAPACES N° 1 - LA PLATA C/ FISCO DE LA PROVINCIA Y OTROS S/ AMPARO” el 28 de abril de 2016¹²². Nos interesa recuperar este texto porque el derecho –a través de la Constitución, las leyes, los decretos, las ordenanzas y demás expresiones jurídicas– “instituye sujetos, asigna significados a hechos y cosas. De allí que pueda ser caracterizado como una práctica discursiva (...) en el sentido de un proceso social de producción de sentidos en el que se expresan y condensan los niveles de acuerdo y de conflicto propios de una formación histórico social determinada” (Arenaza en Cravino, 2012: 287).

En su artículo 2, el protocolo expone que las reubicaciones solicitadas por obra pública o situaciones de extrema vulnerabilidad ambiental y/o social serán prioridad, tal como es el caso estudiado. También establece que debe haber un Plan Director que guíe todo el proceso y que deberá ser consensuado con la Mesa de Gestión Participativa, de la que hablaremos en las próximas líneas. Al comienzo de este proceso, en Ringuelet se presentó un plan de relocalización, pero luego se modificó cuando se estableció el requisito de mudarse a las viviendas provisorias: si bien los/as vecinos/as pudieron negarse, fue sólo por unos meses, es decir que tuvieron la posibilidad de incidir en los tiempos de concreción de ese plan, pero era obligación acatarlo para acceder a las casas definitivas.

En el artículo 6, indica que la Autoridad de Aplicación junto al municipio procurarán que la ubicación del predio donde vivirán las familias sea cercana a la de las poblaciones afectadas al momento de la relocalización. Además, se debe contemplar el acceso a la salud y educación. En nuestro caso, el barrio nuevo se encuentra próximo al asentamiento, más su localización presenta dificultades para los/as habitantes ya que se halla más alejado de la línea de colectivos, la zona es oscura y eso quita la posibilidad de manejarse con autonomía sobre todo para las mujeres. Si bien la distancia hacia las instituciones por las que los/as habitantes transitan en general es similar, para algunas familias las escuelas están más cerca que en el asentamiento, pero la distancia con el

¹²² El fallo ordena el cumplimiento de “acompañar, en el plazo de un (1) mes desde el dictado de la presente, el protocolo de relocalización que el art. 29 del Decreto 1062/13 –reglamentario de la Ley 14.449- le impone a la Autoridad de Aplicación de la misma”.

centro de salud se acrecentó. En el mismo artículo se dispone que en las casas nuevas debe “existir una clara correspondencia entre las características edilicias de las viviendas y las necesidades de los hogares relocalizados” (Boletín Oficial, 2016: 4396). Como hemos visto, esto no sucedió así en todos los casos, pues las viviendas no siempre se adecuaban a los requerimientos de quienes las habitaban: por ejemplo, al momento de las entrevistas los/as reubicados/as de Ciudad Oculta no contaban con un lugar propicio para guardar el carro y sus caballos ni sus herramientas y materiales de trabajo; las vecinas que tenían almacén afirmaban que no poseían un espacio satisfactorio, cómodo, para montarlo; en algunas casas, los/as vecinos/as se quejaban de que los patios eran pequeños y eso les dificultaba criar animales, lo cual contradice un punto del artículo 8 que establece que se debe tener en cuenta “la presencia de animales vinculados con la forma de trabajo o producción de alimentos para el hogar” (Boletín Oficial, 2016: 4397). Es decir que, como ya esbozamos, no hubo participación en el diseño ni planificación de las casas y del barrio, sino que fue el Estado quien tomó las decisiones respecto de cómo sería habitar el territorio nuevo. Sin embargo, luego se permitió que se desarrollaran actividades comerciales a pesar de que las casas eran para uso residencial. En esa línea, una serie de recomendaciones elaborada por Swistun y otras (2014: 3-4) sostiene la relevancia de incorporar las posturas de los/as afectados/as: “Es necesario sumar las demandas específicas de los vecinos con el objeto de que la relocalización minimice el de por sí traumático impacto de las condiciones de desarraigo. Esto implica trabajar la cuestión del origen y la identidad, reconstruyendo las trayectorias residenciales, laborales y vitales de los afectados para desde allí comprender e incorporar sus aspiraciones y expectativas”.

En el artículo 7 se detalla el procedimiento. Si bien algunas cuestiones ya fueron explicitadas, se agrega que se debe realizar un censo para conocer las características socioeconómicas de los/as futuros/as relocalizados/as y la ocupación habitacional, lo cual se emprendió cuando comenzó el proyecto y se presentaron sus resultados ante la comunidad. También se dispone la supervisión de parte de la Autoridad de Aplicación de la elección de representantes para la Mesa de Gestión Participativa, lo cual ocurrió sólo en parte: si bien existió un cuerpo de delegados/as, éste funcionó unos pocos meses como Comisión Directiva. Luego se añade que se debe presentar a dicha Mesa el Plan Director para “constituir acuerdos en torno al mismo en el marco de las necesidades de la población afectada, el contexto de la relocalización y las posibilidades técnicas y

presupuestarias” (Boletín Oficial, 2016: 4397) que, como explicitamos, no siempre se tuvo en cuenta: ningún vecino quería mudarse a las viviendas transitorias.

También se aclara que debe consensuarse un cronograma y plan de trabajo, lo cual en los primeros meses en que se presentó el proyecto se cumplió pero con el correr del tiempo las autoridades dejaron de ir al barrio o lo hacían entre lapsos muy largos (sobre todo en 2016). Se indica que la mudanza se efectúa cuando se terminan las viviendas, lo cual ocurrió con las provisorias, pero el barrio no estaba preparado para albergar sujetos: pues se hallaba en obras. Si bien con el grupo de Ciudad Oculta se fijó el procedimiento, la fecha y se pusieron a disposición los recursos necesarios (por ejemplo, camiones) y la ayuda concreta de trabajadores/as de la delegación, con los/as habitantes de 1 a 3 primó la desorganización y no se tuvo en cuenta el buen clima (que se menciona en el artículo 9). Además, no se respetaron los plazos ni del proyecto original ni del fallo de Arias.

En el artículo 11 el protocolo sostiene que una vez terminada la reubicación, la Autoridad de Aplicación y la Mesa de Gestión Participativa deberán supervisar los resultados. En este punto cabe aclarar que, como el barrio está en obras y la mayoría de los/as relocalizados/as se hallan en casas transitorias, algunos/as funcionarios/as concurren para supervisar los avances. Sin embargo, esto es esporádico según los relatos recavados en las entrevistas y muchos/as vecinos/as sienten que los/as sacaron de su barrio, como territorio ameno, y los/as dejaron abandonados/as. Así, Josefa se pregunta: “¿A dónde nos van a tirar ahora? (...) Porque no somos vacas ni caballos. Somos cristianos”.

Un punto sumamente significativo, del que hemos hablado en toda la tesis, figura en el artículo 4: la constitución de una Mesa de Gestión Participativa entre afectados/as y autoridades con el fin de lograr que haya información recíproca, participación y acuerdos durante el proceso. Entre la población a relocalizar se deben elegir democráticamente representantes y las reuniones –registradas en actas- deben ser convocadas por la Autoridad de Aplicación. A su vez, se afirma que para mejorar las condiciones de hábitat de los/as afectados/as se recurre siempre al camino del consenso. Al respecto diremos que en Ringuelet cuando comenzó el proceso de relocalización la Ley de Acceso Justo al Hábitat estaba sancionada y reglamentada, es decir, si bien no existía el protocolo, muchas de estas cuestiones ya estaban explicitadas. Al principio se hacían asambleas de las que participaban todos/as los/as vecinos/as que lo deseaban y funcionarios/as. Existió una mesa chica, pero de ella no formaban parte las autoridades

y todas estas instancias de diálogo entre el Estado y los/as afectados/as dejaron de existir o se debilitaron considerablemente, ya que no podemos negar la realización de encuentros. Swistun y otras (2014: 7) también aseveran que “es importante que la modalidad de participación de los vecinos en la toma de decisiones se adecúe a los modos de organización social propios de las comunidades relocalizadas (Partridge, 1983); vale decir, que el proceso de relocalización refuerce y no destruya los modos de participación ya existentes en las comunidades”. En el caso de Ciudad Oculta, con una historia de modos de intervención y organización practicada y consensuada por las familias, ello se respetó. En cambio, con el grupo de 1 a 3 la relocalización incentivó instancias de acción colectiva que hasta ese momento habían sido casi nulas. En ese sentido, la reubicación posibilitó formas de participación comunitaria y dialógica con el objetivo de producir transformaciones sociales y en eso tuvo mucho que ver la comunicación ya que “desde este campo se interpela al sujeto para llegar a ser un colectivo” (Cadavid Bringe en Bernat, 2013: 244).

Con respecto al “derecho a la información”, establecido en el artículo anterior y en las recomendaciones de Swistun y otras (2014: 3), percibimos que al principio se respetaba pero con el paso del tiempo ganó la incertidumbre. Por otra parte, a los siete meses de comenzada la nueva gestión de gobierno se publicó este protocolo y sin embargo no se constituyó la Mesa, aunque los/as habitantes la pidieron, sino que se hicieron escasas reuniones entre pocos/as vecinos/as¹²³.

De este modo podemos pensar que no se cumplieron todos los parámetros y estándares planteados por la ley 14449 de Acceso Justo al Hábitat.

Algo llamativo del protocolo es la definición de hogar utilizada: es “aquel que tiene entrada desde el exterior y es el ámbito en el que sus habitantes duermen, comen y cocinan” (2016: 4397), es decir, tal acepción se asemeja a lo que postulábamos cuando hablábamos de las diferencias entre residir y habitar: el protocolo estaría haciendo hincapié en las funciones de reproducción social más que en la dotación de significados sobre el espacio, sin considerar las instancias de apropiación. Quizás por ello se entiende por qué el Estado construye viviendas con una tipología estándar, igual para todos/as, sin contemplar –en algunos casos y sobre todo en las provisionales- las necesidades particulares de cada hogar: en otras palabras, esto nos recuerda a cuando en

¹²³ En la sentencia del juez Arias queda clara la poca información con la que contaban los/as habitantes de Ringuelet. Al respecto ver: “Familia Mareco”.

el capítulo II destacábamos la definición de hábitat digno elaborada por HABITAR Argentina ya que tenía en cuenta las particularidades de las comunidades, las culturas, cuestiones que en algunos aspectos fueron olvidadas en este proceso de relocalización.

El acceso a una vivienda debe conllevar la seguridad en la tenencia, la explicación de los términos de la relocalización de forma clara, el fácil acceso al transporte público, a bienes y servicios, a una infraestructura adecuada, a equipamientos comunitarios (de ahí la importancia del comedor, por ejemplo), a comercios. También debe albergar la posibilidad de trasladar los emprendimientos productivos de la población, como por ejemplo, sus almacenes o herramientas de trabajo.

Siguiendo a Swistun y otras (2014), consideramos que la relocalización debe constituir un proceso democrático, en el que se busque conscientemente desde las políticas públicas minimizar las consecuencias negativas de tales desplazamientos y se atiendan los derechos sociales, culturales y económicos de los/as afectados/as. Para ello, es imprescindible considerar y valorar las percepciones y significados que ellos/as producen. Las autoras sostienen que “todos los barrios han de poder llevar a la práctica su ‘derecho de narrarse’ (Segato 2007: 31). Es necesario romper con la lógica de diferenciación de que los barrios más vulnerables son objeto de una intervención con un mínimo acceso de información, y sin posibilidades de hacer escuchar sus demandas” (Swistun y otras, 2014: 6). En otras palabras: una vez más destacamos la importancia de las miradas, significaciones, apreciaciones, preocupaciones, aportes y miedos de los/as habitantes que van a relocalizarse. Tener en cuenta la subjetividad es esencial durante estos procesos.

Si se busca lograr reubicaciones inclusivas, que respeten los puntos de vista de las poblaciones, es necesario posibilitar un proceso democrático, que quizás implique conflictos, desacuerdos y discusiones, pero que va a permitir la producción colectiva de un hábitat justo, de un habitar, de una apropiación del espacio a construir.

4. A modo de cierre

Tal como planteamos en el capítulo II y como queda en claro en el presente, cualquier proceso de reubicación no culmina con la mudanza y el acceso a una vivienda, porque el abandono del entorno natural y social, del hogar construido con esfuerzo y de las historias allí vividas, da lugar a una crisis, sobre todo si pensamos que se avanza “sobre el espacio habitado” (Bartolomé, 1985: 9), aquel que es querido, conocido. Amplían Catullo y Coun (2002: 51) que las reubicaciones establecen “un acelerado proceso de

modificaciones socioculturales cuyo desarrollo excede ampliamente el marco temporal demarcado por la construcción de la propia obra”, tal como hemos tratado de explicar en estas líneas.

Decíamos también en los primeros apartados que las relocalizaciones implican un drama y ponen de manifiesto los mecanismos que sustentan el tejido social. Las estrategias adaptativas dejan de ser efectivas y se desdibuja el aspecto simbólico que los sujetos colocan sobre el entorno. El desarraigo masivo implica “una agresión total (...) sobre el individuo y sobre el cuerpo social. Agresión que genera altísimos niveles de stress y somete a una dura prueba las capacidades de adaptación de individuos y colectividades” (Bartolomé, 1985: 12), las cuales intentan minimizar la incertidumbre e inseguridad. El autor retoma a Scudder (1977) para hablar del “stress multidimensional de relocalización”, que tiene componentes psicológicos, fisiológicos y socioculturales, producido por la incertidumbre que genera este proceso. El sólo anuncio de una relocalización se constituye en un “poderoso emisor de incertidumbre” (Bartolomé, 1985: 111), que no se puede abordar a través de los mecanismos tradicionales adaptativos.

A los/as habitantes del asentamiento de Ringuelet se les solicitó mudarse, que renunciaran al barrio que construyeron día a día, con el paso del tiempo y con las apropiaciones del mismo, para trasladarse a otro territorio que era cercano en términos de distancia física, pero desconocido y sobre el cual no les permitieron intervenir: no sólo en el diseño, planificación y edificación del barrio, sino que tampoco se los/as dejaba modificar la vivienda provisoria, lugar en el vivían la mayoría de los/as entrevistados/as. El saber experto de arquitectos/as, ingenieros/as y de los/as decisores/as de las políticas públicas primó por sobre los saberes de los/as habitantes, quienes conocían los usos y necesidades de sus futuras viviendas, pero en general no fueron tenidos en cuenta ni como fuente de consulta ni como mano de obra cuando ofrecieron constituir una bolsa de trabajo para edificar las casas. Es decir que, siguiendo a Cravino y González Carvajal (en Cravino, 2012: 208), podemos pensar que la implementación de esta política colocó a los/as vecinos/as “en un lugar de pasividad que a veces supone la negación de sus propias tramas de significación acerca de los modos de habitar” y esa ausencia de intervención restringió una instancia de autonomía para los/as habitantes, como podría haber sido decidir acerca de su barrio y casas. Sobre ello, Zapata (2017) añade que el espacio en general expresa las intenciones, las miradas del mundo y los proyectos tanto de vida cotidiana como de sociedad que tienen quienes lo

diseñan. Así, también se sugiere un modo de habitar y todo ello está sustentado en un orden socio-cultural e ideológico. En particular, como la mayoría de los procesos de construcción de vivienda del Estado –como el que analiza Zapata (2017: 339) en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires- las casas “fueron concebidas desde la estandarización propia de una lógica empresarial”. Podríamos pensar que casas iguales fomentan un modo de vida igualitario, pero en este caso, sospechamos que responde más a la lógica –simplificadora- del mercado.

Mientras vivían en un espacio que no estaba en condiciones de ser habitado (por todos los atributos negativos antes mencionados que pueden resumirse en la idea de que no estaba terminado, se seguían haciendo obras indispensables para la vida cotidiana), se fue destruyendo el barrio viejo: tal como sostienen Catullo y Coun (2002) sobre otro proceso con estas características, mientras la población se mudaba, las casas del asentamiento eran demolidas por las topadoras. Todo ello provocó un sentimiento de pérdida que excedía lo material y tenía que ver con aspectos socio-simbólicos: “El valor de la casa, de las calles (...) el espacio donde se creció, donde se crió a los hijos, estableció relaciones de vecindad, amistades y enemistades. Tal como nos advierte Peixer, son valores de difícil o más bien de imposible reposición” (Catullo y Coun, 2002: 60).

Bartolomé (2008) también sostiene que cuando estos procesos no son planeados suficientemente y cuando su implementación no se realiza de forma responsable y sensible, causan gran sufrimiento. Hay que tener en cuenta que un cambio en el aspecto físico del territorio no implica una transformación automática de las prácticas y sentidos de los sujetos.

La mayoría de nuestros/as entrevistados/as al momento de la conversación habitaba en las viviendas provisorias, lo cual en algunos casos significó una mejora en la calidad de vida. Pero en otros no fue así porque muchos/as habían podido construir casas de material y grandes en el asentamiento, a pesar de estar pegadas al arroyo. De todas maneras, con el paso del tiempo la percepción generalizada –incluso de quienes vivían en las definitivas o a quienes las transitorias sí les había mejorado la situación habitacional- fue que las casas en el barrio nuevo eran peores. Tal como sostienen Cravino y González Carvajal (en Cravino, 2012: 194) en un estudio sobre otro barrio, “en la mayoría de los casos evaluaban a la vivienda recibida (de transición) como de menor calidad o con menos comodidades que la que dejaban para que se demoliera”. No obstante, las investigadoras destacan que a pesar de que las casas no siempre cambian

de modo significativo la vida de sus habitantes, “genera nuevas condiciones para el desarrollo individual y colectivo” (Cravino y González Carvajal en Cravino, 2012: 207). En esa línea, Scatolini (2014) plantea que el derecho a la vivienda es la base para poder ejercer con plenitud derechos económicos, sociales y culturales.

5. Bibliografía

- Arenaza, Soledad. “EL DERECHO A HABITAR EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES. La política habitacional en emergencia”. En Cravino, María Cristina. *Construyendo barrios. Transformaciones socio territoriales a partir de los Programas Federales de vivienda en el Área Metropolitana de Buenos Aires (2004-2009)*, Ciccus- UNGS; Los Polvorines, 2012.
- Bartolomé, Leopoldo. “GPDs y desplazamientos poblacionales: algunas claves para su comprensión como procesos sociales complejos”. En *ILHA Revista de Antropología*. 2008.
- Bartolomé, Leopoldo. *Relocalizados: Antropología Social de las Poblaciones Desplazadas*. IDES, 1985.
- Bayón, María Cristina. “Las representaciones de la pobreza y la construcción de la otredad”. En: *La integración excluyente*. México: Bonilla Artigas. IIS-UNAM. 2015.
- Bernat, María Sofia. “Es una misión muy fuerte la que tenemos: cambiar el mundo de verdad” (entrevista a Amparo Cadavid Bringe). Publicada en *Revista Question* Vol 1, N° 39 (2013): Invierno (julio-septiembre) de 2013. Páginas 240-246. ISSN: 1669-6581. Editada por la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP). En línea: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1909> y en: <https://sites.google.com/site/amparitoweb/noticias/entrevistaaamparocadavidbringe>
- Bleichmar, Silvia. *Dolor País*. Libros del Zorzal. Argentina, 2002.
- Bourdieu, Pierre. *La miseria del mundo*. Ediciones Akal. España, 1999. Disponible en: https://books.google.com.ar/books?id=zXcsfyBABtQC&printsec=frontcover&hl=es&source=gb_s_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false

- Calderón, Julio. “Titulación de la propiedad y mercado de tierras” En: *EURE* vol. 37 N° 111. Mayo 2011, Santiago de Chile, 2011. Disponible: <http://www.eure.cl/index.php/eure/article/view/1424>
- Carman, María, Viera, Neiva y Segura, Ramiro. “Antropología, diferencia y segregación urbana”, en M. Carman, N. Vieira da Cunha y R. Segura (Coord.) *Segregación y Diferencia en la Ciudad*. Quito: FLACSO-Ecuador, CLACSO, MIDUVI. Pp.11-34. 2013.
- Casanova, Victoria y Guber, Rosana. “Marginalidad e integración: una falsa disyuntiva”. En: Bartolomé, Leopoldo. *Relocalizados: Antropología Social de las Poblaciones Desplazadas*. IDES, 1985.
- Catullo, María Rosa y Coun, Elizabeth. “Estudios de impactos sociales en el Mercosur. Procesos relocalizatorios, nuevos espacios urbanos y reconstrucción de redes de relaciones sociales”. En *Cuadernos de Antropología Social* N° 15, pp. 49-69, FFyL - UBA – 2002.
- Cravino, María Cristina y González Carvajal, María Lara. “El barrio son los vecinos. El encuentro de las políticas con los barrios” En: Cravino, María Cristina. *Construyendo barrios. Transformaciones socio territoriales a partir de los Programas Federales de vivienda en el Área Metropolitana de Buenos Aires (2004-2009)*, Ciccus- UNGS; Los Polvorines, 2012.
- Douglas, Mary. *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Buenos Aires. Nueva Visión, 2007.
- Duhau, Emilio y Giglia, Ángela. *Las Reglas del Desorden: Habitar la Metrópoli* (Introducción: “Orden urbano y experiencias metropolitanas”). Mexico City: UAM-A/Siglo XXI. Pp. 21-40. 2008.
- Galeano, Eduardo. *El libro de los abrazos*. Buenos Aires. Catálogos. 2007.
- Grimson, Alejandro, Ferraudi Curto, María Cecilia y Segura, Ramiro. *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo Libros. 2009.
- Gumucio Dagron, Alfonso y Tufte, Thomas (comp.). *Antología de comunicación para el cambio social. Lecturas históricas y contemporáneas*. Plural editores. Bolivia, 2008.
- Harvey, David. *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Ediciones Akal. Madrid, 2013.

- Hermitte, Esther y Boivin, Mauricio. “Erradicación de ‘villas miseria’ y las respuestas organizativas de sus pobladores”. En: Bartolomé, Leopoldo. *Relocalizados: Antropología Social de las Poblaciones Desplazadas*. IDES, 1985.
- Hidalgo Villodres, María del Carmen. Tesis doctoral: *Apego al lugar: ámbitos, dimensiones y estilos*. UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA. FACULTAD DE PSICOLOGIA. 1998
- Larrea, Cristina. *Mary Douglas. La mirada antropológica de una católica*. UOC. Barcelona, 2014.
- Lins Ribeiro, Gustavo. “Proyecto de gran escala: hacia un marco conceptual para el análisis de una forma de producción temporaria”. En: Bartolomé, Leopoldo. *Relocalizados: Antropología Social de las Poblaciones Desplazadas*. IDES, 1985.
- López, Matías. “Acciones y estrategias en lo público. Algunas reflexiones sobre (y en) la catástrofe”. *Revista Question. Incidente I*. La Plata. FPyCS-UNLP. 2013. Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1853>
- Márquez, Francisca. “Identidad y fronteras urbanas en Santiago de Chile”, en *Psicología em Revista*, Belo Horizonte, 10(14): 35-51.2003.
- Mutuverría, Marcos y Palazzolo, Fernando. “Del estudio de las inundaciones a la gestión del riesgo de desastre”. *Revista Question. Incidente I*. La Plata. FPyCS-UNLP. 2013. Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1882>
- Partridge, William. “Reasentamiento de comunidades: los roles de los grupos corporativos en las relocalizaciones urbanas”. En: Bartolomé, Leopoldo. *Relocalizados: Antropología Social de las Poblaciones Desplazadas*. IDES, 1985.
- Protocolo de Actuación para Casos de Relocalizaciones (en el Boletín Oficial del 7 de junio de 2016).
- Real Academia Española. Disponible en: <http://www.rae.es/>
- Reguillo, Rossana. *Emergencia de culturas juveniles: estrategias del desencanto*. Grupo editorial Isabel. Buenos Aires, 2007.

- Reguillo, Rossana. *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. Guadalajara. Universidad Iberoamericana/ITESO. 2005.
- Roberts, Bryan. “La Institucionalización de la pobreza”, en Saraví, Gonzalo (ed.) *De la Pobreza a la Exclusión. Continuidades y Rupturas de la Cuestión Social en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo. Pp. 201-231. 2006.
- Saraví, Gonzalo. *Juventudes Fragmentadas: Socialización, Clase y Cultura en la Construcción de la Desigualdad*; (Cap. 3: “Las ciudades de los jóvenes”). México: FLACSO. Pp. 133-190. 2015.
- Scatolini, Luciano. *Hábitat. Hacia un nuevo paradigma urbano*. Honorable Cámara de Diputados de la Nación. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales (UNLP). Buenos Aires, 2014.
- Segura, Ramiro. “La trama relacional de la periferia de la ciudad de La Plata. La figuración ‘establecidos-outsiders’ revisitada”. *Revista Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*. Año IX N° X - Junio de 2011.
- Segura, Ramiro. “Paisajes del miedo en la ciudad. Miedo y ciudadanía en el espacio urbano de la ciudad de La Plata”. En *CUADERNO URBANO. Espacio, Cultura, Sociedad* - VOL. 8 - N° 8. pp. 59 - 91. 2009.
- Segura, Ramiro. “Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico”. *Cuadernos del IDES* n° 9. 2006. Disponible en: http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/ides/20110517102641/cuadernos9_Segura.pdf
- Swistun, Débora, Lekerman, Vanina, Carman, María y otras. *Derechos y cultura. Un aporte antropológico a la gestión de las relocalizaciones en la Cuenca Matanza Riachuelo*. Informe entregado diferentes organismos actuantes. 2014.
- Yujnovsky, Oscar. *Claves políticas del problema habitacional Argentino*. Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires, 1984.
- Zapata, María Cecilia. *La política habitacional porteña bajo la lupa: de los programas llave en mano a la autogestión del hábitat*. Editado por Tamara Mathov. – 1a ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2017.

- Zárate, María Lorena. “Derecho a la ciudad”. En Mapelli, Ezequiel. *Hábitat*. Secretaría de Acceso al Hábitat. Consejo Social. Universidad Nacional de La Plata. La Plata, 2016.

Notas periodísticas

- “Allanamientos en barrio El Mercadito: Dieron con tres autores de homicidio y dos vendedores de drogas”. *La Buena Info*. Disponible en: <http://www.labuenainfo.com/noticia/3557/allanamientos-en-barrio-el-mercadito-dieron-con-tres-autores-de-homicidio-y-dos-vendedores-de-drogas->
- “Avanzamos en las obras de urbanización del barrio El Mercadito”. Publicada el 4 de mayo de 2017 en: <https://www.laplata.gob.ar/#/noticia/detalle?id=388>
- “Cayó peligroso delincuente en el barrio El Mercadito”. *Diario Hoy*. Disponible en: <http://diariohoy.net/trama-urbana/cayo-peligroso-delincuente-en-el-barrio-el-mercadito-86018>
- “Construiremos 96 nuevas viviendas en el barrio ‘El Mercadito’. Publicada el 9 de enero de 2017 en: <https://www.laplata.gob.ar/#/noticia/detalle?id=137>
- “El comedor de las familias relocalizadas del Arroyo El Gato no recibe alimentos desde hace un año”. Nota publicada el 03/06/17 en <http://infoblancosobrenegro.com/noticias/16861-el-comedor-de-las-familias-relocalizadas-del-arroyo-el-gato-no-recibe-alimentos-desde-hace-un-ano>
- “El Mercadito, un barrio sin paz”. *Diario El Día*. Disponible en: <http://www.eldia.com/nota/2015-3-14-el-mercadito-un-barrio-sin-paz>
- “Pablo Pérez: ‘La situación social en el barrio El Mercadito es alarmante’”. *Info Blanco sobre Negro*. Disponible en: <http://infoblancosobrenegro.com/noticias/12621-pablo-perez-la-situacion-social-en-el-barrio-el-mercadito-es-alarmanete>
- “Riesgo sanitario por los escombros de un asentamiento”. *Diario El Día*. Publicado el 23/01/17. Disponible en: <http://www.eldia.com/la-ciudad/riesgo-sanitario-por-los-escombros-de-un-asentamiento-195536>
- “Temor por intento de usurpaciones en un predio de casas en Ringuelet”. *Diario El Día*. 20/11/15. Disponible en: <http://www.eldia.com/nota/2015-11-20-temor-por-intento-de-usurpaciones-en-un-predio-de-casas-en-ringuelet>

Otras fuentes:

- Arias, Luis Federico. Fallo de la causa “ASESORIA DE INCAPACES N° 1 - LA PLATA C/ FISCO DE LA PROVINCIA Y OTROS S/ AMPARO”. 28 de abril de 2016.
- Ley n° 14449 de Acceso Justo al Hábitat. Disponible en: <http://www.gob.gba.gov.ar/legislacion/legislacion/l-14449.html>
- Película *La gran apuesta* (2015).

Conclusiones

“No podemos indefinidamente
continuar gobernados por el mercado,
sino que tenemos que
gobernar el mercado”
Pepe Mujica – Río+20

Al final de este recorrido queremos aclarar que, más allá de que pareciera que hemos tratado a los grupos de 1 a 3 y a Ciudad Oculta como bloques dispersos, consideramos que no están separados, sino que se hallan atentos a las prácticas de los/as otros/as. Además, a pesar de que no son homogéneos en su interior, sus integrantes sí compartieron el proceso, actuaron como colectivo y en la mayoría de los casos tomaron decisiones conjuntas, lo que no significa sin conflictos. En el caso de Ciudad Oculta ello fue aún más evidente y parecía que los discursos de sus miembros estaban “articulados alrededor de un ‘nosotros sin fisuras’” -como observó Reguillo (2005: 276) en relación a los/as damnificados/as que ella estudió-, mientras que los/as habitantes de 1 a 3 tuvieron divergencias entre sí: por ejemplo, algunos/as no querían marcharse del barrio o, una vez relocalizados/as, dudaban de irse a las casas definitivas mientras que otros/as las anhelaban. Por otra parte, ambos grupos tuvieron puntos de coincidencia, pues se mudaron, afrontaron la reubicación, compartieron mejoras, problemas e incluso instancias de protesta. Si bien no ignoramos las diferencias entre la población reubicada, tampoco asumimos que los/as vecinos/as tienen todos/as intereses comunes.

Por otra parte, quisiéramos dejar en claro que el hecho de poner en cuestión algunos puntos de la implementación de una política pública no debe interpretarse como un postulado de achicamiento del Estado. Por el contrario, lo que se busca es mejorar la calidad de la misma para que este tipo de procesos genere el menor sufrimiento posible –es relevante explicitar que en varias entrevistas y observaciones los/as habitantes lloraron o manifestaron angustia – y sean inclusivos.

En los siguientes apartados retomaremos explícitamente el vínculo con la comunicación y cambio social, construiremos tipologías sobre los modos de habitar y recuperaremos lecturas imprescindibles para abordar este tipo de procesos. Para finalizar nos vamos a preguntar: ¿la relocalización habilitó prácticas de acceso justo al hábitat y de derecho a la ciudad?

1. Comunicación y cambio social

No caben dudas de que la relocalización es un proceso comunicacional porque se construyen y disputan sentidos sobre los barrios, las casas, la participación, los

derechos, el hábitat. A su vez, la reubicación constituye una fuente de conocimientos cotidianos, de los que el campo de la comunicación y cambio social necesita nutrirse. Además de en términos estrictamente académicos, para Cadavid Bringe (en Bernat, 2013) tal campo es interdisciplinar en otra línea porque requiere conocer y dialogar con los saberes que surgen de las prácticas.

El proceso se analizó desde una perspectiva comunicacional, pero en sí mismo requiere (con urgencia) mayores instancias de comunicación entendida como un derecho y como participación. Según la investigadora, las transformaciones sociales suceden cuando se acepta “que la comunicación, siendo un intercambio y producción de sentido, se tiene que dar entre dos interlocutores, sujetos sociales que se reconocen el uno al otro como legítimos e iguales” (Cadavid Bringe en Bernat, 2013: 241-242). En esa línea, Gumucio Dagron (2006) sostiene que la palabra comunicación refiere a intercambios entre iguales, a procesos donde el centro está puesto en el compartir. Así, consideramos que los diálogos entre las autoridades y los/as habitantes de la asamblea de Ringuelet de 1 a 3 mermaron –o al menos, se dificultaron y redujeron- ante los conflictos suscitados por un pedido de doble relocalización, dejando de manifiesto que para el Estado las significaciones que los sujetos afectados otorgaban al proceso pasaban a un segundo plano, es decir, que no se reconocían con la misma legitimidad que las de los/as decisores/as de esta política pública. En esta tesis hemos intentado mostrar las distintas lógicas: tanto la estatal (en menor medida) como la de los/as habitantes y observamos que no se logró construir un “entendimiento mutuo” (De Mello Dias Guimaraes y Ferré Pavia en Cadavid Bringe y Gumucio Dagron, 2014: 96) entre el Estado y los/as vecinos/as. Por eso, creemos que la perspectiva de comunicación y cambio social debe primar en los procesos de desplazamientos poblacionales: comprender que los actores intervinientes son protagonistas genuinos/as y que todos/as tenemos derecho a decidir en la construcción de un hábitat justo. A pesar de que no se hallan en pie de igualdad, se debe trabajar para atenuar la desigualdad de poder presente en estos procesos y las consecuencias negativas, que implican pérdidas, angustia, desamparo, etc. Así, a partir de otros/as autores/as, Downing (2001 en Gumucio Dagron y Tufte, 2008) declara que los diálogos posibilitan resolver problemáticas, lograr consensos y mantener derechos. Esto se logra si asumimos que la comunicación y cambio social es una perspectiva que nos permite abordar diversos temas (Díaz Larrañaga, 2011) y así es posible pensar en “políticas que parten de las comunidades mismas, desde el adentro, desde los conocimientos y fuerzas endógenas de un lugar. Pero construir desde lo comunitario y

desde lo micro no significa diluir lo macro. Por el contrario, es fundamental promover el diálogo interinstitucional, construir espacio público y que las redes que se generan en el plano de lo local tiendan a construir región” (Díaz Larrañaga, 2011: 6).

Si bien la relocalización no constituye una política originada desde adentro –fue consecuencia de un requerimiento de la ciudad de La Plata para evitar que se produzca otra inundación-, podría haber existido una apropiación mayor con más participación. Al respecto, diremos que las instancias de participación (denominadas mesas de gestión por el Estado o simplemente reuniones por los/as vecinos/as) no se realizaron de forma periódica quizás por problemas de comunicación y comprensión recíproca, quizás porque el Estado no estaba tan interesado en emprender tales mesas o porque los/as habitantes se sentían más seguros/as y cómodos/as en sus casas y barrio, de modo que desconfiaban de la delegación (por ejemplo), pero sí estaban dispuestos/as a dirigirse a organismos provinciales. Por otra parte, consideramos que las viviendas provisorias significaron un quiebre en la posibilidad de construir confianza con el Estado: pues al modificar el proyecto de relocalización luego de haberlo informado, la palabra de éste fue puesta –nuevamente- en cuestión. Tampoco debemos olvidar que comunicación es participación: de ahí la insistencia en estos procesos como posibilitadores de transformaciones sociales.

De todas maneras creemos que a partir del pedido de traslado a viviendas transitorias se vuelve –para los/as vecinos/as- imprescindible la participación barrial –más no siempre con autoridades-, lo cual conlleva el sentimiento de pertenencia a un colectivo y, cuando uno/a interviene, después no puede volver a ser igual: pues algo se transformó. A su vez –y esto lo observamos en las asambleas- en este campo se entiende que nadie es reemplazable “y si falta uno lo que va a suceder es distinto. Cada uno cuenta, cada uno es importante (...) Y depende de quién esté en un momento dado en una concentración, en una negociación, esta va para un lado o para otro, va a tener un matiz u otro” (Cadavid Bringe en Bernat, 2013: 244).

Gumucio Dagron (2004) explica que la comunicación y cambio social nace contra el olvido y la indiferencia y pone en el centro no sólo el diálogo, sino la voluntad de incidencia: por eso, es importante amplificar las voces, las miradas acalladas o relegadas durante la reubicación, que continúa. Si bien no consideramos que las siguientes características hayan sucedido de forma tajante en este proceso, retomamos al autor que reniega contra las equivocaciones generadas por planificaciones verticales, que no siempre son sensibles a la realidad y donde no se tiene en cuenta a los/as

involucrados/as: “Si tan sólo se hubiera establecido un diálogo entre representantes de las comunidades, técnicos del gobierno, líderes sociales y religiosos, para discutir planes y proyectos (...) las comunidades hubieran sido partícipes (...) hubieran aprendido de la experiencia y se hubieran apropiado de cada proyecto”, amplía Gumucio Dagron (2004: 8) en referencia a cuantiosos proyectos. Como ya hemos mencionado, en el caso estudiado existieron instancias de participación, pero las posibilidades de incidir directamente sobre aspectos fundamentales (las características del barrio, de las viviendas, los tiempos) fueron reducidas (aunque destacamos la incidencia en la selección del terreno como punto clave).

Así, Gumucio Dagron explicita que las transformaciones no sólo tienen que ver con infraestructura, sino que son culturales y la comunicación fortalece los procesos de organización que dan lugar a modificaciones: la asamblea de 1 a 3 es un ejemplo de ello, ya que mientras funcionó fue el camino de la palabra, de las discusiones, lo que permitió torcer las reglas del juego, negociar e incidir en la reubicación al postergar la mudanza a las viviendas provisorias. Por su parte, el diálogo entre las autoridades y los/as vecinos/as de atrás de las vías también posibilitó co-organizar la previa a la reubicación. A pesar de que decayó la continuidad de las acciones de 1 a 3 mientras que Ciudad Oculta permaneció unida, consideramos que ambos espacios constituyeron diálogos en su interior mediante los que sus integrantes pudieron decidir qué querían y qué camino trazar para lograrlo: unos/as negociaron, otros/as resistieron y luego aceptaron. En una entrevista realizada en 2013, Gumucio Dagron sostuvo: “El potencial de todo pueblo está en su capacidad de organizarse democráticamente en torno a sus identidades culturales. La comunicación es esencial para el desarrollo de las organizaciones democráticas, porque sin diálogo horizontal unos pocos asumen posiciones dominantes sobre los demás”.

El autor agrega que comunicación deriva de *communio*, *communis*, que significa participación, comunión, comunidad, compartir (Gumucio Dagron, 2004; 2006). Sin ello, la comunicación es información en un sentido unívoco. Comunicar implica producir sentidos juntos/as, en este caso, acerca del territorio a habitar. Y esa producción colectiva hubiera posibilitado formas más potentes de apropiación, afecto, apego al lugar, que no son otra cosa que la posibilidad de ejercer el derecho a la ciudad, de términos justos en el acceso al hábitat. Pero además, para Gumucio Dagron la comunicación participativa es fundamental en la organización, amplifica voces, posibilita diálogos y equilibra los roles de los/as participantes: “Comunidades que

desarrollan procesos propios de comunicación y se apropian de la toma de decisiones, se empoderan de manera que pueden intervenir en la realidad con su identidad y su cultura”¹²⁴. Por ello, aunque no nos guste la palabra, retomamos la afirmación del ex presidente de Uruguay, Pepe Mujica, en Río+20: “El desarrollo no puede ser en contra de la felicidad, tiene que ser a favor de la felicidad humana, del amor arriba de la tierra”.

1.1. Sentidos sobre cambio social

La relocalización no tiene por qué implicar un cambio social, pero es una transformación socio-urbana que inevitablemente incide y genera algún tipo de modificación en la vida de los/as pobladores/as, como vimos a lo largo de la tesis. Tales cambios no son inmediatos, mecánicos ni directos y, muchas veces, tampoco deseados. Teniendo en cuenta que los/as vecinos/as del asentamiento intervinieron en mayor o menor medida y de distintas maneras en la reubicación y que en los procesos de comunicación y participación comienzan las transformaciones sociales, nos preguntamos: ¿cuáles son los sentidos de cambio social que encontramos en el barrio?

Para los/as habitantes de Ciudad Oculta, las transformaciones sociales son producto del accionar de los/as mismos/as vecinos/as, pues toda intervención de quienes no residen en el barrio es considerada una intrusión. Entienden al cambio social como una práctica continua, permanente, colectiva y conducida por un pariente en quien se confía. Es mantenerse unidos/as pase lo que pase. Es organizarse, poner el cuerpo y participar. Es lograr que los/as chicos/as aprendan a compartir y que no haya violencia. Es pensar todo el tiempo en cómo mejorar sus condiciones de vida. Por eso, la idea de cambio social también está presente en sus modos de habitar. Implica transformar el barrio y transformarse a sí mismos/as, no discriminar, compartir. El cambio social es vivir en un lugar seguro y en comunidad. Es dejar de cartonear como proyecto futuro: se buscan otros espacios con ayuda del Estado como la cooperativa y la recicladora.

Para los/as habitantes de 1 a 3, el cambio social es plausible de ser construido con actores externos, que no vivan en el barrio, porque pueden ayudarlos/as ya sea durante la inundación o la relocalización. Es para algo puntual (sobreponerse al desastre del agua, resistir en la previa al traslado) y se generan tácticas en el “mientras tanto”, como cambiar el lugar de encuentro para realizar las asambleas y mantener vivo ese espacio. El cambio social es la posibilidad de decir no, de rechazar una propuesta y resistir. Es

¹²⁴ Entrevista realizada a Alfonso Gumucio Dagron vía corre electrónico el 14/12/2013.

hacer cosas que antes de la relocalización no se emprendían: por ejemplo, ir a la legislatura bonaerense. Implica enfrentar miedos (como la posibilidad de desalojos), arriesgarse, conocer a otras personas, hacer amigos/as. Aunque también las transformaciones se entienden de modo individual, como fruto del esfuerzo personal y sin nada regalado: por ende, si no hay riesgo aparente, se vive la vida sin pensar en instancias colectivas. De todas maneras, nos atrevemos a pensar que quizás, después de todo este proceso, algo de ese esquema puede haber sido trastocado. Por lo tanto, participar ya implica un quiebre que a su vez los/as transforma porque los/as incita a pensar y hacer cosas que antes no hacían.

Hay además otras miradas que entienden al cambio social como dejar de ser pobres y modificar significativamente las condiciones de vida.

Vemos entonces que el cambio social se percibe de maneras diferentes: para algunos/as es estar juntos/as, para otros/as es resolver un problema. Emergen además concepciones que indican que las transformaciones tienen que ver con mejorar la vida de los/as niños/as: que sean felices, que puedan festejar sus cumpleaños, que no les falte un plato de comida, que jueguen y se diviertan, que aprendan, que vayan a la escuela, que hereden una casa y no padezcan. También conlleva ayudarlos/as y contenerlos/as.

Para la mayoría de los/as entrevistados/as las transformaciones no parten de la política. Aunque esta idea se contradiga en sus prácticas, los cambios se perciben de modo individual –producto del sacrificio para los/as habitantes de 1 a 3- o en comunidad – Ciudad Oculta-. El Estado aparece sólo como facilitador de los recursos necesarios para mejorar la vida.

Los dos grupos comparten que las transformaciones conllevan un desorden del mundo, un cuestionamiento de las certezas y una resignificación de la vida. Para lograr cambios, es preciso derribar temores, mudarse, encontrarse con otros/as (considerados/as distintos/as) incluso para reclamar y luchar por lo que se anhela (la casa definitiva). El cambio es arriesgarse, tomar decisiones, es la posibilidad de transformarse a sí mismos/as al emprender prácticas inesperadas. También significa nostalgia por lo perdido (la vida vivida hasta ese momento en el otro barrio, en la otra casa) y una necesaria reinención de la vida cotidiana. Otro cambio percibido es la posibilidad de ser propietarios/as, de olvidar la palabra desalojo, lo cual se concibe como un futuro estable y con la sensación de protección brindaba por la casa propia. Con la inundación y luego con la relocalización la idea de transformación camina junto a la voluntad de vivir en un hábitat justo (aunque a veces parezca imposible): otra vez, el cambio social

aparece en el deseo de otra forma de habitar, de otro hábitat posible, de vivir en buenas condiciones y sin riesgo hídrico.

2. Tipologías de los modos de habitar

Durante la tesis hemos hecho hincapié en la relación dialéctica entre lo espacial y lo social. Ahora proponemos incluir otra noción que, aunque suele tratarse como “contorno de la acción” (Giddens en Díaz Larrañaga, 2010), estructura y es estructurada por la cultura: el tiempo y las temporalidades, las cuales “marcan nuestros modos de actuar, percibir, recordar u olvidar, pensar, ser sujetos sociales” (Díaz Larrañaga, 2006: 8).

Luego de todo este recorrido, nos parece importante formular una primera tipología posible de los modos de habitar en relación al caso analizado, dado que entendemos que a partir de las transformaciones socio-urbanas producidas por la inundación y la relocalización –en tanto disruptores- se generaron quiebres y, por supuesto, continuidades. Sobre todo si, como afirma Fernandes (2008: 13), “los sujetos producen sus propios territorios y la destrucción de estos territorios significa el fin de esos sujetos (...) Sujetos, grupos sociales, clases sociales no existen sin sus territorios”, se entiende por qué fue tan fuerte el impacto de la anegación, la mudanza a viviendas provisorias y la demolición de las casas del asentamiento. Por eso, reiteramos que entendemos al habitar desde la dialéctica de permanencias y transformaciones, no como algo estático, dado de una vez y para siempre, sino que puede perdurar, variar y resignificarse.

Existen diferentes maneras de habitar un espacio, que tienen que ver con cuestiones (y desigualdades) estructurales y con la dotación de sentidos cotidiana que hacen los sujetos en sus prácticas y relaciones. Siguiendo a Fernandes (2008), pensamos que la ausencia de una tipología puede ocultar la diversidad –en nuestro caso- de modos de habitar existentes y, muchas veces, las inequidades. No todos/as habitamos de la misma manera ni en las mismas condiciones. Hay modos de habitar estigmatizados, legitimados, valorados, repudiados, criticados. Y los atributos negativos suelen cargarse contra quienes viven en asentamientos y villas. Esto no significa que no haya puntos en común entre la llamada –y cuestionada- ciudad “formal” e “informal”, pero esa misma manera de denominarla como bloques separados donde uno se halla por encima de otro manifiesta dicha inequidad.

Así, consideramos que es posible realizar una tipología de los modos de habitar anclada en la temporalidad: antes, durante y después de la inundación (tal como lo vimos en el capítulo IV); antes y después de la relocalización.

Esta tipología nace a partir de observar formas compartidas de habitar los territorios. En algunos casos, hay maneras en común de un grupo que se diferencian de otras. Por lo tanto, destacamos los siguientes modos.

Como comentamos en el capítulo IV, habitar antes de la inundación era poner el foco en el esfuerzo por tener una casa y mejorarla. Aunque también era hacerlo, en muchos casos, en condiciones precarias. Pero era habitar con la tranquilidad brindada por el paso del tiempo. Durante la catástrofe, se habitó la urgencia, la desesperación, el desastre, el terror. Y luego de aquellos días, los modos de habitar se modificaron, pues la noción de riesgo estaba presente en los/as vecinos/as del barrio. Y otra vez se habitaba desde el esfuerzo ya que era imperante reconstruir el hogar para sentirse, en ese contexto, lo más seguros/as posibles.

Podemos afirmar que no existe un sentido único de habitar la inundación, ni siquiera al interior de los grupos analizados. Esa supuesta homogeneidad en cada colectivo aparece –en ciertos aspectos- con la relocalización.

Entonces, habitar la inundación para algunos/as vecinos/as –más allá de la parte del barrio en la que vivieran- implicó recurrir a instituciones, mientras que para otros/as no. Para muchos/as habitantes, a pesar del agua es sus casas, involucró ayudar a los/as demás, ser solidarios/as. Aunque otros/as no lo fueron, según las narraciones.

En la mayoría de los casos, habitar la inundación significó organizarse con otros/as: vecinos/as, desconocidos/as, integrantes de organizaciones. Habitar la inundación también era recibir ayuda de conocidos/as y de extraños/as.

En todos los casos, habitar la inundación conllevó sobrevivir al desastre sin el Estado en el momento de mayor riesgo.

Algunos vecinos aprovecharon la inundación para sustraer donaciones, es decir, para robar.

Como síntesis podemos decir que los modos de habitar la inundación se vincularon con la intención y la búsqueda de tácticas para transformar la casa y el barrio “desastrosos”, “terribles”, “horrorosos” en espacios donde se pudiera vivir la vida.

Con respecto a la relocalización, para los/as habitantes de Ciudad Oculta habitar antes de la mudanza era ser valientes y estratégicos (en la elección del momento y en el pedido de documentación que acredite su posesión, por ejemplo). Era negociar, poner

condiciones y confiar en el Estado. Era decidir entre ellos/as, sin actores externos, durante todo el proceso. Pero si para otras cuestiones (como dar apoyo escolar) querían acercarse al barrio personas que no habitaban allí, era legítimo: lo mismo sucedió luego de la reubicación, donde permitieron la participación de organizaciones de diversa índole en el comedor nuevo.

Habitar también era ser conscientes del estigma, de estar en rojo y ser considerados/as peligrosos/as.

Para los/as vecinos de 1 a 3 habitar antes de la relocalización era aprender a organizarse, era negarse a vivir en condiciones más precarias y era cuestionar al Estado: pero durante el proceso pasaron del miedo a confiar —o al menos creer un poco— en el mismo.

Habitar la mudanza a las viviendas provisorias para los/pobladores/as de Ciudad Oculta era ser parte de un traslado ordenado, con ayuda del municipio, mientras que para los/as de 1 a 3 constituyó una partida a las apuradas, desorganizada, con poca o nula contribución del Estado. También en algunos casos se sintió nostalgia, mientras que otros estaban contentos/as, expectantes.

Habitar las casas provisorias por primera vez era hacerlo desde el miedo, el cansancio, la angustia y el desorden para casi todas las familias. Habitar las provisorias era ir a un lugar que se percibía inseguro pero que para los/as vecinos/as de Ciudad Oculta era de buena calidad y por un tiempo relativamente corto, aunque más de lo esperado (ocho meses) y para los/as de 1 a 3 las viviendas se concebían de mala calidad y el tiempo era indeterminado (finalmente, estuvieron veinte meses). Mientras los/as primeros/as habitaban con una documentación que les garantizaba la posesión de una vivienda, los/as segundos/as no contaban con tal papel y se constituían en una población desalojable desde su perspectiva.

Las casas definitivas se percibían para algunos/as como poco funcionales y su tamaño se apreciaba en relación a la vivienda anterior y a la del asentamiento: por lo tanto, para muchos/as eran grandes y para otros/as, chicas. De todas maneras, los/as vecinos/as valoraban la seguridad en la tenencia, la casa propia.

Habitar el barrio nuevo implicaba hacerlo, al igual que en el asentamiento, desde las divisiones (Ciudad Oculta y 1 a 3; quienes vivían en las casas transitorias y quienes lo hacían en las definitivas), diferenciándose de otros/as: ya sea de los/as cartoneros/as, de los/as paraguayos/as o del barrio lindante, El Mercadito. Sin embargo, los/as vecinos/as de 1 a 3 percibían que antes de la mudanza estaban más “ordenados” (por la vía o porque vivían a la vuelta) y luego del traslado, “mezclados”. Los/as habitantes de

Ciudad Oculta, por su parte, consideraban que la relación había mejorado en el barrio nuevo.

Estas tipologías constituyen modos abstractos que posibilitan entender formas posibles y diferentes de habitar. Como vimos, no hay un único modo plausible antes, durante y después de la inundación y de la relocalización. Pero las diferencias y similitudes atraviesan el interior de los grupos y existen cuestiones compartidas en ambos. A lo mejor, exceptuando las formas de organización –que como dijimos son modos de habitar–, encontramos sentidos construidos antes y después del proceso mencionado que son parecidos para todos/as los/as habitantes del barrio.

Habitar el asentamiento (*antes de mudarse*) era hacerlo con tranquilidad, otorgada entre otros aspectos por la dimensión temporal: se trataba de muchos años viviendo en el mismo lugar, de realizar los mismos recorridos, de conocer a los/as vecinos/as, de visitar las mismas instituciones. Por eso, en esa forma de habitar tenían un lugar preponderante las costumbres y las rutinas. Pero habitar había implicado una lucha por conseguir un terreno y, en caso de ser necesario, un intento cotidiano de poder costearlo (lo cual conllevaba una dimensión temporal ya que el pago solía efectuarse en cuotas y no siempre se contaba con el dinero); una lucha por permanecer en el barrio: existía un miedo constante a la posibilidad de desalojo (de parte del Estado o del vendedor/a del suelo) o a que entre vecinos/as se expulsaran del barrio (aquí los punteros jugaban un rol preponderante: de acuerdo a los relatos, tanto el de la canchita como el de Ciudad Oculta habían echado a pobladores/as y lo mismo sucedió en el barrio nuevo con un vecino que obligó a dos familias a abandonar sus casas provisionales); una lucha contra el arroyo que era causante de enfermedades (por ejemplo, forúnculos) y despedía malos olores; contra las ratas que se metían en las casas; habitar era un sacrificio para hacerlo en las mejores condiciones posibles. Habitar incluía tener derechos vulnerados. Y, por ello, habitar constituía un riesgo (lo que provocaba que a veces se habitara desde el miedo): por el arroyo y las enfermedades mencionadas, por las inundaciones, por los desalojos y por la falta de derechos. Pero, dado que en el habitar se le otorgaba un lugar preponderante a la casa, implicaba permanecer cuidando el hogar aunque ello conllevara un gran peligro: por ejemplo, la negativa a abandonar la vivienda durante la inundación o cuando algunas familias no aceptaron mudarse y se quedaron algunos meses “solos” en su cuadra, lo que significaba la aparición de roedores y otras eventualidades.

Habitar el barrio y las casas provisionales (*después de la mudanza*) era conocer, adaptarse, cuestionar, reclamar (en algunos casos, hacer cortes de calle por primera vez en la vida),

interpelar al Estado y exigirle que cumpla sus obligaciones. Habitar era esperar con mucha expectativa los servicios, la consecución de compromisos asumidos, un buen vivir, era añorar la mudanza a las casas definitivas. Habitar era apropiarse de la vivienda y del barrio nuevos: pensar dónde irían los muebles, las plantas, repartir los cuartos, darle sentidos a los espacios. Habitar era inventar trayectos, recorridos, buscar las formas de acortar camino para tomar el colectivo, ir a la escuela o al trabajo. Era ingeniárselas para encontrar negocios donde comprar más barato. Y también era volver al asentamiento y resignificarlo. Habitar el barrio nuevo era extrañar el asentamiento (y en ocasiones idealizarlo). Habitar era después de mucho tiempo aprender a vivir en otro lado, en otras condiciones y junto a otros/as vecinos/as (no siempre queridos/as).

Por otra parte, encontramos modos de habitar compartidos en los dos barrios (*permanencias*). Habitar significaba una lucha para sobrevivir, pues la posibilidad de perder el trabajo era continua. Se habitaba desde la incertidumbre ante mudanzas inminentes que no sabían cuándo sucederían (del asentamiento a la vivienda provisoria y luego a la definitiva). Se habitaba lidiando o disfrutando el accionar de los/as punteros/as en el marco de relaciones de poder muy marcadas. En el caso de Ciudad Oculta, se habitaba en comunidad, colectivamente, lo cual generaba protección. Para los/as sujetos de esta parte del barrio, habitar era participar, organizarse, pensar y ejecutar proyectos que mejoraran el espacio compartido. Era apropiárselo, convertirlo en su propio barrio ya sea cuando llegaron al asentamiento o al nuevo territorio. No obstante, para los/as vecinos de 1 a 3 habitar era no participar, resolver los problemas en familia, no apostar a lo grupal. Pero ello se trastocó cuando se padeció la inundación y se recurrió a la ayuda de los/as más próximos/as y, cuando surgió el proyecto de relocalización, participar permitió sentirse seguros/as, emprender una aventura, arriesgarse todos/as juntos, negociar con el Estado, negarse y aceptar. Eso fue una transformación muy significativa en los modos de habitar, que comenzó –en términos metafóricos– con las anegaciones y se fue desvaneciendo a medida que se vivía en el barrio nuevo.

También vimos que se habitaba desde las divisiones territoriales, desde los conflictos con los/as considerados/as otros/as, favoreciendo un reforzamiento de la propia identidad: no soy lo que ellos/as son (para el grupo de 1 a 3: cartoneros/as, sucios/as; para Ciudad Oculta: egoístas, discriminadores/as).

Asimismo, habitar era disfrutar: compartir asados, mates, charlas, cumpleaños. Habitar era confiar en los/as demás: para que cuiden a los/as chicos/as, las casas, las mascotas,

para poner en común alegrías, miedos. Confiar en el otro/a para compartir la vida. Habitar suponía convivir con drogas e ingeniárselas con el único objetivo de sobrevivir: por ejemplo, conseguir alimentos para comer durante la crisis de 2001, la inundación, el día a día. Por último, habitar era aprender a hacerlo desde la contingencia: comprender que lo aprendido, valorado y querido hasta el momento podría cambiar; poner resistencias, pero animarse a ir a un territorio desconocido.

A su vez, en lo provisorio y definitivo de las viviendas subyacía una dimensión temporal y la perspectiva de futuro aparecía tanto en la posibilidad de modificar la casa (en tanto apropiación del espacio) como en la seguridad en la tenencia: dejar una herencia. Así, entendemos que el tiempo es conformado y conformador de prácticas sociales y una mediación central para entender los procesos (Díaz Larrañaga, 2010; 2011). Por lo tanto, en el capítulo VII nos preguntamos: ¿cómo se habitó subjetivamente lo provisorio? ¿Qué significaba lo definitivo? El tiempo es una construcción social en común y, en este caso, lo provisorio y lo definitivo se compartió. Lo provisorio generaba dudas, esperas. Lo provisorio no se sabía cuándo iba a terminar. Lo definitivo, en cambio, era lo que concluía, era el lugar al que se quería llegar para quedarse siempre. Lo provisorio debía ser temporal, debía vivirse de manera pasajera porque –en general– lo provisorio se padecía. Desde allí, lo definitivo constituía un deseo y, como era posible, probable, se anhelaba transitoriamente. El futuro, entonces, eran las casas definitivas. Era la escritura o el título de propiedad. Era el fin del miedo al desalojo. Era la certeza de que los/as hijos/as no padecerían nunca más la falta de vivienda. Lo definitivo constituía una vida más tranquila, más justa, con más derechos.

Así, vemos que las transformaciones socio-urbanas sí modifican los sentidos sobre los modos de habitar. En algunos casos, son disruptivos (por ejemplo, se pasa de la tranquilidad al miedo –con la inundación y con la relocalización–) mientras que en otros, ante dos sucesos de semejante envergadura la vida continúa, pero siempre resignificada: aunque perduren las actividades cotidianas, aunque se repitan las rutinas y se “siga adelante”, quedan como marcas (físicas y simbólicas) en la memoria: el barrio se inundó y el barrio se relocalizó.

*

Al comienzo de la tesis planteamos como objetivo analizar la relocalización para comprender las maneras en las que las transformaciones socio-urbanas modificaban

sentidos. Las tipologías antes mencionadas pusieron de manifiesto esas transformaciones producidas a raíz de las inundaciones y de la posibilidad de mudanza. Todo ello expone que los modos de habitar no son estáticos, que pueden modificarse y que dos acontecimientos como los planteados irrumpen en la vida de los sujetos afectados/as y éstos/as resignifican en sus prácticas y sentidos tales procesos y modos de habitar.

Pudimos ver esas transformaciones antes, durante y después de las inundaciones y de la relocalización: el agua llenó de dudas una forma de vida practicada y puso en evidencia la urgencia de implementar políticas que aminoren el riesgo hídrico del asentamiento y de toda la ciudad. El agua obligó la generación de obra pública y eso implicó el surgimiento de la reubicación.

¿Por qué analizamos estos procesos desde la perspectiva de la vida cotidiana? Esa pregunta no puede reflexionarse separada del cambio social, pues pensamos que allí se juega la posibilidad de transformar prácticas y sentidos que se realizan, en general, sin cuestionamientos. La anegación y la relocalización no sólo los trastocaron en el momento en que sucedieron –cuando se desbordó el arroyo y cuando sucedió la mudanza- sino que pusieron en cuestión una sucesión de elementos que formaban parte de la cotidianidad, entre ellos la posibilidad concreta de perder la casa (el lugar en el mundo donde se supone nos sentimos a gusto y protegidos/as, el lugar en el mundo donde más allá de sus falencias nos reconocemos como sujetos). ¿Cómo continúa la vida sin esa casa? ¿Cómo se resignifican las prácticas cotidianas? ¿Cómo se habita una vivienda y un barrio cercano al propio pero distinto? ¿Cómo es la apropiación de los espacios en clave subjetiva individual y colectiva? Tales preguntas son las que hemos intentado responder en esta tesis.

Lo interesante de la relocalización es, además, que se vuelve disruptiva con el sólo hecho de ser nombrada: aunque se perciba como un proyecto poco factible, produce temores y expectativas. Los/as vecinos/as se organizan o tienen que organizarse, participan en instancias impensadas, negocian con el IVBA, generan tácticas y muchos/as por primera vez dialogan y protestan ante el Estado.

3. La reubicación y el derecho a la ciudad

En capítulos anteriores apuntábamos que según Guillén Lanzarote (2011) se puede entender a las urbes como lugar colectivo de encuentro, como espacio adecuado para la realización política, cultural y social de sus habitantes. Así, ante las consecuencias del

neoliberalismo que privatiza, se propone el derecho a la ciudad que implica “restaurar el sentido de ciudad, instaurar la posibilidad del ‘buen vivir’ para todos, y hacer de la ciudad ‘el escenario de encuentro para la construcción de la vida colectiva’” (Sugranyes y Mathivet, 2010: 23). Lefebvre (1978) aboga por la construcción de una ciudad donde nos reconozcamos como parte de la misma y donde se permita distribuir equitativamente los recursos. Harvey (2013: 20) postula que el tipo de ciudad que queremos no puede estar escindido del tipo de personas que anhelamos ser: entonces, el derecho a la ciudad “es un derecho a cambiar y reinventar la ciudad de acuerdo con nuestros deseos. Es, además, un derecho más colectivo que individual, ya que la reinención de la ciudad depende inevitablemente del ejercicio de un poder colectivo sobre el proceso de urbanización”. Es el derecho de los sujetos a construir ciudades que respondan a sus necesidades. Según Lefebvre (1978: 159), “se manifiesta como forma superior de los derechos: el derecho a la libertad, a la individualización en la socialización, al hábitat y al habitar”.

Zárate (en Mapelli, 2016) alega que el derecho a la ciudad da cuenta de una perspectiva territorial integral, que posibilita afianzar la democracia y la realización de los derechos humanos. Según la autora, puede desglosarse en seis fundamentos: el ejercicio pleno de la ciudadanía; la función social de la propiedad, la tierra y la ciudad; la gestión democrática de la ciudad; la producción democrática de y en la ciudad; el manejo responsable y sustentable de los bienes comunes energéticos, patrimoniales, históricos y culturales; y el disfrute equitativo de la ciudad, de lo que se desprende que “una política preocupada por el derecho a la vivienda y el derecho a la ciudad no hace, necesaria ni solamente, casas. Se requieren tanto las infraestructuras como los programas de apoyo a iniciativas culturales, lúdicas, creativas (...) la ciudad como espacio abierto y expresión de la diversidad” (Zárate en Mapelli, 2016: 191).

Al igual que el buen vivir, el derecho a la ciudad entiende a la tierra, la casa, el hábitat y la ciudad como derechos y no en tanto mercancías; profundiza la democracia; impulsa derechos colectivos; practica la complementariedad, la solidaridad y no la competencia; reconoce la diversidad; prioriza el rol del Estado en la equidad (Zárate en Mapelli, 2016) y, podríamos agregar, promueve la justicia social.

Según Swistun y otras (2014: 9) es primordial que exista en la práctica un compromiso con los procesos que respetan los derechos y todas las cuestiones desarrolladas son sintetizadas por las autoras a través de la mención a diferentes derechos: a la información, a un hábitat justo, al ambiente sano, a una vivienda adecuada, a la

participación en la toma de decisiones, a la salud, que podríamos sostener son derechos humanos y están contemplados en el derecho a la ciudad. En su artículo 11, la Ley de Acceso Justo al Hábitat establece lo propio: “Todos los habitantes de la Provincia tienen garantizado el derecho al uso y goce de la ciudad y de la vivienda, entendiendo a éstos como el derecho a: a) Un lugar adecuado para vivir en condiciones que favorezcan la integración plena a la vida urbana. b) Acceder a los equipamientos sociales, a las infraestructuras y a los servicios. c) Desenvolver apropiadamente las actividades sociales y económicas. d) Usufructuar de un hábitat culturalmente rico y diversificado”. Desde esta perspectiva, recobra sentido la incidencia que esperamos tengan los/as pobladores/as a la hora de decidir sobre su habitar: así, es urgente comprender que mayores instancias de participación en el proyecto hubieran favorecido el derecho a la ciudad y el acceso a un hábitat justo. Es imperioso el abandono de una matriz que concibe a los/as otros/as como sujetos de desarrollo –por encima de entenderlos/as como sujetos de derecho- y que, en consecuencia, no necesitan participar.

El asentamiento de Ringuelet era producto de procesos de gestión y producción social de la vivienda y el hábitat, es decir que fue fruto de la autoproducción, más allá de que en los últimos años el Estado intervino transformando (y en muchos casos, mejorando) el barrio. La casa, entonces, también estaba cargada de significaciones en las que se mezclaban proyectos familiares, afectos, sentimientos e inversiones económicas, temporales y laborales (Cravino, Del Río y otros en Cravino, 2012). En cambio, el nuevo espacio fue resultado de la intervención ajena: el Estado decidió, diseñó y planificó el hábitat y previó de antemano cómo serían los modos de habitar el territorio, los cuales son puestos en cuestión continuamente por los/as habitantes en sus prácticas. Para Cravino, Del Río y otros (en Cravino, 2012) sería innovador incorporar en el diseño de las políticas públicas las prácticas de producción de hábitat popular, lo cual implica también su reconocimiento. Además, la existencia de instancias de participación atenuaría las dificultades de los/as habitantes para apropiarse del espacio y para construir redes sociales sólidas en los nuevos emplazamientos. A su vez, las intervenciones ciudadanas generan transformaciones en lo individual y colectivo (por ejemplo, en cuanto a la autoestima, conciencia crítica, etc) e impactan en las cuestiones políticas, fomentando una ciudadanía responsable (Zárate en Mapelli, 2016). Retomando a Mouffe, Rodríguez (2001 en Gumucio Dagron y Tufte, 2008:1142) sostiene que “los ciudadanos deben construir su ciudadanía en el día a día, a través de su participación en las prácticas políticas cotidianas: ‘El ciudadano no es, como en el

liberalismo, el receptor pasivo de unos derechos y deberes específicos””. Los/as habitantes de Ringuelet, entonces, no son receptores/as sino co-constructores/as de una política pública. Así, para la autora la ciudadanía está ligada al empoderamiento y, siguiendo a Mefalopulos (2002 en Gumucio Dagron y Tufte, 2008), se requiere una comunicación empoderadora que posibilite a los sujetos más pobres tomar las decisiones que incidan en su propia vida, sobre todo cuando se los ha tratado como destinatarios/as pasivos/as de intervenciones. Por esa comunicación abogamos en esta tesis.

A partir de todo este recorrido, consideramos que la relocalización posibilitó en algunos casos mejoras concretas en pos de un hábitat justo: el acceso (o la oportunidad de acceder) a servicios, la posibilidad de tener seguridad en la tenencia y vivir sin miedo al desalojo, la casa de material que brindó la sensación de protección ante catástrofes climáticas (aunque las inundaciones de 2013 nos afectaron a todos/as), entre otras. Pero si partimos de las definiciones antes señaladas, con las casas transitorias (donde las mayorías vivían al momento de realizar las entrevistas) no hubo una conquista plena del derecho a la ciudad ya que el lugar para vivir no era adecuado, no había un acceso óptimo a los servicios, siendo la luz la que generó más inconvenientes, no se podían desenvolver todas las actividades sociales -había miedo- y económicas porque la planificación de las casas (provisorias) no las previó. La poca participación en la toma de decisiones y el desamparo que sintieron los/as habitantes de parte del Estado una vez mudados/as (durante 2016) contribuyó a que no exista una apropiación del espacio significativa y a que a más de un año de la mudanza aún perviviera cierta nostalgia por el otro barrio. Como afirmó Gumucio Dagron (s.f: 2) “Si no hay participación, no hay proyecto en el largo plazo”.

Entonces, ¿se puede acceder a un espacio justo sin habitar ese espacio? Y al revés: ¿es posible habitar un territorio plagado de injusticias? Consideramos que las respuestas son afirmativas en ambos casos: hemos visto cómo el espacio nuevo (que no consideramos hábitat justo pero anhelamos que se constituya como tal con las viviendas definitivas y el final de obra) va siendo llenado de contenidos, de significaciones, de usos, pero la idea de barrio queda relegada al lugar anterior, no al espacio donde se vive; mientras que en el asentamiento –como territorio atestado de derechos vulnerados- se habitaba, había apego de lugar. Lo anterior nos lleva a otra pregunta: ¿se puede habitar sin *querer*, es decir, sin que haya afecto por el espacio? Pareciera que no ya que existen múltiples experiencias en las que el hábitat es adecuado, pero las apropiaciones de parte de los

sujetos son reducidas. Gaviria (en Lefebvre, 1978) manifiesta que una ciudad puede tener diez años de vida física y carecer de vida urbana (de prácticas, relaciones y usos) y sostiene que es más sencillo construir la primera que la segunda. Lefebvre (1978: 35-36) explica que algunas construcciones de alojamientos estatales pueden realizar el concepto de hábitat pero excluir el habitar: “La plasticidad del espacio, el modelamiento de este espacio, la apropiación de sus condiciones de existencia por los grupos e individuos”. Estas preguntas se complejizan si añadimos la formulada por Valdés (2016) cuando se cuestiona si crear barrios populares alejados de los centros de las ciudades es construir hábitat justo o –agregamos- es atenuar situaciones de injusticia al permitir la conquista de algunos derechos sin lograr una significativa inclusión social entendida como el sentimiento de pertenencia de los sujetos a la sociedad. Al respecto, la autora establece que la “inclusión socio-espacial es más amplia que tener una vivienda: es un derecho humano básico que integra otros derechos individuales y colectivos. Y alude a crear una sociedad más justa e inclusiva” (Valdés, 2016: 10). ¿Ese es el camino que toma la relocalización o por el momento sólo modifica (o, en algunos casos, mejora) la calidad de vida sin lograr justicia espacial y social?

El barrio es un lugar compartido en el que se convive con vecinos/as conocidos/as y desconocidos/as, se comparten experiencias, procesos e incluso se producen instancias de participación y protesta en relación a demandas puntuales (por ejemplo, los cortes de luz). Tanto la casa como el barrio se constituyen como lugares claves a la hora de construir sentidos sobre el hábitat y la ciudad. Es justamente desde allí desde donde se vive La Plata.

Entendemos que los modos de habitar son maneras de uso y apropiación del espacio que no se circunscriben a la vivienda, sino que implican, por ejemplo, la dimensión del barrio. Por eso, es significativo destacar que a lo largo de la tesis observamos que existe una valoración positiva acerca del barrio anterior y su localización, mientras que sobre el nuevo hay una valorización negativa. También notamos que en el territorio relocalizado se estima más la casa que el barrio, pues las falencias de éste constituyen fuente de malestar y conflicto.

El barrio, la ciudad, se hacen cotidianamente y es obra de personas: no sólo de quienes la construyen en términos físicos, sino simbólicos, es decir, quienes lo y la habitan. Es “un producto en proceso”, como lo llama Valdés (2016: 9). Ambos involucran el habitar, el cual tiene que ver con las maneras de vivir un territorio. Los modos de construir un barrio hablan de significados e ideología: en este caso exhiben la

supremacía del mercado a partir de la estandarización de viviendas: son productos que, mientras se usan, podrían ser apropiados. El barrio asume ciertos sentidos para exponerlos (Lefebvre, 1978) y está cargado de significaciones en su constitución, más los/as habitantes en su empleo, en su recorrido, en su curiosidad van dotándolo de otros sentidos. Así, afirmamos que “es un conjunto significativo” (Lefebvre, 1978: 118), que implica encuentros, posibilidades, conflictos, acuerdos. Para Cravino, Del Río y otros (en Cravino, 2012: 112), “las percepciones de los habitantes se configuran así en un contexto siempre ‘en obra’ y, a su vez, dependen de la posición socio-económica de éstos, las trayectorias habitacionales previas, la ‘calidad’ de la política habitacional y las miradas de los otros: los no destinatarios de la vivienda social”.

Por eso es tan importante proclamar el derecho a la ciudad, como derecho a los lugares de cambios y encuentros, a la vida urbana, a los ritmos de vida y de trabajo que posibilitan el uso pleno de los espacios. Entonces, “lo urbano es así, más o menos, obra de ciudadanos, en vez de imposición como sistema a este ciudadano: igual que un libro [una tesis] ya terminado” (Lefebvre, 1978: 85).

Es cierto que en el montaje de las ciudades impera la lógica del mercado inmobiliario, pero también sus sentidos se producen por las relaciones sociales, identidades, historias, etc. Ello, que muchas veces es desestimado a la hora de producir un barrio, está presente en el espacio vivido de los sujetos. Las ciudades se construyen permanentemente. Su producción y su habitar no se realizan de una vez y para siempre, sino que se trata de una tarea nunca acabada. Lo mismo sucede con la planificación urbana: no termina, porque de lo contrario ocurre lo que plantea Segura (2015), es decir, que ciertos sectores de la sociedad sienten que viven afuera de la urbe: “Ciudad planificada, cuadrada, diagonal; monumental, moderna; ciudad no-porteña, orgullosa (...); ciudad sobrepasada, con excedentes humanos y urbanos que se escapan del plano”, agrega Grimson (en Segura, 2015: 15) en relación a La Plata.

Teniendo en cuenta la injusticia social y la supremacía del mercado inmobiliario, Valdés (2016) se pregunta si la totalidad de los/as habitantes de las ciudades tenemos el mismo derecho a habitarlas, consumirlas y vivirlas. Desde aquí consideramos que no se merece vivir en la ciudad (Oszlak, 1991)¹²⁵ –ya que ésta no es un premio o castigo que

¹²⁵ El autor retoma una frase del ex intendente de facto de Buenos Aires, Guillermo Jorge Del Cioppo (que pone en cuestión el derecho de ciertos sectores de vivir en la urbe): “Vivir en Buenos Aires no es para cualquiera sino para el que lo merezca, para el que acepte las pautas de una vida comunitaria agradable y eficiente. Debemos tener una ciudad para la mejor gente” (Oszlak, 1991: 78). En el libro

alcanzamos por ser dignos/as¹²⁶ - sino que todos/as tenemos derecho a vivir y disfrutar de La Plata -o, como dice Oszlak (1991: 23), derecho al uso y disposición del espacio urbano-, no a padecerla (aunque gracias a ciertas políticas públicas y al mercado sabemos que se configuran en los hechos algunos/as sujetos más merecedores de ciudad que otros/as). El problema radica en que en la práctica ese derecho no es ejercido de igual manera por todos/as, soportamos niveles de desigualdad altísimos y muchas veces naturalizamos la injusticia que implica habitar territorios donde la exclusión y la falta de derechos son cotidianidad. No creemos que el derecho a la ciudad sea producto del esfuerzo o del mérito individual, sino que es inherente a cada persona que la habite. Por lo tanto, tenemos que dejar de soportar que cada día se nos haga “más difícil sonreír” (como dice una canción del taller de cine Diego Rodríguez) ya que no debe imperar un vivir para sobrevivir: básicamente porque eso no es justo.

El caso analizado nos permite reflexionar acerca de cómo se está pensando la ciudad, a los sujetos que habitan en ella y las concepciones de hábitat imperantes. Todo ello exhibe las tensiones que existen entre matrices de pensamiento que están en disputa: por un lado la liberal, que pone el foco en lo mercantil, y por el otro, una que parte del derecho a la ciudad –expresada en la ley 14449- que reconoce la importancia de los sujetos en la producción del hábitat. En el proceso estudiado vemos que, aunque la propiedad privada y la lógica mercantil de producción imperan, esas matrices se tensionan, por momentos se producen grietas, quiebres, que nos hacen pensar que todavía hay esperanzas de construir territorios distintos, justos y equitativos: pues, como dice Mario Benedetti (con otro sentido pero abocando al amor), “cada ciudad puede ser otra”.

4. Bibliografía

- Bernat, María Sofía. “Es una misión muy fuerte la que tenemos: cambiar el mundo de verdad” (entrevista a Amparo Cadavid Bringe). Publicada en *Revista Question* Vol 1, N° 39 (2013): Invierno (julio-septiembre) de 2013. Páginas 240-246. ISSN: 1669-6581. Editada por la Facultad de Periodismo y Comunicación

Merecer la ciudad Oszlak (1991: 5) tiene como objetivo “conocer cómo se hacía la política cuando no funcionaban los mecanismos tradicionales de la democracia, cuando habían sido suprimidos o desconocidos los derechos ciudadanos y arrasadas las instituciones representativas de la sociedad frente al estado”

¹²⁶ Partimos de la definición de “merecer” de la Real Academia Española: “Dicho de una persona: Hacerse digna de premio o de castigo”.

Social (UNLP). En línea: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1909> y en: <https://sites.google.com/site/amparitoweb/noticias/entrevistaaamparocadavidbringe>

- Cravino, María Cristina, del Río, Juan Pablo, Graham, María y Varela, Omar David. “CASAS NUEVAS, BARRIOS EN CONSTRUCCION. Percepciones de los habitantes y vida cotidiana”. En: Cravino, María Cristina. *Construyendo barrios. Transformaciones socio territoriales a partir de los Programas Federales de vivienda en el Área Metropolitana de Buenos Aires (2004-2009)*, Ciccus- UNGS; Los Polvorines, 2012.
- De Mello Dias Guimaraes, Fernanda y Ferré Pavia, Carme. “La comunicación en la formación de actores sociales en ambientes de riesgo: dos experiencias en Brasil”. En Cadavid Bringe, Amparo y Gumucio Dagron, Alfonso. *Pensar desde la experiencia. Comunicación participativa en el cambio social*. Bogotá: UNIMINUTO. 2014.
- Díaz Larrañaga, Nancy. *Representaciones temporales y prácticas sociales: el cambio social a partir de la intervención en el espacio público*. Proyecto de investigación. Lugar de realización: Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Acreditado en el Programa Nacional de Incentivos (decreto 2427/93). P192. Fecha de realización: desde el 1/01/2011 al 31/12/2014.
- Díaz Larrañaga, Nancy y Martin, María Victoria. *Subjetividad y temporalidad. Aportes disciplinares y prácticas socioculturales*. Ediciones de Periodismo y Comunicación. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata. La Plata, 2010.
- Díaz Larrañaga, Nancy. *Temporalidades*. Editorial de la Universidad Nacional de La Plata. Argentina, 2006.
- Downing, John. “Comunidad, democracia, diálogo y medios radicales”. 2011. Reproducción autorizada en Gumucio Dagron, Alfonso y Tufte, Thomas (comp.). *Antología de comunicación para el cambio social. Lecturas históricas y contemporáneas*. Plural editores. Bolivia, 2008.
- Fernandes, Bernardo Mançano. *Sobre la tipología de los territorios*. Disponible en: <https://web.ua.es/es/giecryal/documentos/documentos839/docs/bernardo-tipologia-de-territorios-espanol.pdf>

- Guillén Lantarote, Aïda. “El derecho a la ciudad, un derecho humano emergente”. En *Serie Derechos Humanos Emergentes 7: El derecho a la ciudad*. Barcelona. Institut de Drets Humans de Catalunya. 2011. Disponible en: http://www.uclg-cisdp.org/sites/default/files/DHE_7_esp_1.pdf
- Gumucio Dagron, Alfonso. *Comunicación para el Cambio Social: El Nuevo Comunicador*. Disponible en: http://www.wuranga.com.ar/images/recomendados/24_gumucio_com.pdf
- Gumucio Dagron, Alfonso. “El cuarto mosquetero: la comunicación para el cambio social”. En *Investigación y desarrollo*. Vol. 12, n°1. Colombia, 2004.
- Gumucio Dagron, Alfonso. *Tiempo de milagros: tres retos de la comunicación para el cambio social*. Centro de Competencia en Comunicación para América Latina. 2006.
- Harvey, David. *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Ediciones Akal. Madrid, 2013.
- Lefebvre, Henri. *El derecho a la ciudad*. Ediciones Península. Barcelona, 1978.
- Ley n° 14449 de Acceso Justo al Hábitat. Disponible en: <http://www.gob.gba.gov.ar/legislacion/legislacion/l-14449.html>
- Mefalopulos, Pablo. “La comunicación empoderadora”. 2002. Reproducción autorizada en Gumucio Dagron, Alfonso y Tufte, Thomas (comp.). *Antología de comunicación para el cambio social. Lecturas históricas y contemporáneas*. Plural editores. Bolivia, 2008.
- Oszlak, Oscar. *Merecer la ciudad. Los Pobres y el Derecho al Espacio Urbano*. CEDES. HVMANITAS. Buenos Aires, 1991.
- Reguillo, Rossana. *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. Guadalajara. Universidad Iberoamericana/ITESO. 2005.
- Rodríguez, Clemencia. “De los medios alternativos a medios ciudadanos”. 2001. Reproducción autorizada en Gumucio Dagron, Alfonso y Tufte, Thomas (comp.). *Antología de comunicación para el cambio social. Lecturas históricas y contemporáneas*. Plural editores. Bolivia, 2008.
- Segura, Ramiro. *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. UNSAM Edita. San Martín, 2015.
- Sugranyes, Ana y Mathivet, Charlotte. *Ciudades para todos. Por el derecho a la ciudad, propuestas y experiencias*. Habitat International Coalition. Chile, 2010.

- Swistun, Débora, Lekerman, Vanina, Carman, María y otras. *Derechos y cultura. Un aporte antropológico a la gestión de las relocalizaciones en la Cuenca Matanza Riachuelo*. Informe entregado diferentes organismos actuantes. 2014.
- Valdés, Roberta. “Reflexiones del hábitat popular desde los procesos comunicacionales. Pensar lo popular como espacio de la Justicia Social”. *Actas de Periodismo y Comunicación*, Vol. 2, N.º 1. ISSN 2469-0910. FPyCS-UNLP. La Plata, diciembre 2016. Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas>
- Zárate, María Lorena. “Derecho a la ciudad”. En Mapelli, Ezequiel. *Hábitat*. Secretaría de Acceso al Hábitat. Consejo Social. Universidad Nacional de La Plata. La Plata, 2016.

Otras fuentes

- Arias, Luis Federico. Fallo de la causa “ASESORIA DE INCAPACES N° 1 - LA PLATA C/ FISCO DE LA PROVINCIA Y OTROS S/ AMPARO”. 28 de abril de 2016.
- Benedetti, Mario. “Cada ciudad puede ser otra”. Disponible en: https://books.google.com.ar/books?id=zvURm-uP-bYC&pg=PA1&lpg=PA1&dq=%C3%ADndice+de+yesterday+y+ma%C3%B1ana&source=bl&ots=86mzcZwaDz&sig=71Z1v4TaD15NyAw1Vd6G163N0zg&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwjvgb-d8aLVAhVGDpAKHT8_CC0Q6AEILTAC#v=onepage&q&f=false
- Taller de Cine Diego Rodríguez. “Lo que el agua no se llevó”. 2013. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=vyX6F1q-XJU>
- Video “José Pepe Mujica Río + 20”. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=wl2nMudbSm8&t=27s>

Epílogo

Al momento de concluir estas líneas, ocurrió aquello que esperamos durante más de tres años: la relocalización de la mayoría de nuestros/as entrevistados/as a las viviendas definitivas. Algunos aspectos dan cuenta de continuidades en el proceso, mientras que otros nos sugieren la presencia de ciertas rupturas.

En primer lugar, la mudanza de los/as vecinos/as de 1 a 3 se produjo, al igual que la partida a las casas provisorias, de manera abrupta: el miércoles 19 de julio de 2017 les avisaron que se trasladarían al viernes siguiente, pero que debían concurrir a una reunión para determinar quiénes se irían: la mayoría de las casas disponibles tenían dos habitaciones y, como algunas familias requerían una o tres piezas, se realizó un sorteo para definir a los/as adjudicatarios/as. Entonces, observamos que, desde la perspectiva de los/as vecinos/as, perduró hasta último momento el apuro, la prisa y la incertidumbre sobre quiénes se irían a las viviendas de material. Sin embargo, la lógica estatal fue otra. “A nosotros nos gusta dar buenas noticias muy sobre la hora”, sostiene Opel y agrega que todos/as los/as involucrados/as conocían el proceso de relocalización: el traslado se efectuaría del asentamiento a las viviendas provisorias y luego a las definitivas. Ese último pasaje constituye “la buena noticia”, pero el momento para comunicarlo debe elegirse cuidadosamente, lo cual tiene que ver con una cuestión de seguridad, afirman desde el Estado: se busca “minimizar las turbulencias” y “controlar” a las viviendas hasta el momento de entregárselas a sus correspondientes adjudicatarios/as.

Entre las diferencias, en general las trece familias relocalizadas estaban contentas y no con la mezcla de sensaciones que generó el traslado de un barrio a otro: las viviendas definitivas representaban algo esperado, soñado y que gracias a una política de Estado pudo hacerse realidad. Ese día hubo sol (no como antes que llovía), los camiones del Instituto llegaron a tiempo y, además, algunos/as funcionarios/as que estaban cuando comenzó este proceso y que con la nueva gestión cambiaron de puestos, regresaron: con el paso de los años, los conflictos que habían existido parecían haberse apaciguado y la relación, mejorado. Ana enfatizó: “Al final, los terminamos queriendo” y los/as gratificó, mientras que desde el IVBA aseguraron que no debían agradecerles y que creían firmemente en el Estado.



Los/as vecinos/as sacan sus pertenencias de las provisorias mientras esperan para mudarse. Fotografía tomada el 21 de julio de 2017.



Los/as habitantes del barrio cargan sus muebles en diferentes vehículos. Lo que se deshecha lo depositan en un terreno ubicado frente a sus casas. Fotografía tomada el 21 de julio de 2017.



Las viviendas definitivas. Fotografía tomada el 21 de julio de 2017.

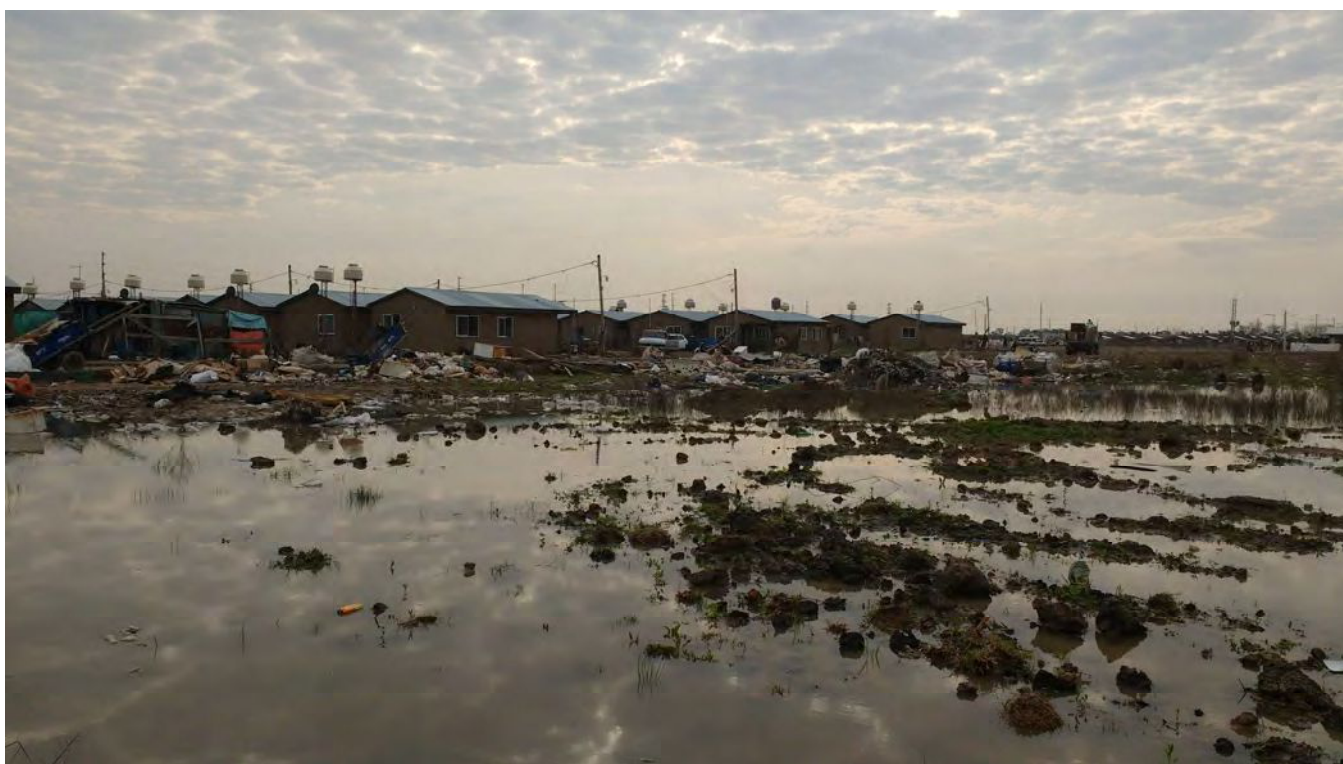
Queremos destacar que, según nos dijeron, a medida que se iban las familias, las casas transitorias eran ocupadas por vecinos/as de “La Isla” (un asentamiento que se ubicaba del otro lado de la calle 515, es decir, pasando la avenida 7). Por lo tanto, los/as antiguos/as habitantes no tenían tiempo de entregarlas en buenas condiciones (limpias, pintadas, prolijas) y muchos/as se quejaban porque no les parecía justo para los/as nuevos/as vecinos/as.

También subrayamos que ante la pregunta de si iban a costear las viviendas, Ana nos contó que en la reunión los/as funcionarios/as sostuvieron que de ese tema hablarían más adelante. Ello nos recuerda que unos meses atrás la mujer nos había dicho: “Está bien si pagás porque así tenés el derecho”, como si los derechos fueran mercancías y no inherentes a todos/as, como si fuera el derecho a pagar y no a un hábitat justo. Notamos, entonces, que no deja de convivir una perspectiva de derechos con una liberal. Aunque también, como vimos en otros capítulos, es la primera vez que estos/as vecinos/as pueden adquirir su vivienda, gracias a las condiciones propuestas por el gobierno -que se supone se adaptarán a sus ingresos-, gracias a una política de Estado.

El jueves 27 de julio de 2017 se mudaron trece familias más, de un total de treinta y nueve que lo harían antes de las elecciones primarias abiertas simultáneas y obligatorias¹²⁷. Volvimos al barrio cerca del mediodía y estuvimos conversando con varios vecinos/as en sus nuevas viviendas. Más allá de la alegría que generaba el techo

¹²⁷ El 13 de agosto de 2017 se celebraron en Argentina tales comicios para elegir a los/as candidatos/as a legisladores/as que participarían en las elecciones de octubre.

propio, para algunos/as era injusto que les dieran casas más pequeñas de lo que les correspondía según el censo. En esa visita notamos con estupor que uno de los problemas más graves que había en el barrio perduraba a pesar de los años y de que parecía resuelto en un día de sol como había sido la mudanza del viernes: nos referimos al tremendo barro que había en las calles. Otro conflicto fue que muchas familias se quedaron sin luz, ocurriendo un caso en el que se quemaron dos televisores y un nebulizador, de acuerdo al relato de Antonia. Asimismo, la vivienda definitiva de esta mujer, que se mudó en 2015, tenía mucha humedad y eso traía aparejado problemas de salud.



El ingreso al barrio y las viviendas provisorias. Imagen tomada el 27 de julio de 2017. Aquí los/as habitantes de Ciudad Oculta habían construido una cancha de fútbol ni bien se mudaron.



Imagen de las viviendas definitivas tomada el 27 de julio de 2017.



Imagen de las viviendas definitivas tomada el 27 de julio de 2017.

Si retomamos el fallo de Arias (2016), podemos agregar que el derecho a una vivienda no implica únicamente obtener una casa, sino que debe hacerse en condiciones dignas y en un contexto que posibilite a los sujetos desarrollarse con un proyecto de vida. El juez critica las políticas habitacionales de la provincia de Buenos Aires porque a lo largo de décadas ha adoptado un enfoque tradicional, sin resolver la problemática de la segregación espacial. Agrega: “Ello no implica negar la importancia de la construcción de viviendas, sino de añadir un enfoque de las mismas mediado por relaciones sociales que remiten a una posición dentro del espacio urbano” (Arias, 2016: 44).

Esas dos tardes de julio conocimos varias casas: en términos de diseño e infraestructura son todas iguales (difieren en el número de dormitorios), pero es probable que con el paso del tiempo adopten características distintas en especial en su interior, cuando sus dueños/as las empiecen a habitar. De hecho, un arquitecto de la obra pasó y expresó que “esto va a cambiar cuando lo habiten (...) entiendo más el espacio ahora que trajeron sus cosas”. Aquel día vimos que de a poquito se empezaba a utilizar el lugar: los/as chicos/as pasaban de patio en patio para reunirse con sus amigos/as, los/as perros/as también, se usaba como cordel el alambrado que separaba los jardines y en muchas casas conectaban los parlantes para poner música: desde el mediodía no paró sonar “Despacito”. Al mes de mudarse, Ana había plantado un limonero y un árbol de palta y Opel nos enseñó la fotografía de la casa de otra mujer que utilizó como macetas “tachos” de lavarropas rotos: “Esta es una habitante paisajista, que le pone ternura al ámbito”, sostuvo el funcionario. Así, quedó claro que el barrio y la casa se producen y transforman mientras se los viven. Con excepción de Manu, el hijo más pequeño de Ana que estaba angustiado por la mudanza, en todos los rostros había sonrisas dibujadas que nos hicieron replantear las sospechas de las conclusiones: esos días, esas mudanzas, nos obligaron a pensar –con júbilo– que el habitar las casas definitivas sí va a posibilitar justicia social y el acceso al derecho a la ciudad en el marco de una política que parece en la práctica inclusiva. Resta entonces, en futuras investigaciones y como continuidad de la tesis, conocer, indagar y analizar con el paso del tiempo cómo es habitar las viviendas definitivas y cómo es habitar el barrio y la ciudad desde esas casas. Esperamos –y creemos que va a ser así– que el optimismo iniciado en aquellas jornadas perdure.

Cuando estábamos ordenando los muebles y las pertenencias de los/as vecinos/as en sus casas nuevas durante la mudanza del 21 de julio, pasaron varias personas del Instituto.

Gustavo nos presentó a algunas y les contó que los/as integrantes de la asamblea fuimos “los únicos que no estaban en contra del proyecto, pero sí a favor de los vecinos”. También recordó que cuando comenzó la relocalización en la asamblea se habían comprometido a hacer un asado para festejar la mudanza a las definitivas. Así, de esta manera, culmina esta tesis: a la espera de una celebración ansiada y con un abrazo muy fuerte que nos dimos con Ana.

Para el IVBA la relocalización fue “muy buena”. No obstante, Opel recalca que frente a cada relocalización “uno tiene que volver a pararse otra vez y arrancar otra vez, entender que el proceso que está siendo el mejor posible, que no hay un proceso ideal de relocalización, que podemos generar un protocolo, que podemos generar un montón de instrumentos pero que después el territorio es un territorio al cual hay que adecuarse, que hay que ver cómo se va construyendo esa relación socio-territorial que es muy particular”.

Desde el Estado se aclara que se contemplaron las particularidades de la población afectada, que a pesar de que las viviendas eran para uso residencial permitieron que se emplacen comercios porque entendieron la relevancia de preservar la fuente de trabajo e incluso subrayaron que uno de los/as vecinos/as –a quien conocimos durante la mudanza- que llegó al barrio por el fallo de Arias ya estaba construyendo su negocio, lo cual denota una forma de apropiación del espacio. También se agrega que el IVBA se encargó de armar un corral y así lograron sacar a los caballos de los/as cartoneros/as de las viviendas definitivas.

El balance de la relocalización hecha con los/as vecinos/as es ambigua. Todos/as piensan (y pensamos) que más participación hubiera evitado o al menos atenuado la angustia, los nervios, la incertidumbre vivida (y también las subidas de presión y descomposturas sufridas). Pero también, todos/as estamos contentos/as porque, más allá de las desprolijidades, de las cosas que aún están mal hechas, de los destratos hacia los/as habitantes de Ringuelet, el Estado construyó casas adecuadas, es decir, restituyó derechos, y durante la semana de la mudanza tuvo presencia en el barrio: desde el IVBA preguntaban si todo funcionaba bien y, como aún no había gas, le otorgaron una ducha eléctrica a cada familia. A pesar de que existe una mezcla de sensaciones (la alegría de acceder a la casa definitiva junto a la bronca de que el gobierno no respete todos los derechos de los sujetos), elegimos quedarnos con otra imagen y con la convicción de que se pueden construir casas justas siempre y cuando se construyan barrios justos.



Imagen tomada el 21 de julio de 2017 en las viviendas definitivas.